Un romance de verano en Mallorca con *slow burn*, *found family* y dos corazones gruñones.

MARIA FERRER PAYERAS

Para siempre contigo

NUEVA VERSIÓN REVISADA



Colección Mediterráneo

Un romance de verano en Mallorca con *slow burn*,
found family y dos corazones gruñones.

MARIA FERRER PAYERAS

Para siempre contigo

Colección Mediterráneo

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente.

Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia. Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente con el motivo de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: Para siempre contigo.
©Maria Ferrer Payeras, primera edición 2019.
©Maria Ferrer Payeras, segunda edición revisada 2026.
Corrección de textos: @_romanticascorreccion
Diseño de portada y maquetación: ADYMA Design.

A vosotras, lectoras,
que apostáis por autoras autopublicadas.

Colección Mediterráneo

MARIA FERRER PAYERAS



16/07/2026



06/08/2026



10/09/2026

¡Escanea el QR y permanece atent@
todas las novedades!

amazon

¡SUSCRÍBETE Y LEE UN RELATO EXCLUSIVO!

Solo por suscribirte a mi *newsletter,* podrás leer la *novelette* **Cosas que pasan cuando finges ser la novia de un coreano irresistible** totalmente gratis. ¿Te apuntas?

Escanea el QR y empieza a disfrutar ahora mismo:

http://subscribepage.io/mariaferrerpayeras



¡Suscríbete a mi newsletter!

Maria Ferrer Payeras

autora de novela romántica

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

Capítulo 22
Epílogo
Agradecimientos

PRÓLOGO

Por la megafonía de Son Sant Joan no paraba de repetirse el mismo mensaje una y otra vez: «Por su propio interés, rogamos que mantengan sus pertenencias controladas en todo momento», pero Amanda había dejado de prestarle atención. Removía el café con la mirada perdida, abstraída en sus pensamientos. Llevaba más de una hora sentada en una de las numerosas cafeterías del aeropuerto. A ratos mordisqueaba una ensaimada con desgana mientras que en su mente se sucedían una tras otra las escenas de todo lo que había ocurrido aquel verano.

«Tonta, tonta, tonta, tonta… Nunca deberías haber permitido que esto llegara tan lejos», suspiró.

No se arrepentía de nada de lo ocurrido durante los dos últimos meses. No renegaba de ni uno solo de los momentos vividos. Aunque hubiese dejado el corazón por el camino y supiera que le costaría volver a ser la de antes —si es que algún día lo conseguía—, había disfrutado de todos y cada uno de los minutos que había pasado en Mallorca.

Aquel verano había vivido un sueño, una fantasía; si bien era cierto que, al despertar, se había llevado un buen tortazo de realidad.

¡Qué ilusa había sido! ¿Qué pensaba? ¿Que ella sería diferente? ¿Que sería tan especial como para que un chico como él lo dejara todo por ella?

«No, eso les pasa a las chicas como Carol, no a las Amanda de este mundo», se lamentó.

Aun así, había sido maravilloso disfrutar de cada experiencia vivida. Había sido breve, pero dulce, emocionante, embriagador y excitante.

Se llevaba un hermoso recuerdo con el que fantasear durante las largas jornadas de clase en el Colegio Virgen del Rosario Perpetuo. Aunque, si las monjas llegaban a intuir a qué dedicaba sus pensamientos, se dijo con una triste sonrisa dibujada en el rostro, no conservaría el trabajo durante mucho tiempo.

Sentía en lo más hondo de su corazón que la Amanda que volvía a casa no tenía nada que ver con la despreocupada chica que había partido hacia Mallorca junto a su mejor amiga hacía poco. Parecía que aquellos dos meses hubieran durado toda una vida.

No obstante, no podía dejar de recordar las palabras que Carol había pronunciado el mismo día en que se habían embarcado en esa aventura:

«Ya verás como este va a ser el verano de nuestras vidas».

Y vaya si lo había sido.

CAPÍTULO 1

Amanda hacía la maleta sin fijarse siquiera en qué ropa metía dentro. En menos de dos horas tenía que coger un avión y nunca en su vida le había apetecido menos.

—Y lo peor de todo es que estas van a ser las únicas vacaciones que tengas este año —despotricó en voz baja.

La puerta de su habitación comenzó a abrirse muy despacio, como si quien estuviera al otro lado temiera recibir un zapatazo y se escudara tras ella.

—¿Puedo entrar? —La voz cristalina de su mejor amiga, Carol, hizo que Amanda interrumpiera momentáneamente su tarea.

—Si lo que quieres es arrodillarte para pedirme perdón, entra. Si no, lárgate. No quiero verte nunca más.

Carol entró y se sentó en la cama. Era alta y esbelta. Desde hacía unos meses llevaba el pelo teñido de un rojo caoba que resaltaba el verde de sus grandes ojos. Su rostro ovalado estaba iluminado por una sonrisa casi permanente que obligaba a quienes la veían por primera vez a mirarla durante más tiempo del que se consideraba correcto. A veces incluso con la boca abierta. Era una beldad que llamaba la atención donde quiera que fuera.

Amanda la retó con cara de pocos amigos al mismo tiempo que elevaba una ceja.

—¿Y bien?

—No pienso arrodillarme, Amanda.

—Entonces ya lo sabes: ¡puerta!

—No seas bobita. Si me quieres más que a nadie en el mundo —masculló haciendo un puchero.

—Sabes muy bien que, si esto me lo hubiera hecho cualquier otro, no se habría salido con la suya.

—Pero ¿qué es eso tan grave que te he hecho? A ver, nos vamos de vacaciones, ¿no? ¡Qué más dará el lugar!

—No me jorobes, Carol. Si a ti te parece que cambiar un viaje a Jerusalén y Jordania, que, por cierto, nos había costado un huevo organizar, por otro a Mallorca no es para tanto… ¡Ya me dirás tú qué lo es!

—Como tú bien dices, nos había costado un huevo organizarlo y, aun así, mis padres no querían que fuera. Tener que convencer a la tía Monja para que viniera con nosotras con tal de que me dejaran ir tampoco es que fuera un chollo. ¿No querrás insinuar que te apetecía tener que pasear a mi tía? ¡Que es monja, joder! Moderna, pero monja al fin y al cabo. ¡Ya nos hartaremos de verla en septiembre, cuando empecemos a trabajar para ella!

—¡Es que esa es otra! Tus padres se pasan tres pueblos. Parece que no se han dado cuenta de que ya tenemos veinticinco años. ¿Cuándo piensan dejarte viajar sola?

—A ellos les asustaba lo de Oriente Medio. Para que vayamos a Mallorca no han puesto pegas.

Amanda la miró con cara de mala uva.

—Aún no me explico cómo dejamos que fueran tu madre y tu tía a la agencia cuando nos llamaron para decir que el viaje a Israel se anulaba por el cierre de fronteras.

—Fueron ellas porque nosotras teníamos que presentar el proyecto ante el tribunal.

—Lo recuerdo muy bien —la interrumpió—, no era más que una pregunta retórica.

—¿No puedes aparcar el tema de una vez, Amanda?

—No, no puedo. Es que tiene tela. Las hostilidades nunca han terminado entre Israel, Jordania y Palestina, pero hacía siglos que las fronteras no se cerraban, y eso ha tenido que suceder precisamente en las fechas que nosotras habíamos elegido para viajar.

Amanda pensó que llevaba días teniendo la misma discusión con Carol, con su madre y, ya puestos, también con su padre.

—Te quiero con toda mi alma, Amanda, pero cuando te pones en este plan no te soporto, en serio. No seas tan aguafiestas, ¡por

favor! —Se acercó a ella para abrazarla, le sonrió de oreja a oreja y añadió—: No importa a dónde vayamos, lo importante es que vamos juntas y solas. —Puso mucho énfasis al pronunciar la palabra «solas».

—No entiendo qué puede hacerte tan feliz —la recriminó con más amargura en la voz de la que había pretendido demostrar—. Parece que no recuerdas que al final no vamos a Jerusalén, vamos a Mallorca, a un «complejo hotelero» —entrecomilló en el aire las dos últimas palabras con los dedos índice y medio de ambas manos— para turistas con niños. No puedo creer que te hayas conformado tan rápido.

—Pues me he conformado, como tú dices, porque mi madre ya había cambiado los pasajes y no había nada más que hacer. En la agencia no nos los iban a cambiar de nuevo.

—Ya, pero ¿Mallorca?

—¡Qué más dará! Te he dicho que lo importante es que nos dejen ir solas. Cosa que no habría sucedido si hubiésemos ido a Jerusalén. —Después la miró con cara de arrepentimiento—. Además, puede que yo le sugiriera a mi madre que Mallorca podía gustarnos como destino.

Amanda observó a su amiga echando chispas por los ojos.

—¿Que hiciste qué? —preguntó furiosa.

—Vamos, no te pongas en plan dramática —continuó—. En Mallorca podremos hacer lo que queramos. Nos levantaremos de la cama cuando nos dé la gana, beberemos combinados en la piscina, bailaremos hasta que nos duelan los pies y nos iremos a la cama cada noche bien acompañadas por algún chico.

Amanda ahogó un grito de rabia.

—¿Dormir, beber y ligar? ¿En serio que eso es lo que quieres hacer? Pues yo paso —dijo cruzándose de brazos—. No iré contigo a Mallorca para eso. Yo quería hacer un viaje cultural, no desmadrarme y perder el control.

—¿Cómo que no vas? —A Carol le apareció un deje histérico en la voz—. ¡No puedes no ir! Mis padres no me dejarán viajar sola.

—¡Pues te aguantas! He dicho que no voy y no pienso ir. Todo eso de lo que hablas no tiene nada que ver con los planes que

habíamos hecho. ¿Por qué no me lo consultaste antes de sugerirle Mallorca a tu madre?

Amanda abrió la maleta con rabia, empezó a sacar la ropa que había metido en ella y a recolocarla en los cajones. Carol se dio cuenta de que su amiga iba en serio y pensó que era hora de cambiar de estrategia.

—¡Vale, vale! —Levantó los brazos en son de paz mientras se interponía en el camino de Amanda para evitar que siguiera deshaciendo la maleta—. Digo yo que en Mallorca también habrá opción de hacer visitas culturales.

Amanda se paró en seco.

—Sí, claro —contestó con una gran dosis de sarcasmo—. ¿Y cómo se supone que podremos visitar esos sitios si tu madre y tú os habéis encargado de encerrarnos en un hotel?

—Yo solo le sugerí que eligiera Mallorca, Amanda. No te enfades tanto, que no he matado a nadie. —Después inspiró hondo para tranquilizarse y continuó—: Seguro que somos capaces de encontrar la manera de visitar los sitios que te apetezcan.

—Ya lo he mirado, Carol, estamos en una punta de la isla y lo que me gustaría visitar está en la otra.

Carol sonrió para sus adentros, sabía que había vuelto a ganar la partida. Siempre lo hacía; conocía demasiado bien a Amanda, casi tanto como a sí misma. Y sabía que la pobre acababa dejándose arrastrar por ella. Siempre cedía a lo que le pedía.

No es que Carol lo hiciera con malicia. Quería a Amanda como a una hermana y nunca haría nada que pudiera dañarla a sabiendas; pero le gustaba demasiado salirse con la suya, y Amanda nunca era un impedimento para conseguirlo. Jugó su última baza.

—Podemos alquilar un coche. —Vio con satisfacción cómo su amiga se rendía, aunque ni ella misma se había dado cuenta aún.

—Seguro que voy a montarme en un coche que tú conduzcas —barbotó, usando de nuevo el sarcasmo—, no has conducido ni una sola vez desde que te sacaste el carnet.

—Pero nunca es tarde para empezar, ¿verdad? —Una sonrisa de triunfo iluminaba el rostro de Carol.

—No quiero ir a Mallorca, quiero ir a Jerusalén —lloriqueó Amanda—. No quiero, no quiero.

—Ya, aunque irás conmigo, ¿a que sí?

—Claro que iré, pero no quiero. —Hizo un último puchero y volvió a meter en la maleta lo que había sacado.

Carol se acercó a ella y la abrazó con fuerza.

—Sabía que no me fallarías, nunca lo haces.

—Un día me hartaré de ti y, cuando te des la vuelta, habré desaparecido —le contestó, esta vez con mucho menos enfado del que pretendía mostrar.

La puerta de la habitación se abrió y la madre de Amanda se asomó. En cuanto vio a las chicas abrazadas, sonrió con ilusión.

—¡Qué bien lo vais a pasar! —exclamó. Las dos chicas se asustaron al notar su presencia—. ¿Lo tienes todo listo, cielo? —continuó la mujer sin percatarse del sobresalto que les había provocado—. En menos de media hora tenemos que salir hacia el aeropuerto.

—Sí, mamá, ya estaba cerrando la maleta —contestó Amanda con desgana.

—¡Ay, hija! Ni que te fueras a un campo de concentración —le dijo mientras salía de nuevo de la habitación.

Amanda miró a Carol con cara de pena, pero esta última dibujó una gran sonrisa y le dijo a su amiga:

—Ya verás, este va a ser el verano de nuestras vidas.

CAPÍTULO 2

Tomás acababa de dar las últimas instrucciones a sus compañeros para las actividades de animación del día. Aunque su trabajo no le disgustaba, deseaba de verdad que aquel fuese su último año en el hotel. No se explicaba que Xisco, que era uno de sus mejores amigos, quisiera quedarse allí toda la vida. Desde luego, para él era algo que estaba descartado por completo.

Ambos tenían buenos cargos en la empresa, no era casualidad: habían empezado a trabajar en el Hotel Club Sa Garriga a los diecisiete años. Eso había ocurrido diez años atrás. En aquel momento, él era el jefe de los animadores y Xisco el de los socorristas.

—¡Estás aquí! —Oyó la voz de su amigo a su espalda—. Hace un rato que te estoy buscando. Creo que eso de haber fichado a tu hermano para trabajar de socorrista ha sido una gran idea. Lo acabo de dejar en la piscina Oasis. Es un buen tipo.

—¿En la piscina Oasis? Creí que ayer le había oído decir que hoy libraba.

—Por eso te digo que es un buen tipo. Siempre puedo contar con él cuando me falla alguien.

—¡Cómo te pasas! No abuses de la confianza, tío, que sabes que te tiene en un pedestal.

—¡Eh, que el chico va a salir ganando! Le he dicho que esta noche podrá venir conmigo a ligar. Ya me habría gustado a mí que el cabrón de Juancho me hubiese llevado con él cuando tenía veinte añitos.

—Con veinte años tú no necesitabas ni a Juancho, por mucho que él fuera tu jefe, ni a nadie para pillar todas las noches.

—Ya, pero tu hermano no es como yo, ni siquiera es como tú. Sin querer faltar —añadió al ver la cara de pocos amigos que le ponía Tomás—. Pero sabes muy bien que el chico necesita rodaje. Tú, cuando tenías su edad, pasabas la mitad de las noches del verano sin dormir, por mucho que ahora vayas de responsable y apenas salgas.

—Entonces no tenía que preparar ningún examen, y ahora sí.

—¡Lo que tú digas! Pero mientras tú te encierras a estudiar, yo tengo que sacar a Gori de juerga —dijo mientras se colocaba las gafas de aviador que tanto le gustaba llevar.

—En ese lío te has metido tú solo, a mí no me eches la culpa.

—¿A quién tengo que echársela entonces? Eres tú quien me deja solo, y no hay manera de ligarse a alguien si no vamos en tándem. Siempre tienen una hermana, una prima o una amiga a la que no quieren dejar sola. ¡Dios! ¿Por qué no vendrán sin compañía de vez en cuando?

—Macho, te estás haciendo viejo. Nunca he visto que las hermanas, las primas o las amigas te molestaran para nada a la hora de llevarte a alguna mujer a tu habitación.

—No, es verdad, no necesito a nadie —afirmó con su característica prepotencia—, pero me divierto más si no estoy solo. Además, alguien tendrá que enseñarle el arte al pobre Gori mientras su hermano mayor se encierra a estudiar. Y, de todas formas, tengo que aprovechar el poco tiempo que me quede, porque presiento que este año será el año del tatuaje.

—¿Tú crees que este año será el año *del tatuaje*? —preguntó Tomás con sorna mientras movía las manos en el aire para dar forma a un cartel invisible.

—Lo presiento, tío. Este año conoceré a la chica con la que querré hacerme *el tatuaje* —Xisco imitó el gesto que había hecho Tomás— y después ya no habrá ninguna otra. Nunca más. Ella se convertirá en la única.

Tomás soltó una risita sarcástica.

—Mira que eres cursi cuando te lo propones, chaval. Pero a mí ya no me engañas con ese rollo, llevas soltándolo demasiados veranos.

—Estoy convencido de que este será el definitivo.

Dicho esto, le cogió del antebrazo con una mano y, con la otra, le dio dos palmadas en la espalda, le sonrió con intención y se fue.

Tomás contempló a Xisco mientras se marchaba. Su caminar chulesco lo había caracterizado desde bien joven; se debía a la gran seguridad en sí mismo que sentía. Era alto y rubio. En los últimos años se había dedicado a cultivar su físico, por lo que tenía unos músculos potentes y muy definidos.

«Mi pobre hermano lo tiene crudo, no se va a comer ni una rosca».

No es que Tomás pensara que su hermano fuera feo, ni nada por el estilo, pero Gori aún no había acabado de desarrollarse y, aunque era un chico fuerte, Xisco le sacaba al menos una cabeza. Además, al pobre le faltaba la seguridad en sí mismo que el otro emanaba por cada uno de sus poros.

«Eso ya le llegará», pensó con una sonrisa en la cara. A él le había pasado lo mismo: había tardado más que Xisco en crecer y, durante un verano entero, había parecido el hermano pequeño de su amigo.

No le había hecho ninguna gracia ver cómo Xisco ligaba casi todas las noches mientras él no conseguía nada. Pero al año siguiente no solo lo había alcanzado en altura, sino que además lo había sobrepasado. En cuanto a las demás partes del cuerpo, pensaba que no podía quejarse en absoluto. Desde entonces ninguna chica le había dicho que no a nada de lo que él le había pedido.

Se levantó del taburete en el que estaba sentado y cogió su carpeta. Le esperaba una larga jornada de trabajo, pero al día siguiente, después de organizar los turnos por la mañana, esperaba tener el día libre hasta la noche; con lo cual podría aprovechar para estudiar.

...

Eran más de las cuatro de la tarde cuando Amanda y Carol se instalaron, por fin, en la habitación del hotel.

—Pensaba que no íbamos a llegar nunca —le dijo Carol a su amiga mientras soltaba pesadamente la enorme maleta que venía arrastrando.

De una patada se quitó los zapatos y después se tiró en plancha sobre la cama. Enterró la cabeza en la almohada y gritó con todas sus fuerzas.

Amanda no pudo evitar sonreír al darse cuenta. La veía tan feliz que hasta se le contagiaban las ganas de estar allí. Su amiga rodó sobre sí misma y la miró emocionada.

—¡¡Una semana sin mis padres!! —gritó mientras daba golpes con los pies y los brazos sobre la cama.

Amanda bufó y se tumbó a su lado.

—Me alegro de que al menos una de las dos lo vaya a disfrutar.

—¡Para ya de decir eso! —la riñó Carol. Se había sentado de golpe en la cama y la señalaba con un dedo amenazador.

Amanda torció el gesto. Sabía que ya estaba rozando el límite de la paciencia de su amiga, pero no podía evitarlo y, en parte, tampoco quería hacerlo. Le apetecía chincharla porque ella había chafado, de alguna manera, sus ilusiones. Sabía que no era la responsable directa de que en esos momentos no estuvieran en Jordania, pero no podía dejar de culparla por sentirse estafada.

—Vamos a ponernos el bikini e iremos a la piscina ahora mismo —anunció Carol. Tras dar un salto de la cama, se dirigió a la maleta y la abrió.

—¿Y qué hay de nuestros planes culturales?

—Los planes culturales los dejamos para mañana, si eso. Ahora vamos a la piscina, a nadar y a ver el ganado.

—¿El ganado? ¡Qué bruta eres, por Dios! —le dijo Amanda mientras se partía de la risa.

Carol se tumbó de nuevo a su lado y le cogió la mano.

—Quiero desmadrarme, Amanda. Quiero disfrutar de esta libertad. Quiero pasar cada noche de esta semana con un chico y quiero empezar cuanto antes.

Amanda notó cómo su corazón se ablandaba. Pese a su enfado, pensó que la pobre Carol ya tenía suficiente con la cruz que suponían sus padres. Era cierto que su amiga necesitaba la libertad

de la que iba a disfrutar esos días. Así que respiró hondo y relajó el tono:

—¿Con un chico distinto cada noche? —elevó una sola ceja—, ¿y yo dónde se supone que voy a dormir? ¿En una hamaca?

Carol se rio con ganas.

—No, bobita. Para ti buscaremos otro chico…

—Yo de orgías paso —la cortó Amanda.

Carol volvió a reírse, estaba fuera de sí de contenta. Se abrazó a su amiga y la besó tres o cuatro veces en la mejilla.

—Gracias —dijo al fin.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Por haber escondido a la Amanda amargada. Esta que tengo a mi lado me gusta mucho más.

—No te confíes —le contestó mientras se soltaba del abrazo—. Está agazapada, esperando el momento propicio para saltarte a la yugular.

—¡Uy, qué miedito! Entonces, intentaré no provocarla demasiado.

El complejo hotelero era, como había dicho la madre de Carol, igual que un pueblo. Cada barrio, o grupo de apartamentos, estaba situado alrededor de una piscina. Había calles que comunicaban cada una de las zonas y que confluían en una plaza. Esta estaba presidida por un gran escenario; frente a él había unas graderías e infinidad de mesas para que los clientes pudieran disfrutar del espectáculo que, sin duda, se representaba allí todas las noches.

En esos momentos, sin embargo, el escenario estaba ocupado por media docena de personas que se afanaban en ensayar unos pasos de baile. Los dirigía, desde abajo, un chico alto y con el pelo muy negro que no paraba de gritarles y darles órdenes.

Amanda no pudo verle la cara, pero estaba segura de que tenía el ceño fruncido y una expresión desagradable, por la tensión que percibió en sus hombros y por los manotazos y las voces que daba.

—No, no, no. Desde el principio otra vez. ¿Qué os pasa hoy, chicos? ¿Dónde tenéis la cabeza?

Fue lo último que oyó antes de salir de la Gran Plaza y dirigirse hacia una piscina con un cartel que rezaba: Piscina Oasis.

Nada más rebasar el cartel, las chicas se sintieron como si de verdad hubieran llegado a un oasis. El sitio era armonioso. La piscina imitaba un río con curvas, incluso tenía un pequeño salto de agua. Estaba rodeada de pinos, entre los cuales soplaba una suave brisa. Amanda escuchó el canto de varios pájaros, tan vívido que le pareció que estaban manteniendo una conversación entre ellos.

En la piscina no quedaban muchos clientes, así que hallaron con facilidad dos hamacas frente al agua; no sin antes haberse parado en un chiringuito para pedir un mojito para cada una.

Cuando Carol se sacó la camiseta por la cabeza, varias personas, tanto hombres como mujeres, se giraron para observarla. Amanda, que estaba acostumbrada a ello, decidió dejarse la suya puesta.

«Las comparaciones son odiosas», se dijo mientras bufaba.

—Sabes que eres idiota, ¿no? —le susurró Carol sin mirarla a la cara siquiera.

—¿A qué debo ese insulto tan gratuito? —contestó mientras buscaba un libro en su bolsa.

—A que desaprovechas la oportunidad de lucirte y tomar el sol.

—Es que no quiero quemarme —le respondió hosca—. A mí me importa el cáncer de piel, al contrario que a ti.

—Sí, y yo soy Sissi Emperatriz —afirmó con sarcasmo Carol mientras se acomodaba en su hamaca—. Eres preciosa y tienes un cuerpo espectacular. No sé por qué tienes que esconderte bajo esa camiseta.

Amanda volvió a bufar y se estiró en la tumbona con la camiseta puesta.

—Tener una talla de sujetador tres o cuatro veces más grande que la de otras mujeres no es precisamente tener un cuerpo espectacular. Ya sabes lo que dicen: «Teta que mano no cubre, no es teta, sino ubre».

—Joder, Amanda, las famosas se operan para aumentarse el pecho y tú lo escondes. Y, si vamos a citar refranes: «Más vale tener que desear». Además, el resto es perfecto. Tienes el vientre plano, unas piernas que no se acaban nunca y sin un gramo de celulitis…

—Sí, sí. Te he dicho mil veces que cuando quieras nos hacemos un trasplante y te quedas tú con mis tetas.

—Pues estoy segura de que a más de uno le encantaría sujetarse a tus melones —afirmó Carol con socarronería—. Al socorrista de allí, el primero. No te pierde de vista.

—Será que te está mirando a ti —indicó mientras se giraba con disimulo para observarlo—. ¡Uf! —exclamó—. Si es una criatura. A ver si me ha confundido con un biberón —bromeó.

Carol, que estaba dando un sorbo a su bebida, se atragantó por la risa y le salió gran parte del líquido por la nariz.

El socorrista que, como había mencionado Carol, no las había perdido de vista, hizo ademán de levantarse y Amanda, que vio sus intenciones, lo aplacó con una mano mientras con la otra le daba golpecitos en la espalda a su amiga.

—¿Ves? —preguntó Carol en cuanto pudo coger aire—. Está loco por venir a echarte una mano.

—¡Calla! Ni se te ocurra darle otra razón, que a la próxima seguro que no es tan fácil detenerlo.

Riendo, volvieron a acomodarse en las hamacas. Apenas Amanda hubo apoyado la cabeza, notó, más que vio, que Carol se bajaba las gafas de sol para mirar algo con atención.

—¡Por Dios bendito! —exclamó su amiga.

Amanda se volvió para seguir la dirección de la indiscreta mirada de Carol y no le quedó más remedio que contener el aliento. Junto al socorrista que las había estado observando se encontraba otro chico con el mismo uniforme de vigilante.

—¡Vaya adonis! —exclamó Amanda sin poder contenerse.

—Ni le mires —la atajó Carol—. Ese pedazo de rubio es mío.

Amanda lo observó con detenimiento. Era alto, tenía la piel tostada, lo que hacía que los pelitos de la corta barba brillaran dorados al sol. Bajo la camiseta de socorrista jefe se intuían unos músculos potentes y muy bien definidos. Todo él irradiaba vitalidad y energía, y prometía sexo.

—Te lo dejo para ti. Demasiado chulo para mi gusto.

—Eso no puedes saberlo con solo un vistazo —contestó Carol—. Aunque, si Dios me hubiese dado ese culito a mí, yo también me lo tendría muy creído.

Amanda resopló, pero sin perder de vista al socorrista, que acababa de volverse hacia ellas y sonreía.

—¡Me voy a fundir! —susurró Carol—. ¿Has visto qué hoyuelos? ¿De qué color tendrá los ojos?

—Apostaría que azules —apuntó la otra—. Pero no tendrás que esperar mucho para saberlo. Viene hacia aquí.

Amanda intentó disimular, no así Carol, que se quitó las gafas de sol y sonrió al socorrista de una manera que Amanda reconoció de inmediato.

—¿Un chico cada noche? —preguntó en un susurro—. A este no lo sueltas tú en toda la semana.

—¡Calla, loca, que va a oírte! Y se creerá que me tiene en el bote.

—Para eso no hace falta que me oiga. Basta con que vea la cara de tonta que se te ha quedado.

—¡Hola, chicas! —escuchó la voz grave del socorrista a su izquierda—, ¿todo bien?

Amanda se volvió hacia él justo a tiempo para ver cómo se agachaba al lado de la tumbona de Carol. Le pareció que la temperatura subía varios grados y se dio cuenta de que los ojos de su amiga echaban chiribitas de admiración.

—Nosotras muy bien, ¿y tú? —indicó su amiga con una emoción poco habitual en ella.

—Mi día ha mejorado de forma exponencial desde que habéis llegado. —Aunque Amanda supo al instante que quería decir: «desde que has llegado»—. Soy Xisco, por cierto. Soy el socorrista jefe, así que cualquier cosa que necesitéis, solo tenéis que pedirla. Estoy aquí para haceros la estancia más agradable.

—Ah, ¿sí? —preguntó Amanda con algo de sarcasmo en la voz—. Creía que de eso se encargaban los animadores.

Xisco la miró por primera vez y, con una sonrisa de hoyuelos y dientes perfectos, dijo:

—El jefe de animadores es mi mejor amigo, así que estoy autorizado a decir que vuestros deseos son órdenes para mí —afirmó sin dejar de sonreír.

—Déjala —dijo Carol, para atraer la atención del chico de nuevo hacia sí—. Está cansada del viaje y eso le impide sacar todo su potencial de simpatía.

Xisco le rio la gracia con una carcajada grave y seductora. Amanda apostó consigo misma que esa risa era un recurso que nunca le fallaba, porque la hizo vibrar, al tiempo que percibía la vibración de su amiga.

—Yo soy Carol —se presentó con picardía— y ella es mi amiga Amanda.

—Así que, acabáis de llegar, ¿no? —se interesó Xisco.

Amanda puso los ojos en blanco al ver cómo Carol asentía embobada.

«Como si no lo supiera ya. Seguro que este tiene fichadas y clasificadas a todas y cada una de las huéspedes del hotel», se dijo.

—Hace apenas unas horas —informó su amiga con coquetería.

—Entonces, ¿no conocéis nada de la isla?

—Nada de nada.

—Gori, mi compañero —añadió mientras miraba por un segundo al otro socorrista para señalarlo—, y yo pensábamos ir esta noche a tomar unas copas a un bar *chill out* cerca de la playa. Si queréis apuntaros, estáis invitadas.

—Por supuesto que nos apuntamos —aceptó Carol sin dejar que Amanda abriera la boca para opinar.

—¡Fantástico! Os recogeremos a las nueve y media en el bar que hay en el *hall* del hotel, ¿os parece bien?

—Nos parece perfecto. Allí estaremos —afirmó Carol.

—La tarde se va a hacer larguísima hasta entonces —apuntilló Xisco al tiempo que le dedicaba una mirada intensa.

Carol lo obsequió con una de sus sonrisas más luminosas y Amanda se dio cuenta de que, aunque ella hubiera creído que no era posible, su desagrado por estar allí había aumentado un mil por cien en solo unos minutos.

El chico se alejó sin dejar de mirar atrás cada pocos segundos para cerciorarse de que Carol seguía con la vista su andar confiado.

—Pero ¿tú estás loca? Desde ya te digo que no pienso quedar con esos dos, cuando resulta evidente que me va a tocar de pareja

el adolescente ese.

—¡No seas cruel! Es mono —la riñó Carol mientras le echaba una mirada al chico— y salta a la vista que le gustas.

—¡Joder, Carol! En todo caso, puedo gustarle a sus hormonas. Pero tiene un pequeño problema: a mí no me pone nada. No pienso ir.

—¡Venga, Amanda! No seas así. Sabes que yo no voy a atreverme a ir si tú no vienes y no pretenderás que deje plantado a ese pedazo de hombre.

Amanda gruñó y se cruzó de brazos. Estaba enfadada. Al darse cuenta de que su postura había hecho que sus pechos se elevaran y destacaran aún más, los descruzó de inmediato; pero su cara de indignación y su enfado no desaparecieron con tanta rapidez.

CAPÍTULO 3

—¡Así que al final te llevas a mi hermano de marcha! —le comentó Tomás a Xisco mientras terminaba de ponerse el atuendo para el *show* de la noche.

—¡Pues sí! Algo tendré que hacer si tú te comportas como un monje castrense.

—Cisterciense.

—¿Cómo?

—Que se dice cisterciense, no castrense. —Tomás se rio.

—Cisterciense, castrense, qué más da. Te quedas encerrado y solo, mientras que nosotros nos hemos levantado dos pibitas de escándalo. Tu hermano se va a ahogar en unos pechos tremendos.

—No me fío de ti —le dijo, poniéndose serio de repente—. No permitas que beba demasiado y no lo dejes tirado.

—¡Sí, mamá! —le cortó Xisco.

Tomás elevó una ceja y miró a su amigo de manera desafiante.

—¡Joder, macho! ¿Es que no te acuerdas de cómo lo pasabas tú hace seis o siete años? Deja al chico que se divierta y, de paso, suéltate un poco. Con esa tensión que te gastas, parece que te han metido un palo por el culo y que vas a romperte en cualquier momento. ¿Por qué no sales con nosotros?

—Te recuerdo que no termino de trabajar hasta las doce de la noche y son apenas las ocho y media.

—No sería la primera vez que yo me adelanto y tú te unes a la fiesta más tarde.

—¡Tengo que estudiar!

—¡A la mierda el estudio! Por una noche no te va a pasar nada.

—Eso es lo que tú crees. Tengo un plan de estudio muy apurado. No puedo saltarme una sola noche.

—¿Pero no dijiste que el examen no era hasta enero? Estamos en julio, tío, relájate.

—No es un examen cualquiera, es el FIR[1]. No vale con estudiar dos días antes. Hay gente que pasa un año entero en una academia para prepararlo.

—Porque no deben de ser tan inteligentes como tú.

—¡Sí, claro! Soy la hostia de inteligente.

—Tomás —Xisco le apoyó las manos en los hombros y lo miró a los ojos—, te has sacado una carrera de seis años casi en cinco.

—Es de cinco años —protestó Tomás.

—¡Chis! Que estoy hablando yo. No has tenido que estudiar ni un solo verano y ya podrías estar trabajando en cualquier farmacia.

Tomás bufó y fue a contestar, pero no se lo permitió:

—Sí, ya sé que prefieres trabajar en el hotel porque ganas casi lo mismo. Y porque para algo aquí eres el jefe —añadió, guiñando un ojo.

—Solo de los animadores —contestó Tomás.

—Solo de treinta personas —remarcó Xisco—. Digo yo que por algo será. Relájate, sal con nosotros.

—Otro día, hoy no puedo. Además, por lo que me ha dicho mi hermano, habéis quedado con dos chicas. En todo caso, faltaría otra.

—Eso lo solucionamos en cuanto llegues.

—No, hoy no voy a ir —repitió Tomás—. Otro día, ¿de acuerdo?

—No pienso soltarte si no lo juras.

—Lo juro. —Levantó la mano derecha—. Y ahora me voy cagando leches, que ya debería estar en el escenario.

Xisco lo vio marchar meneando la cabeza.

—¿Qué voy a hacer con él? —le preguntó a su imagen en el espejo que tenían en la entrada del apartamento que compartía con Tomás y con Gori mientras se pasaba la mano por el pelo para descolocarlo de forma adecuada—. Con lo que me costó enseñarle… —Le guiñó un ojo a su reflejo, se arregló bien los puños de la camisa y se fue en busca de Gori, que había salido antes que él.

…

Después de haber cenado, Carol empezó a apremiar a Amanda para que fueran a su habitación a arreglarse para salir. Amanda, a quien no le hacía ninguna gracia el plan que tenían para la noche, arrastraba los pies y se quejaba yendo tras su amiga.

—¡Ve tú! Yo te esperaré leyendo —lloriqueó por enésima vez.

—Ni hablar. Tú te vienes conmigo y, si el chico no te gusta, te buscas otro y punto. Yo te ayudaré.

—¡Ya veo lo que vas a ayudarme! Si no le has quitado los ojos de encima al tal Xisco. ¡Ni te enterarás de que no estoy!

—Pero hemos quedado los cuatro y alguien tendrá que entretener al otro.

—¡Carolina Antonia Guzmán Cuervo! —pronunció su nombre completo en tono admonitorio—. No puedo creerme que estés actuando de forma tan egoísta —la recriminó.

—¡Porfa, porfa, porfa, porfa! —suplicó—. Ven conmigo. Échame una mano para que pueda pasar una noche de miedo con ese Thor materializado para complacerme. —Al acabar la frase, aleteó con las pestañas, unió las manos en una muda súplica y curvó los labios en un puchero.

—Que sepas que eres la peor amiga del mundo —protestó Amanda— y que, además, me debes un favor como un camión. ¡Uno gordísimo me vas a deber!

—Hoy por ti, mañana por mí —le dijo Carol mientras la abrazaba y la llenaba de besos—. ¡Venga! Y ahora date prisa, que aún tenemos que pasar por chapa y pintura.

A las nueve y treinta y cinco las chicas entraban en el bar del *hall* del hotel. Carol se había puesto un mono azul cobalto que le dejaba un hombro al descubierto. La melena suelta, que le llegaba a media espalda, le daba un halo de sofisticación que ella se había encargado de resaltar con el maquillaje. Los zapatos se los había cogido a Amanda, su madre no le habría dejado comprar semejantes *stilettos*. Aun así, ella llevaba luciendo los que se compraba su amiga desde hacía varios años.

Amanda se había arreglado de forma algo más discreta, con un vestido negro que, aunque se ceñía a sus pechos, no los hacía

destacar en exceso.

«Al menos no destacan más de lo que suelen hacerlo», había pensado cuando lo compró. Se había recogido el pelo, moreno y rizado, en un moño bajo que acentuaba sus facciones finas. A Carol le había parecido que su amiga estaba preciosa y no había dejado de repetírselo una y otra vez.

Los chicos ya las estaban esperando. Xisco lucía impresionante con unos simples vaqueros negros y una camisa blanca, pero muy elegante. Gori, a su lado, se veía desgarbado, como un potro que casi se ha convertido en caballo, pero que aún no es capaz de controlar su fuerza y su potencia. Frente a la seguridad que irradiaba Xisco, él parecía un flan tembloroso.

—Te voy a matar —le dijo Amanda a Carol entre dientes—. ¡Vamos que sí! ¡Cómo me la vas a pagar!

—¡Hola, chicas! —las recibió Xisco con una de sus aturdidoras sonrisas—, este de aquí es Gori.

—¡Hola! —saludó Carol mientras se acercaba para besarlos a ambos en las mejillas—. Yo soy Carol y ella es Amanda —dijo señalándola, y dirigiéndose sobre todo a Gori.

Xisco dio una palmada y se frotó las manos.

—Nos vamos, ¿pues? —añadió a continuación.

—¡Vámonos! —asintió Carol.

Entonces Xisco colocó su mano en la parte baja de la espalda de la chica para guiarla hacia la salida y Amanda, que se había mantenido en un segundo plano sin siquiera abrir la boca, levantó las cejas al ver cómo a su amiga se le ponía la piel de gallina. Gori llegó a su lado y se acercó a ella.

—Amanda, ¿verdad? —preguntó señalándola mientras sonreía.

Ella asintió con la cabeza una sola vez y estuvo a punto de esquivarlo cuando vio que el chico se acercaba aún más para besarla en la mejilla. Pero en ese momento algo la enterneció; ya fuera porque vio que Gori temblaba o quizás fuera porque se visualizó a sí misma unos años atrás, pero se sintió mal por haberse comportado con él de forma tan estúpida.

«Por Dios —se dijo—, ¡es un crío! Pero eso se le pasará. Si le das una patada en las pelotas a su amor propio, a lo mejor lo dejas

resentido».

Le devolvió el beso en la otra mejilla y le sonrió al separarse de él.

—Y tú eres Gori, ¿no es así?

—Sí —contestó él, y pareció mucho más relajado.

Salieron tras sus amigos, para quienes ya no parecía existir nadie más que ellos mismos, y se metieron en un coche deportivo. Amanda supuso que era de Xisco; fue él quien se puso al volante y, además, le iba como anillo al dedo.

Era un Peugeot gris, descapotable, y a Amanda le pareció que al chico le encantaba lucirlo, aunque ella no supo ni de qué modelo se trataba. En menos de dos minutos estuvieron fuera del complejo hotelero.

«Anda que no le gusta correr al tipo este, además de lucirse», pensó, pero no dijo nada.

Xisco y Carol estaban inmersos en su conversación, que consistía básicamente en susurros sugerentes. Eso hacía que aumentara por momentos la incomodidad de los otros dos, que estaban sentados muy derechos en los asientos traseros del coche. Fue Gori quien se atrevió a romper el tenso silencio:

—¿Es la primera vez que venís a Mallorca? —Después de devanarse la cabeza durante un buen rato, había pensado que esa pregunta podía ayudarle a romper el hielo.

—Sí, es la primera vez —contestó Amanda con amabilidad—. Aunque no era nuestra primera opción.

Gori levantó las cejas, aunque Amanda se perdió su expresión interrogante porque el interior del coche estaba muy oscuro, así que al chico no le quedó más remedio que preguntar:

—¿No te gusta Mallorca?

—La verdad es que hemos llegado hoy, todavía no hemos visto nada más que el hotel y, o me equivoco mucho, o eso va a ser lo único que veamos.

—¡Uf! —exclamó Gori.

—Llevábamos dos años preparando un viaje a Jerusalén y Jordania —aclaró Amanda con tristeza—. Primero nos topamos con la oposición de nuestros padres, aunque los pudimos convencer;

después pasó lo del cierre de fronteras… Así que aquí estamos. La intención era hacer un viaje cultural, no uno de sol y playa.

—Sí que ha sido una putada, pero, si queréis hacer un viaje cultural, aquí también hay muchos sitios que visitar. No tenéis por qué quedaros todo el día en el hotel.

Fue el turno de Amanda de levantar las cejas.

—He estado mirando en internet y he descubierto que el tema del transporte público deja mucho que desear en esta isla —informó cuando se dio cuenta de que su cara sarcástica había pasado inadvertida para el joven.

—Eso es cierto. ¿No tenéis carnet de conducir? Podríais alquilar un coche.

—Carol tiene, pero no ha tocado un volante desde el día que aprobó el examen, así que no sé si puedo fiarme demasiado de ella.

Carol, que estaba inmersa en la conversación que mantenía con Xisco, ni se enteró de que estaban hablando de ella.

A los pocos minutos, Xisco aparcó en una calle abarrotada de coches.

—Ya hemos llegado —anunció. Salió para ir a abrirle la puerta a Carol.

Amanda puso los ojos en blanco; pero cuando vio que Gori parecía querer hacer lo mismo que Xisco, lo detuvo con un enérgico: «Ni se te ocurra», al tiempo que levantaba una mano en su dirección y le apuntaba con el dedo índice.

El pobre chico, que se había relajado un poco durante el trayecto, volvió a envararse y contestó con un tartamudeo:

—¡Para nada! —Y levantó ambas manos. Amanda se rio, lo que hizo que el momento de tensión se esfumara.

—Venga, vamos a ver hacia dónde nos arrastran esos dos tortolitos —le dijo mientras se apeaba del coche.

El bar al que los había llevado Xisco era espacioso, estaba decorado en tonos blancos y crema y daba la sensación de calma nada más traspasar el umbral.

Se dirigieron a la parte trasera, donde había una gran piscina. Desde la terraza podía verse también el mar. El sol ya se había

puesto, pero la noche aún no había caído del todo y el tono violáceo del anochecer cubría casi por completo las olas.

La piscina estaba rodeada de sofás y tumbonas dobles que permitían sentarse a observar el ir y venir del agua. Una tenue música, muy relajante, invitaba a hablar en voz baja, por lo que los clientes del sitio estaban sentados muy cerca unos de otros.

Encontraron dos sofás desocupados en una esquina y, rápidamente, Xisco y Carol se sentaron en uno de ellos, con lo que dejaron el otro para Gori y Amanda. Ella se resignó a tomar asiento junto al chico que, a pesar de que no era feo, no le interesaba lo más mínimo para tener una noche loca.

—¿Hace mucho que trabajas en el hotel? —se interesó después de que el camarero les hubiera traído los gin-tonics de diseño que Xisco se había encargado de pedir.

—No, qué va, es mi primer año. Xisco y mi hermano empezaron a trabajar ahí con diecisiete años, pero a mí no me han dejado hacerlo hasta este verano.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Amanda, aunque ya sabía que el chico era joven.

—Voy a cumplir dieciocho en noviembre —contestó con timidez.

—Pues no es que seas mucho mayor que Xisco o tu hermano cuando empezaron, ¿no has dicho que lo hicieron a los diecisiete?

—¡Ya lo sé! —exclamó él—. Lo que me da rabia es que han sido ellos los que se han encargado de comerle la cabeza a mi madre para que no me dejara empezar a trabajar antes. Aunque sospecho que lo han hecho para que no los molestara —afirmó con una protesta patente en la voz.

Amanda se rio de nuevo. Gori era un chico muy agradable y se estaba divirtiendo con la charla que mantenía con él.

—Y ¿ya has acabado el bachillerato?

—Acabé a principios de junio, por eso he empezado a trabajar. Voy a estudiar Medicina en Barcelona y quiero echar una mano a mi madre. Estudiar fuera es caro; mi madre es viuda, y que Tomás trabajara todos los veranos mientras estaba estudiando fue un gran alivio para ella. Yo no quiero ser menos.

—Claro —contestó Amanda, complacida de que la conversación no fuera por otros derroteros más delicados.

—¿Y tú? Has dicho que estabais de viaje de fin de carrera, ¿qué has estudiado?

—Carol y yo hemos estudiado Filología Inglesa.

—¿Queréis ser profesoras?

—Sí, terminamos el máster de educación hace apenas quince días. En septiembre empezaremos a trabajar en un colegio concertado.

—¿Las dos en el mismo colegio?

—Sí —aseguró Amanda—, parece que no sabemos hacer nada la una sin la otra. La tía de Carol es la directora y nos ha enchufado.

Gori asintió con la cabeza y, al cabo de poco, añadió:

—Se me da fatal el inglés. —Lo decía con un deje de frustración en la voz.

—Pero si es muy fácil —le recriminó Amanda.

—¡Qué va! —exclamó él—. Me ha costado más aprobar el inglés que la biología. Soy negado para los idiomas. Ayer Xisco se rio de mí durante más de una hora porque a unos clientes que me preguntaron una dirección les dije que tenían que ir «all right» en lugar de decir «straight on».

Amanda prorrumpió en una carcajada tan sonora que varias personas se volvieron para mirarlos.

—¿Ves? Tú también te partes, pero a los que no nos gustan los idiomas, como a mí, no nos parece un chiste tan gracioso.

—Pues te aseguro que lo es —afirmó ella entre hipidos.

Gori sonrió. Tenía una sonrisa torcida y muy bonita. Amanda estuvo segura de que, en uno o dos años más, ese chico moreno y algo desgarbado haría furor entre las clientas del hotel. Se lo quedó mirando con dulzura y él malinterpretó su gesto soñador.

Se acercó a ella y le puso una mano en la pierna desnuda, con una inseguridad que a ella le hizo hasta gracia. Pero cuando se dio cuenta de que pretendía besarla, lo paró.

—Espera, espera —dijo—, no creo que…

Gori no la dejó acabar la frase, se separó de ella como si le hubieran dado un calambrazo. Se sentó muy erguido y con un hilo

de voz añadió:

—Perdona, no quería…

—No pasa nada —lo interrumpió ella—, solo que… no ando buscando un rollo.

—¡Tienes novio! —exclamó él bastante aliviado.

—No, no tengo —respondió incómoda. La cara de Gori fue todo un poema—. En serio, eres un chico muy agradable y, en un año o dos, quizás… —Paró de hablar. No sabía qué decir para no acabar de machacar el orgullo de Gori—. Estoy segura de que habrá más de una chica que se volverá loca por ti.

—Pero eso no pasará hoy, ni serás tú.

Amanda, que se sentía incapaz de añadir nada más, echó una mirada asesina en dirección a Carol para recriminarle el lío en el que la había metido. Solo que, cuando miró hacia el sofá que habían estado ocupando Xisco y Carol, lo encontró vacío.

—¡No están! —exclamó, expulsando el aire con fuerza.

—¿Quién no está? —preguntó extrañado Gori.

—¡Quién va a ser! Xisco y Carol. Se han ido. No están.

CAPÍTULO 4

Amanda y Gori habían estado enfrascados en su conversación y no se habían dado cuenta del momento en que los otros se habían marchado sin decir nada. Ninguno de los dos contestó al móvil cuando los llamaron.

—¡Joder! —exclamó Gori.

—Voy a pagar —indicó Amanda—. Tú ve al coche a ver si están allí; yo iré enseguida. Si acaso, los esperamos ahí.

—¿No tendríamos que asegurarnos primero de que no siguen por aquí? Digo yo que no nos habrán dejado tirados.

Amanda lo atravesó con la mirada.

—Vale —contestó, al tiempo que levantaba las manos en son de paz—. Voy hasta el coche.

«Espero no encontrarlos en faena; Xisco es capaz de eso y más, ¿no?», se preguntó a sí mismo sin querer expresar su preocupación en voz alta.

Amanda salió a la calle tras pagar. Iba mascullando improperios entre dientes contra Carol cuando se dio cuenta de que Gori regresaba con una cara de cabreo bestial.

—Se han ido.

—¿Se han ido? ¿Cómo que se han ido?

—Pues que se han ido, el coche no está. —Levantó los brazos con impotencia.

—¡La madre que la parió! —gritó Amanda—. Puedes estar segura de que esta me la pagas, ¡pero con intereses!, Carolina Antonia —murmuró luego para sí, dirigiéndose a su amiga—. Y ahora, ¿qué haremos? ¿Cómo se supone que tenemos que volver al hotel? —inquirió irritada.

—Por eso no te preocupes, he llamado a mi hermano. Se ha cabreado casi tanto como tú, pero ha dicho que vendría a recogernos —indicó Gori en tono de disculpa.

Amanda se dio cuenta de que estaba atacando a la persona equivocada. Intentó arreglarlo:

—¡Ah! Muchas gracias, pero igual podíamos haber pedido un taxi —añadió, después de acordarse otra vez de todos los antepasados de su amiga.

—No pasa nada, el hotel no está lejos. Tomás no tardará demasiado en llegar. Justo había acabado el espectáculo.

—¿El espectáculo? —se extrañó Amanda.

—Sí, mi hermano es el jefe de animadores. Cada noche hay espectáculo y él tiene que estar ahí; a veces actúa y otras solo dirige, pero no puede marcharse hasta que acaba. —Pareció que el chico quería pedir disculpas de nuevo—. No tendremos que esperar mucho, de verdad —repitió.

—No te preocupes —le dijo Amanda. Le apoyó una mano en el brazo al pobre Gori, que parecía llevar el peso del mundo sobre los hombros—. Tú no tienes que disculparte por nada. En cambio, Carol… —dejó el discurso en suspenso por unos segundos—, ella puede prepararse porque pienso hacérselo pagar hasta el fin de los días.

Gori se puso a reír. «La ansiedad tiene que salirme por algún lado», pensó. La noche no podía haber sido más catastrófica. Tenía la sensación de que había estado hablando de cosas insustanciales y que, seguramente, a la pobre Amanda no le habían interesado en absoluto.

Después había hecho un intento patético por besarla y ella lo había frenado sin pensárselo dos veces. Para rematar la jugada, Xisco los había dejado tirados y su hermano había tenido que acudir en su ayuda.

«¿Podía haberme ido peor?», se preguntó.

Y cuando esta idea todavía rondaba por su cabeza, se dio cuenta de que sí, de que podía irle aún peor.

Supo que su hermano acababa de llegar y que se dirigía hacia ellos. Y no lo supo porque lo viera acercarse, sino porque reconoció

la mirada de fascinación de Amanda; la que había observado muchas otras veces en mujeres de todas las edades cuando sus ojos se posaban por primera vez en Tomás.

Gori esperó el golpe en el hombro que sin duda le daría su hermano, siempre lo hacía, pero este no llegó. Se volvió para seguir la mirada de Amanda, por si acaso no hubiese sido Tomás quien había producido ese impacto en la chica, y entonces sí que le entró la risa floja.

—¿De qué te ríes si puede saberse, enano? —indicó Tomás al llegar junto a ellos.

Amanda, que había dejado de lado su fascinación por el recién llegado tras contagiarse de la risa del más joven de los hermanos, contestó entre hipidos:

—Espero que hayas venido en carromato, porque si tiene que llevarnos el caballo a los tres, lo tenemos crudo.

Tomás bajó la mirada a su atuendo y se dio cuenta de que había salido disparado del espectáculo sin entretenerse siquiera a cambiarse de ropa. Cuando Amanda y Gori vieron reflejado en sus ojos que se había dado cuenta, redoblaron sus risas.

El chico llevaba puesto un chaleco marrón con flecos y sin camisa debajo; unos pantalones que imitaban la piel de vaca y que le llegaban justo por encima de unas botas vaqueras con espuelas falsas. Era el vestuario que había lucido durante el último baile de esa noche.

Tomás frunció el ceño y se dio la vuelta sin esperar a su hermano y a la amiga de este. Gori consiguió coger aire entre risa y risa y urgió a Amanda para que siguiera a Tomás. Alcanzaron al bailarín vaquero cuando ya se estaba subiendo a un destartalado Renault 4L, que habría podido parecer un coche de coleccionista de haber estado en mejores condiciones.

—¡Joder, Tomás! —le recriminó Gori—, ya podrías cuidar este trasto un poco mejor, que va a ser mío algún día. ¿Cómo puede ser que lleves dentro tanta porquería? —Sin apenas coger aire continuó —: Amanda, será mejor que te sientes delante, aquí atrás no creo ni que se puedan apoyar los pies en el suelo.

—En lugar de quejarte tanto, estaría bien que fueras un poco agradecido —le espetó su hermano, algo picado—. Y no es que tenga muchos trastos, es que a ti te lo parece debido a esa obsesión que tienes por el orden.

Amanda no pudo evitar reírse de nuevo, por lo que se ganó una mirada airada de Tomás. Aunque los ojos le echaban chispas de irritación, hicieron que el corazón de Amanda se ralentizara cuando se posaron en ella. En el instante que había visto a ese *cowboy* acercándose decidido hacia ellos, se había quedado anonadada; pero en esos momentos lo observó con interés.

Era un chico guapísimo. Le parecía que podría trabajar como modelo más que como animador. Tenía los ojos de un verde claro, enmarcados por unas pestañas larguísimas y unas cejas espesas que le conferían un aspecto salvaje.

Amanda se estremeció por dentro. Una estudiada barba de dos días le cubría la mandíbula cuadrada y los pómulos altos le conferían un aspecto recio, muy varonil. Para completar el lienzo, unos labios que a Amanda le parecieron pedir besos a gritos. Eran perfectos, el inferior ligeramente más grueso que el superior; aunque en esos momentos mostraban un rictus serio, la chica estuvo segura de que, cuando sonreía, la gente en general, y no solo las chicas, debía caer rendida a sus pies.

—Tienes razón —dijo con dulzura cuando logró recuperar el control del habla—. Deberíamos estar dándote las gracias por venir a buscarnos y, en cambio, nos hemos reído de ti. No tenemos vergüenza.

Gori abrió los ojos como platos al verla ceder con tanta facilidad y estuvo a punto de protestar, hasta que la oyó continuar:

—Pero tampoco es que nos vayas a llevar a cuestas sobre los hombros; igual no será necesario que nos arrastremos a tus pies. —Dicho esto, entró en el coche y no dijo nada más.

Gori escuchó un gruñido proveniente de la garganta de su hermano y se rio entre dientes. Tomás no estaba acostumbrado a que las chicas le negaran nada, ni siquiera a que hablaran con coherencia cuando las miraba como había mirado a Amanda unos segundos antes.

«Quizás no le vaya mal que le den un baño de humildad», pensó con satisfacción.

Tomás se sentó en su asiento y dio un portazo al cerrar. Clavó de nuevo su mirada irritada en Amanda, que ni se inmutó.

Al observarla con detenimiento, se dio cuenta de que era una chica guapa, aunque no espectacular. La nariz, algo respingona pero no en exceso, le pareció graciosa. Estaba seria y se la veía preocupada. Cuando sus ojos siguieron descendiendo y llegaron a su busto, casi se le salieron de las órbitas. A Tomás le enloquecían las mujeres de pechos generosos, y los de aquella chica eran los más grandes que había visto en su vida. Cuando volvió a mirarla a la cara, ella lo observaba con expresión furibunda.

—¿Has acabado ya tu examen? —le preguntó sin tapujos—. ¿Podemos irnos? Estoy preocupada por mi amiga.

Tomás se sintió fatal porque lo hubiera pillado examinándola tan fijamente. Aunque intuyó que a la chica no le gustaría que le pidiera disculpas.

«Debe de estar harta de que gilipollas como yo se la queden mirando de esta forma», pensó.

Necesitaba decir algo para aliviar aquella situación que empezaba a resultarle incómoda. Bajó la cabeza y se rascó la barbilla mientras cavilaba qué podía decir para no empeorar las cosas.

—No creo que debas preocuparte por ella —comentó al fin—. Por lo que me ha dicho mi hermano, se ha ido con Xisco, ¿verdad?

—Eso espero.

—Entonces una de dos: o están en la habitación de Carol…

—Que comparte conmigo —lo interrumpió Amanda.

—Que comparte contigo —repitió Tomás—, o en la de Xisco, que comparte conmigo —remató.

—Tenía que haber supuesto que este era amigo del otro —murmuró Amanda.

—¿Perdón? —inquirió Tomás.

—Nada, hablaba sola. ¿Qué hacemos ahora?

—¿Matarlos? —preguntó él mientras elevaba los hombros y sonreía, corroborando lo que Amanda ya se había imaginado: que,

cuando lo hacía, el mundo se detenía unos segundos.

—No te creas que no he contemplado esa posibilidad —contestó Amanda con fingida rabia, aunque al final se le escapó una leve sonrisa.

—Vamos al hotel. Si no están en vuestra habitación, bueno, al menos tú tendrás un sitio donde dormir.

—Tú también tienes donde dormir, Tomás —indicó, con hastío, su hermano desde la parte trasera del coche.

—No pienso dormir contigo, enano, te apestan los pies.

—Ni lo escuches, Amanda. Vive en un apartamento conmigo y con Xisco, pero nadie comparte habitación.

Amanda miró a Tomás con los ojos entornados.

—Solo quería ver si te daba un poco de pena y dejabas de estar enfadada —se apresuró a decir mientras sonreía de nuevo y elevaba los hombros con gesto indolente.

—¡Anda ya! —protestó Gori. Podía imaginarse a Amanda contemplando a su hermano embelesada, algo que no había hecho con él en toda la noche.

Tomás se rio al escuchar gruñir a su hermano y Amanda resopló. Después pensó que esa fea costumbre se estaba haciendo demasiado habitual en ella en los últimos días.

Veinte minutos más tarde, ninguno de los tres había pronunciado ni media palabra. Cada uno iba inmerso en sus pensamientos.

Gori intentaba hacerse a la idea de que Amanda, que tanto le gustaba, no sería para él. La chica se lo había dejado claro, pero él no había terminado de creérselo hasta que llegó su hermano y lo dejó sin ninguna opción.

«Ya habrá otras —pensó—. El verano acaba de empezar».

Amanda iba pensando en formas dolorosas de torturar a Carol y ninguna le parecía lo bastante cruel. De vez en cuando murmuraba en voz baja, una costumbre por la que su madre la había regañado a menudo; no obstante, era superior a ella, no podía dejar de hacerlo. Al cabo de poco tiempo se dio cuenta de que tampoco podía evitar girarse furtivamente hacia su izquierda para mirar a Tomás. En la penumbra del coche pudo contemplar a placer sus hermosos rasgos y notó que un cosquilleo conocido le nacía en el estómago.

«¡Uf! A este no le frenarías si quisiera meterte mano como has hecho con su pobre hermano. Creo que hasta le enseñarías el camino a tu cama sin rechistar», habló consigo misma, sin despegar los labios esta vez.

En una de esas ocasiones él la sorprendió observándolo y ella se azoró. Decidió que seguir mirándolo no haría más que acrecentar su ego y que no volvería a hacerlo. Pero sus ojos no parecían estar de acuerdo con aquella decisión y lo buscaban cada pocos segundos.

Tomás, por su parte, había estado repasando mentalmente los temas que aún le quedaban por estudiar esa semana y comprobó, satisfecho, que iba un poco adelantado. Suspiró y se relajó. Podría cumplir con el plazo que se había marcado, estaba casi seguro de ello. Pero no podía perder ni un minuto más.

«A partir de esta noche apagaré el móvil antes del espectáculo y no volveré a encenderlo hasta el día siguiente», pensó. «Si Gori y Xisco quieren irse por ahí, que se preocupen de cómo volver si el otro se larga antes. Se lo voy a decir en cuanto dejemos a la chica en su habitación».

Pensar en Amanda hizo que volviera a mirarla. Además de guapa, tenía carácter, y a él le gustaban las mujeres fuertes.

«¡Y esos pechos!», recordarlos hizo que se le calentara la sangre de inmediato. Volvió a observarla y se dio cuenta de que ella bajaba la vista con evidente turbación. La sangre se le calentó un grado más.

«No, no y no. Tienes que centrarte en estudiar, ya habrá tiempo para mujeres después».

—Xisco me ha dicho que mañana podría librar. —Oyeron que decía Gori entonces—. Creo que voy a coger la moto y me iré a casa a dormir.

—¿A estas horas? Vas a asustar a mamá —contestó su hermano.

—Mamá duerme tan profundamente que no va a enterarse de que estoy en casa hasta que mañana se vaya a trabajar y vea la moto en el garaje. ¡Como si fuera la primera vez que lo hago!

—Haz lo que quieras.

—Pues acompáñame primero al apartamento, así no saldré tan tarde —dijo Gori—. No te importa ¿verdad, Amanda?

—Así de paso vemos si Xisco y tu amiga…

—Carol —lo cortó Amanda.

—Tu amiga Carol —puntualizó Tomás—, está ahí por casualidad.

—Como queráis —dijo la chica—. No me importa a dónde vayamos primero.

A los pocos minutos, Tomás aparcó el destartalado coche ante una finca de apartamentos y los dos hermanos se apearon con rapidez.

—¿Tú no bajas? —le consultó Gori a Amanda al ver que no se movía de su asiento.

—Sí, claro —contestó ella insegura—. Estaba llamando otra vez al móvil de Carol para ver si lo cogía, pero nada.

Una vez en la entrada de la finca, se metieron los tres en un amplio ascensor.

—El piso es de Xisco —explicó Gori—. Aunque el hotel es uno de los pocos que todavía tienen habitaciones para los empleados, los padres de Xisco pensaron que estaría mejor viviendo en su propia casa. Así que hace unos años le compraron este apartamento para que pudiera quedarse cerca del trabajo. Y a nosotros nos viene genial, ¿verdad, Tomás? Porque nos deja vivir con él.

Tomás le echó una mirada airada a su hermano. No entendía la necesidad que tenía el chico de contarle todo aquello a una desconocida.

«Qué más le da a ella de quién sea el apartamento en el que vivimos», se preguntó mientras metía la llave en la cerradura para abrir la puerta.

Se dio cuenta de que le hubiese gustado poder presumir ante Amanda de que el piso era suyo y no de Xisco.

Nada más cruzar el umbral, los tres comprobaron que en el apartamento no había nadie. Estaba a oscuras y en silencio, no había luz en ninguna de las habitaciones y la de Xisco tenía la puerta abierta de par en par.

—¡Pues aquí no están! —Gori señaló lo evidente.

—¡La mato, la mato! —murmuró Amanda—. Primero la encuentro y después la mato.

—Pues ya podemos hacernos una idea bastante clara de dónde pueden estar —apuntó Tomás al tiempo que daba una palmada.

—¿Puedes acompañarme ahora al hotel? —pidió la chica, que se había dado cuenta de que no tenía ni idea de cómo llegar hasta allí.

—¿Ahora no te parece mal mi carromato? —la interpeló Tomás, medio en serio, medio en broma.

—Es que no me ha parecido mal en ningún momento —expuso ella picada. No tenía el cuerpo para bromas, aunque vinieran de un chico tan guapo como aquel—. Lo que me ha hecho gracia antes ha sido tu disfraz.

—Pues, si me disculpas, me daré una ducha y me pondré otra ropa —indicó él entre dientes, ofendido por la pulla. Se dirigió hacia un pasillo lateral y desapareció por él.

Amanda iba a soltar algún otro exabrupto, pero no le dio tiempo y se quedó con la boca abierta. Gori se encogió de hombros y levantó las manos con las palmas hacia arriba.

—Su especialidad es dejarte con la palabra en la boca —dijo—. Es casi imposible pelearse con él.

Después desapareció por el mismo pasillo por el que lo había hecho su hermano.

Amanda gruñó. Se sentía atraída por Tomás, pero él no paraba de meterse con ella. Aunque no le hacía ascos a una lucha dialéctica, en esos momentos no se veía capaz de salir victoriosa, y no le gustaba nada perder.

Cuando se calmó un poco, dio una vuelta sobre sí misma para observar el lugar y descubrió que el apartamento era agradable y estaba muy limpio. La entrada, la cocina y un pequeñísimo salón compartían espacio, pero estaban bien delimitados. Un sofá marrón con *chaise longue* presidía toda la estancia; Amanda decidió sentarse en él para esperar a Tomás.

Sobre una mesita baja había unas cuantas revistas. Cogió una para ojearla, estaba en francés.

«No me voy a enterar de nada —pensó—. Al menos espero que tenga fotos».

Al llegar a la primera página que no era de publicidad de algún perfume masculino, se quedó sorprendida y muy ofendida. Una

descomunal rubia posaba en un desnudo integral y con una postura muy sugerente.

—¡Cómo no! —exclamó para sí mientras cerraba la revista de golpe.

Volvió a abrirla enseguida.

«Esa tía es tan rubia que no se le ve el vello… ¿o es que lo tiene todo depilado?», se preguntó. Se acercó la revista a la cara para poder observarla mejor.

—Pensaba que a las chicas no os gustaban demasiado esas revistas. —La voz de Tomás la paralizó—. Pero veo que tú muestras un gran interés.

—Solo estaba comprobando algo —contestó mientras cerraba la revista con rapidez. Para su desgracia, notó que se había puesto roja como un tomate.

—¡Ah, que le estabas contando las pecas! —Tomás sonreía con sorna, y eso ofendió más a Amanda que sus palabras.

Tenía una contestación cortante en la punta de la lengua, pero el cerebro se le quedó en blanco en cuanto sus ojos se posaron en él. Llevaba el pelo húmedo y algunos mechones rebeldes le caían sobre la frente. No llevaba el pelo largo; era solo ese mechón indisciplinado que tenía que apartarse de los ojos una y otra vez. Ese aire descuidado resaltaba más aún sus rasgos viriles.

Se había puesto una camiseta negra que le permitía a Amanda reconstruir mentalmente la imagen de los músculos definidos que había visto tan bien antes, cuando los llevaba al descubierto; y unos vaqueros ajustados que hicieron que le temblaran las rodillas.

«¡Venga ya! —se recriminó—. Si no es más que otro chulo piscinas como su amigo. ¡Dejad ya de temblar, traidoras!».

Tragó saliva y la sonrisita de suficiencia de Tomás la sacó de quicio.

—Si no fuera porque no tengo ni idea de cómo llegar al hotel, anda que me tendría aquí, esperándolo —murmuró para sí.

—¿Te han dicho alguna vez que no paras de refunfuñar?

—Es una costumbre que mi madre odia —contestó. Después se mordió la lengua para no decir nada más. No le apetecía contárselo

precisamente a él, porque no era capaz de adivinar si le estaba tomando el pelo.

—¿Me puedes acompañar ahora al hotel? —preguntó.

—Por supuesto —aceptó Tomás mientras señalaba el camino con una mano. No se movió de donde estaba, lo que obligaba a Amanda a pasar muy cerca de él para dirigirse hacia la salida.

«Si me pone una mano encima, le doy con el *clutch*», se dijo. Pero no fue necesario. Cuando se acercó a él, Tomás retrocedió un paso, dándole espacio suficiente para pasar entre él y el sofá.

En aquel preciso instante apareció Gori por el pasillo. Llevaba una mochila cargada al hombro y un casco en la mano.

—Bueno —soltó algo cohibido—, nos veremos por el hotel, supongo.

—¡Seguro! —Una gran sonrisa iluminó el rostro de Amanda—. Disfruta de tu día libre —añadió, despidiéndose de él con la mano.

Era la primera vez que Tomás la veía sonreír con calidez, y se dio cuenta de que, al hacerlo, Amanda pasaba de ser simplemente bonita a exhibir una belleza radiante. Había visto a otras personas cambiar con solo una sonrisa, pero nunca de forma tan espectacular. Se la quedó mirando embobado y tropezó con sus propios pies. Gori emitió una risita y lo golpeó en la espalda.

—Me parece que vas a estudiar poco mientras Amanda siga por aquí —murmuró para que solo pudiera oírlo su hermano.

Tomás no le contestó. No quería que Amanda se diera cuenta de que hablaban de ella, pero la mirada que le dirigió a fin de hacerlo callar hizo que Gori soltara una risotada que resonó por toda la escalera del edificio.

—¿Quieres apostar? —atacó el más joven de nuevo en voz baja.

Tomás salió del piso y le cerró la puerta en las narices para que no siguiera molestándolo.

Al entrar en el ascensor, la sonrisa de Amanda ya se había desvanecido y Tomás empezó a devanarse los sesos en busca de una forma de hacerla reaparecer. No se habían dicho nada amable en todo el rato que habían pasado juntos y, en esos momentos, no veía cómo empezar. Además, se dio cuenta de que le encantaba hacerla rabiar.

«Aunque ella tampoco se queda atrás», pensó.

La miró abiertamente, pero ella observaba sus zapatos con atención evitando dirigir la vista hacia él. Bajaron los tres pisos sin que ninguno de los dos pronunciara una sola palabra.

Cuando salieron del edificio, Tomás, empeñado en verla reír de nuevo, se detuvo delante de la puerta de su destartalado coche y le propuso a Amanda con una mirada pícara:

—¿Qué tal si enterramos el hacha de guerra?

—Hombre, de eso tú sabrás un rato —contestó ella intentando disimular su sonrisa.

—¿Por?

—Digo yo que te habrás cruzado con algún indio, al menos cuando vas vestido como un *cowboy* de pacotilla —se mofó, aunque Tomás no pudo notar ni un atisbo de malicia en su voz. Al contrario, su tono era más bien amable y vio cómo ella intentaba ocultar otra sonrisa.

—Esta vez me has herido de verdad. —Se colocó la mano en el pecho mientras se encogía, como si una bala le hubiese atravesado el corazón.

Amanda se rio y Tomás le devolvió la sonrisa, sintiéndose contento. Después, los dos se metieron en el coche.

—He sido un poco borde, ¿no? —dijo Amanda al cabo de un rato, torciendo el gesto—. Lo siento, pero creo que, una vez más, he hecho pagar el pato a quien no debía. Me pasa a veces. Aunque también sé pedir perdón.

Tomás apartó la vista de la carretera para volverse hacia ella y arqueó las cejas.

—¿Qué? —preguntó ella, sosteniéndole la mirada.

—Estoy esperando esa disculpa —indicó él jocoso.

—¿Perdona? —Amanda entrecerró los ojos—. Tú tampoco has sido un ejemplo de humildad.

Tomás soltó una carcajada.

—Vale, digamos que yo también he sido un poco borde. Empate, ¿entonces? —propuso al tiempo que alargaba la mano derecha para sellar el trato, con una gran sonrisa en los labios.

—De acuerdo, empate —aceptó Amanda mientras le estrechaba la mano con decisión.

...

En la habitación que compartían Carol y Amanda tampoco encontraron a los dos desaparecidos. Tomás pudo ver cómo Amanda se ponía cada vez más nerviosa, pero no sabía dónde podían haber ido Xisco y Carol. Había montones de sitios a los que a su amigo le gustaba llevar a sus ligues.

—No te preocupes por ella —dijo al ver aumentar el nerviosismo de Amanda—, Xisco la habrá llevado a nadar a alguna playa. Hoy hay luna llena, no sería nada raro.

Amanda lo miró, se la veía alterada, aunque intentaba mantener la compostura.

—Si le pasa algo a Carol me voy a morir, y después su madre me va a matar por haber dejado que le pasara algo. —Le temblaba la voz y a Tomás le pareció que los ojos de la chica brillaban por las lágrimas contenidas.

—Bueno, no creo que tú la hayas obligado a hacer nada que no quisiera. Ni tú ni nadie —se apresuró a añadir al ver cómo Amanda abría los ojos como platos—. Quiero decir que lo que le pueda pasar, que no le pasará nada —remarcó—, en ningún caso sería tu responsabilidad o tu culpa.

Amanda se retorció las manos.

—Nunca había hecho algo así. Siempre me avisa cuando va a irse. Pero hoy… —se detuvo unos segundos—, no sé, estoy asustada.

—No tienes por qué estarlo. Está con Xisco, eso es seguro, y él cuidará de ella. No es tan cabeza hueca como quiere aparentar. Te aseguro que a Carol no le pasará nada malo mientras esté con él.

Amanda lo miró con aprensión, pero no contestó. Él continuó:

—Si yo fuera tú, intentaría dormir un rato y, cuando te despiertes por la mañana, te darás cuenta de que ella ha llegado durante la noche sin que te enteraras siquiera.

—Si tú lo dices… —Se veía que Amanda no estaba nada convencida de ello.

—Pues venga, me voy y te dejo descansar, ¿de acuerdo?

Amanda asintió con la cabeza y lo acompañó hasta la puerta. Tomás se volvió para mirarla de nuevo y le repitió:

—Ya sé que no me conoces, pero te aseguro que puedes fiarte de mi palabra. Carol está bien y seguirá estándolo. En serio.

—Gracias —contestó la chica con evidente tristeza en la voz.

Tomás le dijo adiós con un gesto de la mano y se marchó pasillo abajo.

Amanda sabía que no iba a poder dormir hasta que llegara Carol y ella comprobara con sus propios ojos que de verdad estaba bien. Intentó llamarla de nuevo al móvil, como había hecho innumerables veces esa noche, pero su amiga seguía sin contestar.

«Pues mira que si esto te hubiera pasado en Jordania, ¿qué habrías hecho? —se preguntó—. Lo mismo que aquí; nada. Porque lo único que puedes hacer es esperar. Pero, si mañana por la mañana no ha regresado, me iré de cabeza a la policía», se prometió.

CAPÍTULO 5

Sobre las seis de la mañana, después de haber estado dando vueltas en la cama durante toda la noche, Amanda se quedó profundamente dormida. A eso de las ocho se despertó sobresaltada y, como había temido, Carol seguía sin aparecer. Se vistió a toda prisa y salió de la habitación. Quería encontrar a Tomás y pedirle que la acompañara a la policía.

«Quizás Carol y Xisco hayan ido a su apartamento y no haga falta ir a poner una denuncia», pensó, ansiosa.

Por su cabeza habían desfilado todo tipo de imágenes, algunas verdaderamente tétricas, otras no tanto. Aunque se repetía que lo más probable era que Tomás tuviera razón y que aquellos dos hubieran pasado la noche recreándose uno en el otro, sin pensar en nada más; no podía evitar ponerse en lo peor.

Su cerebro no le había dado tregua en las últimas horas y un dolor pulsante en la frente le recordaba lo poco que había dormido.

Nada más llegar a la Gran Plaza divisó a Tomás y, como ya le había pasado la noche anterior, una punzada de deseo la recorrió por dentro. Llevaba unas gafas de sol tipo Ray-Ban que le quedaban de muerte y, por un segundo, a Amanda hasta le costó tragar saliva.

—No hay derecho a que un tío esté tan bueno. No es justo para el resto de los pobres mortales —murmuró, olvidando por unos instantes a su amiga.

Tomás vio a Amanda acercarse a él con paso apresurado y enseguida supo que Xisco y Carol no habían dormido en la habitación de ellas.

—¿No han aparecido? —preguntó cuando ella estuvo lo bastante cerca como para oírlo.

—No, ¿tampoco han ido a vuestro apartamento?

—No, no han venido —aseguró.

Bajó la cabeza, se pasó la mano por el pelo mientras se preguntaba qué podía decirle a la pobre chica para que se tranquilizara. Volvió a levantar la cabeza con lentitud y lo que vio hizo que se le descolgara la mandíbula.

Amanda se asustó al ver la expresión de Tomás y siguió la dirección de su mirada.

Carol y Xisco se dirigían hacia ellos. Iban abrazados y tan cerca uno del otro que parecían uno solo. Tomás no salía de su asombro; nunca había visto a su amigo tan pegado a uno de sus ligues a la mañana siguiente.

Amanda observó a Carol y se dio cuenta de que llevaba un vendaje en un pie. Dio un salto y salió corriendo hacia su amiga.

—¿Qué os ha pasado? —gritó, rozando la histeria—. ¿Habéis tenido un accidente? ¿Por qué no me has llamado?

Las preguntas se le atropellaban en la boca, lo que hizo aparecer una luminosa sonrisa en el rostro de Carol.

—No me ha pasado nada, bobita —aclaró sin deshacer su abrazo de Xisco, aunque la rodeó también a ella con un brazo.

—Entonces, ¿qué es ese vendaje? No me mientas.

—¡Para, Amanda, para! Estás al borde de un ataque de nervios por nada.

—¿Por nada? —contestó al tiempo que se soltaba del abrazo de su amiga—. He pasado la noche preocupada, preguntándome dónde podías estar. No me avisaste cuando te fuiste y nos dejasteis tirados al pobre Gori y a mí. Y encima no has contestado a ninguna de mis dos mil llamadas.

—¡Gori! —la interrumpió Carol. Después le preguntó en un susurro—: ¿Qué tal con él?

—¿¡Qué tal qué, Carol!? ¿¡Qué tal qué!? —Amanda estaba gritando a pleno pulmón cuando Tomás llegó junto a ellos tres.

—Cálmate, Amanda —dijo—. ¿Ves cómo no les ha pasado nada?

—¿No? Entonces, ese vendaje, ¿qué es?

—Fuimos a la playa y me picó un pez araña, eso es todo. Me dolía muchísimo y me pusieron una inyección de cortisona y unas

gasas. Solo me colocaron la venda porque el esparadrapo se pegaba fatal al pie. Venga, no hagas un drama de esto.

—¿Y el teléfono?, ¿para qué lo tienes?

—Lo siento, Amanda, lo dejé en el coche. No lo he mirado en toda la noche. No podía imaginar que fueras a ponerte así.

Amanda contempló a Carol y a Xisco con los ojos entrecerrados, sin terminar de fiarse de ellos. Abrió la boca para decir algo y volvió a cerrarla.

Se sentía avergonzada por el cuadro que acababa de protagonizar; aunque se negaba a reconocer que no tenía razón. Estaba convencida de que Carol habría actuado igual que ella si la situación hubiese sido a la inversa. Además, creía que, al menos su amiga, debía entender que ella se hubiese puesto tan nerviosa.

Gruñó y se dio la vuelta para dirigirse hacia la habitación que compartían. Iba murmurando y los tres chicos pudieron entender, como mínimo, las palabras «desagradecida», «mala amiga» y «maligna», entre otras lindezas.

Carol fijó su mirada en los ojos de Xisco y él asintió sin que ella necesitara decir nada. Le dio un beso suave en los labios y salió corriendo tras su amiga.

Tomás elevó las cejas de forma interrogante hacia donde estaba Xisco mientras este le devolvió la mirada sonriendo.

—¿Dónde la llevaste para que le picara un pez araña? Anda que debe de haber sido una noche movidita —comentó medio riéndose.

—Fuimos a *Cala Gat*. Había luna llena y me apetecía enseñársela.

—¡Ya imagino qué era lo que querías enseñarle! No hace falta que me lo digas. —De repente se echó a reír con más ganas—. Y el pez, que seguro que tiene su residencia en la cala, estará harto de que quieras mostrarle lo mismo a una tía distinta cada noche y se ha vengado —murmuró entre risas. Tomando aire añadió—: La pena fue que no te picara a ti.

—¡Gilipollas! —contestó Xisco al tiempo que le daba un golpe con fuerza en el hombro—. Me asusté mucho. Se puso a gritar de dolor y tuve que llevarla a cuestas todo el camino de vuelta hasta el coche.

—Es que el puto pez se ensaña cuando te pica. Prefiero un millón de picaduras de medusa antes que una de un pez araña.

—A mí no me ha picado ninguno, pero anoche hubiera preferido ser yo el herido. Hubo un momento en que se puso a temblar con tanta fuerza que creí que se me caía de los brazos.

—A ver, que yo me aclare —masculló Tomás empezando a enumerar con los dedos—: la llevaste a cuestas durante un buen trecho; si estabais en *Cala Gat,* fue toda una hazaña. No puedo asegurarlo, pero me imagino que entre la visita a Urgencias, el dolor y el susto, de sexo… poco o nada. Y esta mañana apareces pegado a ella con una lapa. ¿Me estoy perdiendo algo?

—Me he enamorado, tío. Creo que ella podría ser la del tatuaje —afirmó Xisco con solemnidad.

Tomás lo miró por encima de las gafas de sol.

—¡Que te has enamorado!, ¡que ella va a ser la del tatuaje! —bufó—. Mira, tío, el que cree que eso de enamorarse es la hostia eres tú; pero yo no me lo trago. Ya sabes que ni siquiera pienso pasar el tiempo suficiente con alguien como para poder quedarme pillado.

—Eso no lo eliges tú, puedes quedarte pillado en una sola noche, como me ha sucedido a mí. Y no te estoy hablando de un enamoramiento de verano. Te estoy hablando de amor de verdad, para toda la vida.

—Ese es precisamente el tipo de amor que voy a evitar a toda costa. No tengo intención de pasarlo tan mal como lo pasó mi madre, y mucho menos hacer pasar a nadie por eso. Tú cásate si quieres, pero yo no pienso prometer el «para siempre» a nadie.

—Vale, si quieres, sigue afirmando que estar enamorado es una mierda, pero ahí estaré yo para reírme de ti cuando te llegue la hora. Y en cuanto a lo de casarme, no creas que me disgusta la idea. Quizás incluso antes de que acabe el verano —añadió reflexivo.

Tomás lo observó incrédulo.

—¿Casarte? ¡Si no lo decía en serio!, solo era una manera de exagerar la situación —exclamó—. ¿Te das cuenta de que se te va la pinza?

—Ya puedes ir haciéndote a la idea —continuó Xisco, animándose por momentos—. A ella le pasó lo mismo que a mí. Te aseguro que empieza a dolerme el no tenerla aquí, a mi lado.

—De verdad que creo que has perdido la cabeza.

—Sí, amigo, la he perdido por completo. He perdido la cabeza por Carol —dijo abriendo los brazos.

—Me entran ganas de darte dos hostias a ver si vuelves a ser tú.

—Que no, chaval, que no hace falta que me pegues, soy el mismo de siempre; estoy mejor que nunca. Me he enamorado —repitió—. Por cierto, ¿qué haces hoy?

Tomás negó con la cabeza. Sabía, por experiencia, que cualquier cosa que le dijera a su amigo caería en saco roto. No lo iba a escuchar, siempre hacía lo que quería, y cuando quería.

—Estudiar —respondió, al fin—. Sigo teniendo el examen del FIR a principios del año que viene.

—Es que le he dicho a Carol que las llevaríamos a ella y a Amanda a dar una vuelta con las motos.

—Pues mi hermano no está, se fue a casa anoche.

—Ya lo sé, le he llamado y me lo ha dicho. —Xisco sonrió para añadir—: También me ha dicho que a Amanda seguramente le gustaría más ir contigo que con él.

Tomás lo miró con fijeza. No le pasaba por alto que Xisco se lo había pedido primero a Gori y que este había declinado la oferta en su favor.

—Tengo que estudiar, no cuentes conmigo. Además, ya lo sabías cuando le has prometido eso a Carol. De todas formas, no creo que tu chica pueda convencer a Amanda, estaba muy enfadada. Ayer me costó un huevo que se tranquilizara y me creyera cuando le dije que tú no le harías daño a su amiga.

—¡Ya! También me lo ha comentado Gori.

—¿Qué te ha dicho? —quiso saber Tomás receloso.

—Que tú le habías levantado el ligue y que te la habías llevado al hotel. —Elevó las cejas varias veces queriendo dar énfasis a sus palabras.

—¿Que yo qué? Me va a oír ese imbécil cuando lo pille. Encima de que fui a buscarlos cuando tú los dejaste tirados. Es que no sé

cómo me digno a dirigiros la palabra a alguno de los dos.

—Porque nos quieres, aunque lo niegues.

Tomás le dio la espalda a su amigo y empezó a andar hacia la oficina que compartía con el resto de los animadores. Ya había perdido al menos media hora y tenía que ponerse a estudiar. Xisco lo sujetó por un brazo.

—Venga, tío, no me dejes tirado.

—No te dejo tirado, en ningún momento te he dicho que valorase ir a pasear a esas chavalas por la isla en moto.

—Hostia, Tomás —le suplicó su amigo—, por un día no pasará nada.

—No, Xisco —contestó Tomás—. He estudiado Farmacia con la idea de entrar a trabajar algún día en un hospital.

—¡Lo sé! —lo interrumpió—. Desde que «conociste» a aquella clienta que era farmacéutica hospitalaria… —añadió medio en burla medio en serio.

—Pues, si lo sabes, ¿por qué no me echas una mano, en vez de ponerme trabas?

—Joder, tío, no te estoy pidiendo que dejes de estudiar durante todo el verano, solo que lo hagas hoy. Además, no es como si pretendiera que fueras de pareja con un adefesio. La chica no está nada mal.

—Creía que los hombres que iban a casarse no se fijaban en las amigas de su futura esposa.

—Voy a casarme, pero no me he quedado ciego —rebatió Xisco.

Tomás se dio cuenta de que tenía más ganas de salir con la moto, con Amanda a su espalda, de las que había creído. Agachó la cabeza y se rascó la nuca. Tampoco quería ceder con tanta facilidad, de lo contrario Xisco pensaría que podía convencerlo con ese argumento durante todo el tiempo que Amanda y Carol permanecieran en el hotel.

—Te voy a poner dos condiciones, aunque te repito que no creo que Amanda ceda con facilidad —dijo al cabo de unos minutos—. La primera es que no me busques más en toda la semana.

—¡Hecho! —contestó Xisco—. ¿Y la segunda?

—Hoy lo pagas tú todo.

Xisco se echó a reír. No tenía problema en invitar a su amigo y a las chicas a comer, o a lo que fuera. Sus circunstancias y las de Tomás eran muy diferentes. Él no había empezado a trabajar para ayudar económicamente en su casa, como lo había hecho Tomás; tampoco había querido estudiar una carrera, ¡estudiar era un palazo!, se decía.

Él había empezado a trabajar solo porque sus padres habían pensado que eso haría que se tomara el bachillerato con más interés del que había puesto en la secundaria. Sin embargo, para lo único que le había servido a Xisco lo de trabajar había sido para tener más dinero a su disposición. Sus padres, que nunca habían necesitado el sueldo que él pudiera aportar, le dejaban quedarse con lo que ganaba. Poder usar todo ese dinero para sus caprichos había hecho que, en definitiva, perdiera las pocas ganas que tenía de estudiar.

...

Carol no pudo alcanzar a Amanda hasta que llegaron a la habitación que compartían. «Joder, esta vez sí que se ha enfadado de verdad», pensó. No lo tendría fácil para hacerse perdonar.

—Amanda, por favor, no hagas un drama a costa de la noche más maravillosa de mi vida.

Amanda la examinó con rabia, pero no dijo nada; le volvió la espalda enseguida.

«Vaya, eso va a ser una mala señal», se dijo Carol.

—En serio, Amanda, mírame. Mira lo feliz que soy.

—¿Que tú eres feliz? ¿Sabes la noche que he pasado yo? ¿Te das cuenta de que te fuiste sin decir nada? Desapareciste, Carol. Me asusté un montón.

—No tenías por qué, sabías que estaba con Xisco.

—Solo lo imaginaba. Además, eso no era garantía de nada. Lo acababas de conocer —dijo Amanda con enfado—, y encima nos dejasteis tirados. Tuvo que venir el hermano de Gori a buscarnos.

—Lo siento tanto, Amanda, de verdad —la cortó Carol—. Pero es que estoy viviendo un sueño. Ayer me fui sin darme cuenta de que te dejaba tirada. Te aseguro que no fue en plan egoísta. Me conoces

lo suficiente para saber que esa no es mi manera de actuar —añadió —, ¡pero es que lo que pasó anoche…! —Carol se abrazó a sí misma, se mordió el labio inferior y miró hacia arriba antes de continuar—: Me he enamorado, Amanda, como una loca.

—Sí, estás loca, ¡pero como una cabra!

—En serio, Amanda —afirmó Carol mientras le cogía la mano—. Fue algo que no sé cómo explicar. Es como si Xisco y yo nos conociéramos desde hace cien vidas. ¡Qué digo cien!, ¡mil!

—Anda que no eres cuentista cuando te lo propones —le contestó Amanda haciendo un movimiento de arriba abajo con la cabeza para enfatizar sus palabras.

—¡Que no, Amanda! Noté una conexión con su alma desde el primer momento. Y él me dijo que le había pasado lo mismo conmigo. Por eso nos fuimos sin darnos cuenta de lo que nos rodeaba ni de que os dejábamos atrás.

—No me lo recuerdes, que aún estoy a tiempo de meterte dos bofetadas con la mano abierta. Estoy muy enfadada, Carol. ¡Muy enfadada!

—¿Cómo puedo disculparme, Amanda? Pídeme lo que quieras y te lo daré.

—Pues mira, de momento, déjame en paz. No tengo ganas de verte ni de oír tus falsas disculpas. Voy a meterme en la cama y dormir. Tú haz lo que quieras, pero apártate de mi vista.

—¡Joder, Amanda! Xisco me ha dicho que él y su amigo Tomás nos llevarían a dar una vuelta en moto.

—¡Sí, precisamente ir a dar un paseo en moto es lo que yo tenía en mente ahora mismo! —contestó Amanda cada vez más enfadada.

—Vale, está bien. Métete en la cama si eso es lo que quieres. Yo me daré una ducha y me iré a la piscina para no molestarte —dijo haciendo una especie de puchero.

Pero Amanda no picó, conocía las tretas de Carol y no quería perdonarla tan deprisa como de costumbre. Pensó que, por una vez, a su amiga le tocaba pasar un mal rato. Así que se metió en la habitación, se puso el pijama y se acostó sin decir ni media palabra.

Oyó como Carol se duchaba y, aunque se preocupó por si no podía manejarse bien con el pie herido, no se movió. No tenía ganas

de hablar con ella. Sabía que el enfado se le pasaría más pronto que tarde, como le sucedía siempre, pero en aquellos momentos lo único que quería era dormir un poco.

Aunque Carol se movió con cuidado de no hacer ruido, pensando que ella estaría ya dormida, Amanda se dio cuenta de todos y cada uno de sus movimientos por la habitación.

Al final, Carol salió por la puerta y Amanda se concentró en dormirse. Después de un buen rato dando vueltas en la cama, se dio cuenta de que no volvería a coger el sueño, al menos esa mañana. Resopló, se cubrió la cara con ambos brazos y aún esperó cinco minutos más, pero fue inútil.

Se levantó irritada, volvió a vestirse y salió en dirección al comedor. No eran ni las diez y media y pensaba que, con suerte, todavía no habría acabado el turno del desayuno. El sueño se le había pasado, pero estaba muerta de hambre.

Por el camino se topó con Tomás, que salía de una edificación baja y cuadrada con unos papeles en la mano. El chico le sonrió nada más verla y ella sintió que las piernas le flaqueaban.

«¡Qué guapísimo es!», pensó. Se acercó a él mientras le devolvía la sonrisa.

—Voy al comedor, a ver si todavía encuentro algo para desayunar —le dijo cuando estuvo a su altura.

Tomás, que cada vez que veía a Amanda sonreír notaba una sensación de calor muy agradable en su interior, se apresuró a acompañarla.

—Iré contigo. No he comido nada desde las siete de la mañana y la verdad que no me vendría nada mal tomar un café.

Amanda volvió a sonreír de aquella manera tan asombrosa y él de nuevo se maravilló de lo preciosa que era cuando lo hacía.

—¿Ya habéis hecho las paces Carol y tú?

—¡Qué va! —confesó Amanda, poniéndose seria de repente—. Aunque, con total seguridad, antes de que acabe el día ya la habré perdonado. ¡Soy más tonta! No me duran nada los enfados.

—Xisco me ha comentado sus planes de ir a dar una vuelta en moto.

—¡Ah! —dijo mientras cogía un plato de la pila al lado del bufé y se servía unos huevos fritos, beicon y judías con tomate—. Así que tú eres el amigo motero del que me ha hablado Carol.

Tomás se carcajeó.

—Sí, los amigos moteros de Xisco somos Gori y yo —indicó mirándola de soslayo y con la sonrisa todavía prendida en sus labios. Cuando ella se mordió el labio inferior con nerviosismo, sonrió también para sus adentros.

—Pero tu hermano se fue anoche a casa —aseguró Amanda.

Tomás pudo percibir un leve toque de ansiedad en su voz. Encontraron una mesa vacía y la ocuparon. Mientras Amanda se servía un vaso de zumo de naranja, Tomás aprovechó y se puso un café. Lo removió despacio después de añadir azúcar y, al fin, contestó escueto:

—Sí.

—Entonces mi acompañante obligado serás, de nuevo, tú.

Esta vez a Tomás le pareció que lo que denotaba su voz era expectación.

—Hombre, tanto como obligado… Nunca considero que ir en moto sea una obligación, y mucho menos cuando voy a estar tan bien acompañado.

Tomás vio cómo Amanda enrojecía y se apresuraba a dar un sorbo al zumo de naranja que tenía delante.

—Aunque la verdad es que debería pasar el día estudiando. Creía que no cederías tan fácilmente, ¡con lo enfadada que parecías esta mañana!

—Si quieres, me hago la dura y no la perdono —afirmó muy seria.

Tomás volvió a reírse. Después, en un tono bajo y sin dejar de mirarla a los ojos, añadió:

—Tú eres la que tiene que decidirlo, pero, si la perdonas, creo que podríamos pasar un día estupendo por ahí con las motos.

Amanda tuvo que soltar los cubiertos para que él no notara el temblor que le había provocado. Aprovechó ese momento para debatir consigo misma qué iba a contestarle:

«Ni se te ocurra negarle nada a un pedazo de tío como ese, sobre todo ahora, que parece que se te está insinuando —se apremió—. Ya, ¿incluso si eso hace que tengas que perdonar a Carol? —continuó con su diálogo interno—. Incluso si tienes que pedirle perdón tú a ella y haciendo el pino. ¡Si dejas pasar una oportunidad así, la que dejará de hablarte para siempre seré yo!».

—Está bien —contestó al fin—. Déjame ver cómo lo hago para que no parezca que me rindo a sus pies.

—Tú dile: ¡oye, que yo no te perdono; lo que pasa es que me apetece demasiado lo de las motos…!

Tomás volvía a hablarle de aquella forma que la hacía bizquear de emoción.

«Anda que no habrá conseguido favores este hablándole así a las tías», se dijo, intentando volver a poner los pies sobre la tierra.

—¿Qué te hace pensar que tengo tantas ganas de ir contigo en moto? —preguntó después de coger el vaso de zumo y esconderse tras él.

—Tendemos a pensar que lo que nos apetece a nosotros es lo mismo que le apetece a los demás. Y yo, ahora mismo, me muero de ganas de llevarte en la parte trasera de mi moto.

Amanda se echó a reír de forma histérica. Soltó el vaso sobre la mesa para que no se le cayera de las manos, pero cuando vio que Tomás no se reía, sino que la miraba con seriedad, intentando adivinar qué era lo que le hacía tanta gracia a ella, se detuvo en seco.

—¡Ah! —exclamó—. ¿Lo decías en serio? Creí… creí —tartamudeó— que querías tomarme el pelo.

El chico sonrió.

«Igual te has pasado un pelín con lo de ponerte intenso, macho», se recriminó. «A ver cómo lo arreglas ahora».

—No estaba tomándote el pelo —contestó, aunque con un tono desenfadado que no se parecía en nada al que había utilizado minutos antes—. La verdad es que me apetece salir con la moto. Estoy un poco saturado de tanto estudiar.

—Entonces, al final, ¿qué hago? ¿La perdono o no la perdono?

—Haz lo que más te apetezca. Yo ya te he dicho lo que me apetecía a mí. —Después se puso en pie de golpe—. ¡Venga, me voy! Xisco ya me pondrá al día de lo que decidas. —Dicho esto, se marchó con aire digno.

—¡Ya lo has ofendido! —se riñó Amanda en voz baja—. Si es que una no puede carcajearse en la cara de un tío y esperar que siga insinuándose. ¡Que son muy orgullosos! ¡Que te lo tengo dicho! Y tú, hala, a darle patadas a su ego…

Amanda siguió murmurando mientras veía a Tomás marcharse, sin tener ni idea de los pensamientos que pasaban por la cabeza de él:

«¡Si es que no sé para qué hablas! —se decía para sí con enfado —. ¿No tenías planeado estudiar? Pues no, vas y te pones en plan intenso con una tía con la que ya habías decidido que no te ibas a liar. ¡Es que no tienes remedio!»

—¡Y tú! —exclamó dirigiéndose a esa parte de la entrepierna que había tomado el control de la conversación minutos antes—, ¡no te emociones, que ya te advertí hace meses que este verano no ibas a abandonar los pantalones más que para mear!

CAPÍTULO 6

Amanda salió del comedor al cabo de un rato. Iba pensando en la manera de perdonar a su amiga sin parecer una blanda. Intuyó que la encontraría en la piscina donde ambas habían pasado la tarde anterior rondando a Xisco.

«Aunque, si la ha invitado a ir en moto, será porque no trabaja, ¿no?», pensó enseguida. No la encontró en la piscina Oasis, ni tampoco en el bar donde habían quedado la noche anterior con Gori y con Xisco. Estaba pensando en ir a buscarla en su habitación cuando oyó que Carol la llamaba:

—¡Amanda, Amanda! —gritaba con las dos manos en alto mientras se dirigía hacia ella—. ¡Qué contenta estoy de que te hayas levantado!

—No podía dormir —contestó cuando su amiga la alcanzó—. He ido al comedor a desayunar y me he encontrado con Tomás.

—¡Ah, sí! Ya me ha dicho Xisco que os conocisteis anoche —soltó Carol con picardía.

—No, si va a resultar que aún tengo que agradecértelo —refutó Amanda sarcástica.

—No digas eso, mujer. ¡No me negarás que está como un queso!

—Pensaba que te habías enamorado hasta las trancas.

—¿Y qué tendrá que ver eso? El sentido de la vista no lo he perdido.

—¡Anda que ya te vale! —dijo Amanda echando a caminar. Carol trotó alegre tras ella.

—¿Pues qué? ¿Te ha convencido para que vayamos a dar esa vuelta en moto?

—¿Acaso lo has mandado a buscarme con esa intención? —quiso saber Amanda, entrecerrando los ojos con suspicacia.

—¡Qué va! Si ni siquiera he hablado con él. Aunque no he podido dejar de fijarme en que encaja perfectamente con tu descripción del hombre ideal: alto, moreno, fuerte, ojos verdes… He pensado que, si alguien podía convencerte de cualquier cosa, era él.

Amanda se detuvo de golpe. Encaró a su amiga y le dijo:

—Que sepas que no te perdono; lo que pasa es que me apetece demasiado lo de las motos… —Se calló de repente al darse cuenta de que estaba usando las mismas palabras que le había sugerido Tomás.

—¡Ja! ¡Lo sabía!

—No, pensabas que te iba a perdonar a la primera de cambio, pero ya te he dicho que no te perdono.

—No, si yo lo que sabía era que Tomás te gustaba.

Amanda se dio cuenta de que Carol ya ni siquiera la miraba, estaba tecleando a toda pastilla en su móvil. Negó con la cabeza, gruñó en dirección a su amiga y volvió a ponerse en marcha. Carol la alcanzó enseguida.

—Dice Xisco que nos vemos en media hora en la entrada del complejo.

—Yo aún no he dicho que sí.

—Ahora ya no puedes echarte atrás.

—No sé cómo permito que me mangonees de esta manera, Carol, de verdad que no lo sé.

—Creo que esta vez no he hecho nada para mangonearte. Esta vez te has plegado a mis deseos por culpa de un tío —masculló mientras la abrazaba.

—Suéltame —protestó Amanda.

—¡Que no te suelto! ¡Que te quiero mucho! Y me encanta que no sepas enfadarte conmigo porque tú también me quieres mucho a mí.

—Eso tampoco me lo explico —añadió Amanda, dejando de luchar para que su amiga la soltara.

—Es porque de las dos tú eres la juiciosa y yo la loca. Tú me necesitas en tu vida para que no sea tan aburrida y yo te necesito para poner un poco de orden en la mía. —Carol la soltó y continuó —: Ya sé que ayer te asustaste mucho, pero en serio que no quería

inquietarte. Y si lo piensas detenidamente, tienes que admitir que no era para tanto, lo que pasa es que te rayaste un poco.

Amanda la miró de soslayo. No le apetecía estar enfadada con su amiga, al fin y al cabo, estaban de vacaciones. Unas vacaciones que, si bien ella no habría elegido, se estaban poniendo bastante interesantes.

—Vale, puedo admitirlo, si tú admites que te comportaste como una egoísta —le espetó al final.

—¡Soy una egoísta! ¿Cómo podría comportarme de otra manera?

—En eso tienes razón, ¿ves? No pienso llevarte la contraria —contestó Amanda torciendo el gesto.

—Entonces, ¿me perdonas?

—Vale, pero que sea la última vez que me das un susto de ese calibre, ¿entendido?

—¡Palabrita del Niño Jesús! —exclamó Carol dibujando una cruz sobre su pecho.

—¡Qué cuentista eres! —la riñó Amanda al tiempo que le daba un fuerte abrazo—. ¡No hay quien te aguante! —Pero se lo decía mientras la miraba con cariño.

...

—Hemos quedado con las chicas dentro de media hora en la entrada del hotel —le comentó Xisco a Tomás mientras se asomaba por la puerta de su minúsculo despacho. Tomás lo observó elevando una ceja—. Ya te he dicho que sí a todas las condiciones que has puesto. O vienes tú solito o te saco a rastras, tú eliges —continuó, al ver que Tomás no contestaba. Mientras lo decía, abrió la puerta de par en par.

Tomás no las tenía todas consigo. Hacía media hora que se había separado de Amanda y no lo habían hecho en los mejores términos. Ella se había reído de él en su cara, y eso no le había sentado nada bien.

«Pero ¿de verdad tu orgullo herido va a interponerse entre tú y la posibilidad de tener un rollo con esa chica? —se preguntó—. ¡Si cada vez que la ves te gusta un poco más! ¿Para qué vas a renunciar

a eso? —continuó pensando—. En una semana se habrá ido y tú ia otra cosa, mariposa! Aprovecha estos días, descansa de estudiar y luego retomarás los libros con más ganas. No puede ser bueno acumular tanta tensión». Se ponía una excusa tras otra, como no había hecho nunca antes, aunque no fuera consciente de ello.

Cada minuto que pasaba estaba más cerca de aparcar su estricto plan de estudio para dejarse llevar por lo que el cuerpo le pedía; y este no le pedía otra cosa que estar cerca de Amanda.

—Pues si hemos quedado en media hora, será mejor que vayamos a buscar las motos si no queremos hacerlas esperar —sentenció al fin con una sonrisa.

Xisco dio una fuerte palmada y salió por la puerta sin darle otra oportunidad a Tomás para que cambiara de opinión.

...

Al cabo de veinte minutos, las chicas salieron de la habitación para dirigirse hacia la entrada del complejo. Iban abrazadas por la cintura, como en otras tantas ocasiones. Carol había estado parloteando sin parar sobre Xisco y lo enamorada que estaba de él mientras se cambiaban de ropa. A pesar de no haber dormido, estaba fresca como una rosa y, en esos momentos, lucía radiante, como de costumbre.

Amanda andaba ensimismada en sus pensamientos. Era consciente de que, de las dos, ella era la sensata y Carol la alocada, como le había hecho ver su amiga hacía solo un rato.

Desde pequeñas habían desempeñado esos roles. Aunque Carol era buena por naturaleza, no podía evitar meterse en un lío tras otro. Amanda culpaba a los padres de su amiga: pretendían ejercer sobre ella un control tan férreo que la empujaban a mentir para evitar las frecuentes regañinas y castigos.

No entendía cómo no se daban cuenta de que cuanto más coartaban la libertad de su hija, más se rebelaba ella y más recurría a engaños y triquiñuelas para salirse con la suya.

—¡Y ese exceso de celo es lo que nos ha conducido hasta aquí! —se lamentó en un susurro.

—¿Ya estás murmurando de nuevo? —la interrumpió Carol.

—Sí, para no perder la costumbre, supongo.

—¿Sigues sin perdonarme del todo? —le preguntó, estrechándola aún más con el brazo.

—Sabes que todavía no he descubierto cómo seguir enfadada contigo; de lo contrario, haría siglos que no seríamos amigas —contestó—. Pero ayer, por un momento, pensé que nuestros padres habían tenido razón al no querer dejarnos ir a Jordania. Y ahora estaba intentando reconciliarme conmigo misma y convencerme de que no era cierto.

—Pues, por una vez, pienso que eres tú la que está equivocada. De hecho, no lo creo: estoy convencida de ello.

Amanda le sacó la lengua y Carol se echó a reír.

Estaban llegando al lugar donde habían quedado y Amanda podía notar cómo su amiga empezaba a retorcerse por dentro.

—¡Eh! —le dijo—. Tranquila, solo son dos chicos. Hemos quedado otras veces con tíos, no es para tanto.

—No, Xisco no es un chico. Es «el chico».

Amanda puso los ojos en blanco ante la insistencia de su amiga al afirmar que había encontrado a su alma gemela.

Salieron del recinto del hotel y allí estaban, esperándolas, Xisco y Tomás apoyados en dos motos inmensas.

—¡Vaya pedazo de motos! —exclamó Amanda asombrada—. Yo no sé si me atrevo a subirme en eso.

—Vamos, no seas gallina —le contestó Carol mientras se soltaba de su abrazo y echaba a correr en dirección a Xisco.

El nuevo novio de su amiga estaba sentado sobre la más ostentosa de las dos motos. Era de un rojo encendido y en el carenado podía leerse Ducati y, algo más abajo, 1199 Panigale. Cuando Xisco vio que Carol corría hacia él, abandonó su postura relajada y apoyó ambos pies con firmeza en el suelo. La chica le saltó al cuello y él la levantó en el aire para acomodarla después con las piernas alrededor de su cintura. Se fundieron en un beso que hizo subir los colores a Amanda, que no era precisamente una mojigata.

Miró a Tomás y vio que él también observaba a la pareja con pasmo. El chico desvió la atención hacia ella y, cuando sus miradas se encontraron, sonrió y encogió levemente los hombros, dándole a entender que no había nada que hacer con el comportamiento de sus amigos.

Amanda respiró aliviada. Unos segundos antes no sabía si él seguiría enfadado, pero en esos momentos le pareció que no era así. Al fin y al cabo, se había reído de su intento descarado de tirarle los tejos; no había sido su intención, pero se había puesto tan nerviosa que aquella había sido su válvula de escape. Le había sucedido en otras ocasiones, siempre con resultados desastrosos para los implicados, aunque eso había sido cuando era mucho más joven. Sin embargo, aquella mañana, su risa histérica la había traicionado de nuevo.

La moto de Tomás era menos ostentosa, aunque igual de grande que la de Xisco. El color, azul oscuro, también resultaba bastante más discreto. Pudo distinguir, no obstante, el emblema de Yamaha al observarla con detenimiento. Estaba mucho mejor conservada que su viejo 4L, pero no parecía tan nueva como la otra, que daba la impresión de haber salido del concesionario esa misma mañana.

Amanda se acercó más a aquellas bestias de metal, como ya había empezado a llamarlas en su mente, mientras Carol se colocaba el casco que le había dado Xisco.

—Nunca he montado en una moto tan grande —le confesó a Tomás con timidez, a modo de saludo.

—Lo único que tienes que hacer es asegurarte de no caerte —contestó Xisco, que ya se había colocado a horcajadas sobre su imponente máquina.

Amanda miró a Tomás con cara de espanto. El chico se echó a reír mientras le tendía un casco idéntico al que él tenía apoyado sobre el depósito de gasolina.

—Una de las cosas más improbables que pueden pasarte es caerte de la moto cuando vas de paquete. Tendríamos que caernos los dos, y no es algo que entre en mis planes inmediatos —añadió.

—Si crees que diciendo eso me tranquilizas, es que no me conoces —contestó ella mirándolo de soslayo.

Tomás inclinó un poco la cabeza hacia la derecha y la observó sin perder la sonrisa.

—¡Déjalo! —soltó ella mientras agitaba una mano—. No me conoces, es verdad.

Xisco se rio a mandíbula batiente.

—Ya veo lo que va a estudiar este… —susurró en voz baja para que solo lo oyera Carol. La chica miró a su amiga y comprobó que en torno a ella y a Tomás flotaba algún tipo de tensión que le gustó de inmediato.

—Me parece a mí que, como en el examen no entren temas de anatomía humana, esta semana la ha perdido —le contestó del mismo modo.

Mientras tanto, Tomás y Amanda, ajenos a las maquinaciones de sus amigos, se ponían los cascos y él se subía a la moto. Amanda rezongó al darse cuenta de que quedaba muy poco espacio para ella.

—¿Dónde piensa este que voy a colocar mi hermoso culo? —murmuró.

—No refunfuñes, que aquí detrás queda un montón de espacio —oyó que decía la voz de Tomás, proveniente de algún lugar en el interior del casco—. Además, a mí me parece que tienes un culito precioso.

Amanda dio un brinco al darse cuenta de que él la había escuchado y lo examinó con recelo.

—Sabías que los cascos llevan un sistema de comunicación cerrado, ¿verdad? —escuchó de nuevo la voz penetrante de Tomás.

—Por supuesto —contestó ella sarcástica mientras intentaba sacarse de la cabeza aquel chisme infernal que llevaba puesto.

Tomás se carcajeó y le sujetó las manos.

—Te enfadas con facilidad.

—Y tú espías lo que la gente murmura dentro del casco.

Él volvió a reírse y ella se relajó un poco.

—Venga, sube, tienes que sentarte sobre el sillín que hay detrás de mí —dijo el chico a continuación—. ¿Ves cómo ha puesto las manos Carol?

Amanda observó a su amiga, que tenía los brazos alrededor del torso de Xisco y apoyados sobre el depósito, entre él y el manillar. Estaba tan cerca de él que parecían un solo ser sobre la moto. Amanda enrojeció al pensar que tenía que colocarse en esa postura, que le pareció demasiado íntima, sobre la moto de Tomás.

«Espero que este chisme que llevo en la cabeza no lleve también integrada una cámara de vídeo», pensó, abochornada, esta vez para sus adentros.

«Un momento, ¿ha dicho que le parecía que yo tenía un culito precioso?».

La temperatura en el interior del casco subió unos cuantos grados. Y no solo porque se hubiese puesto de nuevo como un tomate, sino también porque su ego y su libido crecieron varios puntos.

Lentamente se subió sobre la máquina; se colocó como lo había hecho su amiga, aunque en una postura mucho más rígida, intentando apoyarse en Tomás lo mínimo posible.

—Si no te relajas, te dolerá todo el cuerpo en menos de media hora —le indicó el chico con suavidad a través de los auriculares.

—Me cuesta un poco, la verdad —afirmó ella.

—No te preocupes, tampoco hace falta que te pegues tanto a mí como ha hecho Carol con Xisco. Pero entre esto —comentó mientras señalaba con el pulgar hacia ella— y eso —esta vez señaló a la otra pareja—, seguro que puedes encontrar una posición que te resulte cómoda.

Amanda intentó reírse como si quisiera restarle importancia al asunto, pero su risa histérica volvió a traicionarla y se sintió muy ridícula.

«¡Venga ya! ¿No podrías ser una mujer sofisticada por una vez?», se recriminó con sarcasmo.

Justo en ese momento, la chica oyó un leve chasquido en el interior del casco, seguido por el sonido de la risa cantarina de Carol.

—¿Vas tú delante? —escuchó, a continuación, que preguntaba Tomás.

—De acuerdo, ¿a dónde quieres que vayamos primero?

—Vamos a *Ses Païses*, después ya iremos a las cuevas.

—Tomás es el mejor guía de Mallorca. Preguntadle lo que queráis. Veréis que tiene historias para todo.

El aludido resopló y Amanda sintió una especie de animadversión hacia Xisco, aunque no quiso analizar qué la había causado. Ella era la primera que se había metido con Tomás.

«Entonces, ¿por qué me molesta que lo haga Xisco?», se preguntó.

Se pusieron en marcha, al principio no iban demasiado deprisa, aunque la carretera era de esas que les gustan a los moteros: estrecha y con muchas curvas. A los pocos minutos Xisco y Carol habían desaparecido del mapa.

—A Carol le gusta la velocidad —afirmó Tomás.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Amanda. Él pudo notar la aprensión en su voz.

—Porque si a ella no le gustara, Xisco no nos habría cogido tanta ventaja. —Guardó unos instantes de silencio y después añadió—: Y a ti, ¿te gusta correr, Amanda?

Su voz, baja y sedosa, se coló por cada uno de los poros de la chica. A ella le pareció que no podía coger más velocidad, ya iba a mil por hora, o al menos lo hacía su corazón.

—No lo sé —indicó temerosa de traslucir su nerviosismo.

—¿Te gustaría descubrirlo? —De nuevo esa cadencia perezosa en la voz de Tomás le robó el aliento.

—Eso tampoco lo sé. —Se dio cuenta de que no estaba segura de que hablasen del mismo tema y llamó a su mente al orden.

—Vamos a probar —añadió él pícaro—, relájate, no te asustes. Si no te gusta dímelo y reduciré, ¿de acuerdo?

—Vale —contestó ella, ya convencida de que no hablaban de lo mismo.

Tomás pudo percibir el titubeo en la voz de Amanda y sonrió para sí. Con un leve movimiento de muñeca hizo rugir la moto. Amanda sintió como si una mano invisible tirara de ella hacia atrás. Chilló, pero enseguida se puso a reír. La sensación de velocidad le apretó el estómago. La afluencia de adrenalina a su torrente sanguíneo la puso alerta y sus piernas se apretaron sobre las

caderas de Tomás mientras que las manos se soltaban del tanque de gasolina y se aferraban al pecho del chico.

Una vez pasada la primera impresión, pensó en volver a colocar las manos en su posición inicial, pero el placer que sentía al estar tan pegada a él se lo impidió.

Tomás sonrió abiertamente, consciente de que nadie más que él se daría cuenta de ello. Amanda se había pegado a su espalda, como él había planeado que haría, y en esos momentos parecía que lo disfrutaba tanto como él. No le había soltado después de cogerse con fuerza tras el acelerón y eso… le gustó. Ya tenía claro que esa semana no iba a dedicarse a estudiar, se la dedicaría por completo a Amanda, hasta que consiguiera tenerla pegada a él sin nada de ropa que se interpusiera entre la piel de ambos.

CAPÍTULO 7

Lo que más le costó a Amanda no fue bajar de la moto, ni quitarse el casco, ni siquiera los primeros pasos después de haber permanecido tanto tiempo en aquella postura forzada sobre la máquina. Lo que más le costó fue tener que retirar sus brazos del torso de Tomás.

El chico le gustaba muchísimo y creía que ella también le gustaba a él; solo un rato antes había soltado una de las manos del manillar y la había apoyado sobre una de las que ella mantenía aferradas a su pecho. Había sido un gesto cariñoso, incluso íntimo, que la había hecho temblar de pies a cabeza.

Aunque no lo pareciera, Amanda era una romántica empedernida, y eran precisamente esos pequeños gestos de cariño los que siempre la habían emocionado más. Sabía que Tomás no estaba en la etapa de aprendizaje en lo que se refería a romances de verano, como sí lo estaba su hermano Gori.

Pensó que, con toda seguridad, el gesto había sido estudiado y repetido mil veces, aun así, la había cautivado. Suspiró y echó a andar hacia donde ya los esperaban Xisco y Carol.

Lo primero que le llamó la atención fue un inmenso monolito que parecía formar parte de un monumento.

—Bienvenidas al poblado talayótico de *Ses Païses*. —La voz de Tomás sonó profesional a su espalda, como la de un guía experimentado—. Los talayots son construcciones ciclópeas llevadas a cabo por los primeros pobladores de la isla. Su nombre viene de la palabra «atalaya», que es la función que se cree que desempeñaban, aunque también es posible que sirvieran de residencia para la tribu. Se calcula que aquí pudieron vivir alrededor de trescientas cincuenta personas.

—Mira esas piedras, ¡son enormes! —exclamó Carol, dirigiéndose a Amanda—. ¿No te recuerdan muchísimo al círculo de piedras que Diana Gabaldon describe en *Forastera*?

Amanda sonrió, Carol era una fan acérrima de la serie de Diana Gabaldon y muchas veces veía referencias a los libros en los lugares más insospechados. Sin embargo, en aquella ocasión la comparación no le pareció tan descabellada.

—Será porque ambas son construcciones megalíticas, como ha dicho Tomás —agregó al fin.

—Bueno —intervino de nuevo Tomás—, las construcciones megalíticas son las que se encuentran en Europa occidental; a estas las llaman construcciones ciclópeas —remarcó, aunque se mordió la lengua para no recordarles que eso lo había dicho hacía apenas treinta segundos.

—¿Veis lo que os decía? Podéis preguntarle lo que queráis, es el mejor guía de la isla —exclamó Xisco, dejando traslucir un leve tono de burla.

Tomás le lanzó a su amigo una bellota que había recogido del suelo. Se encontraban en el interior de un encinar enorme que rodeaba toda la construcción del yacimiento.

—Solo tengo algunos conocimientos porque me interesa el tema y lo he estudiado un poco —contestó picado.

—¡Eh! Basta de peleas. Me pregunto cuántas veces habréis representado este espectáculo. Estoy segura de que no somos las primeras a las que traéis aquí.

—¿Y ese monolito? —preguntó de repente Amanda, que no había dejado de contemplar el monumento. Al mismo tiempo intentaba desviar la atención de la pregunta que había hecho Carol.

Sabía que ellas no eran, ni por asomo, las primeras chicas que Tomás y Xisco llevaban al talayot, pero eso no hacía que le interesara conocer cuántas predecesoras habían tenido.

—Está ahí en honor a Costa i Llobera. Fue un poeta mallorquín. Le dedicaron este monumento porque escribió un poema ambientado precisamente aquí, en *Ses Païses.*

—¡Pedidle que os lo cuente! Es una historia de amor muy trágica —intervino Xisco, de nuevo.

—Cuéntala tú, te la sabes tanto como yo —replicó Tomás, siguiéndole la broma.

—Ni de lejos sé darle el tono de intriga que le das tú.

Tomás se agachó para recoger otra bellota y lanzársela, pero su amigo cogió a Carol de la mano y tiró de ella hacia el interior del recinto.

—¡Corre! —exclamó—. Esto es la guerra. Vamos a buscar un lugar donde escondernos.

Carol salió corriendo tras él entre risas y le guiñó un ojo a Amanda al pasar por su lado.

Tomás soltó las bellotas que había recogido y dijo en voz alta para que los otros lo oyeran:

—Si el enemigo sale huyendo, la guerra pierde toda la gracia.

Amanda entornó los ojos con gesto cómplice, pero no dijo nada. Después lo siguió al interior del espacio amurallado.

Las piedras que lo formaban la hicieron pensar en gigantes o incluso en titanes. Siempre que contemplaba obras de aquellas dimensiones, realizadas por hombres que carecían de medios tecnológicos avanzados, la invadía una sensación de pequeñez que no sabía explicar.

Lo que tenía ante sus ojos no se parecía a los círculos de piedras verticales que salpicaban Escocia y a los que había hecho referencia Carol.

Aquello era distinto. Transmitía una sensación de poblado de las que aquellas carecían, aunque tenía que reconocer que hacía falta una buena dosis de imaginación para visualizar aquellas enormes rocas dispersas entre el encinar como un lugar habitado.

Sintió el impacto de algo duro contra su espalda y se giró para ver a Carol y Xisco intentando esconderse tras una encina. Se reían y gesticulaban emulando a los soldados de las películas. Tomás, que también los había visto, sacudió la cabeza y siguió caminando hasta que llegaron a una especie de estancia con columnas de piedra adosadas a las paredes y otras situadas en el centro. Todas tenían la misma estructura: grandes bloques colocados unos sobre otros elevándose hacia el cielo.

—Esta es la sala hipóstila —indicó Tomás, recuperando el tono que había empleado al llegar e imitando de nuevo a un guía turístico —. Se supone que estas columnas sostenían alguna especie de cubierta que no se ha conservado. ¿Ves aquel pasillito de ahí? —añadió, acercándose a Amanda para señalar un estrecho corredor delimitado por piedras—. Era el que daba acceso al talayot propiamente dicho, a la torre de vigilancia. Es esa construcción circular que…

—¿Por qué no nos cuentas esa historia de amor? —le interrumpió Carol acercándose de la mano de Xisco—. Creo que me interesa mucho más.

Tomás torció el gesto y miró a su amigo, que levantó las manos y se encogió de hombros.

—¡Venga, sí! Cuéntanosla —intervino Amanda que, si bien se sentía fascinada por las piedras, prefería escuchar el poema del que les habían hablado antes los chicos.

—¡Está bien, si eso es lo que queréis! Pero ya os advierto de que acaba mal, así que después las reclamaciones se las hacéis a Xisco.

—¿A mí? Y eso ¿por qué? —protestó el aludido.

—Porque eres tú quien ha hablado de una historia de amor, cuando en realidad se trata de un poema épico que no acaba bien.

—Eso ya lo has dicho —le interrumpió Carol—. Tú cuenta la historia y luego ya decidiremos a quién le pegamos.

—Pero ¡qué violenta es mi chica! —le dijo Xisco mientras la abrazaba para después devorarle la boca al tiempo que le amasaba las nalgas con ambas manos.

Tomás y Amanda pusieron los ojos en blanco una vez más. Por lo visto, los besos públicos de aquellos dos iban a ser la tónica habitual.

«Nos tendremos que resignar», pensó Tomás.

—El poema cuenta la historia de Melesigeni —empezó a narrar Tomás antes de que Xisco y Carol se separaran del todo—, un rapsoda griego que algunos identifican con Homero, y de Nuredduna, nieta del jefe del clan y sacerdotisa de la tribu.

»Melesigeni y otros once griegos son hechos prisioneros por la tribu de la Encina, que es como el poeta llama a los pobladores del

talayot. Los helenos están siendo sacrificados para aplacar la ira de los dioses cuando Melesigeni empieza a tocar el arpa, de la que no le habían despojado, y a cantar una melodía tan triste que a Nuredduna, aunque no entiende lo que dice, le llega al corazón. La música de la lira de Melesigeni, sus miradas y movimientos dulces la enamoran hasta tal punto que la sacerdotisa logra convencer a los habitantes del poblado para que conduzcan a Melesigeni a las cuevas sagradas. Les engaña diciendo que su intención es dejarlo morir allí lentamente para mayor honra de los dioses.

»La tribu de la Encina, obedeciendo a su pitonisa, lleva al prisionero a las cuevas sagradas. Melesigeni, tras ser atado a una gran roca, se desmaya. Cuando despierta, encuentra a Nuredduna observándolo y hablándole con dulzura. No entiende sus palabras, pero la muchacha lo conduce al exterior de la cueva y le muestra una embarcación que tiene preparada para que pueda llegar hasta el barco, que todavía le espera a él y a sus compañeros. Justo cuando Melesigeni emprende la huida se da cuenta de que se ha dejado su arpa olvidada en el interior de las cuevas. En ese mismo instante llegan a la orilla los guerreros de la tribu, encabezados por el jefe, tras descubrir la traición de Nuredduna. Los *foners* comienzan a lanzar piedras a la sacerdotisa hasta que piensan que la han matado, pero Nuredduna sigue viva y, con su último aliento, entra en la cueva para morir. Allí encuentra el arpa y se abraza a él hasta abandonar el mundo de los vivos.

»Los griegos regresan a la isla y arrasan a los habitantes del poblado en represalia por la muerte de sus compañeros. Se dice que, desde entonces, el fantasma de Nuredduna vaga por las Cuevas de Artá, que no son otras que las cuevas sagradas de la tribu de la Encina.

Cuando Tomás terminó de hablar todos permanecieron en silencio durante unos instantes. Al final, Carol dijo:

—Así que la tal Nuredduna traicionó a su tribu por un desconocido del que se había enamorado. No me parece tan mal. Y tú, ¿traicionarías a tu tribu por mí? —le preguntó cariñosa a Xisco.

—Por supuesto —contestó él—. A mi tribu, a mi familia, a mis amigos… ¿a quién quieres que traicione?

Carol le dio un beso apasionado. Después sonrió y le susurró algo al oído.

—Nosotros vamos a terminar de ver esa zona de por ahí —anunció Xisco al instante mientras empujaba suavemente a Carol en la dirección que señalaba con la barbilla.

Tomás y Amanda se quedaron solos antes siquiera de tener tiempo para poner objeciones.

—¡Vaya, esos dos tenían prisa! —exclamó Amanda, a quien no se le ocurrió nada más ingenioso que decir.

—Y eso que la historia era trágica. Si llega a ser una historia de amor con final feliz, ¿qué habrían hecho? —apostilló Tomás mientras miraba en la dirección en la que sus amigos habían desaparecido.

Amanda asintió sonriendo abiertamente.

—¿Quieres ver algo más o ya te ha bastado? —le preguntó Tomás.

—Me encanta este sitio —contestó ella—, aunque me temo que mi mente deja de escuchar los tecnicismos después de más de cinco minutos. Quizás podríamos pasear, sin más.

—¿Me estás llamando pesado, acaso?

—No, qué va —se apresuró a contestar Amanda—. No eres tú, soy yo. Pierdo el interés muy rápido.

Tomás soltó una sonora carcajada.

—Pensaba que eso se decía cuando querías dejar a alguien.

—Sí, me imagino que se lo habrás dicho a más de una. —Le dedicó una sonrisa ladina y echó a andar. No quería que él viera que se había puesto nerviosa.

—¿Por qué dices eso? —se interesó Tomás mientras la seguía.

—Ahora me dirás que no es verdad. Que eres uno de esos chicos que se comprometen para toda la vida —contestó ella con fingida indiferencia.

—No, la verdad es que no. No me gusta eso de «para siempre contigo» —dijo con una voz de repente lúgubre.

—¿Por qué no? —quiso saber ella. El tono que él había empleado la puso sobre aviso de que estaban entrando en un terreno que no le resultaba agradable.

—Lo de enamorarme de esa manera no va conmigo. He visto mucho sufrimiento en personas que habían amado demasiado.

Amanda guardó silencio durante un instante. Disfrutaba del paseo entre las encinas centenarias y las piedras milenarias; además, no sabía cómo interpretar las palabras que él acababa de pronunciar.

—Yo tampoco me he enamorado de nadie como para decir «para siempre contigo», pero espero que algún día me ocurra —afirmó, pasados unos minutos.

Tomás la miró a los ojos con intensidad. No dijo nada, solo permaneció así, observándola, durante un rato muy largo. Amanda pensó que iba a besarla, pero no lo hizo. Al final reanudó la marcha y siguió sin responder.

Pasearon en silencio durante lo que a Amanda le pareció mucho tiempo. Aun así, no se sentía incómoda; al contrario, el entorno era maravilloso y la compañía agradable. Sin embargo, tenía la sensación de que él se había dejado muchas cosas en el tintero. Se preguntaba a quién había visto sufrir por amor. No era a Xisco, de eso estaba segura. ¿Quién sería? ¿Alguna novia despechada, quizá?

—Estás muy callada.

—Solo estaba pensando que eres muy joven. ¿A quién puedes haber visto sufrir tanto?

Él se detuvo. Parecía sorprendido de que ella hubiera seguido dándole vueltas a aquello, como si él mismo hubiera olvidado haberlo mencionado. Se encogió de hombros.

—Mi padre murió cuando yo tenía quince años —suspiró—. Él y mi madre estaban muy enamorados. Mi madre se quedó destrozada y tardó mucho tiempo en levantar cabeza. Al principio yo estaba muy enfadado con ella. Me parecía que tenía que intentar estar bien o, al menos, esforzarse por aparentarlo. Por Gori y por mí. Él apenas había cumplido cinco años y ella se hundía por momentos en la desesperación. Yo no sabía qué hacer. Menos mal que mi abuela vino desde Cáceres y se hizo cargo de la situación.

—¿Tu abuela?

—La madre de mi padre. Se dio cuenta de que yo no podía con todo y de que mi madre no conseguía recuperarse. Hacía casi medio

año que mi padre había muerto y ella seguía sin salir de casa ni siquiera para ir a comprar. La abuela Angustias vino a la isla, se llevó a mi madre a su habitación y estuvieron hablando durante mucho tiempo. Cuando salieron, mi madre tenía el rostro hinchado de tanto llorar. Nos abrazó a Gori y a mí y nos prometió que saldríamos adelante. Y lo cumplió, aunque la melancolía no la ha abandonado nunca del todo.

—Qué triste y, al mismo tiempo, qué bonito —comentó Amanda con voz soñadora.

—A mí no me parece nada bonito. Los que lo pasamos mal de verdad fuimos Gori y yo. Acabábamos de perder a nuestro padre y nuestra madre estaba tan atrapada en su propio dolor que no se daba cuenta de que nosotros teníamos miedo de perderla a ella también.

—Eres un poco duro con tu madre, ¿no crees?

—Sí, lo sé. Pero no puedo evitarlo. Gori apenas recuerda aquella época y me alegro por él. Yo, en cambio, no he podido olvidarla. Por eso juré que nunca me enamoraría de nadie. No quiero eso para mí ni quiero provocar ese tipo de dolor en otra persona.

—Creo que eso es algo que tú no puedes decidir —observó Amanda.

—Pues de momento no me ha ido nada mal.

—No me refiero a ti, aunque creo que, si conoces a la mujer adecuada, te enamorarás como hace todo el mundo. Me refiero a que no puedes controlar quién se enamora de ti. ¿Cómo sabes que no has destrozado miles de corazones?

—Es una cosa que dejo bastante clara antes de iniciar cualquier relación. De todas formas, nunca he estado el tiempo suficiente con ninguna mujer como para que se enamorara de esa manera de mí.

—Pues ya ves a Carol y a Xisco —comentó señalando a un lugar impreciso con la cabeza—. Ha sido suficiente con menos de una noche para decidir que estaban hechos el uno para el otro.

—¿Tú crees que eso es amor del de: «para siempre contigo»?

—Carol dice que sí, que Xisco es su príncipe azul. Que le parece que le conoce desde el principio de los tiempos o algo así.

—Eso dice él también. Pero a mí me resulta difícil de creer; yo apostaría más por una atracción física del quince. No creo que superen la separación. Por mucho Facebook, WhatsApp y Skype que puedan usar, no considero que sean capaces de mantener una relación a distancia.

—Eso solo lo sabremos cuando llegue el momento —afirmó Amanda, que había perdido el entusiasmo a ojos vista.

Tomás notó que Amanda se había apagado. Le había contado todas esas cosas, que seguían amargándolo después de tantos años, cuando entre ellos aún no había surgido la suficiente confianza como para hacerlo. Pero le resultaba muy fácil hablar con ella. Una vez que había empezado no había podido parar. Había sacado todo lo que llevaba dentro.

Amanda le gustaba; le había encantado tenerla tan pegada a su espalda cuando iban en moto y esperaba llegar a más con ella. Pero se decía a sí mismo que eso no tenía nada que ver con el amor. Solo esperaba no haberla asustado con todo lo que le había contado. Ese era un tema espinoso para él, no solía sacarlo a relucir con tanta facilidad.

«En fin, ya está hecho», se disculpó consigo mismo, no podía volver atrás en el tiempo para cambiar cuanto había dicho.

En ese instante aparecieron por el camino Xisco y Carol cogidos de la mano y con una sonrisa iluminándoles el rostro. Hablaban en susurros, las cabezas casi pegadas y se robaban algún beso entre frase y frase.

Amanda agachó la cabeza intentando que sus ojos no buscaran los de Tomás. Deseaba eso mismo para ella; no podía explicarse cómo había sido capaz de decírselo a él. Se moría de la vergüenza solo con pensarlo, pero ¡claro que lo deseaba! ¿Quién no lo haría viendo lo felices que eran Xisco y Carol en esos precisos momentos?

Sabía que Tomás se creía a pies juntillas cuanto le había dicho, que no quería enamorarse para no sufrir; aunque estaba convencida de que solo lo decía porque aún no había encontrado a la mujer que le haría perder la cabeza.

Estaba segura de que, un día u otro, caería rendido a los pies de alguien. Pensó que era una lástima no estar ahí en el momento en

que eso sucediera, porque, verlo renegar de las palabras que había pronunciado con tanta convicción minutos antes tenía que ser un espectáculo digno de contemplar.

No sabía si él tendría razón y la relación de Xisco y Carol estaba abocada al fracaso; lo único que sabía era que se les veía muy bien juntos y que, o ella conocía muy poco a Carol, o estaba segura de que su amiga se las ingeniaría para no tener que separarse de Xisco en una semana. Algo se sacaría de la manga para poder quedarse junto a su chico más tiempo del que tenían previsto.

CAPÍTULO 8

Llegaron al hotel con el tiempo justo para que Amanda y Carol fueran a cambiarse para la cena y para que Tomás se preparara para el espectáculo de la noche. Se habían entretenido mucho en la sobremesa y no habían tenido tiempo de visitar las Cuevas de Artá, donde los chicos habían planeado hacer la segunda parada.

Carol y Amanda no lo habían echado en falta porque se lo habían pasado muy bien durante la comida y también después. Xisco era un payaso de mucho cuidado y las había hecho reír con sus anécdotas y sus chanzas. Tomás, aunque era más serio, no se había quedado atrás.

—Cada vez estoy más enamorada, Amanda —afirmó Carol nada más traspasar la puerta de su habitación—. Tengo que encontrar la forma de quedarme en Mallorca cuando acabe la semana.

—¡Ja!, ¡sabía que planeabas algo así! —le contestó Amanda sonriendo—. ¿Y qué se te ha ocurrido exactamente?

—Todavía no lo he pensado con detenimiento, pero si pudiera encontrar un trabajo sería genial. Tendría la excusa perfecta para quedarme; además, mis padres no podrían oponerse, y, aunque lo hicieran, yo podría independizarme porque tendría dinero.

—¡Uf! No creo que eso sea tan fácil, Carol. Los trabajos no crecen en los árboles. Por no hablar de lo descabellado que resulta creer que tus padres te permitan que te independices así como así.

—A mis padres ya los torearé cuando sea el caso. En cuanto a lo del trabajo, ya sé que es difícil, pero nuestro nivel de inglés es muy bueno y el de alemán, más que aceptable. Xisco me ha dicho que sabiendo esos dos idiomas no me será difícil encontrar algo.

—Así que ya lo habéis hablado…

—En realidad, fue él quien insinuó que me quedara, y también el que me sugirió lo del trabajo.

—¡Vaya dúo! Si ya eras peligrosa por ti sola, ahora, con su ayuda, vas a ser el terror.

—¿Te quedarás conmigo si encuentro un trabajo? O mejor, ¿por qué no buscamos uno para ti también?

—Pero si no me necesitas para nada, Carol —contestó Amanda.

—¿Cómo que no? Me parece un plan estupendo —empezaba a entusiasmarse ante la idea—. Hay un montón de razones para que te quedes —las enumeró ayudándose de las manos—: Uno, mis padres cederán con más facilidad si tú estás aquí.

—¡Acabáramos! —respondió Amanda picada.

—Espera, que no he acabado. Dos —continuó—, ¿qué vas a hacer en casa sin mí? Tres, si conseguimos el trabajo, tendremos nuestro propio dinero para poder irnos a donde nos plazca, no sé, por ejemplo, ¿Jordania? —la tentó—. Cuatro, creo que hay alguien muy interesado en ti entre los monitores de este hotel —canturreó, Amanda fue a decir algo, pero Carol siguió hablando, impidiéndoselo —: cinco, y este es el punto más importante: ya sabes que no sé vivir sin ti.

Amanda negaba con la cabeza mientras veía a su amiga desgranar los puntos que esgrimía a su favor.

Intuía que encontrar trabajo para una sería complicado, pero para las dos… eso sería del todo inviable. Sin embargo, la idea la tentaba mucho más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Pasar un verano entero fuera de casa, ganar dinero, tener cerca a Tomás… sintió un pellizco en el estómago. «No, eso no va a suceder, vale más que deje de hacerme ilusiones. Lo mejor sería que Carol tampoco se las hiciera», pensó, así que dijo:

—Estás loca. No creo que esos planes tuyos sean factibles, Carol. Te estás montando una historia en la cabeza que yo no veo posible en la realidad. —Se acercó a su amiga y la abrazó.

—Ya sé que es difícil —aceptó Carol al cabo de unos segundos—. Pero encontraremos la forma de hacerlo real. Ya verás, esta vez todo saldrá bien, haremos lo que queramos. Mis viejos no se subirán a un avión para llevarme a rastras a casa.

Amanda se separó un poco de su amiga y la miró elevando una sola ceja.

—¿Apostamos algo?

—No me apuesto nada. —Carol se rio mientras se soltaba de su amiga y se encaminaba hacia la ducha—. Pero, solo por ese pequeño detalle, no voy a dejar de intentarlo. Nunca lo he hecho y ahora, que he encontrado al amor de mi vida, mucho menos. Por cierto, ponte el vestido de baile. Lo has traído, ¿verdad? —le dijo a Amanda en tono travieso y cambiando por completo el tema de conversación—. En teoría era una sorpresa, pero esta noche el espectáculo es especial. Los animadores no estarán encima del escenario, sino que estarán abajo, enseñando a la gente a bailar. O bailando con los que ya sepan. Por lo visto, Tomás es un bailarín excepcional y Xisco me ha dicho que tiene ganas de demostrártelo esta noche.

—¿En serio? —Amanda cambió de actitud tan rápido como su amiga había imaginado que lo haría. Ya podía verse a sí misma en los brazos de Tomás mientras se movían al ritmo de una bachata lenta. Sonrió de oreja a oreja—. Oye, Carol, ¿le has dicho a Xisco o a Tomás que nosotras no lo hacemos tan mal?

—Le he insinuado a Xisco que no necesitábamos que nadie nos enseñara nada en ese aspecto. Pero creo que Tomás no lo sabe —añadió con una sonrisa tan grande como la de su amiga iluminándole el rostro—. Xisco comentó que prefería que se llevara la sorpresa en la pista de baile.

—Pues entonces vamos a darle un poco de marcha al espectáculo…

—¡Uf! El pobre Tomás no va a saber dónde agarrarse.

—Al contrario —Amanda se mordió el labio inferior—, pienso dejarle muy clarito dónde quiero que ponga las manos.

...

A las ocho y media de la noche, y sin haber parado de correr desde el momento que había dejado a Amanda en el hotel, Tomás llegaba a la Gran Plaza.

Los otros animadores ya estaban allí. Los chicos iban vestidos con pantalones negros de pinzas y camisas de diferentes colores: una morada, una negra, una blanca; las chicas con vestidos cortos de colores vistosos: una lucía lentejuelas, otra flecos y otra un escote que le dejaba toda la espalda al aire. En definitiva, tanto ellos como ellas llevaban el atuendo adecuado para las demostraciones de bailes latinos.

Tomás sonrió satisfecho al verlos. Estaba orgulloso del grupo que había conseguido reunir aquel año, muchos de ellos repetían temporada.

El Hotel Club Sa Garriga no era uno de los que peor pagaban y, si eso no bastase como aliciente, todo el mundo sabía que el jefe de animadores era más un compañero que un jefe.

—Hola, *boss*, ¿has pasado todo el día estudiando? ¡Eso no puede ser bueno de ninguna de las maneras, *asere*[2]! —le dijo Yunior, uno de sus mejores bailarines, con su fuerte acento cubano, mientras se saludaban chocando los puños.

—No, tío, hoy me he saltado el estudio. Xisco conoció ayer a una chica y dice que es el amor de su vida. Hoy hemos ido hasta Artá con ella y su amiga en las motos.

—¿Has dejado los libros para pasear a una mujer? —preguntó con un tono de voz tan fuerte que más de uno se volvió a mirarlos —. Sí que debía de estar buena la chica, ¿no? —continuó, bajando la voz.

—¿Y eso lo dices por…?

—Porque en lo que va de verano lo único que has hecho en tu tiempo libre ha sido estudiar, cuando otros años a estas alturas ya estabas harto de tener líos de faldas.

Tomás se rascó la nuca y bajó un poco la cabeza.

—La verdad es que no está nada mal —afirmó con su sonrisa ladeada, tan parecida a la de Gori—. Y un poco de descanso del estudio a veces viene bien. Así luego cogeré los libros con más ganas.

Yunior chocó una mano con Tomás, después tiró de él para abrazarlo y le dio una fuerte palmada en la espalda.

—¡Así me gusta, *asere*! —añadió riéndose.

Tomás se puso tenso de repente y Yunior lo soltó para seguir la dirección de su mirada. Al instante entendió por qué su amigo había dejado los libros aparcados.

Por uno de los laterales de la Gran Plaza llegaba Xisco abrazado a una pelirroja muy guapa, junto a ellos venía una chica espectacular. Llevaba el pelo suelto y sus rizos suaves ondeaban con la brisa. Lucía un vestido ajustado que marcaba cada una de sus curvas, era de color verde oscuro y le llegaba hasta casi la rodilla; aunque tenía una abertura que dejaba a la vista la mayor parte de uno de sus muslos.

Yunior soltó un silbido y miró a Tomás. Su amigo estaba conteniendo la respiración. Amanda lo tenía fascinado, no podía dejar de contemplarla; notó que otras partes de su anatomía, con las que a veces hablaba, también se alegraban de verla. Quiso acercarse a ella, pero el cubano lo cogió del brazo.

—Frena, jefe, que tiene que empezar el baile. Ya tendrás ocasión de acercarte a ella, pero, si yo fuera tú, no bailaría con ese pibón hasta el final.

—¿Por qué no? —preguntó Tomás sin dejar de mirar a Amanda.

—Porque cuando la pilles ya no la soltarás hasta mañana, *asere*, o pasado mañana —dijo riéndose escandalosamente. Tomás se volvió para mirar a Yunior.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —indicó, saliendo del trance en el que había entrado en cuanto vio a Amanda llegar a la Gran Plaza.

Dio dos palmadas y todos los animadores se reunieron a su alrededor.

—Chicos, procurad no bailar solo con los que mejor lo hacen; los menos capacitados se sienten grandes bailarines entre vuestros brazos. —Tomás pudo oír una risa generalizada—. Y, como siempre os digo, salid a bailar y a divertiros. Vamos allá.

Se había congregado una pequeña multitud que esperaba ver el espectáculo. La mayoría no sabía que ellos mismos formarían parte del *show* de aquella noche.

Tomás pasó tras las cortinas del escenario y puso la música en marcha. Se sentía ansioso, como si estuviera aprisionado dentro de su propia piel. Respiró hondo varias veces y movió la cabeza y las manos en círculos para relajarse.

No veía el momento de acercarse a Amanda, de cogerla entre sus brazos y moverse con ella lentamente al son de la música. Repasó las canciones que tenía guardadas en su iPod y que sonarían aquella noche; enseguida supo cuál de ellas quería bailar con Amanda.

La chica que en aquellos momentos ocupaba por completo los pensamientos de Tomás estaba sentada al lado de Carol, había pedido un mojito y lo removía con insistencia. Su pie izquierdo había empezado a moverse, era algo que le sucedía cuando estaba nerviosa. Su abuela solía decirle que parecía que estuviera pedaleando en una vieja máquina de coser. Lo hacía de forma inconsciente. Fue Carol, al ponerle una mano sobre la pierna para indicarle que parara, quien la hizo darse cuenta.

—Te veo muy inquieta, cariño, como si tuvieras hormigas subiéndote por las piernas.

Amanda miró a Xisco con disimulo para ver si había oído a su amiga. El chico le devolvía la mirada con una sonrisa pícara.

—¡Qué va! Lo que pasa es que me apetece mucho bailar —dijo intentando disimular lo evidente.

En ese instante la voz de Tomás resonó por los altavoces:

—¡Queridos amigos! —dijo en inglés—. Esta noche vamos a bailar todos: vosotros y nosotros. Lo haremos al ritmo de las canciones latinas más conocidas, así que todo el mundo en pie. Es hora de divertirse y pasarlo bien. ¡Es hora de bailar!

Después lo repitió en alemán y en castellano para que todo el mundo pudiera entenderlo.

Amanda tenía los ojos clavados en el tramo de telón por el que él había desaparecido, así que fue la primera en verlo salir a la plaza. Se levantó para ir a su encuentro, pero, antes de que pudiera darse cuenta, uno de los animadores la había cogido de las manos y tiraba de ella hacia el centro de la pista. Los otros bailarines hacían lo mismo con algunos de los huéspedes que estaban en la Gran Plaza.

En poco tiempo la pista de baile estaba a rebosar de parejas que bailaban con diferentes grados de pericia. Se volvió en todas direcciones, pero no vio a Tomás.

Por los altavoces sonaba la voz de Celia Cruz cantando *La vida es un carnaval;* el chico que la había sacado a bailar la cogió por la cintura y le mostró cómo tenía que colocarse ella. Amanda se dejó guiar, no le dijo que sabía perfectamente cómo situarse y que no necesitaba que le enseñara, pero tampoco se quedó quieta como una estatua.

—Me llamo Yunior —se presentó el chico con una gran sonrisa de dientes blanquísimos.

—Yo soy Amanda —contestó ella, devolviéndole la sonrisa, pero con la atención puesta en otra parte.

Se dio cuenta de que Yunior era el chico que estaba hablando con Tomás cuando ella llegó a la plaza. Amanda tenía el estómago encogido desde que Carol le había explicado en qué consistiría el espectáculo de aquella noche, pero la decepción se adueñó de ella en cuanto vio que no era Tomás quien la sacaba a bailar. Por lo que Carol le había contado, ella había entendido que Tomás la buscaría en cuanto empezara la música, pero no fue así.

Yunior se dio cuenta de que Amanda no paraba de buscar a alguien con la mirada y enseguida supo a quién. La chica no estaba concentrada ni en la música ni en lo que hacía con los pies. Yunior sonrió para sus adentros al pensar que su amigo también debía de estar buscándola a ella y la sujetó con un poco más de firmeza.

—Has bailado salsa antes, ¿verdad?

—Perdona —contestó ella, que había notado la presión extra que el chico ejercía sobre su cintura y había devuelto de golpe su atención a él.

—Digo que parece que dominas los pasos básicos de la salsa. ¿Quieres que probemos con alguna figura más complicada?

Amanda entrecerró los ojos.

«¡Que domino los pasos básicos, dice!», refunfuñó para sus adentros.

Sin embargo, como él no había parecido oírla, contestó con una sonrisa socarrona:

—Podemos probar.

Después, procurando decirlo solo para sí esa vez, pensó:

«Como decía mi abuela, te vas a enterar de lo que vale un peine».

A continuación, adoptó una postura elegante y se concentró en su pareja de baile. Yunior le sonrió de nuevo, le indicó un giro con un leve gesto y ella lo ejecutó a la perfección. El chico asintió, aprobando su movimiento y decidió subir un poco la apuesta.

Imprimió un ritmo más rápido a sus pasos y ella le siguió sin dificultad. Le sugirió un giro algo más complicado y entonces Amanda volvió a sonreírle, olvidándose de disimular.

Le encantaba bailar y sabía que lo hacía bien. Ella y Carol tenían seis años la primera vez que habían pisado una academia de bailes latinos. No solo sabía ejecutar a la perfección cualquier paso, sino que lo hacía con una soltura, una elegancia y una gracia que podía equipararse a cualquier bailarina profesional. De hecho, hubo una temporada en la que Carol no hablaba de otra cosa que de hacerse profesionales, pero, por descontado, sus padres se ocuparon de que eso no sucediera.

Así que, en ese momento, se soltó por completo y dejó que la música que tanto le gustaba la invadiera. Ella y Yunior bailaron el resto de la canción como si llevaran años practicando juntos.

Estaban tan compenetrados que, con un pequeño gesto, con una leve guía, ejecutaban los pasos más difíciles haciendo que parecieran sencillos. Cuando la canción acabó, ambos compusieron una figura final como si la hubieran ensayado antes. Respiraban con algo de dificultad, pero se miraban sonrientes, satisfechos de haber compartido aquellos minutos de baile inspirador.

Fue entonces cuando Amanda recordó a Tomás. Lo buscó con la mirada y, cuando vio su expresión, se regocijó por dentro al notar que su estómago volvía a contraerse por la excitación. El chico la observaba con una admiración tan evidente que el corazón de Amanda se saltó un latido.

«¿Se acercará ahora?», se preguntó.

Por el rabillo del ojo vio que Carol, aferrada a Xisco, la felicitaba disimuladamente elevando los pulgares.

Sin dejar de mirar a Tomás, invitándolo con los ojos a que se acercara a bailar con ella, notó que Yunior la cogía de la mano y la conducía junto a otro de los monitores.

—Te toca —fue lo único que dijo y, dedicándole una última sonrisa a Amanda, se fue a buscar otra pareja.

El nuevo monitor se presentó como Christian y, después de sonreírle también con amabilidad, la cogió por la cintura. Amanda notó en su postura que a él también se le daba bien el baile.

Empezó a sonar *Johnny's mambo* y ambos volaron por la pista. Eran ágiles e intuitivos, por lo que se recrearon en el baile mientras se olvidaban de todo lo demás.

Cuando la música cambió, Christian la condujo hasta otro de los animadores y, aunque este percibió un leve desengaño en la cara de Amanda, no le dio importancia y bailó con ella un chachachá. Y así se la fueron pasando de uno a otro durante al menos una hora.

Tomás veía bailar a Amanda con sus compañeros y rabiaba por dentro. No estaban haciendo nada que no hubieran hecho en anteriores ocasiones, tanto ellos como las chicas. En las raras oportunidades en que uno de los huéspedes resultaba ser un buen bailarín, se lo pasaban unos a otros —siempre que sus parejas no pusieran objeciones— para poder disfrutar, al menos una canción de cada cinco o seis, con alguien que no les pisara los pies cada tres compases.

Pero aquella noche Yunior se estaba encargando de que Amanda nunca llegara hasta él. Las manos le picaban de ganas de darle un puñetazo a su amigo, y eso que no se consideraba una persona violenta. Sin embargo, el deseo de tener a Amanda entre sus brazos y bailar con ella iba *in crescendo*; ya ni se acordaba de que había decidido no acercarse a ella hasta el final de la noche.

Acababa de soltar a una chica especialmente torpe cuando Xisco y Carol se pusieron a su lado.

—¿No piensas sacarla a bailar? —le preguntó él con una sonrisa maliciosa.

Tomás lo miró con cara de pocos amigos y la carcajada de Xisco se oyó por toda la plaza.

—No seas cruel, Xisco, ¿no ves que el pobre se muere de ganas de jugar con ella y los otros niños no se la dejan?

Tomás desvió su mirada hacia Carol para intentar adivinar si le estaba tomando el pelo o hablaba en serio.

—Solo nos hemos acercado para decirte que nos vamos al apartamento. Esta mujer baila demasiado bien para que yo pueda seguirle el ritmo, y hemos decidido practicar otro tipo de baile en el que yo soy más diestro —alardeó Xisco.

Carol le dio un leve puñetazo en el hombro a su chico poniendo cara de enfado.

—Sí, ya me he fijado en que tu novia y su amiga son muy buenas bailarinas —dijo Tomás, como si quisiera restarle importancia al hecho de que no había apartado los ojos de Amanda en toda la noche.

—¿Verdad que sí? —afirmó Carol con picardía. Después se acercó a Tomás y le susurró al oído—: Me ha dicho Xisco que le parece que la siguiente canción es una bachata lenta. —Con eso consiguió hacerse por completo con la atención de Tomás—. Si me aceptas un consejo, no dejes pasar la oportunidad de bailarla con ella. Son sus preferidas.

Las palabras de Carol espolearon a Tomás. Salió en busca de una de sus monitoras antes de que encontrara pareja para la siguiente canción y le dijo:

—Vamos a bailar juntos tú y yo, y cuando acabe la música tenemos que estar cerca de Yunior y la chica que está con él.

—¿La que se mueve tan bien y con la que no te han dejado bailar? —preguntó ella en tono de burla—. No querrás atizar al pobre Yunior, ¿verdad?

Tomás la miró con recelo.

—¿Qué pasa?, ¿se ha dado cuenta todo el mundo? —inquirió un poco picado.

—Vamos, jefe, que no le has quitado el ojo de encima en toda la noche, y ella tampoco a ti. Me gustaría veros bailar juntos. Si verla con Yunior ya es una gozada, ¿qué pasará cuando baile contigo?

Tomás no dijo nada. Disimuladamente, llevó a su compañera hasta el lugar de la pista donde se encontraban Yunior y Amanda y

se situó espalda con espalda con ella.

Amanda se había dado cuenta del movimiento justo detrás de ella y contuvo la respiración el tiempo suficiente para que Yunior se riera, la soltara y cambiara de pareja con su jefe.

—Mucho has tardado en venir a buscarla, *asere*. Ya pensaba que me la dejabas para mí —le confesó en un susurro, sin poder evitar reírse mientras miraba a Tomás.

Tomás le devolvió la mirada.

—Ya hablaremos tú y yo de esto —contestó también entre susurros, provocando otra risotada del cubano.

—Hola —le susurró con mucha calidez. Como si acabaran de reencontrarse después de mucho tiempo.

Amanda sintió cómo se encendía con una sola palabra, pero no quiso quedarse atrás:

—Hola, ¿tú por aquí? —respondió en tono jocoso.

—Un pajarito me ha dicho que te gustan las bachatas lentas.

—Me encantan.

—Me gustaría saber qué tal se nos da. ¿Quieres probar, Amanda?

Amanda sintió cómo se le calentaba la sangre. Le pareció notar cierto grado de deseo en la voz de Tomás, eso le gustó.

—Estoy ansiosa por saberlo —afirmó.

En ese momento empezó a sonar *Déjà vu* de Shakira, y Amanda se pegó a Tomás todo lo que la canción le permitía. Entrecerró los labios y lo miró a los ojos.

Él colocó una pierna entre las de ella y, con un movimiento fluido, la aferró con firmeza mientras la inclinaba hacia atrás. La espalda de Amanda se arqueó, haciendo que su pubis rozara la pierna de Tomás. Ambos cogieron aire entre los dientes sin que el otro lo advirtiera. Tomás volvió a atraerla hacia sí y unió sus torsos en un abrazo estrecho. Amanda onduló su cuerpo contra el de Tomás y, a continuación, se separó de él.

Durante casi un minuto estuvieron acercándose y alejándose, rozándose, ondeando sus cuerpos al son de la música, hasta que, tras un movimiento que acercó sus caderas de forma muy íntima, Tomás no pudo aguantar más. La estrechó de nuevo entre sus

brazos y le hizo notar su creciente erección mientras la miraba con tanta intensidad que ella creyó derretirse. Dejaron de bailar.

Algunos de los huéspedes, que aún permanecían en la pista y se habían detenido a observar aquel baile cargado de sensualidad, se sintieron decepcionados cuando los vieron quedarse inmóviles. Ellos ni siquiera se dieron cuenta. Ambos respiraban con gran dificultad, como si hubieran estado bailando sin parar durante horas.

Tomás soltó la cintura de Amanda, le tomó la mano y tiró de ella para sacarla de la plaza. No podía decirse que corrieran hacia la habitación de las chicas, pero la velocidad que llevaban era demasiado rápida para llamarla caminata.

Doblaron una esquina hacia una calle que no estaba bien iluminada y Tomás se detuvo de golpe, la sujetó por la cintura y la condujo hasta apoyarla contra la pared más cercana. Le tomó la nuca con una mano mientras le acariciaba la mejilla con el dedo pulgar. Amanda entreabrió los labios y aguardó aquel primer beso tan ansiado, como si realmente fuera el primero de su vida.

Pero Tomás se entretuvo, tentándola, sin llegar a acercarse lo suficiente para que ella pudiera atrapar sus labios. Se aproximaba a su boca y se apartaba después, muy poco, lo justo para que Amanda no le alcanzara. Mientras tanto seguía acariciándole la mejilla, el lóbulo de la oreja y el cuello con el pulgar. Hasta que, al fin, la besó. Le atrapó la boca al tiempo que exhalaba un suspiro cargado de deseo. Ella, que hasta entonces había permanecido inmóvil, expectante, se aferró a él como un náufrago a una tabla de salvación. Lo sujetó por las nalgas y lo atrajo hacia sí hasta que sintió la dureza del miembro de Tomás contra su pubis. Él se separó apenas un instante de su boca para recuperar el aliento y la besó de nuevo, explorando cada rincón de su boca con la lengua. Al mismo tiempo retomó aquellos movimientos ondulantes y rozó su erección contra el centro cálido de Amanda.

—Vamos —le indicó. Y, tomándola de nuevo de la mano, tiró de ella hacia la habitación.

En ese momento, la chica se acordó de que compartía la habitación con Carol y frenó su loca carrera.

—¿Qué sucede? —la interpeló Tomás.

—No sé dónde está Carol —dijo con algo de frustración en la voz.

—Ella y Xisco se han ido al apartamento —le contestó acercándose de nuevo a Amanda. La besó con intensidad y volvió a tirar de ella.

—¿Cómo lo sabes?

Tomás percibió su ansiedad. Volvió a acariciarle la cara y le habló muy cerca de la boca, como si quisiera besarla en lugar de responderle:

—No han podido evitar darse cuenta de cómo te he acechado toda la noche por la pista, viéndote bailar con todos menos conmigo, y se han compadecido de mí —le indicó entre susurros mientras volvía a buscarle los labios sin llegar a besarla. La respiración de Amanda se agitó, mezclándose con la de él.

Al entrar en la habitación, no se entretuvieron ni en encender las luces. Tomás cogió a Amanda por la cintura y la sentó sin esfuerzo sobre el estrecho escritorio que había frente a la cama. Con movimientos diestros, fue acariciándole las piernas al tiempo que le subía la falda. Mirándola con fijeza, volvió a empezar con el juego de los besos. Le rozaba apenas la boca para retroceder rápidamente, incitándola, seduciéndola, provocándola. Cada vez que él se apartaba, ella emitía un gemido que hacía que ambos se enardecieran aún más.

Las manos de Tomás llegaron hasta la pequeña braguita de encaje que Amanda se había puesto aquella noche. Uno de sus pulgares empezó a dibujar círculos sobre la tela y ella inspiró aire con ansia. Fue entonces cuando él decidió besarla de verdad. En cuanto sus labios entraron en contacto, ella no le dejó escapar. Lo chupó, lo mordió y se aferró a él con fuerza, impidiendo que volviera a retroceder. Los movimientos circulares de su dedo la estaban enloqueciendo. Era un sí pero no, y deseaba mucho más.

De repente, el pulgar se detuvo y Amanda se sintió desamparada.

—Me estoy volviendo loco por besar tus pechos —le confesó Tomás al oído.

Ella no le hizo esperar. Se bajó del escritorio haciendo que sus cuerpos se rozaran con toda la intención. Con un movimiento rápido se quitó el vestido, aunque se dejó el sujetador.

Tomás acunó aquellos senos plenos entre sus manos y los contempló con delirio bajo la tenue luz que se filtraba a través de las finas cortinas. Sacó la punta de la lengua y empezó a lamer las zonas que la tela del sujetador no cubría. Amanda se estremeció y él repitió el gesto, solo con la punta de la lengua, apenas rozándola.

Ella hundió las manos en su pelo para acercarlo más. Tomás entendió el mensaje: no se conformaba con aquellas leves caricias. Quería más.

La sentó de nuevo en el escritorio y posó una mano sobre su sexo, moviéndola con delicadeza al tiempo que empezaba a mordisquearle los pechos por encima de la tela. Con un movimiento hábil le desabrochó el sujetador y, cuando Amanda quiso darse cuenta, estaba desnuda y él seguía completamente vestido. Quiso quitarle la camisa, pero él no se lo permitió. La besó con suavidad mientras le colocaba las manos a la espalda, entre la pared y ella.

—No te muevas —le ordenó muy cerca de la boca.

Tomás besó, acarició, lamió y saboreó cada centímetro de sus pechos mientras, con la otra mano no le daba tregua a su sexo, sus dedos entraban y salían de ella con afán y determinación.

Amanda sintió venir el orgasmo como un tsunami, creciendo con rapidez entre sus piernas y se tensó. Cuando Tomás notó su rigidez, se aplicó todavía más, hasta que notó cómo ella se liberaba en oleadas sobre su mano. Volvió a acercarse a la boca de Amanda y su beso fue como una caricia. La cogió en brazos y la tendió en la cama. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la penumbra de la habitación. Tomás contempló a Amanda, relajada y satisfecha, con una leve sonrisa en los labios. Se desvistió con rapidez y se tumbó a su lado, la espalda de ella quedó apoyada contra su pecho. Su erección le rozaba las nalgas y sus brazos la rodearon por la cintura.

—Sabía que tu piel sería suave, pero no imaginaba cuánto —le susurró con agitación al oído.

Amanda se estremeció una vez más. Sin embargo, en ese instante decidió que ya estaba bien de que él tuviera el control, a

ella le gustaba mandar en la cama. Así que se volvió y le puso las manos sobre los hombros, haciendo que se tumbara de espaldas.

—Ahora me toca a mí —musitó.

Ella también lamió, mordisqueó, chupeteó y besó cuanto quiso, y él se dejó hacer hasta que lo condujo tan cerca del orgasmo que le suplicó que esperara.

—Para, para, por favor. Quiero estar dentro de ti.

—Tú no has parado —contestó ella.

—No me lo has pedido —refutó él con la tensión reflejada en la voz.

—Y si te lo hubiese pedido, ¿habrías parado? —preguntó traviesa.

—Claro que lo habría hecho. —La sonrisa torcida en su cara desmentía sus palabras.

Ella no le creyó, y por eso no se detuvo. Tomás apretó los dientes, consciente de que no podría soportar sus caricias durante mucho más tiempo. Cuando Amanda rodeó su miembro con los labios, supo que estaba perdido. Todo su cuerpo se contrajo, su abdomen rogando por la liberación que él mismo se negaba. Cuando le faltaba muy poco para derramarse en la boca de Amanda, ella paró en seco.

Tomás se convulsionó sin llegar a tener el orgasmo, pero disfrutando casi tanto como si lo estuviera teniendo. Cuando se calmó un poco, miró a Amanda que le sonreía satisfecha.

—¿Qué me has hecho? —preguntó él, con la respiración entrecortada.

—Maravillas —afirmó ella pícara.

Se sentó a horcajadas sobre él, haciendo que sus sexos se rozaran.

—Que sepas que aún no he acabado contigo —le avisó.

—Eso espero —confesó él.

Amanda empezó a moverse sobre Tomás, como si quisiera continuar la bachata que habían dejado a medias en la pista de baile. Él estiró un brazo para coger el preservativo que había dejado sobre la mesita de noche al desvestirse. No quería volver a suplicar, pero tendría que hacerlo si ella no paraba de ondular el cuerpo

contra el suyo. Amanda, que había advertido el movimiento, le dejó espacio para que se lo colocara y después volvió a sentarse sobre él, introduciendo su pene en ella con una sola estocada y provocándoles oleadas de placer que los dejaron sin aliento. Cuando ese momento pasó, se dejó de tonterías. Empezó a imprimir más ritmo a sus movimientos y pronto notó cómo ambos se acercaban al orgasmo. Esta vez no se detuvo. Los condujo a los dos hasta el éxtasis, donde se encontraron gritando y convulsionando al unísono.

Amanda se durmió casi de inmediato, agotada y satisfecha. En cambio, el sueño rehuía a Tomás. Ella lo tenía cautivado; no podía dejar de mirarla. Estaba acurrucada a su lado, con ambas manos bajo una mejilla, respirando de forma acompasada. Tomás se moría de ganas de tocarla y empezar de nuevo, pero no le parecía bien interrumpir ese sueño tan plácido.

La cubrió con la sábana y se levantó para ir al lavabo. Apenas había entrado en el baño cuando oyó la voz de Amanda llamándolo:

—Tomás, Tomás —decía con voz queda—. Ya te has ido… Yo que creía que te apetecería repetir… —se lamentó a media voz.

—Y me apetece —contestó él, saliendo del cuarto de baño—, aunque estaría bien que me concedieras al menos unos minutos.

Amanda notó que se sonrojaba, esperó que él no se diera cuenta; al fin y al cabo, estaban en penumbra. Tomás eligió ese preciso instante para encender la lámpara de la mesita de noche, que la iluminó de lleno. Le pareció preciosa, con los rizos revueltos y el rostro encendido. Le había pedido unos minutos, aunque, viéndola así, fue muy consciente de que no los necesitaba para nada.

Se tumbó de nuevo a su lado y la observó. Amanda le devolvió la mirada mientras sonreía.

—Creía que te habías ido. Me había decepcionado un poco.

—No puedo, lo he intentado, pero no puedo —le dijo mientras empezaba a besarla.

—¿Lo has intentado? —preguntó ella, con algo parecido a la decepción en la voz.

—Bueno, la verdad es que esta mañana o, mejor dicho, ayer —confirmó mirando el reloj, que ya marcaba las dos de la mañana—,

cuando Xisco me dijo que le había prometido a Carol que saldríamos con vosotras en las motos, le dije que no contara conmigo.

Mientras hablaba había entrelazado los dedos con los de Amanda y los miraba con fijeza.

—Tendría que haberme puesto a estudiar, ayer era mi día libre y todavía me quedan muchos temas por preparar.

—¿Qué estás estudiando? —quiso saber ella, intrigada.

Él le dedicó una sonrisa ladeada que la dejó sin aliento.

«¡Dios, qué guapo es!», pensó, por enésima vez, pero no se lo confesó, no quería que se diera cuenta de que le gustaba tanto. «Aunque supongo que después de esta noche, se habrá hecho una idea bastante clara de lo mucho que me pone», se dijo a continuación.

—Estoy preparando el FIR.

—¿El FIR? —se interesó ella, más intrigada todavía.

—Sí, es la prueba equivalente al MIR, pero para farmacéuticos. Si apruebo, estaré cuatro años trabajando mientras me formo en la farmacia de un hospital.

—Tengo entendido que el MIR es muy difícil —afirmó ella con franca admiración en la voz—. No sabía que fueras farmacéutico —añadió.

—¿No tengo pinta de farmacéutico? —inquirió él, abriendo los brazos y observándose a sí mismo como si quisiera descubrir algo oculto a la vista.

—No, tienes pinta de idiota —le contestó ella, antes de darle un cachete en el culo y salir de la cama, alejándose de él.

Tomás fue tras ella, la atrapó cuando pretendía entrar en el baño y la pegó a la pared, sujetándole las manos sobre la cabeza.

—La verdad es que debo de serlo, al menos un poco —indicó con la voz ronca—. Porque no he sido capaz de resistirme a tenerte pegada a mi espalda sobre la moto y sujetándote a mí con fuerza.

Ella pensó que se derretiría si le seguía hablando de esa manera tan seductora.

—Por mí, no te cortes, puedes irte a estudiar cuando quieras —le contestó, en cambio, hablándole muy cerca de la boca.

Tomás empezó a besarla, como si quisiera devorarla, mientras le mostraba, restregándose contra ella, que estaba preparado para el segundo asalto. Y lo tuvieron, y un tercero también.

CAPÍTULO 9

Por la mañana, Tomás se moría de ganas de seguir en la cama con Amanda, pasar allí todo el día sin ir a trabajar ni pensar que debería estar estudiando. Pero no podía quedarse; tenía que ir a distribuir las tareas entre sus monitores y, además, tendría que soportar sus burlas. Nunca le habían visto tan posesivo con ninguna mujer; de hecho, no recordaba haberlo sido nunca.

«No pasa nada, gilipollas —se dijo—. Solo te pusiste en plan posesivo porque ellos se ocuparon de que así fuera. ¡No te dejaron bailar con Amanda en toda la noche! Querían hacerte rabiar y lo consiguieron, nada más».

Notó que Amanda se removía en la cama y la besó con delicadeza en la boca. Ella se despertó del todo y lo miró con una gran sonrisa en los labios.

—Lo siento mucho, no quería despertarte. Iba a levantarme, tengo que irme.

—¿Tienes que irte? ¿Tan pronto?

—Necesito ir a casa a cambiarme, darme una ducha y ponerme el uniforme. Hoy trabajo todo el día.

—¡Si no has dormido nada! —protestó Amanda con voz soñolienta. Tomás se echó a reír.

—Ni tú tampoco, será mejor que descanses un poco.

—Si lo hubiera sabido, te habría obligado a dormir al menos un ratito.

Él volvió a reírse.

—No creo que hubieras podido obligarme a hacer otra cosa que no fuera lo que hemos estado haciendo —le dijo, después la besó de nuevo. Fue un beso tierno que le puso la piel de gallina.

Amanda sintió un pellizco en el estómago al recordar en qué habían invertido las horas y pensó que Tomás tenía razón: no cambiaría la noche que habían pasado juntos por nada del mundo. Estaba segura de que, cuando quisiera levantarse de la cama, tendría que hacer un esfuerzo para que las piernas la sujetaran. Pensar eso la hizo sonreír.

—¿De qué te ríes? —quiso saber él, acercándose de nuevo para besarla. No podía parar de hacerlo, parecía que los labios de Amanda tenían un imán que lo atraía hacia ellos una y otra vez.

—De nada, no me río. Solo he recordado algunas de las cochinadas que hemos estado haciendo esta noche y me ha dado por sonreír.

—¿Cochinadas?

—Sí, cochinadas —contestó ella—. Cochinadas que me han encantado, por cierto.

—He oído nombrar de muchas maneras lo que hemos estado haciendo tú y yo esta noche —puso cara de granuja—, pero creo que tendré que añadir «cochinadas» al repertorio.

Amanda cogió su almohada e intentó pegarle con ella, pero Tomás la atrapó al vuelo. Con un movimiento ágil, se colocó sobre la chica y le sujetó los brazos.

—¿Quieres pelea? —le preguntó al tiempo que empezaba a hacerle cosquillas.

—¡Suéltame, suéltame! —consiguió decir ella entre carcajadas y dando manotazos, una vez que sus brazos quedaron libres.

—¿Tienes cosquillas? —dijo él sin dejar de torturarla.

—¡No, qué va! —indicó Amanda entre risas estentóreas.

Cuando se cansó de atormentarla, le sujetó los brazos sobre la cabeza y empezó a besarla; primero con dulzura y, al cabo de muy poco tiempo, con anhelo.

—Creo que será mejor que me vista —dijo, rebelándose contra lo que su cuerpo le pedía— o llegaré tarde a trabajar.

La cara de Amanda fue de decepción absoluta. Tomás supuso que la suya no debía de presentar mejor aspecto, pero no podía demorarse más. Tenía que irse antes de que el cuerpo caliente y

desnudo de Amanda lo volviera del todo irresponsable y le hiciera olvidar sus obligaciones.

Tomás empezó a vestirse y Amanda resopló para sus adentros. Se dedicó a observarlo. Los movimientos de sus músculos bajo la piel mientras se ponía los pantalones la estaban poniendo cardíaca; tuvo que sujetarse las manos bajo las nalgas para que no salieran disparadas a dibujar con las yemas de sus dedos el contorno de cada uno de ellos.

Dirigió la mirada a sus brazos, recordando cómo la había estado abrazando aquella noche, y tuvo que morderse el labio para no suspirar. Entonces reparó en algo en lo que no se había fijado hasta ese momento. En el omóplato izquierdo, Tomás llevaba un tatuaje. Le llamó la atención su diseño intrincado: círculos, espirales, formas geométricas que convergían… Le encantó la manera en que se entrelazaban aquellos complejos trazos. Al mismo tiempo, pensó que ya tenía una excusa para tocar a Tomás de nuevo.

—Qué tatuaje más bonito. —Se arrodilló en la cama y empezó a seguir con la punta del dedo índice las líneas sobre la piel.

—Es un tatuaje maorí. La idea es ir haciéndolo un poco más grande cada año. Empecé con este anzuelo de aquí, ¿ves? —señaló la parte central del dibujo—, después fui añadiendo cosas. ¿Ves esta especie de ocho? Representa el camino de la vida; es el símbolo de la eternidad. Este de aquí —añadió, señalando otro dibujo que recordaba a la cabeza de un ave unida a la cola de una sirena— es un guardián espiritual, un ser protector del cielo, la tierra y del mar.

—No pensaba que los tatuajes pudieran simbolizar tantas cosas.

—Los maoríes tenían, o tienen, un arte muy desarrollado. Solo con leer los tatuajes de la cara de un hombre se podía saber su ascendencia, sus logros, su valentía…

Amanda admiró los dibujos durante unos minutos más, mientras Tomás la contemplaba a ella. Estaba de rodillas sobre el colchón, sin dar muestras de avergonzarse de su desnudez.

—Te gustan mucho las tradiciones —dijo Amanda, sin dejar de recorrer con el dedo el diseño.

Él se rio de nuevo y le atrapó la mano, se llevó los dedos a la boca y se los besó uno a uno.

—No es que me gusten las tradiciones, pero cuando algo me interesa pierdo horas informándome sobre ello. No quería un dibujo perenne en mi piel que no tuviera ningún significado o del que no supiera qué simbolizaba —afirmó—. Espero poder hacerme un sol si apruebo el examen el año que viene, en febrero; los maoríes solían hacérselo para representar el éxito alcanzado. Quiero que baje por aquí, por el brazo —le indicó. De repente se quedó callado, mirando el lugar que acababa de señalar y sonrió.

Amanda siguió la dirección de su mirada y descubrió tres líneas transversales de color rojo amoratado en el músculo, un poco más abajo del hombro.

—¿Qué es eso? —preguntó intrigada.

—¿No lo sabes? —Tomás tenía una sonrisa ladeada.

—No, ni idea —indicó ella con curiosidad patente.

Tomás volvió a tomarle la mano derecha y, sin borrar la sonrisa de sus labios, colocó los dedos índice, medio y corazón de Amanda sobre cada una de las marcas. Encajaban a la perfección. Amanda lo miró con los ojos como platos.

—¿Eso te lo he hecho yo? No puede ser, no tengo tanta fuerza.

—Pues estos tres moratones dicen lo contrario —contestó Tomás.

—¿Cuándo pude haberte hecho yo eso?

—No lo sé. Te agarraste con fuerza a mí varias veces durante la noche. —Elevó las cejas antes de besarla de nuevo.

Amanda se tumbó en la cama y escondió la cara entre las almohadas, muerta de vergüenza. Tomás, que no podía parar de sonreír ante las ocurrencias de la chica, la cogió por los hombros y la hizo girar.

—No pasa nada, tonta. No me dolió. Ni siquiera me di cuenta. Aunque, si quieres, puedes compensármelo esta noche.

—¿Compensarte? —Amanda mostró algo de ansiedad en la voz. No sabía si sentirse emocionada por lo que él le estaba proponiendo u horrorizada por lo que sus palabras insinuaban—. No te gusta el sado, ¿verdad?

Tomás se echó a reír con ganas.

—No soy admirador de Grey, si eso es a lo que te refieres —aclaró él. Después le dio el enésimo beso en los labios—. Solo te estaba proponiendo que quedáramos otra vez.

Amanda enrojeció.

—¡Venga, me voy! —dijo Tomás levantándose de la cama y terminando de vestirse—. Nos vemos dentro de un rato.

Se dirigió hacia la puerta, pero antes de que pudiera llegar a ella, Amanda se levantó de la cama y le cortó el paso. Le agarró de las solapas de la camisa y lo besó con intensidad. Tomás le correspondió, la cogió por la cintura y la acercó a él para poder sentir de nuevo sus senos desnudos contra su pecho.

—Me tomaré eso como un sí —anunció, rozando su nariz con la de ella cuando consiguió separarse de su abrazo.

En cuanto Tomás salió de la habitación, Amanda volvió a la cama dando saltitos de emoción. Se sentía feliz, no podía parar de sonreír. Había pasado la noche con un chico guapísimo que, además, tenía un cuerpo escultural. No solo eso, sino que encima era amable, bailaba mejor que Fred Astaire y sabía hacerla reír.

«Frena, frena», se riñó.

Sería demasiado fácil enamorarse de él, y eso no era posible. Tomás le había dejado bien claro que no pensaba colarse por nadie. Además, en menos de una semana ella regresaría a casa y no volverían a verse. Se trataba de pasarlo bien y ya está. No pensaba desaprovechar ninguna oportunidad de estar con él. Todo el tiempo que pudiera, lo disfrutaría a su lado.

No había sentido un flechazo como el que decía haber experimentado Carol por Xisco. Sabía que no estaba enamorada, pero Tomás le gustaba, le gustaba mucho, y no quería ni podía prendarse de él.

«No será difícil. Solo estaré aquí una semana», con estos pensamientos y una sonrisa en los labios, se quedó dormida.

...

Tomás se dirigió hacia el apartamento que compartía con Xisco y con su hermano. Lucía una sonrisa boba en la cara que lo hacía parecer

algo pardillo, pero le daba igual. Le gustaba Amanda.

«Es tan fácil hablar con ella», pensó.

Nunca se había entretenido en profundizar demasiado con sus otros ligues, la verdad, y no es que se arrepintiera. Quizás fuera porque no tenían demasiado que decirse o quizás porque tanto ellas como él iban a lo que iban y punto.

La cuestión era que el cambio le parecía agradable, y cada cosa que le contaba a Amanda hacía que se le ocurrieran cincuenta más que quería compartir con ella. Además, la chica era preciosa, tenía un cuerpo escultural y la forma en que se movía lo había dejado sin aliento.

«Si pudiera enamorarme, sería de alguien como ella», se dijo. Aunque enseguida se reprendió: «Eso no es amor, es simplemente que te gusta más que las anteriores, nada más».

No podía permitirse el lujo de colarse por alguien. No estaba dispuesto a pasar por un calvario como el que había sufrido su madre tras la muerte de su padre. No quería. Además, Amanda solo se quedaría una semana en el hotel, y eso no era tiempo suficiente para caer rendido a los pies de nadie; por mucho que Xisco jurara y perjurara que se había enamorado de Carol en una sola noche.

Eso solo sucedía en las películas, y su vida era muy real. Tan real como que se estaba comiendo la cabeza por algo que no iba a suceder.

Al llegar al edificio de apartamentos se encontró con Gori, al que no había visto desde que se marchó a su casa dos noches atrás.

«¿Solo hace dos noches de eso?», pensó mientras se acercaba a su hermano para saludarlo.

Gori levantó las cejas al ver llegar a Tomás a esas horas, vestido aún con la ropa de baile.

—¿Dónde has pasado la noche? Espera… ¿quiero saberlo?

Tomás torció el gesto.

—Vale. Has estado con Amanda —supuso mientras le palmeaba la espalda—. ¡Si se veía venir! No te preocupes por mí, me dejó muy clarito que no pensaba enrollarse conmigo. No me había hecho ilusiones de que cambiara de opinión.

—¿Cómo que se veía venir? —quiso saber Tomás, interrumpiendo la diatriba de su hermano cuando entraron en el ascensor.

—¡Joder, Tomás! La otra noche saltaban chispas entre vosotros. ¿Por qué te crees que cogí la moto y me largué a casa?

—¿Saltaban chispas? —repitió Tomás, como si necesitara confirmarlo.

—Parecían fuegos artificiales. —El menor de los hermanos estaba disfrutando a tope tomándole el pelo.

—Ya te daré yo a ti fuegos artificiales —contestó Tomás, empujándole la cabeza con cariño mientras regresaba de su ensimismamiento—. ¡Vamos!, date prisa, que hoy llegaremos tardísimo.

Tomás y Gori entraron en el apartamento cuando Xisco estaba a punto de salir por la puerta.

—¡Ya era hora de que te estrenases este verano, macho! —le dijo nada más verlo, acercándose para palmearle la espalda como había hecho su hermano minutos antes—. ¿Qué tal la noche? Movidita, ¿no?

Tomás, que había oído comentarios como aquel millones de veces en boca de su amigo, no encajó bien que hablara de esa forma de Amanda y se puso serio de repente.

—¡Ay, Dios! ¡Que tu hermano se nos ha enamorado! —exclamó Xisco, dirigiéndose a Gori mientras se tapaba la boca con las dos manos y abría mucho los ojos para mofarse de su amigo.

—Ni me he enamorado ni pienso hacerlo, pero creo que ya no somos unos niñatos como para ir contándonos lo que hemos estado haciendo con las tías.

Xisco enmudeció de repente. Después, le colocó la mano en la frente a Tomás de forma teatral.

—No tienes fiebre —afirmó, continuando con la broma—. ¡Amigo, tú has caído con todo el equipo!

—Voy a ducharme, que llego tarde a trabajar. —Fue todo lo que contestó Tomás mientras se adentraba por el pasillo que conducía al baño y a su habitación.

Gori y Xisco se miraron sonriendo, ambos hicieron un leve gesto con los hombros al tiempo que negaban con la cabeza.

—No sé qué vamos a tener que hacer con este hermano tuyo… —indicó Xisco, poniéndole el brazo sobre los hombros a Gori mientras se dirigían hacia la puerta.

*****

Sobre las diez de la mañana Amanda se despertó a la fuerza; Carol la estaba zarandeando y gritándole algo incomprensible al oído.

—¡Déjame dormir! —le dijo a su amiga, cubriéndose la cabeza con la almohada y volviéndose hacia el otro lado.

—Despierta, dormilona, que tengo un montón de cosas que contarte. Además, si no te levantas ya de la cama, no vamos a poder ir a desayunar al comedor. ¡Levanta, levanta, levanta! —le gritó, sin parar de molestarla para que no volviera a dormirse.

Amanda se retiró la almohada de la cara y abrió un ojo. Le molestaba la luz que estaba entrando a raudales por la ventana y no compartía el entusiasmo de su amiga, pero había oído una palabra mágica para ella: desayuno.

—Tengo hambre —afirmó mirando a Carol aún con un ojo cerrado. Se desperezó y de un salto salió de la cama.

—Sabía que eso te despertaría. Te odio, ya lo sabes. Eso de que comas todo lo que te da la gana y no engordes ni un gramo me mata.

—¡Ya, ya! Llevas diciendo eso años. Si hicieras un poco más de ejercicio podrías comer tanto como yo, o más —le advirtió, moviendo las manos sobre su cabeza mientras se dirigía hacia el cuarto de baño—. Estoy segura de que ayer fue la primera vez que bailaste en meses. Y mira que para eso solo tienes que poner música y moverte, ni siquiera hace falta ir al gimnasio.

—No estábamos hablando de eso.

—¡Sí, puedes cambiar de tema cuando quieras si no te interesa! —Se oyó la voz de Amanda desde el baño. No había cerrado la puerta, nunca lo hacía cuando estaban ellas dos solas.

—¡Cállate de una vez! Lo que voy a contarte es mucho más interesante y me estoy poniendo de los nervios —anunció Carol,

autoritaria—. Ayer por la noche Xisco y yo estuvimos hablando.

—¡Sí, hablando…, ya me lo imagino! —le contestó Amanda con sarcasmo.

—¡Que te calles ya y me dejes hablar! —gruñó Carol.

Amanda cerró la boca y salió del baño con los labios tan apretados que se le habían puesto blancos.

—¡Así está mejor, petarda! Como te decía, estuvimos hablando. Me comentó que Tomás llevaba buscando una monitora desde hacía al menos quince días porque andaba corto de personal. Cuando vio lo que sabemos hacer con estos cuerpos serranos —se señaló con una mano—, estuvo seguro de que si le pedía el trabajo, me lo daría. Aunque yo creo que Tomás anoche no se fijó en cómo bailaba ninguna otra que no fueras tú.

Amanda intentó seguir con los labios apretados y sin decir palabra, aunque tuvo que bajar la cabeza para que Carol no viera su sonrisa de satisfacción.

—A lo que iba —continuó, pasando por alto el gesto de Amanda, para no interrumpir más la conversación—, esta mañana, al poco de irse, Xisco ha vuelto al apartamento; ha venido para contarme que una de las recepcionistas se había largado sin dar siquiera los quince días. La tía no se ha presentado a trabajar esta mañana y, cuando la han llamado para ver qué le sucedía, ha dicho que había encontrado otro trabajo y que no iba a volver.

Carol hizo una pausa para que Amanda pudiera hablar, pero su amiga no despegó los labios, sino que levantó las cejas y movió la cabeza negando; haciéndole entender que no sabía a dónde quería llegar con aquello.

—¿Es que no lo ves? Podemos conseguir un trabajo para cada una sin siquiera salir del hotel —le dijo entusiasmada.

Amanda continuó con la boca cerrada, no porque Carol se lo hubiese ordenado repetidas veces, sino porque se quedó tan alucinada que no sabía qué podía decir.

¿De verdad Carol pensaba que ellas podían desempeñarse en cualquiera de esos dos trabajos? No sabían nada de animación y mucho menos de lo que se hacía en la recepción de un hotel.

—¿Por qué crees que van a darnos esos trabajos precisamente a nosotras? —preguntó cuando vio que Carol empezaba a impacientarse—. Somos profesoras, ¡profesoras! —remarcó—. En septiembre vamos a empezar a dar clase, ¿no lo has pensado? ¿Qué vas a hacer, renunciar al trabajo que tan amablemente nos ha arreglado tu tía?

—Según Xisco, tanto Tomás como los de recepción están desesperados, eso debería ayudarnos a conseguir los puestos. Y lo de mi tía… Bueno, pienso avisarla al mismo tiempo que a mis padres de que no me incorporaré en septiembre a la plantilla del colegio.

Amanda no podía creérselo. Si había sido precisamente Carol la que había estado insistiéndole a su tía durante todo el año para que las enchufara a trabajar en el colegio donde ella estaba de directora. ¿Cómo podía echarse atrás con tanta facilidad?

—Espera, Carol, no te precipites. No digas nada de septiembre todavía. No ves que ahora estás en una nube, pero que en quince días podrías estar de Xisco hasta el gorro… No seas tan radical; deja esa puerta abierta, al menos.

—Está bien —aceptó y, por lo rápido que contestó, Amanda pudo ver que Carol también había pensado en lo que ella le acababa de decir—. Pero ahora cogemos estos trabajos y pasamos el verano por aquí.

—No sé si me convence la idea. Quedarnos aquí todo el verano… ¿Dónde viviremos? Hay muchas cosas que deberíamos tener en cuenta…

—Ya está todo pensado. El hotel tiene habitaciones para los empleados; además, Xisco comentó que nos deja quedarnos en el apartamento con ellos.

Amanda alzó las cejas hasta que casi le rozaron el nacimiento del pelo.

—Carol, ¿no te das cuenta de que eso que dices no tiene ni pies ni cabeza? ¿Vivir con los chicos? No creo que en ese piso quepamos todos; por no hablar de que quizás tú estés locamente enamorada y quieras hacer la tontería de irte a vivir con Xisco a los dos días de conocerlo, pero ese no es mi caso, para nada.

Carol se cruzó de brazos.

—Pues yo pienso quedarme. No estoy dispuesta a pasar el resto de mi vida con los plastas de mis padres. Los tuyos no están tan mal, pero los míos son insoportables. No volveré a su casa. Ya está decidido. Además, aunque tú no te lo creas, sí que estoy enamorada de Xisco. Si tengo la más mínima oportunidad de quedarme aquí con él, no la voy a desaprovechar. —Descruzó los brazos y se acercó a su amiga—. Me encantaría tenerte a mi lado, pero no puedo obligarte a que te quedes. Pensaba que te entusiasmaría la idea tanto como a mí, pero ya veo que no es así.

—Carol, no me hagas esto. Sabes que no me resisto a tus chantajes emocionales, aunque tenga clarísimo que lo son.

—Por eso te los sigo haciendo; si no funcionaran, ¿para qué continuar? —Carol sonrió pícara.

Amanda le lanzó la almohada que tenía en las manos. Carol volvería a salirse con la suya. No había manera de que ella se fuera a casa y dejara a su amiga en Mallorca, sola. De todas formas, no le hacía ascos a la idea de quedarse en la isla todo el verano, aunque la situación le pareciera muy forzada.

No quería, por nada del mundo, que Tomás creyese que se quedaba por él; eso tenía que dejárselo claro la primera vez que se vieran.

«Si me quedo es por no dejar a Carol sola, nada más que por eso, absolutamente por nada más. Si en el proceso puedo ganar un poco de dinero y después puedo irme de viaje donde me dé la gana, pues bienvenido sea», intentó autoconvencerse.

—Está bien —dijo al fin—, me quedaré. —Carol empezó a dar saltitos de alegría, Amanda la paró con la mano—. Si es que nos dan esos trabajos.

—Vale, vale, vale. Van a dárnoslos, seguro. Van a ser nuestros. —Carol no podía disimular su alegría.

—Pero no me iré a vivir al apartamento de Xisco. Si el hotel no nos deja una habitación, tendremos que ver cómo lo hacemos, pero no me iré a vivir con él. ¡Con ellos! —rectificó con rapidez.

...

Xisco entró en el cubículo de los animadores buscando a Tomás. Lo encontró sentado en la pequeña mesa que utilizaba de escritorio y se dirigió hacia él sin perder el tiempo.

—He estado hablando con Carol —dejó caer por todo saludo.

Tomás levantó la cabeza de la tablilla de turnos que estaba repasando. Alzó los hombros, conminando a su amigo a que continuara.

—Ella y Amanda hablan inglés a la perfección y dominan el alemán y… ¿Viste cómo se mueven? Me contó que empezaron a bailar con seis años; además, por lo visto, tienen algunos diplomas de monitoras de danza, zumba y esas cosas…

—Y con eso, ¿qué quieres decirme?

Tomás vio que Xisco estaba apurado. Había bajado la cabeza y se rascaba la nuca, como si estuviera buscando las palabras.

—Esto… eh… —tartamudeó sin saber muy bien cómo continuar —. Le he pedido a Carol que venga a vivir conmigo —dijo, al fin, del tirón—. Le prometí que buscaríamos un trabajo para ella, y he pensado que quizás podrías contratarla para ese puesto de monitor que tienes vacante. Me he hartado de oírte decir que necesitabas a alguien más para poder completar los turnos.

—¿Le has pedido que se vaya a vivir contigo? —Tomás, sorprendido, alzó la voz mucho más de lo que pretendía.

—Sí, se lo he pedido, ya te dije que me había enamorado, que no era como las otras, que la quería solo para mí. Si se va a su casa, la relación se hará muy difícil. Además, ahora que he encontrado a la mujer de mi vida no me entra en la cabeza la idea de dejarla marchar tan rápido —contestó a la defensiva.

Tomás se había quedado mudo por el asombro. No sabía qué podía decirle a su amigo, las palabras no acudían a su mente. El comportamiento de Xisco lo tenía en estado de *shock*.

Siempre lo había visto rehuir a sus ligues al día siguiente de haber estado con ellas y, en esos momentos, en cambio, le estaba diciendo que le había pedido a Carol que se fuera a vivir con él. Los esquemas de Tomás se estaban haciendo añicos.

—Tú eres el que siempre ha dicho que no pensaba enamorarse; no es mi caso, lo sabes. Yo te he dicho millones de veces que solo

me estaba divirtiendo mientras esperaba que llegase la mujer de mi vida —le aclaró a Tomás, cuando vio que lo había dejado sin palabras—. Ha llegado, tío. Te lo dije el otro día…

—¿El otro día? Me lo dijiste ayer, chaval, ayer. Se te ha ido la chaveta, te lo repito. ¿Cuánto llevas con ella, cuarenta y ocho horas? Vale, admitamos que son cuarenta y tres más de las que has pasado con cualquier otra tía, pero ¿pedirle que se vaya a vivir contigo?

—Míralo desde tu perspectiva, si quieres. Así tendremos más tiempo para conocernos, aunque ya te digo yo que no lo necesitamos. —Después volvió a rascarse la nuca y trató de continuar hablando—: Esto… ejem…

Tomás imitó su gesto y agachó la cabeza. Al verlo tartamudear, se dio cuenta de que los líos aún no habían acabado, de que pasaba algo más que su amigo no se atrevía a contarle, y eso, viniendo de él, era casi inconcebible. Nunca se había cortado un pelo a la hora de dar noticias, fueran malas o buenas. Decidió echarle una mano.

—¿Aún hay más? Venga, di lo que sea. Después de lo de Carol no creo que pueda sorprenderme nada de lo que me cuentes.

—Esto… —repitió de nuevo—, Carol le ha pedido a Amanda que se quede también.

Tomás miró a su amigo como si acabara de salirle del cráneo la cabeza de un monstruo verde y peludo con ocho pares de ojos.

—¿Te acuerdas de Mari, la morena de la recepción? —preguntó Xisco antes de que Tomás tuviera tiempo de recomponerse—. Pues, se ha largado. Su puesto está vacante y le he pedido a Vidal, el jefe de Recepción, que le dé el trabajo a Amanda…

—¡Espera, espera, espera! —Tomás levantó las manos—. ¿A Amanda también la has invitado a vivir con nosotros?

—Y… ¿sí? —contestó Xisco, contrito—. Es la mejor amiga de Carol y sus padres la habrían puesto dificultades para quedarse en Mallorca si no lo hacía también Amanda.

—¿Te das cuenta de que en el apartamento no cabemos? —Tomás empezaba a estar mosqueado. Meter a tanta gente en ese piso tan pequeño iba a resultar un desastre. Por no decir que no le hacía ninguna gracia tener en él a su último ligue. Iban a estar tan apretados que no podrían evitarse, si es que quisieran hacerlo—.

¡Joder! —exclamó, al fin, pasándose la mano por el pelo—. Supongo que Gori y yo tendremos que buscarnos otro sitio…

—No hará falta —le interrumpió Xisco—. Amanda no quiere ni oír hablar de mudarse al piso. Le ha dicho a Carol que, si quiere que ella también se quede, tienen que buscar un sitio donde vivir las dos solas.

—No encontrarán nada a estas alturas de la temporada.

—Yo también lo he pensado, pero, en todo caso, el hotel les dejará una de las habitaciones de personal. Tiene que haber alguna vacía.

—¿Hay algo más cutre que esas habitaciones? —preguntó Tomás indignado.

Xisco no sabía si reírse o darle dos guantazos.

—No quieres que vengan a casa, no quieres que se queden en el hotel y no crees que puedan encontrar un piso donde vivir. ¿Te das cuenta de que nada te parece bien? Pensaba que la chica te gustaba. —Miró a su amigo a los ojos. Tomás se puso las manos en las caderas y echó la cabeza hacia atrás.

—Y me gusta, Xisco, me gusta —le contestó, con agobio patente —. El problema es ese, que me gusta y no tengo tiempo para líos. Tengo mucho que estudiar y necesito concentrarme. Si Amanda se queda por aquí todo el verano, hará que me despiste y me desvíe del plan de estudio que he trazado. —Resopló y se sentó en su silla, tras la pequeña mesa—. Necesito aprobar ese examen, Xisco. No puedo permitirme el lujo de suspenderlo.

Por primera vez desde que había entrado por la puerta del cubículo, Xisco sonrió abiertamente.

—Pues pasa los días estudiando y las noches…

—Será mejor que no acabes esa frase —le cortó Tomás, serio.

Xisco se acercó a él, se agachó a su lado y le puso una mano en el hombro.

—Te das cuenta de que nunca te habías puesto así cuando hablábamos de alguna mujer, ¿verdad?

—A ti tampoco te gustaría que hablara de Carol de esa forma —rebatió seco—. O ¿es que acaso quieres que lo comprobemos?

—La diferencia está en que yo no he parado de decir que Carol era especial para mí desde que la conocí. En cambio, tú…

—No te montes películas y déjame en paz. Te repito que no estoy enamorado de Amanda. Ahora, lárgate, que si no, no acabaré lo que estaba haciendo y los monitores me comerán por los pies.

—Y lo del puesto para Carol, ¿qué?

—Dile que el lunes empieza. Tendrá que encargarse de las clases de baile. Las individuales y las de grupo… para empezar.

Tomás hizo un gesto con las manos como si hubiese encestado una canasta de tres puntos.

—Voy a decírselo enseguida, si a Amanda también le dan el trabajo, esta noche habrá que salir a celebrarlo —anunció mientras abandonaba, medio corriendo, medio saltando, la oficina.

En cuanto estuvo solo, Tomás se pasó las manos por la cara, como si con ese gesto pudiera borrar los pensamientos que lo invadían sin compasión.

Se había dado una semana libre, mientras las chicas estuvieran en el hotel, pero, si ahora iban a quedarse todo el verano, ¿qué haría?

«Tengo que estudiar, ¡joder!», se repetía, pero, aunque intentaba convertir la frase en un mantra, no se lo creía ni él, porque, al mismo tiempo que la pensaba, estaba maquinando a dónde podrían ir esa noche para celebrar que Amanda y Carol se quedaban todo el verano.

CAPÍTULO 10

Amanda pasó un mal rato cuando llamó a su madre para explicarle que ni ella ni Carol iban a volver a casa al final de aquella semana.

—Me acaba de decir la madre de Carol que pensáis quedaros en Mallorca a trabajar —le espetó su madre nada más coger el teléfono, sin saludarla siquiera—. ¿No será cierto?

—Bueno —contestó ella—, de momento la única que tiene trabajo seguro es Carol. Yo acabo de hacer una entrevista, pero no sabré nada hasta mañana, como mínimo.

—¿Es que os habéis vuelto locas? —le gritó su madre.

—No, mamá, qué va. Es que nos ha surgido esta oportunidad y queremos ver cómo nos va. Tampoco me parece tan descabellado —se defendió Amanda.

—¿Que no te parece descabellado? ¿Dónde vais a vivir? No conocéis a nadie, no entiendo esta actitud vuestra…

—Mamá, cálmate —la interrumpió—. Ya somos mayorcitas, y no es que pretendamos quedarnos aquí toda la vida. —«Al menos yo, no», había pensado, aunque no lo había dicho en voz alta—. Además, creo que últimamente te dejas influir demasiado por lo que te dice la madre de Carol. Parece como si no confiaras en mí —añadió, no en tono de reproche, sino con calma, para que su madre entendiera que estaba exagerando la situación.

—¡Sí que confió en ti, hija! Pero es que ha sido todo muy repentino. Estabais en Mallorca de vacaciones, no buscando trabajo. Me ha sorprendido tanto que todavía no lo he asimilado —respondió su madre, algo más relajada—. Además, piensa que os habéis comprometido con la tía Monja; ya tenéis el contrato firmado. No podéis fallarle.

—No es esa mi intención, mamá —contestó Amanda.

—¿Y la de Carol? —preguntó su madre, suspicaz.

—Eso es algo de lo que yo no puedo hablar. —La madre de Amanda inspiró hondo, asustada—. Y tú tampoco puedes decirle nada a la madre de Carol porque no hay nada seguro todavía. Es pronto para hacer conjeturas.

—Pero, Amanda, su madre debería saber que no piensa incorporarse en septiembre al Virgen del Rosario Perpetuo…

—Estoy de acuerdo, pero no es algo que debamos decirle ni tú ni yo. Además, si no se lo ha dicho ha sido porque yo se lo he sugerido. ¿Qué pasa si cambia de opinión? Más vale esperar un poco, dos meses dan para mucho.

—Amanda, tienes razón, hija mía. Debería confiar más en ti. Qué sensata te estás volviendo y qué mayor —había lloriqueado entonces su madre, emocionada.

—¡Mamá! —la reprendió Amanda, enternecida.

...

—¿Te ha reñido mucho? —le preguntó Carol cuando la vio dejarse caer de espaldas sobre la cama con un suspiro, tras haber colgado el teléfono.

—No. Bueno, al principio me ha atacado como una fiera, pero después se ha calmado. Tu madre ya la había informado de todo.

—¡Joder! ¿Cómo ha podido tener tiempo? Es que mi madre es la hostia. ¡No veas el pollo que me ha montado! —exclamó tumbándose al lado de Amanda en la cama.

—Normal. Si no te dejan ni cruzar la calle sola, lo que no entiendo es que aún no se haya presentado aquí para llevarte de una oreja.

—¡Dale tiempo! —añadió riéndose a medias Carol, no del todo convencida de que eso fuera imposible.

...

Desde que se habían despedido por la mañana no había visto a Tomás. A la hora del almuerzo, Xisco había ido a comer con ellas.

—Tomás no va a venir —anunció—. Ha tenido que reunirse hoy con el director para poder arreglar el tema del contrato de Carol. El hombre no va a estar por aquí el resto de la semana y Tomás quería dejarlo todo solucionado antes que tener que hablarlo más adelante con la subdirectora —lo excusó Xisco.

Después, Tomás le había mandado un escueto mensaje a Amanda al móvil: «Hola, soy Tomás. Lo siento, nos vemos más tarde», que a ella la había emocionado; más que nada porque no habían intercambiado sus números de teléfono, por lo que él había tenido que molestarse en averiguarlo. Y, aunque no quería admitirlo, se le aceleraba el corazón cada vez que pensaba en ello.

Amanda había acertado al suponer que tampoco se encontraría a Tomás en el comedor a la hora de la cena, porque era el momento que aprovechaban los monitores para dar los últimos retoques al *show* de la noche.

Por la tarde lo había visto de lejos en un par de ocasiones, pero no quiso acercarse a hablar con él. Le daba corte, pero al mismo tiempo intuía que debía dejarle a su aire, que fuera Tomás quien diera el primer paso y la buscara a ella. No quería que pensara que en una sola noche se había colgado tanto por él que no iba a dejarle en paz en todo el verano.

«Además, tú y yo ya lo hemos hablado, no nos quedamos por él, sino por Carol», le había sermoneado su yo interior.

En esos momentos Xisco, Carol y ella estaban sentados en la Gran Plaza, «disfrutando» del espectáculo de la noche. Gori se había unido a ellos y se lo pasaba bomba metiéndose con su hermano cada vez que salía a escena. Xisco no se quedaba atrás, por algo había sido quien había tenido la idea; Tomás les echaba miradas furibundas cada vez que podía permitírselo.

—¡Xisco, ya está bien! —le riñó Carol, aunque su tono había sonado más jocoso que admonitorio.

—Ya te he advertido que no me gusta quedarme a ver cómo estos hacen el tonto sobre el escenario. Como mínimo deja que me divierta silbando a Tomás. Míralo, qué guapo está con esas mallas —dijo con la voz engolada.

—Pues a partir de la semana que viene te quiero aquí todas las noches, sin perderme de vista y, por supuesto, sin este escándalo que estáis montando —protestó Carol, melosa pero medio muerta de la risa.

—Claro, vida mía, pero no compares —contestó Xisco con sorna —. ¡Anda que no hay diferencia entre verte a ti en mallas o ver a «nuestro querido» Tomás! —La acercó a él, más de lo que ya estaba, y le comió la boca a besos.

Gori bajó la cabeza, incómodo; después se volvió para mirar a Amanda y la encontró absorta, sin poder quitarle los ojos de encima a su hermano, que en esos momentos era el bailarín principal.

Amanda había permanecido embelesada observando a Tomás durante todo el espectáculo que, aquella noche, homenajeaba la música de los años setenta. Los bailarines iban ataviados con ropa ajustada y brillante, con mangas amplias y pantalones de pata de elefante que, por cierto, al chico le sentaban de muerte.

«Y mira que es difícil que esta ropa le quede bien a alguien», pensaba asombrada.

Aunque no quería admitirlo ni ante sí misma, Amanda estaba preocupada. Al no haber podido hablar con Tomás en todo el día, no sabía qué opinaba de que Carol y ella se quedasen durante todo el verano en el hotel, aunque fuera para trabajar.

—Este es el número final —anunció Gori—, yo voy a irme ya a casa. Mañana tengo el primer turno en la piscina y estoy muerto de sueño.

—¿No saldrás con nosotros a celebrar que vamos a pasar el verano entero por aquí? —le preguntó Carol.

—A este le ha entrado el canguelo. Con lo que se ha reído de su hermano, ahora tiene miedo de que Tomás le canee.

—¡Seguro que es eso! He dicho que estoy cansado, y lo estoy. Me voy a la cama —sentenció el chico, picado.

—Buenas noches —le dijo Amanda con una sonrisa.

—Buenas noches —la coreó Carol.

—Nos vemos por aquí. —Gori saludó con la mano.

—En serio, está cagado de miedo —repitió Xisco cuando Gori se hubo alejado.

—¡Para ya, Xisco! Pobrecito —lo sermoneó Carol, sin añadir nada más.

Estaban terminando sus bebidas mientras esperaban a que Tomás se cambiara de ropa para empezar la noche de celebración. Amanda fue la primera en verlo salir de la zona de personal. Iba vestido con vaqueros y una camiseta ajustada que ella le habría arrancado con gusto en esos mismos momentos. Llevaba el pelo húmedo, como dos noches atrás.

«Dios mío, ¿solo han pasado dos noches?», se sorprendió Amanda. Le parecía que el tiempo había transcurrido al ralentí durante las últimas cuarenta y ocho horas.

«No me extraña que te lo parezca, ¡con la de cosas que han pasado!», se dijo.

Tomás venía hablando y riendo con Yunior. «Qué guapo es —pensó mientras observaba a Tomás—. Por favor, ¡es que, estar tan bueno debería estar prohibido!», se planteó, notando cómo le picaban las manos por las ganas de tocarlo.

Tomás sonrió a Amanda en cuanto sus ojos se encontraron, sin dejar de prestar atención a la conversación que mantenía con su amigo. Ella se quedó sin aliento al principio, pero enseguida se reprendió por ello y se obligó a relajarse.

Al tiempo que Tomás se sentaba, Yunior se acercó a Amanda para conversar con ella.

—Buenas noches, mi *amol*, ¿cuándo nos pegamos otro bailecito tú y yo?

Amanda se echó a reír y se puso en pie para hablar mejor con él.

—Cuando quieras, Yunior, hay poquitas cosas que me gusten tanto como bailar.

—¡Uf! No me hagas ofertas, que soy fácil de convencer.

Tomás no les quitaba ojo de encima, aunque estaba intentando proseguir con la charla que estaba manteniendo con Xisco. Yunior le puso una mano sobre el brazo a Amanda, para dar énfasis a algo que le estaba contando, y Tomás sintió ganas de retirársela de ahí de un manotazo.

«Pero ¿en qué piensas, gilipollas? —se recriminó—. Amanda puede hablar con quien quiera y se puede dejar toquetear por quien quiera, no es tuya. Relájate, que solo están hablando».

Antes de irse, Yunior se giró hacia Tomás y, con toda la intención, para que él se diera cuenta, le dio dos besos a Amanda. Se entretuvo en el contacto con cada mejilla y después volvió a mirar a Tomás con gesto triunfante.

Tomás lo fulminó con los ojos entrecerrados, estaba calibrando hasta qué punto el cubano lo estaba provocando o se reía de él con aquel simple gesto, pero no pudo adivinar cuáles eran las intenciones de su amigo.

Fueran cuales fueran, a él no deberían importarle lo más mínimo, él lo que debía hacer era irse a estudiar o a dormir. La noche anterior apenas había pegado ojo y, si no se iba a casa, estaba seguro de que esa noche acabaría igual. Además, el plan había sido pasar una semana con Amanda y después retomar los libros, pero las cosas habían cambiado mucho en veinticuatro horas.

Las chicas no iban a quedarse solamente una semana, sino que iban a estar en el hotel todo el verano. Si esa noche salía con Xisco, Carol y Amanda no le dejarían en paz durante los dos meses siguientes, sobre todo Xisco; y de ninguna manera podía echar julio y agosto por el retrete. Ya había demorado demasiado lo de presentarse al FIR.

Hacía dos años que había terminado la carrera y no quería seguir en el hotel el próximo año. Tenía muy claro su objetivo, y este no era, de ninguna de las maneras, liarse con una chica, por mucho que Amanda le gustara. Pero la mano que Yunior mantenía sobre el antebrazo de Amanda le quemaba.

Apenas podía contener las ganas de ir e interrumpir lo que fuera que el cubano le estuviera diciendo. No le gustaba verla tan satisfecha con los chistes y piropos que, sin duda, su amigo le estaba dedicando.

Ni siquiera tuvo tiempo de volver a pensarlo porque, en ese preciso instante, Yunior decidió que ya estaba bien de darle palique a Amanda y se despidió de ella, no sin antes mirar de nuevo a Tomás con cara de granuja. La chica, que tras la marcha del cubano

lucía una gran sonrisa, se acercó al grupo para integrarse en la conversación.

—Hola —le dijo a Tomás, aunque ya se habían saludado hacía unos minutos, más cohibida de lo que había estado en mucho tiempo.

—¿Qué tal el día? —se interesó él, sin acercarse a ella.

—Bien, no puedo quejarme —contestó, algo decepcionada y preguntándose dónde había ido a parar la confianza que parecía haber entre ellos por la mañana.

—¿Y Gori? ¿No ha querido quedarse? —inquirió Tomás, sin dirigirse a nadie en particular.

—No —se apresuró a responder Xisco—. Ha dicho que, como mañana tenía que hacer el primer turno, prefería acostarse temprano.

—De acuerdo, ya me ocuparé de él… y de ti —lo señaló Tomás— mañana por la mañana.

Xisco se llevó un dedo al pecho con gesto inocente.

—¿Habéis pensado en salir esta noche? —preguntó Tomás a continuación, sin hacer caso al payaso de su amigo.

—Sí, por supuesto. Vamos a llevar a estas señoritas a Phisycal, ¿os apetece ir a una discoteca, chicas? —propuso Xisco.

—¿A una discoteca? —Carol hizo un mohín—. ¡Claro que me apetece!

—Yo estoy un poco cansado —adujo Tomás. Estaba seguro de que marcharse sería lo mejor, lo más adecuado, lo correcto.

El corazón de Amanda se detuvo durante unos segundos. Ya se veía sola con la parejita, pero, sobre todo, le molestaba que Tomás apenas se hubiera dirigido a ella desde que se había acercado y que, por lo que parecía, se fuera a dormir.

—¿Prefieres algo más tranquilo? —le propuso Xisco a su amigo —. Podemos ir al Bora-Bora a tomar unos mojitos. Seguro que a estas horas ya podemos sentarnos en la terraza frente al mar.

Tomás vio la cara de desilusión de Amanda y su convicción de que tenía que irse se tambaleó con violencia. Lo había mirado solo un instante, cuando él había dicho que se iba, y después había fijado los ojos en su bebida. No parecía que le estuviera reprochando

nada. Sin embargo, aquella especie de decepción que le había parecido intuir en el fondo de sus pupilas cuando sus miradas se habían cruzado le hacía replantearse la opción de quedarse con ella.

—No te hagas de rogar, tío. He tenido que hacerlo toda la temporada y ya cansa —le dijo Xisco en un intento por hacerlo reaccionar y que los acompañara.

Tomás contempló a su amigo con los labios apretados. Si a esas alturas aún no se había enterado de que él tenía otras prioridades, dudaba que fuera a lograr hacérselo entender. Echó un vistazo a Amanda, que seguía sin mirarlo. Xisco, que vio que Tomás observaba a Amanda, decidió meterle un poco más de caña a su amigo:

—Además, ¿vas a dejar a Amanda sola?

Ella creyó que se moriría de la vergüenza. No entendía por qué Xisco tenía que ponerla como excusa, la hacía parecer desesperada, y no le gustaba nada que pusieran palabras en su boca que no había pronunciado.

—Por mí no tienes que preocuparte. Que salgan a celebrarlo ellos dos. Yo también tengo ganas de meterme en la cama —indicó mirando a Tomás. Seguía haciéndolo sin reproches, como un rato antes, pero por dentro estaba temblando. No quería que se notara la desilusión que se había llevado.

—No le digas eso, Amanda, que ya lo tenía casi convencido —se quejó Xisco.

—Pero es que no tienes que convencer a nadie de nada. Ni que fuéramos críos que no pueden ir donde quieran. Id a celebrarlo vosotros y listo. No nos necesitáis para nada.

—¿Ves, Tomás? Ya nos has cortado el buen rollito. Ahora Amanda también quiere irse a dormir. —Xisco estaba empeñado en hacerlo sentir mal, y lo estaba consiguiendo—. Mira, pasamos del Bora-Bora y vamos a *Cala Lliteres*, a Sa Cova.

Esto último fue lo que le tentó, le encantaba el sitio y esa temporada aún no había estado allí ni una vez. Además, le apetecía ver la cara que ponía Amanda cuando viera el bar.

—Está bien, pero solo un rato. Mañana tengo un millón de cosas que hacer y…

—¡Sí, sí! Solo un rato —le cortó Xisco, que no estaba dispuesto a que su amigo se replanteara la situación, ¡con lo que le había costado convencerle!—. Pero vamos en mi coche —añadió mientras se ponía en pie. Los otros le imitaron.

Tomás hundió los hombros. Si volvía a protestar parecería un cascarrabias, pero sabía que, si Xisco ponía el coche, sería más bien tarde cuando él consiguiera llegar a su cama.

Amanda se dio cuenta del desánimo del chico y, aunque seguía picada porque él se mantenía distante, le dio lástima. «Si la montaña no va a Mahoma…», se dijo, y se acercó a él.

—En serio, no lo hagas por mí, no es necesario.

Tomás se rascó la nuca, un gesto que Amanda ya le había visto hacer en varias ocasiones y que empezaba a asociar con él.

—La verdad es que lo único que me apetece de ir a Sa Cova es estar ahí la primera vez que descubras el sitio. Es alucinante, y me encantará ver la cara que pones.

Amanda notó cómo le subía el rubor a las mejillas y agradeció que la Gran Plaza estuviera casi a oscuras para que Tomás no pudiera darse cuenta.

Ese chico la tenía superconfundida. Se había mantenido alejado de ella desde que había terminado de trabajar, pero ahora le decía que, si salía esa noche, era para poder verle la cara cuando llegaran al lugar al que iban.

«¡Y después dicen que las complicadas somos las mujeres!», comentó para sí misma.

De camino al coche, Xisco y Carol se retrasaron, aprovechando la oscuridad de una de las callejuelas, para besarse y meterse mano. Tomás y Amanda se escabulleron para dar un poco de privacidad a la parejita.

Se podía palpar la tensión entre ellos dos, pero a ninguno le apetecía tomar la iniciativa. Ella, para que Tomás no creyera que quería atosigarlo, y él, porque tenía claro que, si se acercaba a Amanda, no sería capaz de dejarla después para irse a su casa.

La noche anterior con ella fue una de las mejores que recordaba, pero ese verano solo podía dedicarse a estudiar. Además, no le gustaba lo posesivo que se había sentido con Amanda cuando la

mano de Yunior reposaba en su antebrazo. Tenía que alejarse de ella cuanto antes.

«Podemos salir a tomar algo, pero como amigos, no volveré a liarme con ella», se decía.

—¿Qué tal la entrevista? —le preguntó, intentando salir de los pensamientos en bucle en los que había entrado su mente y que ya empezaban a agobiarlo.

—Creo que no ha ido mal del todo, pero, por lo que ha dicho Xisco, seguramente no se presentará nadie más. O sea, que contratarme a mí será el mal menor. O eso es lo que piensan ellos —murmuró.

—¿Cuándo empezarías?

—Si fuera por el señor Vidal, mañana mismo, pero me ha dicho que si comienzo el lunes estará bien. Aunque me gustaría ir algún que otro rato antes del lunes para ver qué se hace en la recepción, porque no tengo ni idea.

—Se hacen un montón de cosas. La recepción de este hotel es enorme, pero me imagino que encontrarán un lugar adecuado para ti hasta final de temporada; Vidal es muy bueno en eso. Esta mañana, cuando yo he entrado a ver al director, él salía de su despacho. Supongo que habrán hablado de tu contrato, pero no he podido preguntarle.

—De todas formas, no me quedaré hasta el final de la temporada, solo hasta finales de agosto. En septiembre tanto Carol como yo empezaremos a trabajar en un colegio concertado, en el Virgen del Rosario Perpetuo, allí en casa.

—Eso no es lo que me ha dicho Carol a mí —exclamó Tomás alterado—. Le he hecho el contrato hasta finales de octubre, prorrogable en noviembre. ¿Por qué no me ha comentado nada de ese otro trabajo?

—La verdad es que ella pretendía llamar a su tía Monja, que es quien nos ha conseguido el trabajo, para decirle que no empezaría en septiembre. He sido yo la que le ha sugerido que esperara para avisarla, solo por si acaso, aunque ella está convencida de que no volverá a casa.

—¡Uf! ¡Qué susto acabas de darme!

Amanda sonrió.

—Eres fácil de asustar, señorito —le soltó, parándose para tocarle la nariz con mimo.

Él se quedó inmóvil, mirando a Amanda a los ojos con un hambre que no tenía fin. No podía liarse con ella, no podía, pero se moría de ganas.

«Mira esos labios —se dijo—, y cómo te mira, te está pidiendo un beso a gritos, no puedes dejarla así». «Sí puedes —le contestó su conciencia—. Tienes que estudiar, no hay tiempo para chicas este verano, ¿te acuerdas?».

Entonces fue cuando su parte más rebelde decidió dejar de escuchar a su conciencia. No le estaba dando más que dolor de cabeza. Cogió a Amanda por la cintura, se acercó despacio a sus labios y la besó.

Ella, que se había quedado algo descolocada, se mantuvo pasiva. Pero enseguida entró en el juego. Las lenguas de ambos empezaron una danza de dominio; ninguno quería quedarse atrás, los dos querían llevar la voz cantante y el beso, que había empezado con suavidad, terminó siendo tumultuoso y voraz.

Amanda se separó de Tomás para coger aire y él aprovechó la ocasión para mirarla con detenimiento.

—Deberíamos parar —le dijo—, o no llegaremos a Sa Cova.

Amanda se volvió para ver si Carol y Xisco los seguían, pero no había ni rastro de ellos.

—Quizás, al final, no vayamos —propuso acercándose cuanto pudo a él. Eso hizo que Tomás se excitara mucho más. Justo en ese momento se oyeron, un poco más atrás, las voces de sus amigos acercándose. Tomás hizo una mueca de decepción.

—O quizás sí —se lamentó.

Siguieron caminando y Tomás se atrevió a hacerle la pregunta que le había rondado por la cabeza durante todo el día:

—¿Cómo decidisteis quién iba a recepción y quién a animación? —soltó a bocajarro, como si ya se arrepintiera de haberlo hecho.

—Fue extremadamente fácil decidir eso —contestó Amanda riéndose—. Xisco nos lo ha dado todo «mascadito». Ha dicho:

«Donde está la olla no hay que meter la polla», y se acabó la discusión.

Amanda notó el gruñido gutural de Tomás, pero no tuvo claro a qué se debía: si a que Xisco asumía que ellos dos eran pareja o porque ella no hubiese puesto ninguna objeción, dando por hecho que lo eran.

«¿Quieres dejar de hacerte pajas mentales?», se amonestó. Tomás solo quería repetir con ella lo de la noche anterior, no quería una relación como la de Xisco y Carol.

Sabía que no debía hacerse ilusiones: él solo sería un amigo con derecho a roce. O aceptaba eso, o pasaba de él antes de que le hiciera daño esa «no relación», esa que Tomás parecía querer tener con ella.

—¿Hubieses preferido que trabajásemos juntos? —preguntó Amanda cuando salió de sus pensamientos.

—No, está bien así, pero igual sí que me hubiese gustado que me consultarais a mí. Al fin y al cabo, voy a ser el jefe de Carol.

—La verdad es que creo que esa ha sido la mejor solución —afirmó ella, intentando excusarse por haber aceptado la confabulación de Xisco sin protestar—. No sé si me gustas como jefe —prosiguió, arrugando la nariz—. El día que llegamos, te vi dando órdenes a los bailarines mientras ensayaban y no me hizo ninguna gracia lo mucho que les gritabas.

—¡Bah! Eso solo lo hago muy de vez en cuando. Es que hace unos días los chicos estaban muy espesos, no les salía nada de lo que tenemos ensayado. Además, creo que no voy a poner a Carol en el escenario, al menos al principio. Ya tendrá trabajo suficiente con las clases. A lo mejor en septiembre, cuando tenga que empezar a dar vacaciones a los otros animadores…

—¡Pues creo que vas a darle una alegría a Xisco!

—No había pensado en eso —contestó Tomás—, pero seguro que no le habría hecho ninguna gracia tener que ver el *show* todas las noches.

—¿Cómo has sabido que Carol le ha «exigido su presencia» todas las noches cuando ella sea bailarina? —Enmarcó las palabras con unas comillas imaginarias que dibujó con los dedos.

—No lo sabía, pero basta con ver cómo la mira y cómo parece que la protege con todo el cuerpo, para darse cuenta de que no dejará de estar donde ella esté mientras pueda.

—Puedes estar seguro, no pienso perderla de vista ni un minuto, sobre todo si el sobón de Yunior anda cerca. —Se oyó la voz de Xisco a sus espaldas.

—No creo que haga falta que estés celoso de Yunior, es un buen tipo.

Xisco se acercó a su amigo, que se había adelantado hacia el coche; lo cogió de un brazo y, sin que las chicas lo oyeran, le susurró:

—No parecía que pensaras eso hace diez minutos. Por cómo le mirabas, pensaba que te acercarías a él para meterle dos hostias.

Tomás se sacudió a su amigo de encima y lo miró con fiereza, casi podría decirse que le enseñaba los dientes.

—¡Eres un gilipollas! Yo no le he mirado de ninguna manera.

Las chicas se volvieron hacia ellos, sorprendidas por su actitud.

—Vale, no te enfades. No volveré a hablar del tema si no quieres, pero a mí no me engañas. Nos conocemos desde hace demasiado tiempo como para que lo intentes siquiera.

Tomás no respondió a la pulla. Se volvió hacia las chicas y las apremió con la mano para que subieran al coche de Xisco. Como si no le bastara la caña que le daba su conciencia, tenía que enfrentarse a la que le daba su amigo.

«Este verano se me va a hacer muy largo si nadie me da una tregua», se dijo.

CAPÍTULO 11

Una risa estrepitosa resonó en la plataforma donde estaban situadas las mesas del restaurante Sa Cova. A esas horas, Amanda, Carol, Xisco y Tomás eran casi los únicos clientes del local. Unas mesas más allá había un grupo de alemanes que charlaba ruidosamente, algunos de ellos se volvieron al escuchar la carcajada que había proferido aquel chico sentado a una mesa con otros tres jóvenes y que parecía que iba a atragantarse con su propia risa.

—¿En serio que quería irse?

—¿Tú qué crees? Ella se considera muy moderna, ¡pero no lo es! Es hermana de mi padre, joder, y encima es monja. Cuando vio al tío desnudo encima del escenario, casi se desmaya. Se puso en pie y empezó a tironearme del brazo y a decir en voz alta: «Nos vamos ahora mismo, vosotras dos sois menores de edad y yo ni quiero ni puedo ver este tipo de espectáculos» —explicó Carol, engolando la voz para imitar la de su tía Monja.

Xisco volvió a carcajearse a pleno pulmón. Tomás se reía, aunque no alcanzaba el volumen de su amigo, y Amanda, que había protagonizado la historia junto a Carol y, además, se la había oído contar un millón de veces como mínimo, sonreía contagiada por la risa de los otros dos.

—¿Tú sabías lo del desnudo integral cuando le pediste que os acompañara a ver la obra?

—Pues claro que lo sabía —contestó Amanda por ella—. Pero se guardó muy mucho de decírselo, incluso hoy, la pobre mujer sigue creyendo que Carol no tenía ni idea de que el actor iba a quedarse en pelotilla picada.

Xisco se limpió una lágrima que le bajaba por la mejilla.

—No puedo más, es que es intentar imaginarme la situación y me parto —dijo entre hipidos.

—No veas lo que nos reímos nosotras —apuntilló Carol.

—¿Os reísteis en la cara de la pobre mujer? —se interesó Tomás que, aunque se reía, podía seguir manteniendo una conversación.

—¿De veras te lo parece? —indicó Amanda—. Salimos con el rabo entre las piernas y la cabeza gacha, procurando que nadie nos viera la cara. Si hasta los actores detuvieron la actuación al oír los gritos de su tía. Creo que alguno se temió que la mujer subiera al escenario y les diera con el bolso.

Xisco, que se había calmado un poco, volvió a estallar en carcajadas.

—Es que lo veo, lo veo —exclamó—, la monja atizando al pobre hombre desnudo con el bolso. Pum, pum, ¡toma, por degenerado! —Volvió a reírse con estrépito y tuvo que agarrarse la barriga, porque empezaba a dolerle de verdad.

Hasta las chicas se rieron al visualizar lo que estaba imaginando Xisco.

—¡Uf! —manifestó Amanda al poder retomar el aire—, pues esa historia ni siquiera es la más épica de todas.

Los chicos, que poco a poco retornaban también a su ser, la miraron asombrados.

—¿No? —preguntaron al unísono.

—No, Carol tiene un don insuperable para meternos en líos. ¡Vino así de fábrica y ya no se puede pedir que nos la cambien! —Levantó las palmas de las manos hacia arriba y se encogió de hombros, dando a entender que no había nada que se pudiera hacer al respecto.

Carol le sacó la lengua a Amanda.

—Eso sí, nos divertimos mogollón cuando encontramos a algún pardillo que quiera escuchar nuestras batallitas —contestó la aludida mientras miraba a su chico con picardía.

—¿Me estás llamando pardillo?

—Sí, eso hago —afirmó ella poniéndose en pie y echando a correr para incitarlo a perseguirla.

Xisco no se hizo de rogar. También se levantó de la silla e hizo el amago de correr, lo que provocó que Carol estallara de nuevo en carcajadas y emprendiera una huida, más bien falsa, hacia la pequeña playa de grava iluminada por la luna que se vislumbraba algo más lejos.

Tomás negó con la cabeza.

—No hay manera, no puedo acostumbrarme a este nuevo Xisco. Nunca lo había visto así con nadie. Toda su chulería se ha convertido en ñoñería. —Acompañó sus palabras con un gesto de impotencia.

Amanda, que aún no había perdido la sonrisa, lo miró estupefacta.

—¿Quieres decir que prefieres a un chulito pagado de sí mismo antes que a un chico tierno y enamorado?

Tomás la miró extrañado.

—¡Por supuesto! —exclamó—. Vamos a morir por sobredosis de dulzura. ¡Puaj!

La que negó con la cabeza entonces fue Amanda.

—Lo que os avergüenza a los chicos es admitir que estáis enamorados —le dijo—. ¿Por qué os cuesta tanto demostrar que tenéis sentimientos? Yo creía que eso de «los chicos no lloran», «estar enamorado es de nenazas» y cosas por el estilo había muerto con la generación de nuestros padres.

Tomás elevó las cejas y agachó el mentón en un gesto interrogante.

—¿En serio? —preguntó al fin—. Eso nunca pasa de moda. Te lo enseñan los mayores en el patio del cole y, si no te entra, te lo repiten a tortazos.

—¡Qué brutos sois los chicos! Todo tenéis que arreglarlo a tortazos.

Tomás se encogió de hombros.

—De todas formas —sentenció al cabo de un rato—, yo no soy como él. Es cierto que hace años que Xisco repetía que un día iba a encontrar al amor de su vida. Aun así, ¡no me acostumbro! Yo sé que eso no es para mí. Ya te dije que no quiero sufrir por una separación repentina e irreversible, como le sucedió a mi madre. No. Yo no me enamoraré. —La voz de Tomás había adquirido un cariz

serio que Amanda no recordaba haberle oído antes. La otra ocasión en que habían tratado ese tema, su tono había sido mucho más relajado.

—Me acuerdo de lo que dijiste cuando estábamos en el *talayot* —contestó ella con serenidad—. Y creo recordar, también, que yo te dije que eso no es algo que uno pueda elegir. Cuando te enamores, porque lo harás algún día, no podrás evitarlo.

Él la miró con intensidad, pero sin hablar. Se repantigó en su silla y elevó la vista al cielo, después se pasó ambas manos por la cara, como si intentara decir algo y las palabras no acudieran en su ayuda.

Amanda, que creyó entender ese gesto, se apresuró a continuar:

—No estoy insinuando que vaya a ser de mí. —Se rio y levantó las manos en son de paz—. No creo que el tiempo que voy a pasar por aquí baste para eso. Nosotros —lo señaló a él y a sí misma alternativamente— lo pasaremos bien, nos entretendremos y guardaremos un bonito recuerdo del verano.

Dicho esto, cogió su copa, casi vacía, de la mesa y brindó en dirección a Tomás. Después de dar un sorbo a la bebida, le guiñó un ojo, intentando disimular el nerviosismo que le había ocasionado pronunciar aquellas palabras.

Estaba intranquila porque lo que acababa de decir era una patraña de las gordas; sabía que a ella le sobraban cincuenta días de los casi sesenta que iba a pasar cerca de él para enamorarse y, además, pensaba que podría haberse ahorrado el discurso que acababa de soltar. Se sentía bastante patética y esperaba que él no quisiera añadir nada a su penosa perorata.

Tomás la miró con fijeza durante unos segundos, después se sentó al borde de la silla, apoyó los codos sobre las piernas y desvió la mirada, nervioso. No sabía qué contestar a lo que acababa de decir Amanda.

Ni siquiera sabía si quería estar con ella durante todo el verano. «Yo tengo que estudiar, joder», se repitió por enésima vez.

Decidió no opinar y dar el tema por zanjado. Las ganas que tuviera o no de enamorarse no era algo de lo que quisiera andar

hablando con Amanda; ni siquiera sabía cómo se había metido en ese jardín y mucho menos cómo salir de él.

«¡A la mierda las cavilaciones! Como ha dicho ella, vamos a pasarlo bien y listo», se sermoneó.

—Bueno —añadió mirándola de nuevo y haciendo un esfuerzo por lucir una gran sonrisa iluminándole el rostro—. No me has dicho qué te ha parecido el chiringuito.

Amanda se sintió muy aliviada cuando Tomás cambió de tema y se relajó de forma visible.

—Es un sitio muy chulo —afirmó, sonriendo a su vez y mirando a su alrededor.

—¿Solo chulo? —preguntó Tomás con fingido tono de indignación.

—Supongo que durante el día será espectacular, parece que las olas rompen cerca, así que imagino que la plataforma en la que estamos se interna en el mar.

—Así es —asintió Tomás—. Esta cala es igual que una piscina. Durante el día, si no hay mucha gente ni sopla el viento, puedes ver el fondo marino desde aquí mismo. —Dibujó con la mano una línea imaginaria entre ellos y el final de la plataforma de cemento—. Pero el restaurante también tiene lo suyo, ¿no crees?

—Es original —concedió ella—, aunque no tan diferente de otros muchos.

Se encogió de hombros al tiempo que recogía los pies sobre la silla y se abrazaba las rodillas. Tomás puso cara de ofendido, aunque en realidad no lo estaba, solo quería hacer un poco el payaso.

—Yo que tenía un plan genial con la almohada y he renunciado a él solo para poder enseñarte este pedacito de paraíso. —Abrió los brazos y señaló todo cuanto los rodeaba.

Amanda se sintió mucho más relajada que un momento antes y soltó una risa ligera y cantarina que a Tomás le encantó.

«¿De cuántas maneras puede reírse esta mujer?», se preguntó.

En ese preciso instante percibieron un alboroto procedente de las escaleras que daban acceso a la playa. Un grupo de no más de cinco personas estaba bajando por ellas, aunque por el ruido que hacían parecían una multitud.

A esas horas muchos bares ya habían cerrado y a algunos, a los que les apetecía seguir de marcha pero que preferían un lugar más tranquilo que un *pub* o una discoteca, les daba por acercarse a Sa Cova. Tomás distinguió entre ellos una alta figura masculina que le resultó conocida.

El grupo, que tenía que pasar por donde se encontraban Xisco y Carol, se detuvo al toparse con ellos. Tomás vio cómo el chico alto al que creía haber reconocido se paraba junto a la pareja, le palmeaba la espalda a Xisco y chocaba la mano con él. Ya no tuvo ninguna duda de quién era.

Amanda se dio cuenta de que Tomás observaba algo con fijeza y siguió la dirección de su mirada. Alguien se había detenido junto a Xisco y Carol. Entonces, el novio de su amiga señaló hacia donde Tomás y ella se encontraban. Se volvió para mirarlo cuando notó que este se movía: estaba saludando, alegre, con el brazo en alto.

—¿Tú sabes quiénes son Martes y Trece? —le preguntó de súbito a Amanda, sonriendo de manera exagerada mientras observaba cómo se acercaban sus amigos.

—¿El dúo cómico? ¿Los de las empanadillas? —contestó ella, muy extrañada por la pregunta de Tomás.

—Sí, pero ¿sabes que antes de ser un dúo, eran un trío?

—No, no tenía ni idea.

—Bueno, eso fue hace milenios. —Se rio aún más—. Creo que es algo que no mucha gente recuerda. Yo lo sé porque a mi padre le encantaban y tenía una película suya, más antigua que las piedras, en la que todavía eran tres. —Después le señaló al grupo que se acercaba—. ¿Ves a ese chico que viene hacia aquí con Xisco?

—Veo que viene con alguien, pero no le distingo bien la cara —se quejó ella.

—Pues ese es Miquel, el equivalente al tercero de Martes y Trece en nuestro grupo de amigos. —Se puso en pie para esperarlos.

Amanda vio que Tomás sonreía cada vez más a medida que el trío se acercaba a ellos. Cuando llegaron a su altura, los dos amigos se fundieron en un abrazo de esos que tanto les gustan a los hombres, con palmadas ruidosas en la espalda y muchas risas.

—¿Dónde te metes, chaval? —le preguntó Tomás sin rodeos en cuanto se separaron.

—Pues en el ayuntamiento, ¿dónde si no? Yo soy un hombre serio con un trabajo formal, no como vosotros, que seguís viviendo la vida loca en el hotel mientras hacéis creer a todo el mundo que «eso» —entrecomilló la palabra con los dedos— es trabajar.

Tomás y Xisco bufaron casi al unísono.

—Este —dijo Xisco mientras señalaba a Tomás con la barbilla— el año que viene me abandona, igual que hiciste tú.

—Ojalá —contestó Tomás casi de inmediato.

—Pues si esta es tu manera de estudiar —dijo Miquel, señalando la mesa en la que seguía sentada Amanda y que contenía los restos de lo que habían estado bebiendo—, no sé si te irá muy bien el examen.

—Creo que no conoces a Amanda. —Tomás, que seguía sonriendo, ni se inmutó por la pulla que le había lanzado su amigo.

—Hola, Amanda. ¿De qué me suena tu nombre? —preguntó Miquel en plan misterioso—. ¡Ya lo sé! Tú eres la nueva recepcionista del Hotel Club, ¿a que sí?

—Parece que lo seré a partir de la próxima semana —exclamó ella—. ¿Cómo lo sabes?

—A este no se le escapa nada —indicó Xisco mientras le palmeaba la espalda a su amigo—. Y menos si sucede en el hotel.

Miquel sonrió maquiavélico, lo que hizo que un súbito escalofrío le recorriera el cuerpo a Amanda.

¿Podía ser que hubiera gente hablando de ella y de Carol a sus espaldas? Tenía que ser eso. Si no, ¿cómo iba a saber quiénes eran?

No le extrañaba que el tiempo que Tomás y Xisco pasaban con ellas hubiera levantado algunas ampollas entre sus compañeras de trabajo, pero de ahí a que lo supiera Miquel, que ya no trabajaba en el hotel…

—¿Creéis que no tengo mis informantes? Aún conservo algunos buenos amigos en el Hotel Club. ¿Cómo me enteraría de vuestras maquinaciones, si no? Porque lo que es comunicaros, nada de nada. Tíos, por si no lo sabéis, estamos en el siglo XXI y se han puesto de

moda unos aparatitos llamados móviles. Un mensajito de tanto en cuanto me serviría para saber que seguís vivos o algo parecido.

La pandilla ruidosa que había llegado a la playa con él se había sentado a una mesa en la otra punta de la terraza y los chicos que la ocupaban empezaron a llamar a Miquel para que se uniera a ellos. Él les hizo señas para que se callaran.

—Solo voy a darte un consejo, Amanda —dijo en un tono sombrío que hizo que la chica sintiera verdadera aprensión—. Procura no cruzarte en el camino de la subdirectora. Esa arpía rencorosa puede hacerte la vida imposible.

La mirada que le dirigió Tomás a Miquel hubiese dejado seco a cualquier otro que no tuviera tanto carácter. Miquel ni se inmutó, ni siquiera hizo acuse de recibo; en cambio, continuó hablando:

—Tú hazme caso, mejor mantente lejos de ella. No es igual de desalmada con todo el mundo, aunque, si yo fuera tú, intentaría no darle la espalda, nunca, jamás de los jamases. —Miró a Tomás con seriedad—. Alguien tenía que advertirla, tío. Ya sé que tú no le das importancia, pero te aseguro que…

—Déjalo, Miquel, no sé si estás ayudando o todo lo contrario —le cortó Tomás.

Amanda se quedó desconcertada hasta decir basta cuando oyó la conversación que estaban manteniendo los dos chicos; y su pasmo fue aún mayor cuando vio la mueca que se había dibujado en la cara de Xisco.

Hasta él, que tenía salidas graciosas para todo, se había quedado callado de golpe.

De forma instintiva Amanda miró a Carol, quien le devolvió la mirada. La extrañeza que vio reflejada en la cara de su amiga hizo que Amanda se hiciera aún más consciente de que ahí se estaba tratando un tema importante y de que ellas se estaban perdiendo la mitad de la conversación.

Le lanzó una señal telepática a Carol: «¡Hay que aclarar qué cojones acaba de pasar aquí!». Su amiga, que la conocía casi mejor que a sí misma, pilló enseguida lo que le quería transmitir y asintió de forma imperceptible con la cabeza.

—Ahora que me acuerdo —indicó Xisco en un tono que pretendía ser ligero, pero sin acabar de conseguirlo—, ¿qué ha sido de tu apartamento? ¿Lo tienes alquilado?

—¡Qué va! La nueva ley no permite que lo alquile como vivienda vacacional porque está en un edificio de pisos. Está vacío —informó el otro, con cierta tristeza en la voz.

—¿Desde cuándo te preocupas tú por cumplir las leyes, Miquelet? —atacó Xisco, utilizando de nuevo su tono guasón. Al parecer, había decidido hacer olvidar a todos el mal trago de unos minutos antes.

—Desde que soy concejal del ayuntamiento, tío. La mujer del César no solo tiene que ser casta, también tiene que parecerlo. ¿No lo sabes?

—Pues Carol y Amanda están buscando un sitio donde vivir. Igual podríamos llegar a un acuerdo para los meses que van a estar las dos por aquí.

—La verdad es que no tengo intención de alquilarlo, y mucho menos para dos meses. Eso puede parecerle un alquiler vacacional a cualquiera que quiera buscarme las cosquillas.

—Podríamos hacer un contrato por medio año —insistió Xisco, quien parecía haber esperado esa respuesta—. Después, cuando Amanda se vaya en septiembre, rescindimos el contrato y listo.

Miquel resopló. Tomás, que había relajado un poco la pose, entró al trapo:

—Si no lo vas a alquilar, ¿qué más te dará que las chicas vivan ahí? Tienen varias citas para ver otros pisos, aunque en las calles que están, no creo que sean siquiera habitables.

Amanda y Carol lo miraron con los ojos desorbitados, no había dicho nada de eso cuando le comentaron dónde estaban los pisos, ni Xisco tampoco.

Se notó que ambas llegaron a esa conclusión al mismo tiempo, porque las dos se volvieron de golpe para mirar a Xisco. Él levantó las palmas de las manos hacia arriba y elevó los hombros.

—Es que no teníais muchas más opciones, pero ahora que se os presenta la oportunidad de pillar el piso de Miquel…

—¡Que yo todavía no he dicho que sí! —se quejó el otro—, que puedo meterme en un lío.

—¡Anda ya! —le contestaron sus amigos al unísono.

—No sé por qué os echo de menos, tíos, sois insoportables, y muy pesados.

Desde la otra mesa se oyó de nuevo el estrépito de los amigos de Miquel llamándole.

—¡Voy, voy! —dijo poniéndose en pie—. El deber me llama —continuó a modo de despedida—. Miraré qué puedo hacer con el piso, aunque yo de vosotros no confiaría demasiado en ello, los de la oposición me tienen en el punto de mira, de un tiempo a esta parte no me he portado demasiado bien con ellos.

Xisco y Tomás negaron con la cabeza al tiempo que hacían una mueca. Miquel se rio.

—Nos vemos, chicas —se despidió—. Y mucho cuidadito con estos dos, que no son de fiar.

En cuanto Miquel se hubo sentado a la mesa con sus compañeros de aquella noche, Xisco bufó aliviado.

—¡Chicas, hemos encontrado piso! —dijo frotándose las manos.

—A mí no me ha dado esa impresión, para nada —contestó Amanda.

—Os digo yo que sí, creedme.

—¿Y a qué ha venido la advertencia sobre la subdirectora? —se interesó Carol suspicaz.

—¿Lo de Paloma? —preguntó Xisco, al mismo tiempo que desviaba, sin querer, la mirada hacia Tomás—. Nada, rollos de cotillas —continuó, restándole importancia al asunto con un gesto de la mano—. ¿No veis que hay gente que lleva años trabajando en el hotel y lo único que le divierte es ir contando por ahí lo que en realidad no sabe?

Carol elevó una ceja, incrédula. Amanda tenía la vista clavada en la mesa sin atreverse a mirar a Tomás, por lo que pudiera ver reflejado en su cara.

Sabía, o más bien intuía, que esa tal Paloma estaba relacionada de alguna forma con él.

¿Qué habría pasado?, ¿sería una antigua novia despechada? Suponía que por ahí iban los tiros, pero no quería expresarlo en voz alta.

—¿Nos vamos? —propuso Xisco, rompiendo el silencio que se había instaurado en la mesa.

—Venga, sí, que mañana hay que trabajar —contestó Tomás, poniéndose en pie.

Una vez en el coche, Tomás tomó asiento en la parte trasera, junto a Amanda. En cuanto Xisco inició la marcha y la penumbra inundó el vehículo, Tomás se acercó a la chica, la estrechó entre sus brazos y buscó su boca.

Aunque Amanda querría haberle correspondido, no podía sacarse el tema de la subdirectora de la cabeza. Se quedó quieta, no quería parecer ofendida; lo que quería era que él le aclarase lo que había insinuado Miquel, pero sin tener que preguntarlo.

Tomás no la presionó, suponía qué era lo que estaba pensando Amanda. Como había dicho Miquel, no le daba demasiada importancia a lo que había pasado entre él y Paloma, aun así, evitaba encontrarse con ella siempre que podía.

—Estuve liado con ella —admitió al fin—, éramos más jóvenes y Paloma se hizo ilusiones con algo que no iba a suceder. Durante algunos meses se dedicó a poner a todo el mundo contra mí, pero dejó de hacerlo hace tiempo. —Se detuvo para medir sus palabras—. Yo creo que lo que dice Xisco es verdad: la gente habla de lo que no sabe. Eso pasó hace mucho y no creo que aún le dure el enfado.

—Pues eso no es lo que ha insinuado Miquel —contestó ella, bastante picada.

—Olvida lo que ha dicho Miquel. La mayoría de las veces habla sin pensar. Además, él y Paloma nunca se han llevado bien. Siempre se peleaban. —Se rio bajito—. Yo pensaba que acabarían liándose en algún momento, pero, por lo que se ve, a Miquel la chica le sigue cayendo fatal.

—No sé de qué te ríes —le dijo ella, aunque no se sentía tan enfadada como un momento antes, no podía, la risa de Tomás la hacía feliz. El chico también había ganado puntos al sincerarse con ella de aquella manera—. La que se va a comer el marrón si tu

exnovia —remarcó estas palabras con retintín— sigue enfadada y decide tocarme la moral soy yo.

—¿Cómo que mi exnovia? —contestó él en tono divertido. Había notado cómo ella se relajaba entre sus brazos y no dejó pasar la oportunidad de aflojar un poco más el ambiente.

—¡No será la mía! —exclamó Amanda, intentando parecer aún enfadada, sin lograrlo.

—Menos mal que no —le susurró Tomás justo antes de besarla.

Amanda no se opuso esta vez y le devolvió el beso. Fue un beso largo, intenso, que los dejó a ambos sin respiración y con ganas de más.

—Si la tal Paloma no me deja vivir mientras trabaje con ella, te la mandaré para que la calmes, ¿trato?

Tomás vaciló un poco antes de contestar:

—Si crees que así podemos calmar a la… ¿cómo la ha llamado Miquel?

—Arpía rencorosa, aunque después, como quien no quiere la cosa, ha añadido desalmada.

—Cómo se pasa, chaval —afirmó Tomás mientras se frotaba la cara con una mano—. Bueno, pues si crees que eso puede calmar a la arpía desalmada y rencorosa —repitió—, ¡trato!

—¿De verdad es tan terrible? —preguntó Amanda con lo que a Tomás le pareció un leve temblor en la voz.

—Quisiera poder decir que no. —Amanda se volvió hacia él sobresaltada—. Aunque yo la esquivo siempre que puedo.

—Hostia, Tomás —exclamó Amanda, que parecía muy enfadada de nuevo— y eso ¿cuándo pensabas decírmelo?

—Pues la verdad es que deseaba que no hiciera falta. —Resopló —. No te enfades, seguro que habrá tanto trabajo que no tendrá tiempo ni para meterse contigo. Y, si lo hace, no será porque siga enfadada conmigo, sino porque es así, mala por naturaleza.

—Joder, pues qué bien. Ahora ya sé por qué me tocó a mí ir a recepción y a Carol contigo. —Elevó la voz para que Carol y Xisco la oyeran.

Pareció que Xisco tenía, al menos, la decencia de encogerse en su asiento. Hacía un rato que habían llegado al Hotel Club, pero se

habían quedado en el coche, Amanda y Tomás estaban demasiado ocupados hablando de Paloma, y los otros dos no habían querido meterles prisa.

—No me lo tengas en cuenta, ¿vale? —pidió Xisco con una sonrisa suplicante—, creo que todo esto se nos está yendo de las manos. A mí nunca me ha parecido para tanto.

—Ya te lo contaré la semana que viene —indicó Amanda, que de lo que de verdad tenía ganas era de renunciar al trabajo.

Vio que Carol la miraba, preocupada, y le hizo una seña con la mano para que se relajase.

—Venga, vamos todos a dormir. Total, pasará lo que tenga que pasar —sentenció.

CAPÍTULO 12

Los días siguientes transcurrieron deprisa. Carol se quedó a dormir en el piso de Xisco todas las noches y Tomás hizo lo propio en el hotel con Amanda.

Mientras los chicos trabajaban apenas tenían tiempo para verse, aunque los cuatro consiguieron comer juntos en dos ocasiones. Por las noches, sin embargo, compensaban la falta de tiempo con encuentros tan apasionados como faltos de sueño.

Las chicas poco salieron del hotel. Fueron a visitar dos apartamentos, ambos en estado casi ruinoso y por los que pedían una barbaridad de alquiler. Así que, descartaron de inmediato la posibilidad de quedarse con alguno, aunque solo fuera para pasar un par de meses.

—Pues es una pena que este último que hemos visto estuviera tan mal, porque está cerca del hotel. ¿Qué haremos si el que nos guste está a las afueras? —preguntó Carol cuando ya regresaban hacia el complejo vacacional.

—Querrás decir qué haremos si no encontramos ninguno —apuntilló Amanda.

—Eso ni lo pienses siquiera. No llames a la mala suerte, no vaya a ser que gafemos el tema.

—¡Qué gafe ni qué niño muerto! Lo que pasa es que estamos aquí improvisando y a verlas venir. Siempre te las arreglas para meterme en líos y yo, que soy gilipollas, dejo que lo hagas.

—Venga, Amanda, no te vengas abajo ahora. Ya sabes que al final todo se soluciona siempre. Además, Xisco está convencido de que Miquel nos alquilará el suyo. ¡Uy, mira! Necesito comprar unas cosas del supermercado, vamos a pararnos en ese. —Cogió a

Amanda de la mano y tiró de ella en dirección a la tienda que acababa de ver y que le venía de perlas para escurrir el bulto.

Carol se adueñó de una cesta de la pila que había en la entrada y empezó a llenarla con cosas dulces: chocolate, pastelitos rellenos, magdalenas, galletas… y todo lo que iba pillando a su paso. Amanda la observaba alucinada, su amiga no solía comprar porquerías de ese tipo, siempre se fijaba en lo que comía y procuraba mantener una dieta sana. Cuando Carol advirtió lo pasmada que había dejado a Amanda, se apresuró a explicarse:

—No es para mí, es para llevarlo al piso de los chicos. Según ellos, está prohibido que entre comida saludable en su cocina y, como paso tantas noches allí, he pensado que debía reabastecerlos —confesó con aire inocente.

Después se dirigió al pasillo de productos de higiene personal, cogió gel, champú y tres cajas de preservativos.

—¿Tres cajas? ¿Setenta y seis condones? —preguntó Amanda arqueando tanto las cejas que casi le llegaban al nacimiento del pelo, al tiempo que cogía una de las cajas y le daba vueltas en la mano—. ¿No te has venido un poquito arriba, guapa?

Carol le arrebató el paquete de profilácticos de un manotazo y volvió a meterlo en la cesta.

—Nunca se tienen suficientes —afirmó muy seria—. Yo me muero si un día quiero hacerlo y no puedo por no tenerlos.

Amanda bufó, pero añadió otra caja para ella a la cesta de Carol; lo que hizo que esta se pusiera a reír, mofándose de su amiga.

En ese preciso instante sonó el móvil de Carol. Empezaron a llegar un montón de mensajes con el habitual *ti-cling, ti-cling, ti-cling.*

—¡Es Xisco! —anunció antes siquiera de mirar el aparato—. ¿Qué estará pasando? ¡Ostras!, no tenía cobertura y ahora me están llegando todos los mensajes de golpe —exclamó al mirar a la pantalla—. Dice que Miquel ha cambiado de opinión y que nos alquila el apartamento. —Brincó entusiasmada—. Ha quedado con él esta tarde a las seis, ¿qué hora es?

—Son las cinco y media —contestó Amanda—. Será mejor que paguemos y vayamos a dejar todo esto al hotel si no queremos

hacerlos esperar.

****

«¿Por qué será que no me sorprende?», pensó Amanda cuando vio que Xisco y Miquel las esperaban cada uno subido en una moto.

Comprendió que a ella le tocaría montarse con Miquel y la perspectiva no le hacía ninguna ilusión. Decidió intentar convencerlos de que dejaran las motos aparcadas y fueran al apartamento de cualquier otra forma.

—¿Está tan lejos el piso que tenemos que ir en esas máquinas diabólicas? ¿No podríamos ir a pie?

—No, no está tan lejos —contestó Miquel con una sonrisa torcida, que, por cierto, a Amanda le pareció muy bonita—, pero casi todo resulta más divertido si hay una moto de por medio.

Le tendió el casco a Amanda mientras continuaba sonriendo de aquella manera tan encantadora. Ella lo cogió con cierto recelo, Miquel no parecía el mismo chico de hacía varias noches, el que le había provocado escalofríos cuando hablaron en Sa Cova. En esos momentos lo veía relajado y desenvuelto, como si al estar sentado con aire indolente sobre su enorme moto se sintiera cómodo, confiado.

—¿Quieres que te ayude a ponértelo? —le preguntó, al verla vacilar.

—No te preocupes, ya sé, gracias. —Amanda levantó las manos con el casco por encima de su cabeza para colocárselo, pero interrumpió el movimiento de golpe y entrecerró los ojos—. Imagino que tú también oirás cualquier cosa que diga en el interior de este chisme, ¿no?

Miquel se rio divertido.

—¿Tienes muchos secretos que quieras susurrarle al casco?

Amanda hizo una mueca mientras negaba con la cabeza.

—Ningún secreto —aseguró—. Solo que tengo la mala costumbre de hablar sola en voz alta.

La risa de Miquel ganó intensidad. Era una risa profunda, que le nacía del alma. A Amanda no le quedó más remedio que sonreírle, muy a su pesar.

Lo observó con detenimiento. Era un chico guapo. «¿Cómo no me había fijado en esos ojos tan azules la otra noche?», pensó.

Tenía una nariz peculiar, parecía que se la había roto alguna vez, aunque no era tan chata como la de los boxeadores. Amanda apostó consigo misma que el *look* desgreñado de su pelo estaba estudiado y que lo mismo ocurría con la barbita de dos días que le cubría las mejillas y el mentón.

De repente se sintió estúpida observando a Miquel mientras mantenía el casco en alto sobre su cabeza, sin decidirse a ponérselo. Se lo encasquetó deprisa y se apresuró a subirse a la moto, tal como le había enseñado Tomás.

«¡Tomás!», pensó en cuanto se acomodó en el estrecho sillín. En ese instante sintió que estaba siendo desleal con él. «¿Le habrá dicho Xisco que Carol y yo íbamos a visitar el apartamento de Miquel?», se preguntó. «¿Le molestará que vaya con su amigo en la moto?».

«¡Cómo me gustaría ponerlo celoso! —pensó con una sonrisa para sí—. Aunque, ¿por qué iba a estarlo? No salimos juntos ni nada, solo nos acostamos…». Un leve desasosiego la invadió al pensar en eso, pero no quiso entretenerse en esas cavilaciones. «Lo único que conseguirás será ponerte triste», se sermoneó como ya había hecho otras veces.

—Pon las manos en el tanque —oyó que le decía Miquel a través de los auriculares incorporados en el casco—. Esos ya nos han cogido mucha ventaja —añadió, señalando con la cabeza a Xisco y a Carol, que ya se alejaban por una de las calles adyacentes—. No podemos permitir que lleguen antes que nosotros, ¿no crees?

Amanda apoyó las manos sobre el depósito, tal como le había indicado Miquel, y se preparó para notar el tirón hacia atrás que sin duda vendría con el aumento brusco de velocidad. Tras la súbita salida, la inercia empujó su cuerpo contra el de Miquel, lo que la hizo sentir incómoda de nuevo.

Intentó separarse de él empujando con las manos, pero la presión que ejercían sobre ella los continuos acelerones y frenazos no la dejaba hacerlo. Bufó, impotente, dentro del casco y, como respuesta, oyó la leve risa de Miquel. El chico era consciente de lo

que estaba ocurriendo y no hacía nada para evitarlo; al contrario, cuanto más intentaba ella separarse de su espalda, más ruda era su conducción, con el fin de que Amanda no pudiera despegarse de él.

...

—Estamos cerca de tu casa, ¿verdad, Xisco? —preguntó Carol tras bajarse de la moto y echar un vistazo a su alrededor. A Amanda la calle le resultaba conocida y no podía dejar de pensar que había pasado por delante del edificio ante el que se habían detenido en más de una ocasión.

—Sí —contestó Miquel antes de que pudiera hacerlo Xisco—, está dos calles más allá. Y el hotel queda a cinco minutos andando —añadió mirando a Amanda—. Podréis ir a pie, aunque yo os sugeriría que os hicierais con unas escúteres, así no tendrías que ir todo el día trotando arriba y abajo.

—Creo que tengo la ración de motos cubierta para una buena temporada —contestó la chica con la voz cargada de retintín.

Xisco y Miquel se miraron elevando las cejas y torciendo el gesto. «¡No te queda nada!», decía su expresión; si bien no hicieron partícipe de sus pensamientos a Amanda, esta pudo entenderlos a la perfección.

El apartamento estaba en el tercer piso y era casi idéntico al de Xisco. Justo a la entrada había una pequeña cocina separada por una barra de la sala de estar/comedor. A la derecha una puerta conducía a la única habitación de la casa, y al baño, que se encontraban en el mismo, y minúsculo, pasillo.

—Solo tiene una habitación. —Miquel señaló lo evidente—. De todas formas, ahora estáis compartiendo la del hotel, ¿no?

—Sí —se apresuró a contestar Amanda, sin darles tiempo a los otros dos a desmentirlo.

—Pues, entonces, no tendréis problema.

—No te preocupes, nos apañaremos —afirmó Carol con una gran sonrisa en la cara—. El piso es una pasada en comparación a los otros que hemos visto. Si no nos lo dejas muy mal de precio, nos lo quedamos.

—He pensado que, para no tener problemas, vamos a hacer un contrato ficticio. No quiero que los de la oposición se me tiren a la yugular diciendo que no declaro todos mis ingresos. Pero podéis estar aquí el tiempo que queráis, no tenéis que pagarme nada, al fin y al cabo, Xisco y Tomás son dos de mis mejores amigos.

—Ni hablar —protestaron casi al unísono Carol y Amanda—. Tienes que cobrarnos algo.

Miquel sonrió.

—Me invitáis a cenar de tanto en tanto y estamos en paz —contestó levantando las manos—. De todas formas, lo tengo cerrado y vacío, me hacéis un favor cuidando de él durante todo el verano.

Carol se entusiasmó ante la idea, daba saltitos y palmadas de la emoción. Amanda, en cambio, no estaba convencida de que ese trato fuera justo. Ella y Carol tenían que hablar sin la presencia de los chicos.

—Miquel —dijo cautelosa—, me parece una oferta muy generosa… De todas formas, me gustaría que Carol y yo pudiéramos discutirlo en privado antes de aceptar.

—¿Qué hay que discutir? No encontraremos nada mejor ni en diez vidas —rebatió Carol, intentando hacer una broma. La mirada que le echó su amiga hizo que se pusiera seria de golpe.

—Por mí, perfecto —contestó Miquel—. Vamos, Xisco, me invitarás a una cerveza en el *pub* de Kevin —añadió dirigiéndose a su amigo.

El otro hizo un gesto con la cabeza a Carol, como si le estuviera pidiendo permiso, ella le respondió con una señal con la mano antes de acercarse a él para besarle en la boca.

—Id —concedió—, nosotras bajamos en un segundo.

—¿Se puede saber qué pasa? —le preguntó a Amanda cuando la puerta se cerró a la espalda de los chicos.

—No sé —dijo su amiga—, no me acaba de gustar el trato. Es una oferta generosa, como le he dicho a Miquel, pero no me parece bien aprovecharnos de él de esta manera.

—No creo que sea aprovecharnos de él, ya has oído que incluso nos agradece que se lo cuidemos…

—¿En serio? —indicó Amanda suspicaz—. Yo creo que lo hace por compromiso.

—Lo haga por lo que lo haga, Amanda, es lo único que hemos encontrado y está genial. ¿Por qué pones pegas? —preguntó Carol con cara de súplica—. ¡Oh, oh! —exclamó a continuación—. ¿No será que te gusta Miquel? He visto cómo te miraba y estoy segura de que tú a él sí. Vaya, chica, este verano estás que te sales.

—No seas gilipollas, no me gusta, además, estoy con Tomás.

Carol la miró con cara seria.

—No estás con Tomás, lo sabes. Tú misma dices que solo estáis pasando el rato. No sé si te conviene enamorarte de él, ya lo hemos hablado…

—No estoy enamorándome de él —contestó Amanda mordiéndose el labio inferior.

—¡Anda que no! —exclamó Carol con las manos en alto—. Conozco esa mirada, Amanda, y esa cara de disimulo. Estás loquita por él.

—Si fuera así, ¿qué? —soltó a la defensiva—. Ya sé que me dijo que no pensaba enamorarse, y que lo ha repetido varias veces. Tomás no sabe que siento por él algo más que atracción física, y no serás tú quien se lo diga. Nos gusta estar juntos y lo pasamos bien, eso es lo único que debe pensar, de lo demás ni una palabra; ni siquiera a Xisco, que, aunque aseguran que no es verdad, se lo cuentan todo unos a otros.

...

Tomás, que había estado ajetreado durante toda la tarde, no había dejado de notar la ausencia de Xisco y las chicas. No los había visto desde antes de comer, cuando se había encontrado intencionadamente con Amanda, y esta le había dicho que ella y Carol iban a visitar un apartamento.

Pero eso iba a ser por la tarde temprano y ya casi era la hora de la cena. No era que él vigilara sus movimientos, ni mucho menos; simplemente le extrañaba no haberlas visto ni en la piscina, ni en el

taller de baile que se había impartido esa tarde, ni en el bar del *hall,* ni en ningún otro sitio.

«No las he estado buscando», se mintió. Era solo que aquella tarde había tenido que moverse por todo el hotel y no había encontrado ni rastro de ellas, como tampoco había visto a Xisco.

Había pensado en mandarle un mensaje a su amigo; al menos así se quedaría tranquilo sabiendo que no les había sucedido nada a ninguno de los tres. Pero no había tenido tiempo ni de mirar el móvil. Además, él era poco aficionado al teléfono, a los mensajes y todo eso.

Resopló, se secó el sudor que le corría por la sien con el dorso de la mano y después metió esa misma mano en el bolsillo para alcanzar el dichoso aparato. No había mensajes.

«*No news, good news*», se dijo. «¿Dónde se habrán metido?», pensó. «Mira, da igual, así ahora no te entretienes y las dos horitas que faltan hasta que empiece el espectáculo las aprovechas para estudiar, que buena falta te hace». Sin darle más vueltas se dirigió a la oficina en busca de sus cosas.

...

Mientras tanto, en el *pub* de Kevin, Xisco, Carol, Miquel y Amanda se reían del chiste que este último acababa de contar.

—¿Cómo se te ocurrió meterte en política? —se interesó Carol de repente y sin venir a cuento, al menos para los demás, porque Amanda estaba segura de que su amiga había hecho una de sus famosas asociaciones de ideas que la había llevado a hacerle esa cuestión en concreto.

Miquel se quedó algo parado, como si no supiera muy bien por dónde salía la chica, pero antes de que tuviera tiempo de contestar, Carol añadió:

—Entiéndeme, no es que te esté cuestionando. Sin embargo, hoy en día, ese no parece un sitio para gente normal, honrada… y tú me estás pareciendo un tío legal.

La risa de Miquel interrumpió su diatriba.

—Claro que soy un tío legal. Precisamente por eso me metí en política, como tú dices. Aunque ahora sea mi única ocupación y cobre por ello, te aseguro que para mi familia la política nunca ha sido un negocio. Mi padre fue concejal durante muchos años, y mi abuelo antes que él, desde que se legalizaron los partidos políticos. Mi bisabuelo también, aunque a él le pilló la guerra y, la verdad, no le fue muy bien, mejor dicho, le fue fatal. Es una especie de tradición —se rio sin demasiado humor—, y había llegado el momento del relevo generacional. De todas formas, no tengo intención de quedarme en el ayuntamiento más allá de esta legislatura. No lo parece desde fuera, pero la dedicación absoluta al ayuntamiento es un trabajo duro.

—Sí, ya te estoy viendo, esto que haces es agotador.

Miquel se rio y Amanda le dio una patada por debajo de la mesa a Carol para que se callara; no le gustaba el cariz que estaba tomando la conversación, hasta ese momento lo había estado pasando bien de verdad. Miquel había resultado ser una compañía muy agradable, además, era muy guapo, simpático, atento y, como había dicho Carol, parecía legal.

«Qué pena que ya tenga el corazón ocupado», se dijo Amanda.

Miquel, Carol y Xisco oyeron como Amanda suspiraba con fuerza. Ella se tapó la boca, pero no había dicho nada inapropiado, o al menos, no lo había dicho en voz alta; aunque lo había oído a la perfección en su cabeza.

Su corazón ya estaba ocupado. «¿Cómo ha podido sucederme esto en tan poco tiempo?», se preguntó.

Esas cosas no ocurrían en el mundo real. O, si ocurrían, solo les pasaban a las chicas como Carol, que la mitad de las veces no pensaba las cosas con detenimiento, se lanzaba de cabeza a nuevos proyectos continuamente, ya fueran aprender nuevos bailes o enamorarse al primer vistazo.

Amanda no actuaba como Carol. Ella era una chica racional, que pensaba las cosas muy bien antes de hacerlas. O eso creía. Se puso a analizar cómo había actuado durante la última semana y se dio cuenta de que nada había sido racional, ni siquiera se había parado unos segundos para reflexionar sobre lo que estaba pasando. Había

obrado por impulsos, había sido más como Carol que como ella misma.

CAPÍTULO 13

A las nueve menos cuarto de la noche, poco después de que Tomás se metiera en la ducha, sonó su teléfono. Lo había dejado sobre el lavabo para poder oírlo si Xisco o Amanda se dignaban a llamarlo.

Había intentado estudiar durante las dos últimas horas y, a pesar de que estaba con unos temas de Microbiología que le gustaban bastante, no había conseguido concentrarse. Masculló una palabrota entre dientes y oyó a Gori desde el pasillo:

—Tomás, tu móvil está sonando, ¿piensas cogerlo?

—¡Que sí, joder! Lo he oído, pero estoy en la ducha.

—¿Quieres que lo coja yo? —le preguntó su hermano mientras entraba en el baño y, antes de que tuviera tiempo de contestar, descolgó.

—Dime, Xisco. —Oyó que decía—. Está en la ducha. —Silencio—. Vale, se lo diré. —Otro silencio—. No, qué va, yo paso… ¡Ah!, ¿está Miquel? Bueno, igual así… Ahora se lo digo. —Más silencio—. ¡Que sí, plasta! Era Xisco —comentó nada más colgar—. Dice que le pidas a Yunior que te cubra esta noche y que te vayas con ellos a cenar al Sol, allí, en Son Serra de Marina. Miquel está con él y *las chicas* —pronunció «las chicas» con cierto retintín—. Ahora viene para acá a cambiarse, pero dice que vayas llamando a Yunior.

—¿Miquel está con ellos? —preguntó con un asomo de tensión en la voz.

Amanda era el tipo de mujer que solía atraer a su amigo. A ambos les gustaba el mismo tipo de chicas; aunque eso nunca había supuesto un problema: jamás se habían pisado los ligues.

Confiaba en Miquel y sabía que no intentaría nada con Amanda. Aun así, cuando su hermano le dijo que estaban juntos, no le hizo ni

pizca de gracia. Abrió la mampara del baño y Gori le tendió una toalla.

—Anda, tápate, que no tengo ganas de hacer comparaciones —le soltó, obviando su pregunta.

Tomás la cogió y miró a su hermano pequeño con expresión paternalista.

—Tú tranquilo, date unos años…

—Pero ¡qué gilipollas eres! —contestó Gori, volviéndose hacia la puerta para salir—. Xisco me ha invitado a que vaya con vosotros. Me ha dicho que Miquel podía llamar a unas pibas que conoce, pero no sé si tengo ganas de ir.

—¿Por qué no? —inquirió Tomás, con la voz mucho más relajada tras oír que Miquel pensaba llamar a alguna novieta suya para que lo acompañara.

—¡Yo qué sé! Todos me tratáis como si fuera un crío —se quejó Gori, agobiado.

—Y es que lo eres…

El chico le echó una mirada enconada a su hermano. Tomás se rio.

—Eso se te va a pasar, como todo lo demás. Así que no te hagas la víctima y ven con nosotros.

—Pareces muy seguro de poder ir. Ni siquiera has llamado a Yunior para pedirle que te cubra. —Y, a continuación, sin apenas tiempo para tomar aire, añadió—: Es una pasada de chica, ¿verdad?

Tomás se puso tenso de nuevo. Sí, como decía Gori, Amanda era una pasada de chica, pero no iba a admitirlo ante su hermano pequeño ni ante nadie.

Era otro ligue más con quien pasar el tiempo. Aunque esta vez la aventura durase todo el verano, no era más que eso: un rollo de dos meses como mucho.

Aun así, no le gustaba que Xisco y Gori le trataran como a un pardillo enamorado, no lo estaba. No pensaba enamorarse jamás, ni de Amanda ni de ninguna otra.

—Voy a llamar al cubano, no sea que tenga planes —dijo por toda respuesta, sin contestar a la pregunta que le había hecho su hermano.

...

Amanda y Carol habían ido a cambiarse, Xisco les había dicho que se pusieran vaqueros y una camiseta cómoda y que prepararan una mochila con bañadores y toallas.

—No pensarán meterse en el mar por la noche —refunfuñó Amanda mientras elegía qué ponerse—. Mira lo que te pasó a ti el otro día…

—Pues si no es para meternos en el mar, no sé para qué querría Xisco que cogiéramos el bañador —afirmó su amiga.

El teléfono de Amanda sonó y ambas lo miraron extrañadas. Era Tomás quien llamaba.

—¡Hola! —lo saludó Amanda con voz cantarina.

—¡Hola! —respondió él en un tono mucho más lúgubre.

—¿Qué sucede? —quiso saber ella, alarmada por la tristeza que reflejaba la voz de Tomás.

—Yunior tenía el día libre, por eso Xisco me ha sugerido que le pidiera que me cubriera esta noche.

—Sí, ya lo sé. Yo estaba allí cuando te llamó para decírtelo.

—¡Ah! —añadió casi sin emoción—. Pues resulta que Yunior está cenando en el Sol.

—¿El sitio al que nosotros pensamos ir?

—Ese mismo.

—¡Oh! —exclamó Amanda al darse cuenta de dónde estaba el problema.

—Yo no voy a poder escaparme esta noche, pero tú puedes, no tienes por qué perdértelo. Solo te he llamado para decirte que no estaré allí.

Amanda percibió un leve tono de decepción en la voz de Tomás, o quizás solo deseaba que así fuera, por lo que contestó:

—Yo también me quedaré, entonces. De todas maneras, piensan ir en las motos y no quedará ningún sitio libre para mí.

—Puedes decirle a Xisco que coja el coche, seguro que no le supone un problema.

—No, ¡qué va! Prefiero quedarme —aseguró Amanda—. Seguro que Xisco no dirá nada, pero me apostaría algo a que le apetece

mucho más ir en moto que en coche.

—Está bien, como quieras —cedió él. «¿Eso que noto en su voz es alivio?», se preguntó Amanda—. Esta noche el espectáculo es un tributo a Michael Jackson, por si te apetece verlo.

—Vale, allí estaré —aceptó ella, sonriendo como una boba. Consideró que Tomás acababa de hacerle una invitación formal para que fuera a verlo actuar y se sintió blanda por dentro, como si se le estuvieran licuando los huesos de la emoción.

—Entonces, nos vemos en un rato —dijo Tomás con una suavidad que hizo que Amanda se derritiera todavía más.

Cuando colgó el teléfono tuvo que enfrentarse a la cara seria de Carol.

—Te vas a hacer daño tú sola si te haces ilusiones —le soltó a bocajarro.

«¡Plof!», oyó Amanda en su interior cuando la burbuja en la que flotaba explotó.

—Gracias por ser tan aguafiestas —replicó enfadada.

—¡Joder, Amanda! Yo solo lo hago por ti. Para que después no lo pases mal.

—¡Vale, vale! Ya me lo has repetido varias veces. Ahora la decisión es mía, ¿no crees?

—Sí, tienes razón. La decisión es tuya. Solo que me siento fatal porque, cuando más me necesites, estaré aquí, lejos de ti, y no en casa.

Amanda se acercó a su amiga y la abrazó.

—Ya veremos qué pasa entonces, ¿vale? Ahora vete a cenar con tu novio y no te preocupes por mí.

—Solo te lo digo porque te quiero, ¿lo sabes?

—Yo también te quiero, petarda —le contestó mientras la empujaba hacia la puerta—. Y ahora, lárgate, que quiero arreglarme para ir a ver el *show*.

...

Cuando Amanda llegó a la Gran Plaza, el espectáculo ya había empezado. Pidió un mojito, bebida a la que se había aficionado

desde que habían llegado al hotel, y buscó una mesa apartada desde la que pudiera disfrutar de una buena vista del escenario.

La plaza estaba abarrotada, así que, cuando descubrió una mesa justo como la que andaba buscando, se dirigió hacia ella contoneándose. No sabía si Tomás se habría dado cuenta de que había llegado o si siquiera la estaba esperando, pero, por si acaso, no perdió la ocasión de lucirse un poco.

Se había puesto un vestido *halter,* de color metálico, muy parecido al oro viejo, con el cuello drapeado, la espalda al aire y muy corto. La verdad era que no dejaba demasiado a la imaginación. No era una prenda que ella hubiera elegido, había sido Carol quien había insistido en que se lo quedara un día que se habían tomado un par de cervezas antes de ir de compras.

Desde entonces había permanecido escondido en un rincón recóndito del armario. Ni siquiera sabía por qué lo había metido en la maleta. Cuando se había mirado en el espejo de la habitación antes de salir, había estado a punto de quitárselo de inmediato, pero pensó que esa noche estarían solos ella y Tomás, y le apetecía provocarlo. Así que ahí estaba, enseñando piernas, espalda y canalillo e intentando sentirse segura de sí misma.

...

Tomás, no lo admitiría nunca, ni ante sí mismo ni ante nadie, pero se sentía nervioso como no lo había estado en mucho tiempo. El leve temblor que notaba en el pecho lo atribuía a un café que había tomado hacía solo un rato y que, según él, no le había sentado bien.

Lo cierto era que, desde que había empezado el espectáculo, había estado pendiente de la llegada de Amanda. «Se está retrasando», pensó por enésima vez mientras atisbaba a través de la cortina. Estaba a punto de soltar la tela cuando la vio. Durante unos instantes creyó haberse equivocado y tuvo que fijarse mejor para darse cuenta de que era ella de verdad.

Todo el aire que tenía en los pulmones se esfumó de golpe. Se sintió mareado y estuvo a punto de tener que buscar una silla donde sentarse. A pesar de que había contemplado a Amanda desnuda y la

había tenido entre sus brazos, no estaba preparado para el mazazo emocional que le supuso verla aquella noche. Parecía una ninfa salida del mar para torturar sus sentidos mientras se dirigía con un andar ondulante hacia una mesa desocupada.

Tomás ni siquiera se dio cuenta de que el número que se estaba representando había terminado y de que le tocaba salir al escenario. Estaba noqueado, no podía dejar de mirar a Amanda y solo deseaba salir a su encuentro y llevarla en volandas a donde ella quisiera ir.

—Jefe, jefe, vamos, ¿qué haces? Ya deberías estar en el escenario. Te has saltado al menos cinco compases… —Oyó que lo apremiaba una de las bailarinas.

Soltó la cortina y se dirigió hacia el escenario sin saber muy bien a dónde iba.

«Tomás, concéntrate, coño, que vas a hacer un ridículo espantoso», se recriminó cuando se dio cuenta de que la actuación se le estaba yendo de las manos.

Los espectadores apenas notaron que había entrado tarde, porque era un bailarín experimentado y muy bueno; pero él sí acusó el contratiempo y no dejó de machacarse por ello durante toda la actuación.

Intentaba por todos los medios no mirar en dirección a Amanda, pero no podía evitarlo. Sus ojos volvían a ella una y otra vez.

Lo peor de no poder dejar de buscarla no era el miedo a dar un traspié y mandar al traste la función. Lo peor era cómo lo miraba ella, con los labios entreabiertos y la respiración acelerada. Siempre le había gustado provocar ese efecto en las mujeres cuando lo veían bailar, pero aquella noche descubrir ese gesto en Amanda lo estaba desquiciando. Sentía cómo la sangre le hervía en las venas y no podía dejar de pensar en el momento en que estuvieran a solas.

Cuando el número acabó y se encontró de nuevo tras la cortina, intentó serenarse un poco. Tenía la respiración acelerada y lo atribuyó al ejercicio que acababa de hacer sobre el escenario.

En cuanto a que Amanda lo hubiera impresionado de aquella manera, ahora que estaba lejos de su influjo, creyó que se debía a la atracción física que ejercía sobre él. Nada más.

No se acordó de que las otras, las que solo le habían atraído sexualmente, nunca le habían hecho perder la cabeza del modo que acababa de hacerlo Amanda; o no quiso acordarse, no le convenía. Así que enterró aquel sentimiento incipiente en lo más profundo de su mente.

...

A Amanda se le derritió algo por dentro al ver a «su chico» sobre el escenario. Ya sabía que bailaba muy bien; había podido comprobarlo con sus propios ojos en varias ocasiones. Pero aquella noche desprendía una energía diferente.

No había dejado de mirarla ni un solo instante mientras estuvo sobre las tablas. Tras cada giro, cada vuelta que lo obligaba a apartar la vista de ella, volvía a buscarla con avidez. A Amanda se le había acelerado la respiración y apenas había podido cerrar la boca durante todo el baile.

Cuando Tomás desapareció tras la cortina, ella se lanzó a por la bebida y la sorbió con ansia por la pajita para intentar apagar el fuego que la consumía. Aquella resultó ser una pésima idea. Notaba cómo el alcohol le subía desde el estómago hasta la cabeza, enturbiándola y mareándola a partes iguales.

El *show* terminó poco después y Amanda vio cómo Tomás saltaba del escenario, sin esperar a los vítores del público, y se dirigía hacia ella con decisión. La invitó a levantarse con un gesto leve de la cabeza y ella obedeció como si estuviera en un sueño.

El magnetismo que emanaba de él parecía impregnar el ambiente y arrastrarla como la corriente de un río embravecido. Tomás la cogió de una mano mientras apoyaba la otra en su espalda para guiarla hacia la salida de la plaza.

Amanda estuvo muy tentada de abrazarlo por el cuello y besarlo allí mismo, delante de todo el mundo, pero se sintió cohibida por la cantidad de gente que había a su alrededor y se dejó conducir por él.

En cuanto se internaron en una de las callejuelas del complejo, Tomás la atrapó entre su cuerpo y la pared, al igual que había hecho

días atrás, y le dio el beso que ella tanto anhelaba. Se apoyó contra Amanda, metiendo su pierna entre las de ella y sujetándole los brazos sobre la cabeza; le devoró los labios con fruición, como si le fuera la vida en ello. Su lengua la atacó con embestidas feroces que ella correspondió con igual o más ansia, mientras un fuego abrasador consumía todo a su paso.

Cuando sintió saciada parcialmente su sed de ella, se separó de sus labios y apoyó la frente en su hombro desnudo, le soltó las manos y la abrazó por la cintura, acercándola a él hasta casi hacerse solo uno.

—Amanda, ¿qué estás haciendo conmigo? —le preguntó antes de depositar un beso delicado sobre la línea de su clavícula.

Ella sintió que su corazón se expandía por todo el pecho. Le pareció que, si él la soltaba, empezaría a levitar. Así que se aferró a su espalda y dijo solo para sí, para no asustarlo:

—Amarte.

Y fue lo que hizo aquella noche: amarlo como si fuera a ser el único hombre en su vida. Entregarle todo lo que tenía en su interior en un intento de atravesar su piel y llegar hasta su corazón con todo el amor que la embargaba.

Amanda había estado con otros hombres antes. Había tenido encuentros satisfactorios y otros no tanto, pero nunca había sentido lo que sintió aquella noche. Comprendió que en el acto no solo participaba su piel, su olfato, su lengua o su sexo, sino que su corazón estaba también en cada caricia, en cada beso, en cada orgasmo. Inflamándose de tanto gozar, hasta dolerle; quejándose porque ella no dejaba que las palabras que le estaba dictando a su mente traspasasen sus labios; lleno de amor hasta rebosar hacia los pulmones, hacia su estómago contraído por tanta emoción.

...

Habían pasado varias horas desde que llegaron a la habitación, inmersos en la sensualidad que despertaban uno en el otro. En ese momento estaban tumbados en la cama, desnudos y saciados. Tomás abrazaba a Amanda desde atrás. Ella podía sentir todo el

cuerpo del hombre pegado a su espalda; su respiración suave y acompasada cerca de su oído la hacía suspirar cada pocos minutos.

A pesar de haberlo intentado, no había conseguido dormirse. Sabía que era una locura enamorarse de aquella manera de un hombre como Tomás. Pero no había podido hacer nada. Tenía al enemigo en casa, en su pecho, para más inri, y estaba empezando a martirizarla con un dolor muy parecido al éxtasis.

Intentó analizar qué había hecho que cayera rendida a los pies de aquel chico. Que Tomás estaba buenísimo era obvio; eso, sin duda, le daba muchos puntos. Su manera de sonreírle y las cosas que le había contado también tenían su peso. Pero lo que había terminado de hacerle perder la cabeza eran otras cosas, todas ellas intangibles, aunque no por ello menos importantes en su balanza: la manera en que Tomás se preocupaba por Gori, aunque después dijera que no era cierto; la amistad que lo unía a Xisco, casi tan fuerte como la que la unía a ella con Carol; la arruguita que se le formaba entre las cejas cuando algo no terminaba de convencerlo; su manera de moverse, de bailar, de tocarla, de mirarla…

La lista parecía no tener fin. Cada pequeño detalle que analizaba pasaba a formar parte de sus encantos. Como habría dicho su abuela, si lo hubiera conocido, se podían aprovechar hasta los andares.

Todo en Tomás era perfecto, excepto lo más importante. Le había dicho que no la amaría y ella lo creía. Es más, estaba convencida de que, si por casualidad conseguía encender en el corazón de Tomás el más leve rescoldo de una llama, él correría a apagarlo. No dejaría que creciera y, por supuesto, negaría ante el mundo e incluso ante sí mismo que aquello hubiera sucedido.

Suspiró de nuevo.

«¿Cambia eso lo que sientes? —se preguntó—. ¿Podrás dejar de amarlo aunque sepas que él nunca va a corresponderte?».

La respuesta no le gustó, pero no por ello dio marcha atrás.

Sabía que el momento de pasarlo mal llegaría y que, cuando eso sucediera, estaría sola, tal y como le había advertido Carol. Solo quería pensar que sabría manejarlo. Cuando llegara ese momento… ya se enfrentaría a él.

Eso aún quedaba muy lejos y no quería amargarse por algo que todavía no había sucedido. Lo que quería era disfrutar del presente.

Se concentró en el dolor tan infinitamente satisfactorio que sentía en el corazón y, poco a poco, fue quedándose dormida hasta que su respiración se acompasó con la de Tomás.

CAPÍTULO 14

Y llegó el primer día de trabajo. Amanda no las tenía todas consigo. Tomás había querido acompañarla, pero ella se había negado.

Suponía que la subdirectora ya estaba enterada de la relación, fuera cual fuese, que existía entre ella y el jefe de animadores, y no quería restregársela por la cara innecesariamente, por si acaso Paloma seguía enamorada de él.

Ya conocía a algunos de sus compañeros porque se había dejado caer por la recepción en tres ocasiones. Lo había hecho para empezar a familiarizarse con las tareas que tendría que desempeñar durante los meses siguientes; no obstante, sus intenciones habían caído en saco roto.

La primera vez, porque, por lo visto, quienes estaban trabajando en ese momento eran casi tan novatos como ella y no tenían demasiado que explicarle.

La segunda, porque había habido tanto trabajo que no encontraron un minuto para detenerse a atenderla más allá de las presentaciones de rigor.

La última, porque Paloma había estado de pie detrás de los recepcionistas, vigilando lo que hacían con gesto adusto. En aquella ocasión, Amanda ni siquiera se había detenido a charlar con los empleados que iban a ser sus compañeros. Le bastó echar un vistazo a aquella chica, algo mayor que ella, bajita, con el pelo cortado a lo *garçon* y los ojos negros llameantes, para saber quién era sin necesidad de que se la presentaran y comprender, al mismo tiempo, que no sería bien recibida en aquel momento.

Había seguido su camino, no sin sentir un pinchazo de aprehensión en el estómago. No le apetecía nada tener un

encontronazo con aquella mujer, que le había parecido severa y muy segura de sí misma.

Iba absorta en estos pensamientos mientras se dirigía hacia el mostrador de atención al público del hotel cuando alguien la llamó. Amanda se volvió para ver quién era.

—Buenos días, Amanda, eres muy puntual —le dijo a modo de saludo uno de los chicos de la recepción a quien había conocido en una de sus visitas y que, si no recordaba mal, se llamaba Elías.

—¡Hola, buenos días! —le devolvió el saludo al tiempo que sonreía con nerviosismo.

—Ven, vamos a ver a Vidal. Seguro que ya tiene tu uniforme, le diste tu talla, ¿verdad?

—Sí, sí, por eso he venido hoy algo más temprano, porque me dijo que así podría darme la ropa y explicarme un poco cómo funciona todo, dónde debo colocarme y esas cosas.

—No te preocupes, verás como se te dará muy bien —le contestó él, intentando tranquilizarla—. El sistema informático es muy intuitivo y lo pillarás enseguida, ¡seguro! Mira, ahí está el jefe —añadió señalando a Vidal, a quien Amanda conocía del día en que había mantenido con él la brevísima entrevista de trabajo.

—¡Hola, Amanda! —la saludó mientras le tendía la mano de manera muy formal. Le pareció que estaba serio y algo contrariado, y esperó que no fuera por ella.

—Pasa a mi despacho. Te explicaré en qué va a consistir tu trabajo.

La chica lo siguió mientras veía que Elías le mostraba el pulgar levantado y le guiñaba un ojo para infundirle ánimos. Ella le correspondió con un escueto movimiento de la mano.

Amanda tomó asiento frente a Vidal. Xisco le había dicho que su nombre de pila era Toni, pero, como en el hotel había varios que se llamaban igual, al jefe de recepción siempre lo habían llamado Vidal.

—He pensado que, como tu fuerte son los idiomas —empezó a hablar nada más sentarse él también—, al principio te pondré en el mostrador, de cara al público. Es lo que aquí llamamos *front office* y tus tareas irán desde atender el teléfono hasta realizar el *check-in* y el *check-out* de los clientes. Eso incluye escuchar sus quejas —

comenzó a enumerar con los dedos de la mano—, explicarles el funcionamiento y los horarios del comedor, gestionar el servicio de despertador y un largo etcétera que ya irás aprendiendo sobre la marcha.

Amanda estaba tan nerviosa que todas aquellas cosas de las que le hablaba Vidal le sonaban a chino. El hombre pareció darse cuenta y suavizó el tono.

—¡Oh, no te preocupes! Te he puesto siempre en el turno con alguien que domina el trabajo, por lo que no deberías tener problemas —explicó, evitando mirar a su nueva empleada mientras pronunciaba estas últimas palabras.

—¿No debería? —preguntó Amanda, sintiendo crecer su ansiedad por segundos.

—A ver, ¿cómo podría explicártelo? —murmuró Vidal, más para sí mismo que para ella—. La gente hace muchos cambios de turno —continuó, con alivio, como si hubiese encontrado la solución a un problema—. A veces no se fijan en que, a raíz de esos cambios, pueden acabar coincidiendo más de dos novatos juntos, ¿entiendes? Pero tú no te preocupes, no dejaremos que eso suceda contigo, o al menos no al principio.

En ese momento se puso en pie y se dirigió hacia un montón de ropa que había sobre una silla a espaldas de Amanda.

—Este es tu uniforme. —Le tendió el pequeño hatillo. Después carraspeó antes de añadir, algo envarado—: Espero que te sientas a gusto entre nosotros y que disfrutes de tu trabajo como recepcionista.

Amanda estaba más bien anonadada ante la «charla» que acababa de darle Vidal. Esperaba una explicación más práctica, no solo dos pinceladas sobre cuáles serían sus funciones y nada más.

«Hala, ya te apañarás», resonó en su cabeza, y estuvo a punto de entrar en pánico. Entonces Vidal abrió la puerta y llamó a Elías.

—Acompaña a Amanda a su taquilla, ¿quieres? Y después encárgate de enseñarle lo más básico. *Check-in, check-out*… lo que consideres oportuno —dijo en tono distraído—. Yo tengo un *round* con Paloma en cinco minutos y no voy a poder hacerlo.

—¡Uf! —contestó Elías—, te compadezco, jefe. —Después se dirigió a Amanda con una gran sonrisa y le indicó con la mano que lo siguiera—. Ven, vamos a las taquillas y podrás ponerte el modelito nuevo. Después ya tendrás tiempo de pelearte un rato con el ordenador.

Amanda lo miró con desconfianza mientras se dirigía hacia él.

—No te preocupes por nada. —Sonrió de nuevo al ver su cara de preocupación—. Ya te he dicho que el programa es muy intuitivo. Antes de que termine tu turno le habrás cogido el tranquillo.

...

Horas más tarde, ocho para ser precisos, Amanda abandonaba la recepción con la cabeza llena de información. Se había agenciado una libreta y tenía apuntadas la mayoría de las cosas que Elías le había explicado. Lo cierto era que el tiempo le había pasado volando. Elías era un excelente cicerone y, al mismo tiempo, un instructor dedicado y atento. Se había sentido a gusto con él y no le pareció que su trabajo fuera a darle muchos quebraderos de cabeza.

No había tenido ningún problema para hablar con los clientes que se acercaban al mostrador para preguntar alguna cosa. Quien más quien menos hablaba inglés o alemán, y ella dominaba ambas lenguas. Responder a las cuestiones que le habían hecho tampoco había entrañado ninguna dificultad. Al fin y al cabo, como huésped del hotel, conocía su funcionamiento, al menos de cara al público. Elías la había felicitado por su soltura y su confianza, y ella se dirigía a la taquilla con una sonrisa en la cara.

De repente notó que alguien carraspeaba a su lado y le tocaba el hombro. Era Paloma. Amanda dio un respingo al ver la expresión con la que la observaba.

—Pasa a mi despacho —ordenó la subdirectora sin ningún preámbulo.

Amanda no dijo nada. No vio la necesidad, dado el tono poco amable con el que la otra se había dirigido a ella. La precedió hacia una habitación decorada con gusto.

No se trataba del típico despacho impersonal y aséptico que uno podría encontrarse en un hotel o en un hospital. Era una estancia bonita, con mucha luz. Los rayos del sol iluminaban aquí y allá una mesa que parecía de madera maciza, proyectando pequeños destellos casi cegadores en los que flotaban diminutas motas de polvo. Había una estantería llena de libros de contabilidad y varias fotos que a Amanda le habría encantado curiosear, aunque no se atrevió.

La expresión severa de la subdirectora le provocaba la sensación de que estaba a punto de ser atacada, por lo que enseguida se puso a la defensiva. No estaba dispuesta a dejarse amedrentar por aquella mujer, ella no había hecho nada malo; así lo sentía y, de hecho, así era. Decidió no pronunciar ni media palabra hasta que Paloma lo hiciera. En aquellos momentos, su prioridad era no bajar la guardia.

Observó a la subdirectora mientras esta tomaba asiento. Llevaba un uniforme similar al suyo, aunque parecía que a Paloma se lo hubiesen hecho a medida, le sentaba como un guante, mientras que el de ella hacía bolsas y arrugas por todas partes. Se estiró un poco la camisa en un intento de parecer más arreglada, no obstante, dejó de hacerlo de inmediato.

Acababa de darse cuenta de que esa era una forma muy sutil que la subdirectora usaba para demostrar a las demás empleadas que ella estaba por encima de todas. Y casi, solo casi, había conseguido que Amanda se sintiera inferior y desarreglada al compararse con ella.

Rio para sus adentros. «Punto para mí».

Paloma llevaba un maquillaje suave, menos en los labios, que tenía pintados de un rojo muy llamativo que acentuaba su forma de corazón.

Aquellos ojos negros, que la miraban con algo parecido a la rabia, desprendían pequeños relámpagos, que Amanda notaba sobre la piel como alfileres clavándose en ella.

—¿Y bien? —preguntó, a pesar de haberse dicho a sí misma que no hablaría en primer lugar, tras un largo minuto sintiéndose

observada y ver que Paloma no parecía dispuesta a decir nada—. ¿De qué querías hablar conmigo?

Paloma apoyó ambas manos sobre la mesa, con los dedos muy separados. Sus uñas, de un rojo tan intenso como el de sus labios, estaban muy bien cuidadas y a Amanda se le antojaron escalpelos que la otra quisiera clavarle en los ojos.

—¿Sabes quién soy yo? —preguntó al fin con mucha prepotencia.

—Eres la subdirectora, ¿no? —contestó Amanda sin arredrarse.

Paloma le mantuvo la mirada durante cuatro largos segundos. Después juntó las palmas de las manos bajo su barbilla.

—¿Quieres hacerme creer que no sabes nada más de mí? —pronunció despacio.

—¿Qué más debería saber? —Amanda empleó el mismo tono que ella. El corazón empezaba a latirle deprisa porque, aunque ya sabía que Paloma podía meterse con ella, no esperaba que fuera a ser tan directa.

—Soy tu jefa, ¿no sabías eso?

—No. Por lo que me han dicho, mi jefe es Vidal.

—Pero yo soy la jefa de Vidal y, por tanto, tú estás bajo mis órdenes. —Miró a Amanda como si quisiera comprobar el alcance de esas palabras reflejado en su cara, como si disfrutara al pensar que la nueva recepcionista se encogería o se asustaría tras esa afirmación. Amanda no movió ni un músculo.

—Bueno, pues encantada de conocerte —dijo con un tono que desmentía esa afirmación a la legua.

Paloma se dio cuenta de que Amanda no sería fácil de intimidar, así que sonrió de manera taimada.

—Y más que vas a estarlo —susurró, aunque lo hizo de forma que Amanda pudiera entender sus palabras perfectamente—. Aquí tengo el cuadrante de recepción —añadió, mostrándole la planilla—. Te he asignado unos cuantos turnos extra porque quiero que aprendas bien cómo funciona el sistema antes de que empieces con el turno de noche.

—Vidal me ha dicho…

—Me importa un bledo lo que haya dicho Vidal —la atajó la subdirectora antes de que ella pudiera terminar de hablar—. No tenemos a nadie que domine tan bien como tú el inglés y el alemán para el turno de noche. —Y se las apañó para que esas palabras, que podrían haber sido un halago, sonaran como una burla—. Así que tú te encargarás de ese turno durante los dos meses que pases trabajando para mí.

Amanda la observó muy seria, pero decidió no decir nada todavía, intuía que esa conversación no había terminado.

—Por descontado, no dejaré de observarte ni un momento. Y no te creas que porque vengas tan bien recomendada vas a recibir ningún trato especial.

Dicho esto, le entregó la planilla que tenía en la mano sin dejar de mirarla con aquella sonrisa insufrible y falsa.

Amanda cogió el papel que la subdirectora le tendía. Tomás y Xisco la habían advertido de que Paloma no era buena persona, pero, al observar el horario que le había asignado, se dio cuenta de que eso sobrepasaba los límites de la bondad o la maldad.

No estaba muy puesta en lo que se refería a los derechos de los trabajadores, pero enseguida se dio cuenta de que aquel horario no podía ser legal. Solo iba a librar cuatro días en todo el mes y el resto trabajaba, al menos, dos turnos diarios. Sin dejar translucir el temblor que la cólera había provocado en su interior preguntó:

—No pretenderás que haga yo sola todos los turnos que están marcados, ¿verdad?

—¡Por supuesto que sí! No quisiera que pensaras que esto no es más que un trabajito para pagarte tus caprichos mientras disfrutas de unas vacaciones maravillosas en la isla. Aquí todos venimos a trabajar. Y si tú te habías hecho otra idea de lo que sería esto, puedes coger la puerta y largarte. La gente se pega por trabajar en este hotel. Encontraremos a otras que quieran tu puesto. —Dejó de mirarla a la cara, simuló que estudiaba algo en su ordenador con mucho interés y dijo—: Puedes irte, yo no tengo nada más que añadir.

Una furia fría se había ido extendiendo por los músculos y tendones de Amanda a medida que avanzaba la diatriba de Paloma

y, aunque luchaba por contenerla, no pudo controlar su lengua:

—¿Todo esto es por Tomás?

La cara de Paloma cambió en un solo segundo, mostrando todo su rencor.

—No sé quién te has creído que eres para hablarme así —siseó Paloma, pronunciando cada palabra con tal saña que destilaba bilis —. Ningún asunto personal ha interferido nunca en mi profesionalidad. Ya te he dicho que esto es lo que hay. Si no te gusta, ya sabes lo que tienes que hacer.

Amanda, que había permanecido en pie durante todo el tiempo que había durado ese simulacro de reunión, se dirigió con paso decidido a la puerta. Hablaría con quien fuera necesario, pero no pensaba aceptar el horario que le acababa de poner Paloma en la mano. Si era necesario renunciaría al trabajo, pero no se dejaría pisotear de esa manera por una mujer celosa y despechada. Cuando ya tenía el pomo de la puerta en la mano oyó la voz de Paloma, que había perdido toda su calma y chillaba de forma estridente:

—No hace falta que te hagas ilusiones con Tomás. Él solo se quiere a sí mismo. Tu rollito con él no durará más que el tiempo que tarde en darse cuenta de que se ha cansado de ti.

Amanda ni siquiera se dignó a contestarle, atravesó la puerta que ya había abierto sin mirar atrás y con la firme intención de demostrarle a esa arpía que ellas dos no eran iguales. Tomás no iba a cansarse de ella como le había sucedido con Paloma.

Se dirigió hacia recepción e intentó tranquilizarse por el camino. Si quería demostrar que ella era mejor que Paloma no podía sufrir una pataleta como la que la subdirectora acababa de protagonizar, así que respiró hondo y con paso decidido volvió al mostrador.

—Esta tarde también voy a trabajar —anunció a sus compañeros, de quienes se había despedido apenas un cuarto de hora antes.

Elías, que aún estaba pululando por allí riéndose con algo que le había contado una de las chicas del turno de tarde, se acercó a ella y la saludó.

—¿Te has olvidado algo? —le preguntó.

—No, ¡qué va! Se ve que no había mirado bien el cuadrante, porque por lo visto esta tarde también tengo que trabajar —dijo sin dejar traslucir su enfado mientras pasaba a la parte trasera de la barra.

—Acabo de mirar el horario hace cinco minutos y tú no aparecías. ¿Estás segura de que lo has visto bien? —inquirió de nuevo, esta vez con el ceño algo fruncido.

—Sí, me lo acaba de entregar Paloma. —Amanda le tendió la planilla a su compañero.

Elías cogió la hoja de papel y la examinó. Sus cejas fueron elevándose poco a poco hasta casi salirse por completo de la cabeza.

—Pero ¿qué…? —No pudo acabar la frase porque Paloma se acercó hasta la recepción y los miró a todos desde sus apenas ciento cincuenta y cinco centímetros de altura.

—¿A qué viene tanto revuelo? —preguntó, a nadie en concreto.

—A nada —contestó una de las chicas que habían pasado la mañana trabajando con Amanda—. Nos estamos dando el cambio de turno…

—¡No creo que haya tanto que contar! —replicó con frialdad Paloma—. ¡Venga! Cada mochuelo a su olivo, no quiero oír este alboroto en mi recepción. Todos a trabajar…

—Paloma. —La voz contenida de Vidal se escuchó desde la puerta de su despacho—. Creo que esta recepción sigue siendo responsabilidad mía, o al menos nadie me ha notificado que no fuera así. —Se apoyó en el quicio de la puerta con los brazos cruzados, como si quisiera invitarla a que replicara.

Elías aprovechó el momento para acercarse a su jefe y entregarle la planilla que Amanda le había dado. Vidal la estudió con atención y luego miró a Paloma torciendo el gesto.

—¿Qué es este despropósito? —inquirió delante de todo el mundo, sin molestarse en disimular su rabia—. Sabes tan bien como yo que este turno que le has puesto a Amanda es ilegal. ¿Quieres que los sindicatos nos crujan?

—El turno puede ser modificado por necesidades del servicio, como bien sabes, y como hemos hablado en numerosas ocasiones…

—Conozco bien las necesidades de mi departamento, Paloma. Bastante mejor que tú.

—Te recuerdo que tanto tú como todos tus empleados estáis a mi cargo, Vidal, no juegues conmigo. Me parece que este no es el lugar ni el momento para mantener esta conversación.

—Tienes razón, no lo es —contestó el jefe de recepción sin dejarse amedrentar—. Podemos continuar hablando de mi recepción —recalcó el posesivo con fuerza— en el despacho del director.

Paloma vaciló un instante, pero enseguida volvió a encararse con él.

—No será tu recepción por mucho tiempo, Vidal. Puedes estar seguro de que, el día que el director se jubile, y para eso no falta demasiado, tú y toda tu corte de enchufados saldréis zumbando de este hotel —lo amenazó mientras apretaba los puños con fuerza.

—Veo que ya tienes claro quién va a sustituirlo —replicó con una medio sonrisa sardónica—. De todas formas, ese día aún no ha llegado. Cuando llegue, harás lo que te plazca o lo que creas más conveniente —dijo Vidal con una calma que estaba muy lejos de sentir—. Por el momento, quien confecciona los horarios de mis empleados soy yo. Todos estos turnos quedan anulados, Amanda.

Ella, que por su parte había intentado mantenerse al margen, más que nada, por evitar ser incluida en esa lucha de titanes se limitó a asentir.

Vidal hizo una bola con el turno modificado y la encestó en una papelera. Dio una palmada y sentenció:

—Se acabó el espectáculo, todo el mundo a trabajar. —Sin añadir ni media palabra más, se dio la vuelta y se encerró con un portazo en su despacho.

La furia que emanaba Paloma por cada uno de sus poros podía palparse. Era tan densa que daba la impresión de que podría ahogar a todos los que permanecían en recepción. La subdirectora dirigió una última mirada cargada de rencor a Amanda y se volvió para regresar, taconeando colérica, hacia su despacho.

Elías observó a Amanda con una sonrisa triste.

—Si no fuese por ella, este trabajo sería maravilloso —dijo señalando con la cabeza en la dirección que había tomado Paloma—.

Pero no te preocupes. Aunque se empeñe en hacernos creer que tiene algo personal con cada uno de nosotros, con el que tiene el problema es con Vidal. No se soportan desde que ambos eran simples recepcionistas. Y parece que lo de que la nombraran subdirectora la ha hecho venirse muy arriba.

—Me temo que no puedo darte la razón del todo en esto, Elías —le contestó Amanda abatida—. En mi caso sí que tiene algo personal contra mí. Por lo visto, hubo algo entre ella y Tomás hace tiempo, y no creo que soporte que él me dedique su tiempo a mí este verano. O eso es lo que me han dado a entender Miquel y Xisco. Tomás ha intentado restarle importancia, pero creo que entre Paloma y él sigue habiendo bastante animadversión.

Elías continuó sonriendo.

—Ya nos imaginábamos que algo así podría suceder. Trabajar aquí es como vivir en un pueblo pequeño —comentó—. Todos se conocen y siempre tienen algo que decir de los demás.

Amanda torció el gesto. Elías le puso una mano en el hombro y la zarandeó con suavidad al tiempo que le dedicaba una sonrisa granuja.

—No le des importancia. Y si Paloma te fastidia, habla con Vidal. Ya has visto cómo la torea.

—Gracias —consiguió decir Amanda, sentía que un nudo cada vez más grande le atenazaba la garganta. Después de todo, igual no había sido muy buena idea aceptar aquel trabajo.

CAPÍTULO 15

Amanda estaba agotada. A pesar del enfrentamiento que Paloma había tenido con Vidal, no había renunciado a hacerle la vida imposible. Se dedicaba a añadir a su horario algunos turnos sueltos aquí y allí, procurando que no llamaran la atención de manera excesiva, pero asegurándose al mismo tiempo de que Amanda trabajara bastantes más horas que cualquiera de los demás empleados de recepción.

Después de un mes, empezaba a acusar todas esas horas pasadas tras el mostrador, además de las que le robaba al sueño por razones mucho menos prosaicas, claro.

Aun así, le gustaba su trabajo y se sentía mucho más feliz de lo que habría imaginado. Seguía teniendo bastantes horas libres para disfrutar de la playa, leer o incluso salir en moto con Tomás en alguna ocasión; aunque eso lo disfrutara más él que ella, que seguía pasando algo de miedo cada vez que cogían alguna curva cerrada o circulaban demasiado deprisa.

Aquel día, a las nueve de la mañana, después de una noche en la que en la recepción no habían parado ni un solo segundo, se dirigía al comedor.

«Qué manía tienen los turoperadores de programar los vuelos chárter a horas intempestivas», se decía a sí misma.

Sabía que la verdadera razón era que los vuelos regulares eran menos numerosos por la noche y que de esta manera se facilitaba el tráfico aeroportuario. Aun así, una vocecita en su interior insistía en que lo hacían así para fastidiar a los recepcionistas de noche, quienes tenían que pasar todo el turno haciendo entradas de clientes somnolientos y malhumorados.

Recorrió el comedor con la mirada por si sus amigos seguían allí y localizó, al fondo de la sala, en la mesa en la que solían sentarse con frecuencia, a Tomás y a Carol hablando animadamente. Se acercó a ellos y se dejó caer en una de las sillas libres.

—Estoy muerta.

—Pues yo te veo la mar de bien. Tienes muy buen color —contestó Carol—, deberías estar más verdosa si hubieras muerto, ¿no?

Amanda le sacó la lengua y después le arrebató la taza de café con leche de las manos. Estaba casi vacía, así que se lo terminó en dos sorbos.

—¡Te has bebido lo mejor! —se quejó Carol.

—No creas, estaba helado.

Tomás no pudo más que sonreír ante las payasadas de aquellas dos.

—¿Dónde está Xisco? —preguntó entonces Amanda, sin dirigirse a ninguno en concreto.

—Parece ser que va a llover durante todo el día y han decidido cerrar la mayoría de las piscinas, así que se ha ido a dar el día libre a algunos de los socorristas.

—¡Jolín, qué guay! Ojalá a mí también me cayera un día libre así, sin esperarlo.

—¿Te ha puesto más turnos extra la bruja esa? —preguntó Carol —. Porque, si quieres, voy y le meto dos guantazos que se va a enterar —añadió mientras se golpeaba el puño derecho contra la palma de la otra mano.

—No creo que haga falta tanta violencia —intervino Tomás, intentando disimular la diversión que le provocaba la imagen de Carol—. ¿Quieres que yo hable con ella?

—No, no te preocupes, no creo que sea necesario. Me las apaño bastante bien. Además, si veo que la situación empeora, hablaré con Vidal.

Carol se levantó de la silla.

—Tengo que irme. La primera clase empieza en diez minutos y quiero llegar con tiempo. Come algo más, Amanda. Dos sorbos de café con leche no bastan para desayunar.

—Sobre las seis de la mañana hemos tomado un café con una ensaimada que aún estaba caliente y ahora no tengo hambre.

—¡Amanda! —la amenazó Carol, señalándola con un dedo.

—Que sí, pesada. No te preocupes tanto y vete.

En cuanto se fue Carol, Tomás apoyó una mano sobre el muslo de Amanda con un gesto cariñoso. No le gustaba dar muestras de cariño frente a los demás, como hacían Xisco y Carol de manera tan efusiva; pero cuando estaban a solas no se reprimía, al contrario.

Ella le sonrió.

—Te he echado de menos esta noche —dijo Amanda con la voz cargada de anhelo.

—A mí también me hubiese gustado pasar la noche contigo —confesó él, aunque mantuvo la misma distancia emocional que solía adoptar cuando la conversación tomaba esos derroteros.

Estuvieron así durante un momento, mirándose sin decir nada, conectados solo por el roce de la mano de Tomás en el muslo de Amanda.

—Hoy me tocan los *teenagers* —le dijo él, como si estuviera saliendo de un trance.

—¿Los *teenagers*? —preguntó Amanda con extrañeza.

—Los adolescentes.

—Ya sé lo que significa, pero nunca habías mencionado que trabajaras con ningún grupo de adolescentes.

—Sí, la verdad es que no suelen venir muchos al *teen club*, pero ahora en el hotel hay un grupo de chavales que se conocen de otros años y, como saben que van a divertirse, se apuntan juntos. Es muy entretenido estar con ellos, no parece que estés trabajando. Me apetece hacer un montón de cosas cuando me toca «cuidarlos».

Amanda se rio.

—¿Cuidarlos? ¡Seguro que se cuidan solos!

—Claro que se cuidan solos. Ya te he dicho que, si vienen al *teen club,* es porque lo conocen de otros años y saben que les vamos a organizar excursiones, clases de baile y esas cosas. Por eso te digo que es poco frecuente que acudan, y menos un grupo tan numeroso.

—¿Y qué planes tenéis para hoy?

—La idea era ir hasta la playa de *Sa Font de sa Cala*, pero como la predicción meteorológica pinta tan mal…, estoy pensando en llevármelos al gimnasio para hacer una sesión de *crossfit* y, más tarde, ver una película…

—Ostras, me apetece un montón lo del *crossfit* y lo de la peli ni te cuento. Creo que no he visto ninguna desde que estoy en Mallorca. ¿No podrías colarme de alguna manera? Igual, si me hago una coleta, paso por quinceañera.

Tomás le sonrió.

—Puedes venir, no hay ningún problema. Pero ¿no decías que tenías sueño?

—Si no vais a empezar muy tarde, puedo ir a dormir después.

Tomás se lo pensó unos segundos.

—Mira, podemos hacer lo siguiente: el club abre a las nueve; iremos al gimnasio a las nueve y media, así te da tiempo de pasar por casa y ponerte ropa de deporte. Y la peli la programo para la tarde; cuando terminemos la sesión de *crossfit,* si quieres verla, puedes acostarte hasta la hora de comer. ¿Qué te parece?

—A mí me parece genial, pero ¿no desbarataré tus planes? —contestó ella, intentando parecer preocupada.

—Mis planes eran ir a la playa y ya se han desbaratado solos. Lo que improvise a partir de ahora puedo programarlo a la hora que quiera.

—Lo de hoy será un *teen club* muy adaptado a mí, entonces —añadió riéndose Amanda, sintiéndose muy halagada de que así fuera.

—Pues no te quejes más y ve a cambiarte. Ya me lo agradecerás por la noche —indicó Tomás con la voz más profunda de lo normal.

—¿Eso es una insinuación o algo?

—No —respondió Tomás, levantándose de golpe, como si seguir estando tan cerca de ella supusiera un esfuerzo demasiado grande por contenerse—. Eso es un hecho.

Un estremecimiento viajó a través de la columna vertebral de Amanda, quien también se puso en pie a toda prisa para dirigirse cuanto antes al apartamento.

—Nos vemos en un rato en el gimnasio —se despidió Tomás con una sonrisa hambrienta en los labios.

—No lo dudes —respondió Amanda a media voz en cuanto se hubo alejado un poco.

...

Cuando Amanda llegó al gimnasio, Tomás y los chicos ya habían empezado a calentar, y ella se unió al grupo colocándose detrás del todo. Después de desentumecer los músculos, Tomás pasó a explicar los ejercicios que harían:

—Vamos a trabajar por parejas —explicó en alemán—, se trata de hacer seiscientas repeticiones en total.

Un quejido se elevó de las gargantas de los chicos.

—No me seáis blandos —los amonestó él—. Hemos hecho muchas más repeticiones que esas juntos.

Amanda pensó que los adolescentes se quejaban por hacer rabiar a Tomás, porque se les veía felices y entusiasmados. Sonrió. Esperaba que su «pareja» fuera el propio entrenador. «Esto promete ser divertido», se dijo.

Después, Tomás leyó la lista de ejercicios que iban a realizar: sentadillas, flexiones, carreras de cien metros, saltos a la comba e incluso ejercicios con pelotas medicinales y con unas pesas que él llamó *kettlebell* y que ella conocía como pesas rusas.

—Seiscientas repeticiones, como mínimo, en total. Eso supone —calculó a media voz— veinte repeticiones de cada ejercicio por persona. Si alguno no os gusta, podéis hacer cuarenta repeticiones de uno y ninguna del otro, pero tened en cuenta que cada pareja debe estar haciendo el mismo ejercicio al mismo tiempo. Si uno de los dos quiere hacer más repeticiones, el otro podrá hacer menos. Tenéis treinta minutos, que empezarán dentro de nada. ¡Y no robéis, que os conozco!

Un nuevo murmullo, esta vez cargado de expectación, recorrió la sala. Al mismo tiempo empezaron a oírse los gritos de alegría de las chicas al formar pareja con quienes habían elegido. Los chicos mantenían un porte más reservado, observó Amanda, como si

quisieran demostrar una seguridad muy superior a la de las chicas. Amanda sonrió con condescendencia para sus adentros.

Tomás se acercó hasta ella, señalándola como su compañera para ese día. Los chicos empezaron a silbar y a lanzar comentarios entre ellos.

—¿Qué es robar? —preguntó Amanda intentando no pensar en lo roja que acababa de ponerse por culpa del pitorreo que se había formado.

—Pues contar más repeticiones de las que se hacen, por ejemplo.

—¿La gente hace eso?

Tomás la miró con cara de incredulidad, pero se dio cuenta de que la pregunta iba en serio.

—Pues claro, lo hacen todos. Y sobre todo estos, que quieren apuntarse los mejores resultados a toda costa.

Tomás le sostuvo unos segundos la mirada.

—¿Preparada?

A ella le subió una excitación por las piernas que tenía poco que ver con el duro ejercicio que tenía por delante y mucho con la mirada que le dedicaba Tomás.

Sin apartar los ojos de ella, dio varias palmadas para llamar la atención de todos una vez más.

—¡Vamos a empezar! En tres, dos, uno… ¡ya!

El primer ejercicio lo hicieron con las *kettlebell*: cogían el asa con las dos manos y, ayudándose del impulso de las caderas, las elevaban por encima de sus cabezas. Después continuaron con las flexiones y las sentadillas.

Amanda era una chica fuerte gracias al baile y al ejercicio que practicaba con regularidad, pero cuando llegaron a la comba, después de la carrera de cien metros, apenas podía respirar. Lo atribuyó a la noche sin dormir y a que llevaba casi un mes sin poder practicar ningún tipo de ejercicio.

«Si no contamos todo el *cardio* que hago por las noches con Tomás», se dijo al tiempo que se le dibujaba una sonrisa pícara en su cara.

—¿De qué te ríes? —le preguntó él, quien apenas acusaba el cansancio y lucía más fresco que una lechuga.

—No puedo contestarte ahora —respondió ella entre respiraciones profundas.

—¿Por qué no? —insistió él, granuja.

—Porque primero tendría que poder respirar.

—¡Venga, que no se diga! No irás a rendirte tan cerca del final.

—No me he rendido; solo que estoy acaparando todo el aire de la sala.

Tomás soltó una carcajada que hizo que algunos de los jóvenes se volvieran para ver qué pasaba. La mayoría de las chicas lo miraban con adoración, lo que no le extrañó a Amanda en absoluto. Otras cuchicheaban al verlos reír juntos y los más atrevidos hasta le hicieron algún gesto al monitor para darle su aprobación.

—¿Qué hacéis todos parados? ¡Todo el mundo en marcha! Aún faltan diez minutos —clamó Tomás, y los chicos volvieron a lo suyo sin perder tiempo.

Cuando la sesión terminó, todos parecían agotados, pero se les veía felices de haber superado un reto tan duro como ese.

Amanda se sentía llena de vitalidad después de tantos días relegando el deporte y se hizo la promesa de no volver a descuidarlo.

Tomás mandó a los chicos a los vestuarios prometiéndoles que, al salir, y para compensar el esfuerzo, pasarían por el puesto de crepes que había junto a una de las piscinas.

En cuanto se quedaron a solas, se acercó a Amanda y la rodeó por la cintura.

—Eres una princesa guerrera —le dijo muy cerca de los labios.

—¿Acaso lo dudabas? —preguntó ella bajando la voz.

—¡En ningún momento!

La besó con intensidad al tiempo que pegaba su pelvis a la de ella para que notara su erección.

—Vaya, no sabía que el ejercicio podía ponerte así —susurró ella, también muy cerca de sus labios.

—No es el deporte. Es verte a ti practicándolo lo que me pone.

Volvió a besarla con tanta intensidad que ella creyó que volvería a quedarse sin aire en los pulmones. Las piernas le flaquearon y Tomás la sujetó con más fuerza.

—Voy a irme a la cama —anunció Amanda cuando se separó, con muchas reticencias, de esos labios que la estaban volviendo loca —. ¿Seguro que no quieres venir conmigo?

—Ahora mismo mataría por irme contigo a la cama, pero no tengo con quién dejar a los chicos y me han salido un poco revoltosos.

Ella se rio sin separarse del todo de sus labios.

—Tú te lo pierdes.

El volvió a devorarle la boca y cuando, con un gran esfuerzo, logró separarse de su cuerpo caliente le dio una palmada en el culo.

—Vete, por favor, antes de que haga un desastre aquí mismo.

Amanda obedeció y empezó a marcharse.

—Si te apetece la peli, la pondré a las cuatro en la sala de fiestas, la que está cerca de la terraza.

Ella se volvió con gesto coqueto y le lanzó un beso.

—Allí estaré.

De camino a casa, Amanda iba en una nube. Su relación con Tomás era cada día más estrecha y estaba convencida de que él sentía algo por ella, aunque se negara a admitirlo.

Lo notaba en los huesos, pero también se lo decía la forma que él tenía de mirarla y la necesidad casi constante que parecía tener de tocarla.

«No te hagas ilusiones, limítate a amarlo y no le exijas nada», se dijo justo antes de meterse en la cama.

...

Tomás pasó el resto de la mañana con los *teenagers*, pero tenía la cabeza en otra parte. No podía dejar de pensar en Amanda y lo mucho que le atraía. Vivía en una contradicción constante: le resultaba imposible alejarse de ella porque cada día le gustaba más y, al mismo tiempo, deseaba poner distancia porque tenía miedo de

enamorarse y de que la despedida no fuera tan sencilla como había sido en otras ocasiones.

Amanda estaba echando raíces bajo su piel de forma lenta pero segura, y eso lo aterraba. No podía permitirse enamorarse de ella.

«No estás enamorado, tío, solo te gusta. Hace falta más tiempo para sentir un amor tan fuerte como para sufrir por una separación», se mentía.

Aquella afirmación se había convertido en su mantra. Tomás conocía el dicho de que una mentira repetida mil veces puede convertirse en una verdad irrefutable para quien quiere creerla. Y eso, al fin y al cabo, era lo que pretendía: tranquilizarse convenciéndose de que lo que sentía en su pecho cada vez que veía a Amanda no era amor.

...

A las tres de la tarde sonó la alarma del móvil de Amanda. Se concedió cinco minutos más para remolonear en la cama y en su duermevela no dejó de aparecer la imagen de Tomás en todas las formas posibles.

Una sonrisa lánguida se dibujó en su rostro mientras disfrutaba de esos minutos en los que no estaba despierta del todo, pero tampoco completamente dormida.

La alarma sonó de nuevo y volvió a apagarla. Empezaba a estirarse cuando la puerta de la habitación se abrió de golpe y chocó contra la pared. Por ella entró una exultante Carol que se lanzó sobre Amanda sin ninguna consideración.

—¡Despierta, dormilona! Tengo algo que enseñarte —gritó junto a su oído.

—¡Pero qué bruta eres! —se quejó Amanda—. ¡Quita! Que me estás aplastando.

Su voz adormilada pareció animar aún más a la otra, que empezó a dar saltos sobre la cama.

—¡Despierta, despierta, despierta! Llevo ahí afuera más de media hora esperando a que te despertaras. He estado a punto de

entrar media docena de veces, pero me he contenido. Ahora que ha sonado la alarma, no puedes hacerme esperar más.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Amanda, sin apenas levantar la cabeza de la almohada.

—¡Mira! —Carol le mostró el antebrazo vendado con creciente excitación.

Ver el vendaje hizo que Amanda se despertara de golpe.

—¿Qué te ha pasado? —casi chilló—, ¿te has hecho daño?

—Me he hecho un tatuaje.

—¿Que te has hecho qué? —preguntó Amanda con incredulidad. Su amiga era muy exagerada para todo lo relacionado con el dolor y nunca se había atrevido a hacerse nada parecido porque, según decía siempre con dramatismo: «iba a sufrir demasiado».

—¡Ajá! —contestó Carol, al tiempo que empezaba a retirarse el apósito que lo cubría.

Amanda se incorporó en la cama para observar mejor el antebrazo de su amiga. La piel que rodeaba el tatuaje seguía roja e irritada; a pesar de eso, pudo leer, escrita con una letra cursiva muy elegante, la frase: «*Kiss me under the light of a thousand stars*[3]».

—¿De la canción de Ed Sheeran? —preguntó emocionada Amanda.

—¡Sí! —contestó Carol con delirio en la voz—. También es una de las canciones favoritas de Xisco. Él se ha tatuado: «*Place your head on my beating heart*[4]».

—¿Os habéis hecho un tatuaje a juego? —gritó Amanda, cada vez más sorprendida.

—¡No es igual!

—¡Ya! No es idéntico, pero son dos partes de la misma estrofa de una canción superromántica. —Aunque la idea la enternecía, le parecía que tatuarse algo así era un poco extremo. Eligió con cuidado sus palabras antes de añadir—: Sabes que eso es para toda la vida, ¿verdad?

—Xisco me lo propuso la primera noche que estuvimos juntos, pero no me atreví —explicó Carol a modo de respuesta mientras afirmaba con la cabeza.

—¿La primera noche? No me lo habías contado.

—Se me pasó decírtelo. ¿No recuerdas lo enfadada que estabas? Si te llego a decir que Xisco quería que nos hiciéramos un tatuaje que nos uniera para siempre, me habrías metido en el primer avión y nos hubiéramos vuelto para casa en menos de veinticuatro horas.

—Pues la verdad es que no me habría hecho ninguna gracia, pero os habéis comportado así todo el verano, quién soy yo para decir que no existía una «conexión mágica» entre vosotros y «¡desde hace eones!» —imitó el tono cursi que se le ponía a Carol cuando hablaba de su relación con Xisco.

Carol le dio un golpecito en el hombro con fingido enfado.

—Te voy a echar tanto de menos cuando no estés… —sollozó y se tiró al cuello de Amanda.

—¡Eh!, no seas tontina. Vamos a poder hablar todos los días por *S*kype, nos veremos casi más que ahora, porque con estos dichosos turnos no hay manera de coincidir. Además, tendrás al amor de tu vida a tu lado, no me echarás tanto de menos como crees.

—¡Eso te lo crees tú!

Permanecieron abrazadas durante un buen rato.

—¿No hay forma de que te quedes tú también?

Amanda miró a su amiga inclinando un poco la cabeza.

—El trabajo está muy bien y me divierto con los compañeros, pero tú sabes que la ilusión de mi vida es enseñar. Además, tú has encontrado a tu príncipe azul en la isla, pero sabes que lo mío con Tomás tiene fecha de caducidad.

Carol hizo un puchero.

—Podrías encontrar a otro…

Amanda levantó una mano para detener la diatriba de su amiga. A ella también le estaban entrando ganas de llorar al pensar en su separación.

«El doble de ganas que tú, porque yo voy a dejar aquí dos partes importantes de mi corazón», pensó, aunque decidió no decirlo en voz alta.

—No hablemos más de eso —dijo sin embargo—. ¿De acuerdo? Todavía falta un mes. ¿Quién sabe? Las cosas podrían cambiar mucho de aquí a entonces.

Amanda vio que a Carol se le dibujaba una especie de mueca en la cara. Quería sonreír, pero, al mismo tiempo, el escepticismo que sentía se reflejaba en su rostro.

—¡Voy a vestirme! He quedado para ver una peli con Tomás y los del *teen club* a las cuatro —intentó quitar algo de dramatismo a la situación.

—¡Ah, sí! Algo he oído. Para no creer en el amor, tu chico ha elegido una peli muy romántica.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Cuál?

—Ya lo verás. Solo puedo decirte que te va a encantar. ¡Casi te la sabes de memoria!

Amanda miró a Carol, que volvía a sonreír con picardía y, por milésima vez, se alegró mucho de que fuera su amiga. A pesar de que la metiera en problemas y la desquiciara en más de una ocasión, era la mejor amiga que cualquiera podía tener.

...

Tomás puso la película y apagó las luces. Ya eran las cuatro y diez y no había ni rastro de Amanda. Pensó que, tras pasar la noche sin dormir, la chica habría acusado más que nadie el cansancio del ejercicio y no habría conseguido levantarse de la cama.

Tomó asiento en la parte trasera de la sala y se dispuso a ver la película, un clásico algo pasado de moda que habían elegido las chicas del grupo. Como le había dicho a Amanda, los *teenagers* se conocían de haber pasado otros veranos en el hotel, y él a ellos por la misma razón.

Algunos llevaban veraneando en el Club Hotel Cala Garriga todos los veranos desde que él había empezado a trabajar allí. Les tenía cariño y ellos a él. Los había visto crecer año tras año. Había jugado con ellos en el *kids club* y habían bailado por las noches todos juntos en la Gran Plaza. Esa era una de las cosas que más le gustaban de su trabajo, sobre todo ahora que era el jefe y podía elegir qué actividades llevar a cabo.

La puerta se abrió, sacándolo de sus cavilaciones, y Amanda apareció por ella. El corazón de Tomás dio un vuelco al verla. Se

había hecho una coleta alta que le daba un aire de quinceañera, y eso le provocó una sonrisa. Levantó la mano para indicarle dónde estaba sentado y vio cómo la mayoría de los chicos la seguían con la vista mientras se acercaba. Ellos la observaban con cara de pasmo, estaba muy guapa, y ellas con algo de envidia. Eso hizo que Tomás sonriera aún más.

—¡*Diez razones para odiarte*! —exclamó Amanda, emocionadísima, nada más echar un vistazo a la pantalla de proyección—. ¡Me encanta esa peli!

—¡Chist! —protestaron algunas chicas, indignadas.

—Y me imagino que la parte que más te gusta es esa en la que Patrick se pone en ridículo cantando delante de todo el instituto —susurró Tomás a modo de bienvenida.

—¿Cómo lo sabes? —se sorprendió Amanda.

—¿Sabes los veranos que llevo viendo esta película? Es la que escogen las chicas la mayoría de las veces. Tampoco es que haya mucho más donde elegir. Pero esta os gusta especialmente. Y ya verás la cantidad de suspiros que les va a arrancar a ellas esa escena en la que Patrick huye de los seguratas mientras canta por las gradas, a pesar de que muchas la han visto ya un montón de veces.

—A mí también me hace suspirar, y también la he visto montones de veces —afirmó Amanda, en un claro intento de hacer piña con las demás.

Tomás meneó la cabeza sin dejar de sonreír. Acercó más su silla a la de ella y le pasó el brazo por la espalda. Amanda lo miró y se inclinó para depositar un beso suave en sus labios. Cuando volvió a acomodarse frente a la pantalla, él empezó a acariciarle la nuca y a jugar con los rizos que se habían escapado de su coleta. Vio que Amanda cerraba los ojos con deleite en un par de ocasiones y no paró de rozar su esbelto cuello con los dedos durante todo el tiempo que duró la película, a la que apenas prestó atención.

Se pasó el tiempo contemplando las reacciones de Amanda, no solo a la película, sino también a sus caricias. Se moría de ganas de besarla, pero decidió que los *teenagers* tampoco merecían tanto

espectáculo, así que se limitó a observarla y seguir acariciando su nuca.

Cuando llegó la escena de la canción en las gradas, tal y como ya había predicho, las chicas se estremecieron y comentaron en voz alta lo romántica que era la situación. Se dio cuenta de que Amanda lo miraba con ternura y se sintió desfallecer. No quiso permitir que aquel sentimiento de júbilo golpeara las murallas de su corazón que tan cuidadosamente había levantado, así que se irguió en la silla, carraspeó y dejó de acariciarla durante un rato. Pero solo hasta que su mano, mucho más consciente de lo que en realidad deseaba su dueño, empezó a tocar de nuevo con mimo a Amanda.

CAPÍTULO 16

Para cuando acabó la película, había salido el sol y los chicos, cansados de permanecer bajo techo, huyeron en desbandada a recoger los bañadores y las toallas para dirigirse sin perder el tiempo a la playa.

Tomás y Amanda se quedaron recogiendo el proyector y la sala.

—Se ha disuelto el club —anunció él mientras en los labios le asomaba una sonrisa golfa.

—¿Eso qué quiere decir, exactamente? —preguntó Amanda, intentando copiar, sin demasiado éxito, la sonrisa seductora de Tomás.

—Quiere decir que tengo la tarde libre hasta las nueve. ¿Hay algo que te apetezca hacer? —Se acercó a ella con movimientos felinos, como si él fuera un león a punto de cazar a un pobre ratón desvalido.

Un escalofrío conocido recorrió la espalda de Amanda, al tiempo que una pesadez muy agradable se instalaba entre sus muslos.

—Tengo en mente varias cosas, si quieres saberlo —indicó cuando él ya la cogía por la cintura y la aferraba a su cuerpo.

Tomás bajó las manos por la espalda de Amanda hasta sus nalgas y la estrechó contra él. Al mismo tiempo, le dejó una miríada de besos calientes en la barbilla y el cuello.

—¿Algo tan divertido como esto? —susurró, sin separar demasiado la boca del hueco de su clavícula, donde se había detenido para lamerle la piel tibia.

—Igual de divertido o más —contestó ella con la voz enronquecida—. Pero quizás deberíamos ir a un lugar más discreto, ¿no crees?

Tomás se separó de ella con un movimiento perezoso y le tomó la mano. En menos de lo que Amanda tardó en pensarlo, ya estaban saliendo del hotel y dirigiéndose al coche que él había dejado en el *parking* de empleados.

Antes de entrar en su destartalado 4L, Tomás apoyó a Amanda en el capó y volvió a besarla con intensidad al tiempo que rozaba su erección contra su pubis. Ella levantó una pierna para rodearle la cadera, queriendo sentirlo lo más cerca posible. Un gemido de la garganta de Tomás reverberó en la penumbra del aparcamiento.

—¡Hombre! —retumbó en ese momento una voz a sus espaldas, amplificada por el silencio que reinaba en el garaje—. ¡Si es la pareja del verano del Hotel Club Sa Garriga!

Tomás y Amanda se quedaron congelados en el sitio. Ninguno se atrevía a mover ni un músculo ante la airada voz de Paloma, que había sido como un jarro de agua fría.

Despacio, intentando disimular lo que no tenía disimulo posible, Amanda bajó la pierna de la cadera de Tomás. Él se separó de ella y se recompuso la ropa; la flamante erección que lucía hacía apenas unos segundos había desaparecido como por ensalmo.

—Ya me habían comentado que este verano te habían cazado y que parecías muy colgado por la recepcionista nueva. Aunque no me esperaba encontrarte protagonizando una película porno en el garaje de los empleados. —Cada una de las palabras que había pronunciado destilaba desprecio.

Amanda se dispuso a contestarle, pero Tomás se le adelantó:

—No creo que hayas visto ninguna escena que no hayas protagonizado tú misma antes —respondió con calma.

Paloma no le prestó atención y se dirigió a Amanda:

—Y tú, no hace falta que te hagas ilusiones con él. Al final del verano solo serás una muesca más en el cabecero de su cama.

Esta vez fue Amanda la que se adelantó a Tomás. Miró a Paloma y dibujó en su cara una sonrisa insolente.

—En eso te equivocas, ¿sabes? Para tu información, te diré que follamos en mi cama. Así que quien hará una muesca en su cabecero al final del verano seré yo.

A Tomás se le desencajó la mandíbula de la impresión. La cara de Paloma pasó por todos los tonos, desde el rojo encendido hasta el morado.

—¿Tú sabes con quién estás hablando? —A Amanda le pareció ver cómo se le escapaban los espumarajos por la boca—. Soy tu superior, me mereces un respeto.

—Mira, Paloma, eres mi superior en mi puesto de trabajo, y ahora no estamos trabajando. Y en cuanto a lo del respeto, solo diré una cosa: yo te respetaré en la medida en que tú me respetes a mí.

—Esto no acabará así —siseó Paloma—. No eres más que una engreída que se cree que por tener unos cuantos amigos en el hotel tiene su puesto asegurado para los próximos veranos. Pero no te engañes: si yo no quiero, no trabajarás ni en este hotel ni en ninguno de la zona.

—Bonita, si quisiera quedarme a trabajar en Mallorca, no creo que tus maquinaciones pudieran impedírmelo; así que, por favor, deja de ponerte en ridículo con esa autoestima tan baja disfrazada de prepotencia y déjanos en paz.

—¡Acabas de cargártela con todo el equipo! —Paloma estaba fuera de sí—. No trabajarás ni un día más aquí, eso te lo aseguro. —Su voz se fue apagando a medida que volvía a entrar en el complejo hotelero.

Tomás agachó la cabeza y se rascó la nuca.

—No sé si estás muy loca o muy cuerda, pero lo que sí sé es que acabas de ganarte una enemiga muy poderosa. Siento mucho todo esto; debería haber sido más discreto. No me lo creía cuando Xisco y Miquel decían que estaba furiosa conmigo.

—Tú no tienes que sentirlo, si acaso es ella la que debería disculparse. No estábamos haciendo nada tan malo, ¡ni que hubiésemos estado aplastando gatitos recién nacidos, oye! De todas formas, ya era mi enemiga declarada y no creo que tenga tanto poder como ella piensa. —Amanda no estaba del todo segura de creerse sus propias palabras—. Si no, mira lo que hizo Vidal con el turno que ella me intentó colar.

—Sí, eso es cierto, igual que está segura de que ella será la nueva directora dentro de poco.

Amanda abrió la puerta del coche y entró. Se le había pasado el calentón de golpe, aunque se negara a que Paloma pudiera chafarle los planes, estaba claro que las ganas de estar toda la tarde metida en la cama con Tomás se habían atenuado de forma considerable.

—¿Tenéis helado? —le preguntó Tomás al entrar en el coche.

—¿Helado?

—Sí, si no tenéis pararemos a comprarlo.

—¿Te apetece comer helado? —preguntó Amanda muy extrañada del derrotero que acababan de tomar los pensamientos de Tomás.

—¿Quién ha dicho comer? Yo estaba pensando más concretamente en lamer —anunció Tomás mientras la miraba con intensidad y ponía el coche en marcha.

Amanda sintió cómo se le calentaba de nuevo la sangre y, antes de salir del *parking*, ya había olvidado su encontronazo con Paloma y solo podía pensar en el helado y lo fresco que lo sentiría sobre su piel.

...

La llegada de Amanda al trabajo a la mañana siguiente causó un gran revuelo.

—¿Qué le dijiste a la subdirectora? —le preguntó Elías cuando consiguió llegar hasta ella.

—Tuvimos un intercambio de ideas, nada más, ¿por qué?

—Ayer se presentó aquí por la tarde hecha una energúmena, gritando que quería hablar con Vidal. Le exigió que te llamara para decirte que hoy ya no hacía falta que vinieras a trabajar.

—¿En serio? —Amanda sonrió para sí, aunque mantuvo el tipo para que nadie de los allí presentes lo notara.

—Me encantaría haber podido veros discutiendo como lobas en celo. Estoy seguro de que fue por Tomás. ¿A que sí? Aunque, por un pedazo de tío como él, yo también me habría tirado del pelo con quien hiciera falta —le susurró luego al oído; como siempre que se exaltaba, le salió su tono amanerado.

Amanda se rio, aunque no había sido su intención hacerlo, la manera de hablar que tenía Elías cuando se soltaba su diva interior la divertía muchísimo.

En ese momento, Vidal salió de su despacho. Siempre estaba allí, era el primero en llegar y el último en irse, algo que había hecho que Amanda se preguntara si el pobre tendría vida fuera del trabajo.

—¿Puedes pasar a mi despacho, por favor, Amanda? —le preguntó.

—Claro que sí, ahora mismo voy.

Elías le pellizcó con suavidad un brazo para demostrarle su apoyo.

Vidal la invitó a sentarse en una de las sillas frente a su escritorio en cuanto entró; él ya se había sentado en la suya y la miraba, agobiado.

—Amanda, no sé cómo empezar esta conversación —dijo. Después se quedó callado y se frotó una ceja con el dedo gordo—. Paloma vino muy alterada ayer por la tarde, no sé qué fue lo que le dijiste y, la verdad, tampoco me importa, lo que sí puedo afirmar es que reclamó tu cabeza en una bandeja, de forma literal.

Amanda elevó las cejas. No podía creerse que una persona cuerda hubiera llegado hasta ese extremo. No le parecía normal que Paloma hubiera llevado al terreno profesional algo que debería quedarse en el plano personal.

—Como yo no quise escucharla —prosiguió Vidal—, se fue a hablar con el director —volvió a resoplar—, ¿cómo te lo diría? El director es un hombre con la cabeza muy bien amueblada, pero ya no es joven, y estos escándalos no le agradan. De todas formas, antes de tomar una decisión, ha querido hablar conmigo. Yo le he dicho lo que pensaba —la miró con fijeza a los ojos—: que eras una trabajadora excelente, que no he tenido ningún problema contigo y que sería un grave error despedirte. De hecho, le he sugerido que el año que viene volviéramos a contratarte.

—Muchas gracias, Vidal, pero no es mi intención seguir trabajando en el hotel. Ya te lo dije el día que nos entrevistamos: esto solo es un trabajo para este verano. Si el hecho de que yo

continúe aquí supone un problema para ti o para los trabajadores de recepción…

Vidal no permitió que siguiera hablando.

—Ni se te ocurra terminar esa frase. Ya te he dicho que el director es un hombre con los pies sobre la tierra. Además, todos conocemos a Paloma y sus salidas de tono. Muchos hemos tenido que soportarla desde el primer día que empezamos a trabajar aquí. Cuando intuye que alguien puede ser una amenaza para ella…

Esta vez fue Amanda quien no le dejó acabar a él.

—¿Qué amenaza puedo suponer yo para ella en el hotel? ¡Es ridículo!

Vidal la miró con cara de estar preguntándose «¿Me lo dices en serio?». Después sonrió, cínico, y continuó:

—En tu caso no se siente amenazada en el trabajo, se siente amenazada de otra manera. Está celosa. Tú tienes lo que ella ha querido tener durante muchos años…

—¿Te refieres a Tomás?

—Claro que me refiero a Tomás. Tú no eres tonta, debes de haberte dado cuenta.

—Hombre, yo tenía entendido que estaba resentida con él, no que todavía lo quisiera.

A Vidal se le escapó el aire con fuerza por la nariz.

—¿Por qué habría de estar resentida si no es porque sigue estando colgadísima por él? Cuando se liaron, ella y yo trabajábamos juntos; tuve que oírla repetir un millón de veces, al menos, que estaba convencida de que sería ella quien conseguiría que Tomás dejara de ir de flor en flor. Pero esa has sido tú, no ella, y hará lo que esté en su mano para hacértelo pagar.

Amanda se echó a reír.

—Yo no he conseguido que Tomás deje de ir de flor en flor, ni mucho menos.

Mientras decía esas palabras, sin embargo, una pequeña chispa de ilusión nacía en su interior. ¿Sería verdad lo que la mayoría insinuaba? Que Tomás se había enamorado y solo tenía que reconocerlo ante sí mismo y ante ella. ¿Por qué los demás parecían

tenerlo tan claro cuando los dos implicados en la relación lo dudaban?

—Mira, Amanda, te pido disculpas por ser tan brusco. El tema de Tomás me interesa solo en la medida en que pueda causarme problemas en la recepción —dijo apretándose el puente de la nariz— y con la condenada Paloma. Si estamos hablando de ello es porque ya me los ha causado, y muchos. Pero si él se ha enamorado o no, no es algo que me importe ahora mismo.

Amanda se puso seria. Entendía lo que decía Vidal: no estaban en el patio de un colegio y, aunque para ella ese solo fuera un trabajo de verano y nada más, para el jefe de recepción era *su* trabajo, su medio de vida. Era normal que no estuviera para cachondeos ni tonterías.

—Hemos llegado a un consenso con el director —prosiguió con lo que los había llevado allí—, no te despedirán, pero serás la encargada de recibir las quejas de los huéspedes del hotel e intentar solucionarlos en la medida de lo posible.

Amanda respiró tranquila.

—No te hagas ilusiones: es un trabajo horrible. Escuchar quejas continuamente deja hecho polvo al más pintado. Además, ese trabajo le corresponde a la subdirectora, con lo que, aunque en teoría sigas bajo mis órdenes, tendrás a Paloma todo el día pegada a tu cogote. Si he de serte sincero, no te envidio en absoluto.

Amanda sintió una especie de vacío en el estómago que la hizo estremecerse. No quería tener a Paloma tras ella todo el día, pero lo que había ganado el mes anterior apenas le alcanzaba para devolverle a sus padres el dinero que le habían prestado para quedarse en Mallorca con Carol. No le quedaría más remedio que terminar el contrato que había firmado, aunque eso significase tener que morderse la lengua durante todo el día.

—¿Esto puedo apuntarlo en la lista de cosas que me debe Carol? Porque si es así, otra vez me debe una bien gorda —murmuró mientras salía del despacho de Vidal.

...

Un día, tres semanas más tarde, Amanda llegó al apartamento y dejó el bolso sobre una silla de la cocina americana mientras resoplaba. Se quitó los zapatos de medio tacón del uniforme de una patada y se aflojó el nudo de la corbata. Solo después se sentó pesadamente en el sofá. Echó la cabeza hacia atrás hasta quedarse semitumbada y cerró los ojos mientras inspiraba con fuerza.

Carol salió del baño y, antes de que pudiera preguntar nada, Amanda le dijo:

—Te juro que no puedo más. Desde que me pusieron al frente de las reclamaciones estoy desquiciada. Paloma está como una puñetera cabra y me tiene hasta el mismísimo co…

—Da igual —la interrumpió Carol—, no lo digas. Sé hasta dónde te tiene.

Amanda abrió un ojo para comprobar si su amiga le estaba tomando el pelo y la encontró de pie, ante ella, observándola con lástima.

—¿Por qué no presentas la dimisión ya? Si, total, solo te faltan diez días para irte, no pasará nada. O mejor, pides que te den los cuatro días que te deben de vacaciones y aprovechamos el tiempo que te queda en la isla para hacer algo divertido…

—Si no me voy es por Vidal. Él ha tenido que romperse la cara por mí ante el director y ahora no le voy a hacer el feo de no terminar el contrato. Pero te aseguro que para lo que me queda en el convento…

Carol no dijo nada, se sentó al lado de Amanda y le cogió la mano con cariño.

—Un día de estos saldremos en el periódico, porque no podré contenerme y le daré dos sopapos. ¿Sabes cuál ha sido su última perrería?

—Quién sabe, pero con lo que llevas aguantado, puedo esperarme cualquier cosa.

—Pues me he pasado toda la mañana intentando colocar a una pareja de ancianos que no querían ni vistas a la piscina, ni estar en un piso alto, ni comer cerca de niños, ni oír ruido de la Gran Plaza, ni, ni, ni… —dijo casi gritando—, y cuando lo he conseguido, no sin que antes se cagaran en mí todos los del turno de mañana de

recepción; porque claro, ellos han sido los que han tenido que cambiar la reserva cada vez que los viejecitos venían a mí a quejarse, va y suelta:

—«Para hoy se espera *overbooking*, así que ya les puedes decir a los Shmidt que tendremos que buscarles otro hotel para pasar, al menos, las siguientes dos noches».

—¿No dices que ya les habías conseguido una habitación?

—¡Sí! Y se lo he dicho a ella también, pero no ha servido de nada. Ha dicho que ella era la subdirectora y que podía decidir a quién desviar a otro hotel y a quién no.

—¿Por qué no le has dicho que fuera ella a avisarles?

—Lo he pensado, no creas, pero la muy zorra —dijo entre dientes y bajando la voz—, siempre me da órdenes delante del director o de Vidal. Intenta que yo me subleve cuando ellos están cerca para poder echarles en cara su error al no despedirme. ¡Y no pienso darle ese gusto!

—¿Y qué has hecho?

—¿Pues tú qué crees? Me he ido a la habitación que tanto me había costado conseguir y les he dicho a los *adorables* ancianos que recogieran sus cosas porque esta noche no podían quedarse en el hotel.

—¿Se lo han tomado bien?

Amanda levantó la cabeza del respaldo del sofá y abrió los ojos para mirar a su amiga con cara de incredulidad.

—¡Ah!, ya veo.

—Tengo muchas ganas de renunciar, Carol.

—Pues no sé a qué esperas. Te lo he dicho mil veces en estas tres semanas. Creo que nunca te había visto tan cansada anímicamente como desde que te han asignado este puesto de trabajo.

—Es que, por si no bastara lo deprimente que es estar escuchando las quejas de los clientes, la tengo a ella deshaciendo todo lo que hago y provocando problemas por donde sea que yo haya pasado antes. Creo que algunos de mis compañeros ya me miran hasta con rabia.

—¿Qué culpa tendrás tú, a ver? —Carol estaba indignada.

—¡Y yo qué sé! Pero se ve que algunos piensan que la razón de que Paloma esté especialmente *porculera* soy yo; se nota en el ambiente que les gustaría que me fuera.

—¡Pues vete!, ¡déjalo ya! Hagamos lo que te he dicho, pasemos los diez días que te quedan a lo grande.

—¿Y que ella se salga con la suya?

—¡Qué más da quién se salga con la suya! Si después de este verano no volverás a ver a esa tía en toda tu vida.

—¿Sabes qué es lo peor, Carol? —Amanda estaba al borde de las lágrimas.

—¿Qué es lo peor? —repitió Carol abrazando a su amiga.

—Lo peor es que yo podría estar en su lugar. Podría ser yo la amargada que da por saco a todo el mundo, porque el mismo hombre que le ha jorobado la vida a ella es el que podría fastidiármela a mí.

—No digas eso —le susurró Carol, compadeciéndose de su amiga—. Tú eres una persona cuerda, sabes a lo que te enfrentas y no te has hecho ilusiones de que Tomás cambie su estilo de vida por ti. ¿Verdad?

Amanda no contestó.

—¿Verdad, Amanda?

El silencio se alargó el tiempo suficiente como para que Carol soltara a su amiga y fijara la mirada en ella.

—No estarás pensando que Tomás va a cambiar de opinión de la noche a la mañana y que lo dejará todo por ti…

—Tú lo has hecho —gritó Amanda— y Xisco también, ¿por qué no él?

—Porque sus razones no son como las de cualquier otro; y con eso me refiero a Xisco, por ejemplo, que, aunque estaba con una y con otra, siempre pensó que un día sentaría la cabeza. Él está convencido de que, si no ama demasiado a alguien, no sufrirá, y se ha montado una película en torno a eso que no le deja ver el mundo de otra manera —le explicó Carol con voz suave—. Además de que te lo ha estado advirtiendo, a ti y a todo el que quisiera escucharle, durante todo el verano.

Amanda se abrazó a Carol y se puso a llorar, y no lo hacía solo por la tensión acumulada en el trabajo, lo hacía por ella y por Tomás, porque veía cómo sus ilusiones se deshacían en jirones como la niebla cuando sale el sol.

No era una chica de dramas, pero en esos momentos se veía incapaz de parar el que había empezado en su interior. Lloró durante lo que le pareció mucho tiempo, pero, cuando paró, supo que esas lágrimas habían sido catárticas, ese llanto la había ayudado a limpiar su corazón de expectativas inútiles y quimeras irrealizables. Entonces vio claro qué debía hacer.

CAPÍTULO 17

Amanda llegó al hotel a las ocho de la mañana y se dirigió a la oficina de Vidal para comunicarle sus intenciones.

—¿Puedo pasar? —preguntó tras dar dos golpecitos en la puerta del despacho.

—Claro, Amanda, pasa. ¿Qué te trae por aquí?

—Vengo a presentarte mi dimisión, Vidal, lo siento mucho. Quería haber acabado el contrato por deferencia hacia ti, pero no puedo. Me rindo. Esta mañana, antes de venir, he comprado un billete de avión para irme a Madrid, me marcho esta tarde. Ella gana y yo me voy.

—Siento mucho oír eso —le contestó el hombre. Amanda notó en su voz que era cierto—. Como ya te dije, estoy muy contento con lo que has aprendido y avanzado en solo dos meses. No miento cuando te digo que habría intentado que el año que viene volvieras a trabajar con nosotros, pero puedo hacer muy poco contra ella y su manera de manipular a la gente.

—No tienes que disculparte por nada, Vidal, tú no tienes la culpa de sus manejos. Lo que no me explico es por qué la dirección la tiene en tan alta estima.

—¿No lo sabes?

—¿Qué es lo que debería saber?

—Paloma es muy «amiga» del dueño del hotel. El director, bueno, y todos, van con pies de plomo con cualquier cosa relacionada con ella, porque a la mínima le pasa informes de todos y cada uno de nosotros. Es por eso por lo que está tan segura de que dentro de poco tiempo será la directora y arremete contra todos sin que a ella le pase nada de nada.

—No tenía ni idea —confesó Amanda con asombro patente en la voz.

—Pues creía que lo sabías y que, precisamente por eso, habías aguantado carros y carretas desde que te habían asignado al «departamento» —pronunció estas palabras con desprecio— de reclamaciones.

—¡Qué va! Si he aguantado ha sido porque tú diste la cara por mí y no quería hacerte quedar mal. Bueno, y porque el dinero no me sobra, claro.

—Pues de verdad que lo siento mucho. No solo que hayas tenido que soportar a la gilipollas esa —soltó con una buena dosis de rabia en su voz—, siento mucho que nos dejes y también que no pienses volver el año que viene. Te echaremos en falta.

—Muchas gracias. —Amanda notó cómo la garganta se le contraía por la emoción—. Lo cierto es que, repitiendo lo que dice casi todo el mundo, trabajar aquí sería una gozada si no fuera por Paloma. Ojalá que en el colegio en el que voy a dar clases encuentre unos compañeros la mitad de buenos que vosotros, fíjate, me conformo con eso.

Vidal sonrió, su cara reflejó la simpatía que sentía por Amanda y ella se dio cuenta de que estaba a punto de emocionarse por lo que decidió dar por concluida la reunión.

—¿Irás a decirle a Paloma que te marchas, o prefieres que vaya yo?

—No, no, yo me despediré de ella. —Intentó que su voz sonara firme.

—Te deseo mucha suerte, entonces. Espero verte alguna vez por aquí.

—No me quedará más remedio que venir de visita. —Sonrió con franqueza—. Mi mejor amiga se queda en la isla.

Vidal negó con la cabeza.

—Mira que Xisco llevaba advirtiéndonos desde que lo conozco de que iba a enamorarse algún día, pero nunca pensé que lo veríamos así de «pavo». No parece ni él.

Amanda se rio, aunque sin muchas ganas.

—Sí, parece que a él sí que le han pillado este año. —Cuando dijo esto ya casi ni sonreía.

Después de salir del despacho de Vidal, fue a hablar con Elías, que estaba de turno y era con quien más se había relacionado. Se puso triste cuando supo que Amanda se marchaba, pero lo entendió a la perfección.

—Esa zorra nos va a dejar sin los mejores trabajadores por su pura envidia. ¡No sabes cuánto la odio!

—Te agradezco tu apoyo —sonrió Amanda—. Te echaré de menos. No sé qué haré en Madrid sin todos vosotros.

—¿Qué harás en Madrid? —preguntó, en plan diva, su amigo—. Pues te desenvolverás maravillosamente, porque trabajas muy bien y porque te lo mereces. Me imagino que al idiota de Tomás lo dejas aquí.

Amanda sonrió con tristeza mientras asentía.

—Te digo yo que ese chiquillo un día se dará cuenta de lo tonto que es —afirmó mientras le cogía una mano a Amanda—. Entonces, nos reiremos de él, ¿vale, cariño?

Amanda abrazó a su compañero, que en poco tiempo se había convertido en alguien muy querido, y le dio un beso.

—Vendré a ver a Carol y quedaremos para tomar café. ¿De acuerdo, amor?

—Por supuesto. Estoy deseando verte ya —contestó él con los ojos llorosos—. Y no hagas que me emocione más, que no me gusta nada que me salga la pluma cuando estoy en el trabajo.

A ella no le quedó más remedio que reírse de nuevo. Apretó la mano de su amigo y se dirigió al despacho de Paloma.

Golpeó la puerta de la oficina de la subdirectora con los nudillos y pasó sin esperar a que le dieran permiso. Paloma estaba hablando por teléfono.

—No es así como quedamos —argüía mientras miraba por la ventana de su despacho—. Ella era la que debía gestionar todas las quejas, no yo. Hoy todavía no se ha presentado al trabajo, ¿no es razón suficiente para despedirla de una maldita vez? Porque si no lo es, ¡dígame usted cuándo lo será! —entonces se volvió y vio a

Amanda plantada en la puerta y cambió el tono—: Déjelo, acaba de llegar. No se preocupe, yo me ocuparé de ella.

Colgó el teléfono y se sentó en su silla, detrás del escritorio. Colocó las manos en una postura que Amanda ya conocía demasiado bien: las palmas juntas frente a la barbilla y la boca mientras con las uñas de los dedos índices, pintadas de rojo como siempre, se acariciaba los labios.

—¡Por fin te has dignado a venir! Tengo a unos señores esperando desde hace más de media hora. Por supuesto, tendré que elaborar un nuevo informe negativo sobre ti. No sabes lo bien que lo estás haciendo para que podamos ponerte de patitas en la calle en menos de nada. ¡Y lo que yo me alegro por ello!

Amanda se mordió la lengua, no pensaba entrar en esa discusión, de hecho, no había ido al despacho de la subdirectora a discutir, sino a que escuchara lo que tenía que decirle.

—Lo siento, Paloma…

—¡Y más que lo sentirás! ¡Ya lo creo que sí! —contestó la otra en tono dominante.

Amanda respiró hondo, decidida a proseguir con el discurso que llevaba ensayando desde la noche anterior.

Aunque se había quedado muy tranquila tras derramar todas las lágrimas que tenía en su interior, le había costado dormir. Había estado buscando las palabras que quería dedicarle a cada una de las personas de las que se iba a despedir y las que pensaba dirigirle a Paloma eran, sin lugar a dudas, las que más tiempo la habían mantenido despierta.

—Vuelvo a decirte que lo siento, pero de esos clientes vas a tener que ocuparte tú.

—¿Yo? —escupió la subdirectora—. ¿Qué te hace pensar que te vas a escaquear de tus deberes con tanta facilidad? Ya te dije que aquí la que tiene la sartén por el mango soy yo y…

—Me voy, Paloma. Acabo de presentar mi dimisión a Vidal. Ya no podrás deshacerte de tus obligaciones desagradables, o al menos no seré yo quien se ocupe de quitártelas de encima. A partir de ahora tendrás que buscarte a otra o hacerlo tú misma.

Paloma se quedó sin habla, pero reaccionó con rapidez.

—Así que, ¿te vas al fin? —Su sonrisa no podía ser más triunfal.

—Sí, me voy, esta tarde. Solo venía a darte las gracias.

La cara de sorpresa que puso Paloma hizo que Amanda se acordara de una foto muy graciosa, que había visto no hacía mucho tiempo, de una llama con la boca muy abierta. Casi se puso a reír de la impresión, solo casi.

—Gracias por hacerme ver en qué o quién no quiero convertirme. No quiero ser como tú, Paloma. Una amargada que disfruta provocando el sufrimiento de los demás solo porque alguien la ha hecho sufrir a ella. Yo también me he enamorado del hombre que no debía, pero he decidido marcharme antes de que mi carácter se agrie tanto como el tuyo. Mi madre siempre dice que de todo se aprende en esta vida; tú me has enseñado la peor forma de ser que existe, un espejo en el que jamás querré mirarme. Así que, adiós, Paloma, espero que te vaya bonito.

Ni siquiera esperó a que la subdirectora le contestara, salió y cerró la puerta tras ella. Las manos le temblaban por la desazón y se dio cuenta de que le dolía el pecho porque había estado reteniendo el aire. Por suerte, no le había temblado la voz y había dicho justo las palabras que tenía preparadas, ni una más ni una menos.

—Ahora a por la conversación más difícil de todas —dijo entre dientes, mientras se dirigía hacia su apartamento con el estómago encogido.

...

Tomás llegó cuando ella ya tenía la maleta casi hecha. En los dos meses que había pasado en la isla se había comprado alguna ropa, pero se la iba a dejar toda a Carol, no creía que fuera a ponerse aquellas prendas en Madrid, eran para ir a la playa o para salir una noche de fiesta; y lo peor de todo era que cada una de ellas le recordaba, con intensidad, el tiempo pasado con Tomás.

—Hola —lo saludó al verlo asomado a la puerta de la habitación, en su cara se veía reflejado el asombro.

—¿Te marchas? —le preguntó con el ceño fruncido—. Creía que todavía te quedaban diez días más de contrato.

—Y así es, pero anoche decidí que tenía que irme cuanto antes. Paloma fue la que me ayudó a hacerlo, pero no fue la única —le dijo

mirándolo significativamente. Después cambió el tono—: Además, me esperan en el colegio dentro de poco y tengo que arreglar algunas cosas antes de empezar a trabajar.

—No tienes por qué marcharte. Podrías quedarte hasta que termine la temporada, pensaba que lo harías —afirmó él con vehemencia.

—¿Es eso una proposición, acaso? —le cortó ella, sin ninguna convicción en la voz.

—¿Una proposición? —repitió él.

—Me estás pidiendo que me quede, ¿es que piensas que entre nosotros podría haber algo más?

Tomás retrocedió medio paso, fue algo apenas perceptible, pero Amanda se dio cuenta del amago de huida y no quiso presionarlo más.

—Sabes que no quiero salir con nadie. No está en mis planes una relación duradera.

—Sí, lo sé. Me lo has estado repitiendo durante todo el verano, pero ahora ya no me basta lo que tenemos.

—¿Lo que tenemos? —El chico estaba poco inspirado, solo era capaz de repetir lo que ella decía como si fuese un loro domesticado.

—Vale, ya sé que nunca hemos tenido una relación. ¿Prefieres que diga que no me basta con lo que somos?

—¿Y qué somos?

Amanda intentó reírse, pero la risa le salió forzada; no era histérica, como la que le sobrevenía cuando estaba nerviosa; ni contagiosa, como la que tenía cuando estaba riéndose a mandíbula batiente. No, esa fue una risa triste y le pareció que a Tomás le dolía como si le hubieran dado un derechazo en el estómago.

—No sé, puedes llamarlo como quieras: amigos con derecho a roce, amantes, un tío y una tía que se acuestan…

—Te dije que no podía enamorarme, nunca te he prometido nada, creo que he sido muy franco en ese aspecto. No puedo, es imposible.

—¿No puedes o no quieres?

—Sabes que son ambas cosas: ni puedo ni quiero. —Su voz sonaba triste, pero él seguía firme en sus convicciones—. Tienes

razón al estar enfadada conmigo, desde fuera se podría interpretar que he estado jugando con tus sentimientos, pero créeme cuando te digo que no ha sido así. Te advertí de que no podía, y no puedo.

—Y yo te dije que tú no eliges el momento en que te enamoras, y que tampoco puedes evitar que alguien se enamore de ti.

Se acercó a él y le puso una mano en la mejilla.

—No, la culpa de que yo haya caído rendida a tus pies no es tuya. La culpa es mía, porque estaba advertida, sabía que jugaba con fuego y me ha dado lo mismo quemarme. Por eso es por lo que tengo que marcharme, porque ya no me basta con ser «la que se acuesta contigo». Quiero más. Quiero lo que tienen Xisco y Carol, y tú no puedes dármelo. Cuanto antes me aleje de ti mejor será para mi salud mental. No te estoy reclamando algo que sé que no puedes darme, estoy huyendo de lo que me hace daño.

—Lo siento, lo último que pretendía era herirte, creía que te estabas divirtiendo, como hacía yo.

—Al principio, quizás sí, pero ahora ya no. Te quiero, Tomás. Y, si voy a estar contigo, deseo todo lo que tienes para dar, no solo una pequeña parte.

Le dio un beso suave en los labios y volvió a los pies de la cama, para seguir haciendo la maleta y para que él no se diera cuenta de que tenía los ojos inundados en lágrimas.

—No puedo darte otra cosa, Amanda, si crees que estarás mejor alejándote de mí, quizás sea eso lo que debes hacer. —Agachó la cabeza y salió de la habitación sin añadir nada más a la conversación. A Amanda le pareció que tenía los hombros hundidos y que se marchaba abatido, pero prefirió no hacerse ilusiones.

Era mucho más fácil pensar que, si él la hubiera amado como ella lo amaba a él, aquella habría sido una buena oportunidad para decírselo. Al no hacerlo, le quedaba patente lo que ya había imaginado: que las barreras que Tomás había levantado alrededor de su corazón eran infranqueables, al menos para ella.

...

Xisco y Carol arreglaron sus turnos para poder acompañar a Amanda al aeropuerto, aunque ella les había asegurado que podía coger un taxi, se negaron de forma rotunda a que lo hiciera. A última hora, Gori también se unió a la excursión hasta Palma, por lo que en esos momentos estaba en el asiento de copiloto al lado de su jefe.

Carol, que se había sentado en el asiento de atrás con Amanda, era incapaz de soltar la mano de su amiga.

—No puedo creer que te vayas ya. Pensaba que tendríamos al menos diez días para despedirnos como es debido. Y después te quejas de que yo soy impulsiva. Creo, no, estoy segura de que esto deja el marcador de lo «que te debo» a cero —afirmó haciendo un puchero.

Xisco miró a su chica por el espejo retrovisor con cara de preocupación y Amanda no pudo más que sonreír. Qué envidia le daba Carol. Qué bonito era que el chico del que te habías enamorado perdidamente te correspondiera y se preocupara por ti.

Estaba contenta por ella, más contenta que celosa. Aunque fuera a echarla muchísimo de menos en Madrid, su amiga era feliz, y eso era lo más importante.

Gori se volvía de tanto en tanto para mirar a Amanda y sonreírle, a Amanda le parecía que quería decirle algo pero que no se atrevía, o quizás era solo que no encontraba las palabras adecuadas. Ella le devolvía la sonrisa, animándolo a que hablara, pero él resoplaba y dirigía la vista de nuevo a la carretera.

—Acuérdate de llamar a mi tía mañana o pasado para decirle que tú no pasas del trabajo como yo, hazle un poco la pelota de mi parte o algo, ¿vale? —pidió de repente Carol, como si al fin se diera cuenta de que estaba quedando fatal con su tía—. Que, de todas formas, estoy segura de que te quiere más a ti que a mí.

—¿Por qué dices eso, loca? ¿Cómo puede quererme más a mí? Si es la hermana de tu padre, mujer.

—Ya, pero yo creo que nos ve a nosotras como a dos hermanas y desde luego tú le has dado muchos menos quebraderos de cabeza que yo.

Amanda se rio.

—Eso no lo puedo rebatir.

Carol le dio un golpecito en la pierna y luego la abrazó.

—Ya te estoy echando de menos. Xisco tendrá que esforzarse mucho para ser él y tú al mismo tiempo. ¿Seguro que no te puedo hacer cambiar de opinión para que te quedes?

—Ya lo he decidido, Carol —contestó Amanda señalando con la vista a los chicos para que su amiga se diera cuenta de que no quería hablar de eso delante de ellos—, y ya sabes que me cuesta tomar decisiones, pero que, cuando lo hago, es difícil hacerme cambiar.

—¡Y tanto que lo sé! ¡A mí me lo vas a contar!—exclamó su amiga.

Amanda rememoró la conversación que habían mantenido la noche anterior, cuando al fin había podido dejar de llorar.

—¡Decidido, mañana me marcho! —le había soltado de corrido.

—¿Cómo? —había preguntado Carol, incrédula.

—Te digo que acabo de decidir que mañana me marcho —había repetido Amanda, muy convencida—, y sé que será lo mejor para mí. Tengo que cortar este enamoramiento de raíz y lo único que se me ocurre para hacerlo es alejarme de Tomás. Estoy convencida de que lo haré, podré olvidarlo, pero tengo que irme mañana, no puedo quedarme ni un día más.

—Estábamos hablando de Paloma, no de Tomás —se había quejado Carol.

—¿No lo ves? ¿No ves que Paloma actúa de la manera que lo hace solo por resentimiento hacia él? ¿Quieres que yo me convierta en un triste personajillo como ella?

—Joder, Amanda, ¡que diez días más aquí no van a convertirte en Paloma!, no me jorobes.

—No, es cierto que no lo harán. Pero ahora ya he tomado la decisión de dejar de ver a Tomás, de dejarle en el pasado. Si me quedo estos diez días, ¿cómo podré evitar coincidir con él? No, eso sería demasiado complicado para los cuatro, lo mejor es que me marche a casa cuanto antes.

Y, aunque Carol había intentado por todos los medios que su amiga cambiara de opinión, al final había comprendido que Amanda

tenía razón y, muy a su pesar, le había dado permiso para que la «abandonara».

Esa noche la habían pasado juntas, Carol se lo había explicado a Xisco, quien había entendido las razones de Amanda mucho más deprisa que ella y la había animado a quedarse en el apartamento con su amiga.

En contra de su costumbre, ninguna de las dos había hablado demasiado cuando se fueron a dormir. Cada una oía a la otra moverse y, sin necesidad de preguntarlo, sabía por qué les estaba costando conciliar el sueño. Pero al menos estuvieron juntas.

Se suponía que Carol tendría que regresar a Madrid en algún momento para ver a sus padres, darles explicaciones y presentarles a Xisco, si es que no salían pitando a buscarla en cuanto supieran que Amanda había vuelto a su casa. Pero las chicas nunca habían estado más de una semana separadas, al menos que ellas pudieran recordar, y eso cuando eran unas crías.

Hacía años que no se separaban ni los fines de semana. La tía Monja no era la única que las veía como dos hermanas bien avenidas. Había gente con la que habían coincidido a lo largo de los años que ni se imaginaba que no las uniera ningún parentesco.

Xisco dejó el coche en el *parking* del aeropuerto y los cuatro se dirigieron a la zona de embarque. Gori fue el primero en abrazarla.

—Mi hermano es gilipollas; yo te habría cuidado mucho mejor que él —le dijo al oído para que los otros dos no pudieran escucharlo.

Amanda se rio.

—Estoy convencida de que lo habrías hecho. Lástima no poder decidir a quién le entregarás tu corazón —le susurró ella también.

El chico se separó un poco de ella.

—Espero que te vaya muy bien y que te acuerdes más de lo bueno que de lo malo de Mallorca.

—¿Qué ha habido de malo? Si todo ha sido fabuloso. Tengo la suerte de poder marcharme antes de que se tuerza —le contestó con cariño.

Después fue el turno de Xisco:

—Nos vemos dentro de poco, preciosa, te necesitaré a mi lado para hacer frente a mis «suegros» —le dijo con un tono poco alegre.

—Ahí me tendrás, no me perdería ese momento por nada del mundo —afirmó con una gran sonrisa.

Por último, la abrazó Carol, no hablaron, no hacía falta. Cuando se separaron ambas tenían lágrimas en los ojos.

—No seas tontina —le dijo Xisco a su chica, mientras la cogía por la cintura—, si antes de que haya llegado a Madrid ya os habréis mandado doscientos mil mensajes. Hoy en día las distancias no existen.

Sus tres amigos esperaron a que Amanda pasara el control de seguridad; ella, consciente de que la estaban observando, se volvió y se despidió con la mano antes de perderlos de vista por completo.

La chica sonreía para sí mientras se dirigía a su puerta de embarque. Aunque dejaba atrás un pedazo muy grande de su corazón, creía a pies juntillas lo que le había dicho a Gori hacía apenas unos minutos, prefería conservar en la memoria todo lo maravilloso que había sucedido en la isla: las risas, los paseos, los bailes, las playas increíbles, Tomás desnudo a su lado en la cama, Carol y Xisco celebrando su amor a cada instante…

Su amiga había tenido razón cuando preparaban el viaje, ese había sido el verano de sus vidas y así sería como lo recordaría para siempre.

CAPÍTULO 18

Había pasado septiembre y Tomás no se sentía satisfecho con nada de lo que tenía en su vida. El trabajo en el hotel le parecía tedioso, la comida del restaurante repetitiva, los temas del FIR se le hacían muy pesados y estaba cansado de robarle horas al sueño para estudiar sin ver resultados.

Por si eso no fuera suficiente, desde que Amanda se había ido no dejaba de encontrarse «casualmente» con Paloma, tanto dentro como fuera del hotel, siempre sonriente y zalamera. Desde luego, no podía entender cómo alguna vez había podido sentirse atraído por ella. En esos momentos le parecía evidente: tan trasparente en sus intenciones como despreciable en su forma de actuar con Amanda.

Lo único que le había alegrado un poco los días fue una conversación que escuchó sin querer entre Xisco y Carol:

—Entonces, ¿está contenta en el colegio? —había preguntado Xisco.

—Sí, dice que la han recibido con los brazos abiertos y que todo el mundo se esfuerza para que encaje. Por lo visto hay muy buen rollo entre los profes y el ambiente de trabajo es muy agradable.

—¿No se cansa de aguantar a tantos adolescentes? Yo no podría. A Tomás le va ese rollo, pero a mí ni de broma.

—Hombre, habrá de todo, como en todos sitios. Imagino que unos mejor y otros peor. Aunque como Amanda tiene una edad más cercana a la de ellos, la ven más como a una compañera que como a una profe, y la tía se aprovecha y va de coleguilla con ellos; o al menos eso es lo que me dijo ayer.

Tomás se había alegrado mucho al oír que Amanda estaba bien. Su despedida no había sido como él hubiera deseado, pero él no podía darle lo que ella le pedía.

No quería entregarle su corazón a nadie. No podía permitírselo. Y no era porque no hubiera encontrado a la persona adecuada. De hacerlo, sería ella. Sin duda. Sin una sola alternativa posible.

Pero eso no iba a ocurrir. Él no iba a enamorarse como sus padres. No iba a repetir esa historia. No iba a quedarse atrapado en algo que después pudiera romperlo.

Se lo repetía cada día desde que Amanda se había marchado. Y, aun así, no funcionaba.

También estaba Gori.

Parecía muy enfadado con él, desde hacía semanas apenas cruzaban unas palabras. Y eso era raro en ellos, ninguno era callado. Tomás estaba seguro de que lo estaba evitando.

Sabía que Gori había acompañado a Amanda al aeropuerto junto con Xisco y Carol y, como ninguno había querido mencionarlo, intuía que el mosqueo tenía relación con eso. No había querido preguntárselo. Lo único que le faltaba en esos momentos era que su hermanito le dijera qué debía o no hacer con su vida.

Ese día, sin embargo, al entrar en el apartamento, oyó ruido en la habitación de Gori. Se dirigió hacia allí sin pensarlo dos veces. No quedaba mucho para que se marchara a Barcelona a estudiar y no quería despedirse con esa distancia entre ellos. Lo encontró haciendo la maleta y recogiendo todas sus cosas.

—¿Ya nos dejas? —le preguntó—. Creía que no te ibas hasta mañana.

—Sí, pero me apetece estar unos días con mamá antes de irme. Apenas la he visto este verano, ni a ella ni a mis amigos. Los echo de menos.

—¡Si en Barcelona compartirás piso con Pep! Creía que era tu mejor amigo.

—Y lo es, pero tengo otros. Supongo que como tú, que no te conformas con una chica increíble y necesitas tener a otras —le soltó en tono agresivo.

—¡Así que eso es lo que te pasa! —dijo Tomás con fría calma, sin mostrar la ira que ardía en su interior—. No puedes aceptar que Amanda haya preferido pasar el verano conmigo.

Era la primera vez en la vida que Tomás le hablaba así. Siempre lo había protegido, y mucho más desde que había muerto su padre, pero sus reproches lo habían cabreado de forma considerable y tenía que devolverle el golpe de alguna manera.

—Pues lo cierto es que sí —escupió, con rabia, Gori—. Yo la habría querido, la habría mimado, no como tú. No la habría dejado marchar. —La frase cayó entre ellos con un peso incómodo—. Como dijo ella… uno no puede decidir a quién entrega su corazón —añadió Gori, más bajo, más duro—. Pero tú sí eliges no hacerlo. Porque eres tan egoísta que no lo quieres compartir con nadie.

Tomás se dio cuenta de que su hermano tenía los puños apretados con fuerza, como si quisiera darle un puñetazo. Sabía que Gori se había encariñado mucho con Amanda, pero hasta ese momento no había sido consciente de cuánto.

—¿Eso te dijo? ¿Que yo era un egoísta?

—No, qué va. Ella es incapaz de decir algo así de ti. Amanda hasta te justificó. Soy yo quien ha dicho que lo eres.

—No tienes ni idea de lo que hablas, chaval. Tú no recuerdas cómo era mamá antes de que papá muriera. No es la misma… mejor dicho, no es ni la sombra de la que era. Ella cambió porque habría preferido irse con él antes que quedarse con nosotros… —La voz de Tomás sonaba triste.

—Pero no lo hizo, ¿no? —le recordó Gori, con los ojos llenos de lágrimas—. Se quedó. Y ha seguido adelante. Eso es lo que hace la gente normal, Tomás: seguir su camino. —Se quedó unos segundo callado y después continuó—: Es verdad que casi no recuerdo a papá ni cómo era la vida antes de que muriera. Pero ¿sabes qué pienso? Que acusas a mamá de algo que tú también haces.

Tomás elevó las cejas, no entendía qué quería decir Gori con aquellas palabras.

—Igual que ella vive anclada en el recuerdo de nuestro padre y no se abre a nadie nuevo, tú piensas que estás mejor si solo te quieres a ti mismo, ni siquiera te atreves a abrirte a una chica tan maravillosa como Amanda.

—¿Qué sabrás tú? —le espetó Tomás, harto de esa conversación y de lo que esta removía en su interior—. Paso de seguir hablando

de esto con un mocoso. De todas formas, no me harás cambiar de opinión.

—Sí, es mejor que sigas así, negándote a escuchar lo que piensan los demás. Me llamas a mí mocoso porque tu postura no es infantil, ¡ni mucho menos! —apuntilló Gori, sarcástico, mientras veía cómo su hermano salía de la habitación sin contestar.

...

Una semana más tarde, Tomás seguía sin concentrarse en el estudio. Le había dado muchas vueltas a su situación y, de todas las ideas que había barajado, la única que lo convencía era la de buscar una academia para repasar los temas que le quedaban y encerrarse a estudiar hasta el día del examen. El problema era que en Mallorca no había ninguna que ayudase a preparar el FIR. Tendría que ir a la península y, en consecuencia, dejar de trabajar en el hotel.

«De todas formas, el año que viene Yunior será el jefe de los animadores y pensabas pasarle el testigo antes de que terminara el verano, ¿no? —se dijo—. A lo mejor va siendo hora de que empiece a practicar y así ya estará preparado cuando comience la temporada».

Decidió que al día siguiente informaría a todo el mundo de que tras el puente del Pilar dejaría el hotel para irse a estudiar. Solo le faltaba escoger a qué academia iba a asistir, así que se puso a investigar en internet para ver por cuál se decidía.

Llevaba más de una hora pegado a la pantalla del ordenador cuando Xisco llegó de la calle cargado con varias bolsas de la compra.

—¿Qué haces a oscuras delante del portátil, tío? Te vas a quemar los ojos.

—Yo creo que ya los tengo más que chamuscados —contestó él mientras se apretaba el puente de la nariz—. He decidido que no puedo seguir así. Me voy a ir a Madrid.

—¿A buscar a Amanda? —preguntó Carol, que en esos momentos entraba también.

Tomás la miró con fijeza.

—No, a estudiar, en una academia. He estado mirando varias y la mejor está en Madrid.

—¿Independientemente de que Amanda esté allí? —insistió Xisco.

—Sí, ¿por qué?

—No, por nada. Solo que a principios de verano me había parecido oír que decías que en Barcelona había una que te gustaba bastante y que así podías acoplarte al piso de tu hermano y tener un gasto menos.

—¿Qué pasa? ¿Uno no puede cambiar de opinión o qué?

—Sí, sí, cambia de opinión todo lo que quieras, a mí qué me cuentas —exclamó Xisco mientras colocaba algunas de las cosas que había traído del súper en los estantes de la cocina.

Tomás, de fondo, creyó oírle decir a su novia:

—Si este se va a Madrid por la academia, yo soy fraile castrense.

—Ya te dije que era cisterciense, no castrense —murmuró Tomás, sin poder evitarlo, con tono seco.

Xisco meneó la cabeza y chasqueó la lengua, pero no le contestó.

Cada vez que el nombre de Amanda salía en una conversación, Tomás sentía cómo crecía la desazón en él. Se decía que era por cómo habían terminado, por lo mal que había quedado con ella después de un verano perfecto. Nada más.

Menos de un mes más tarde, casi sin darse cuenta, Tomás estaba en Madrid buscando piso. Encontró uno de cuarenta y cuatro metros, aunque bien aprovechados, en la calle Ferraz. Tenía una cocina muy pequeña, pero equipada al detalle y eso le agradó; una habitación, a la que no le faltaba de nada, y un baño correcto, sin nada superficial. Lo que más le gustó fue el olor a limpio y la luz que entraba a raudales por las ventanas que daban a la calle. Era un antiguo edificio rehabilitado; se había quedado maravillado con el ascensor de jaula y las escaleras de madera. Pensó que había tenido la suerte del siglo, así que no dudó en alquilarlo.

Habían pasado ya los primeros días de noviembre cuando Tomás, sin poder resistirse más, decidió llamar a Amanda. No sabía

si le contestaría. Cuando el teléfono empezó a dar tono de llamada, se arrepintió de no haberle mandado primero un mensaje.

—¿Diga? —contestó la chica, con extrañeza en la voz.

—¡Hola, Amanda…, soy Tomás!

—Sí, ya sé quién eres —respondió ella, seca—. ¿Necesitas algo?

—No… no necesito nada. Solo quería decirte que estoy en Madrid y que quizás… podríamos vernos algún día —dijo él, sintiéndose más inseguro que nunca antes en su vida.

—Lo siento, Tomás, ahora no puedo atenderte, tengo una clase en cinco minutos. Hablamos otro día, ¿de acuerdo?

—Sí, vale, de acuerdo. Volveré a llamarte.

—No, ya si eso te llamo yo, no te preocupes.

Incluso antes de colgar, Tomás se dio cuenta de que algo no iba bien. Esa chica no había sonado como la Amanda que él conocía. Bueno, sí, era su voz; pero no era la misma persona de la que él se había separado un mes atrás.

De inmediato marcó un nuevo número.

—¿SÍ? —contestó la voz alegre de Carol—. ¿Qué pasa, chaval? ¿Cómo te están tratando por mi tierra?

—Pues bastante bien —respondió Tomás, sin convicción.

—¿Ha sucedido algo? —preguntó la chica, alarmada—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, bueno, acabo de llamar a Amanda.

—¡Ah! Es eso —se escuchó el silencio en la línea durante unos instantes y después volvió a hablar—: Está decidida a olvidarte, Tomás, y cree que lo mejor es mantenerse lo más alejada que le sea posible de ti. Me extraña hasta que te haya contestado al teléfono. No está enfadada, solo intenta protegerse.

—Ya, pero es que me apetece verla. La echo de menos.

—¿Le has dicho eso a ella? —La voz de su amiga sonaba esperanzada.

—Es que no me ha dado tiempo, me ha dicho que estaba a punto de entrar en clase y que ya me llamaría.

—Ya veo —silencio de nuevo—, bueno, quizás no debería decirte esto, pero sé que mañana por la noche va a salir con algunos

amigos nuestros, van a ir a la discoteca Kapital, en Atocha. ¿Sabes cuál es?

—Pues la verdad es que no. Desde que estoy aquí no he salido ni una vez. He venido a estudiar, ¿recuerdas? —preguntó sarcástico.

—No seas borde, que no te pega nada. No es difícil de encontrar —continuó, sin darle el derecho a réplica—. ¡Está en Atocha! —añadió, como si eso dejara clara su ubicación exacta.

—Vale, puedo encontrarla allí mañana, ¿no?

—Bueno, quizás dentro no la encuentres. Creo que es una de las discotecas más grandes del mundo.

—Entonces, ¿qué pretendes, que la espere fuera hasta que llegue, en plan acosador?

—Hombre, en plan siniestro, casi mejor que no. Creo que van a ir a cenar al Udon de la plaza Pedro Cerolo y después se acercarán a pie a Kapital, igual podrías interceptarla por el camino o algo.

Tomás se pasó las manos por la cara y resopló.

—Lo mejor será que la deje en paz, si eso es lo que ella quiere.

—¡No! —gritó Carol.

—¿No es lo que quiere o no tengo que dejarla en paz? —Tomás empezaba a sentirse mosca con todo el asunto.

—Sí, ella quiere que la dejes en paz, pero no es lo que tienes que hacer. Bueno, si es que tú quieres verla, claro.

—Te juro que no entiendo ni una palabra de lo que me estás diciendo —masculló, resoplando de nuevo.

—¡Ni falta que hace! —espetó Carol ufana—. Tú hazme caso a mí, mañana te haces el encontradizo con ella y después me cuentas.

Y, sin añadir ni media palabra más, colgó. Tomás se quedó hecho un lío y sin tener claro que lo que le aconsejaba la loca de Carol fuera lo más acertado.

...

Se acercaba la hora de salir y Tomás todavía no estaba seguro de qué hacer. Se moría de ganas de ver a Amanda, pero pensaba que a ella no le gustaría que la estuviera acechando.

Tampoco era necesario que ella se diera cuenta de que la estaba esperando, seguro que podía pensar una idea plausible para encontrarse fuera de una discoteca. Así que, con una extraña sensación en la boca del estómago, se puso unos vaqueros, a los que Amanda había mirado con muy buenos ojos en más de una ocasión; se fue probando una camisa tras otra hasta que el espejo le devolvió una imagen que le gustó; se puso un buen chorro de perfume, el que sabía que le gustaba a Amanda porque la había pillado varias veces inhalando su olor, y salió decidido a «encontrársela como por casualidad» por Atocha.

«Ya te vale, chaval, lo que estás haciendo no es ni medio normal», se sermoneó, aunque hizo caso omiso a sus propias palabras y siguió adelante con su loco plan.

Desde el sitio que había elegido para esperar la vio llegar, sonriente, entre un grupo de chicos y chicas de su edad. Su corazón se aceleró al verla; estaba más guapa de lo que recordaba y lo único que le apetecía en esos momentos era acercarse a ella, cogerla por la cintura y besarla hasta perder el aliento.

«Tranquilízate —se dijo—, no la vayamos a asustar. Vamos a hablar un poco con ella primero y luego, ¿quién sabe?», se animó, antes de dirigirse hacia ella, muy decidido.

—¡Amanda! —la llamó. Ella se volvió como si buscara de dónde procedía esa voz familiar, Tomás agitó la mano sobre su cabeza para hacerse ver.

La cara de la chica perdió la sonrisa de unos segundos antes para ponerse seria, le comentó algo a una de sus amigas y se acercó a Tomás.

—¡Hola! ¿Qué haces por aquí? —le preguntó mientras miraba a su alrededor como si buscara a alguien.

—He decidido darme un poco de descanso y he salido con unos compañeros de la academia —mintió mientras señalaba con la mano hacia un lugar indefinido, como si quisiera mostrarle a sus supuestos acompañantes—. Desde lejos me ha parecido que eras tú y me he acercado a saludarte.

—¡Ah! —dijo ella—. ¿Vais a la Kapi?

—No sé, a mí me apetecía más tomar algo de *tranquis.* ¿Te apetece venir?

—Es que he salido con unos amigos —informó ella, sin emoción en la voz— y no estaría bien dejarlos tirados.

Tomás veía que Amanda le daba largas, pero no podía consentir que se alejara de él sin hablar un poco más con ella. Además, estaba seguro de que aquel malestar de su estómago no se le iba a pasar si no lo hacía.

—Me he instalado en un apartamento en la calle Ferraz… —explicó, por seguir con la conversación.

—¿Muy caro? —se interesó ella.

—Muy pequeño —aseguró Tomás mientras afirmaba con la cabeza. Ambos se rieron con complicidad—. Aunque la verdad es que no me importa. Paso poco tiempo en él. Entre la academia, la biblioteca y algunas guardias que hago de noche en una farmacia, estoy bastante ocupado.

—¿Te has buscado un trabajo? —lo interrogó con afecto.

—Bueno —Tomás se rascó la cabeza—, no son más que dos noches a la semana, y aprovecho casi todo el tiempo para estudiar. Pero una ayuda económica nunca viene mal…

—Amanda —se oyó una voz de chico llamándola—, vamos a entrar, ¿vienes?

—Sí, claro, ahora mismo, esperadme un segundo.

Tomás sintió cómo la bilis le subía por la garganta y le entraron unas ganas terribles de emprenderla a patadas con el pobre chaval, por haberlos interrumpido cuando la conversación parecía que mejoraba.

—Los estoy retrasando, se van a enfadar —dijo Amanda mientras señalaba hacia sus amigos.

Tomás se le acercó para besarla, pero solo consiguió que el corazón se le partiera en añicos cuando ella ladeó la cara para darle un par de besos en las mejillas.

—Nos vemos cualquier día de estos, ¿vale? —se despidió, ya de camino hacia el grupo que la esperaba, mientras levantaba la mano y empezaba a acelerar el paso.

Toda la euforia que había embargado a Tomás minutos antes se esfumó de un plumazo. El malestar que sentía desde hacía un par de meses pareció explotar en su interior con la potencia de una bomba atómica, arrasándolo todo a su alrededor.

Se sentía débil y aturdido, no estaba seguro de encontrar el camino a casa. De todas formas, emprendió la marcha, obligándose a poner un pie delante del otro hasta que llegó a la puerta de su apartamento.

«¿Qué me está pasando?», se preguntó, noqueado. Él se había protegido tan bien contra Amanda como lo había hecho con todas las chicas anteriores a ella. «No será nada, debo de haber pillado la gripe», se mintió una vez más, antes de tirarse vestido sobre la cama.

...

Amanda ni siquiera llegó a entrar en la discoteca, el encuentro con Tomás la había dejado algo tocada y lo único que le apetecía en esos momentos era irse a casa y meterse en la cama. Sabía que no podría dormir, pero también era consciente de que la noche se había echado a perder y que, de todas formas, no se iba a divertir. Si se quedaba, seguramente se pasaría el tiempo vigilando si veía a Tomás, aunque supiera a ciencia cierta que era poco probable toparse con él en Kapital.

Sus pasos rápidos resonaban en los adoquines mientras caminaba en busca de un taxi. No era tarde, lo más seguro era que no le costara demasiado encontrar uno. Ese pensamiento todavía flotaba en su mente cuando se dio cuenta de que un coche blanco con la luz verde se acercaba hacia ella. Levantó la mano y el taxista paró a su lado, en cuanto le dio la dirección de su casa, se repantigó en el asiento, sacó el móvil y marcó un número sin necesidad de mirar la lista de contactos.

—¡Amanda! —contestó Carol muy contenta—. ¿Qué pasa? Creía que habías salido de marcha con los de la pandilla.

—¿Tú has hablado con Tomás y le has dicho que yo pensaba ir a Kapital esta noche? —le espetó sin saludarla siquiera.

Carol tardó un poco en contestar:

—¿Por qué tendría que haber hecho tal cosa? —preguntó, al fin, en tono ofendido.

Amanda, que estaba al borde de las lágrimas, ni se dio cuenta del titubeo de Carol.

—Me lo he encontrado delante de la discoteca, quería que me fuera a tomar algo con él, pero le he dicho que no podía dejar a mis amigos colgados. Ha parecido decepcionado y he estado muy tentada a cambiar de opinión —suspiró—. ¡Es que ya es casualidad que nos encontremos en la puerta de la dichosa discoteca! Carol, qué mal lo he pasado. No sé ni cómo he conseguido decirle que no me iba con él. —Le temblaba la voz y tenía que morderse el labio para evitar llorar.

—¡Eh, cariño! —le dijo Carol con voz suave—. No llores, por favor, sabes que odio estar tan lejos y no poder consolarte.

—No te preocupes, estoy bien —contestó Amanda haciendo un esfuerzo sobrehumano—. Solo quería saber si tú o Xisco teníais algo que ver con esto, pero, si me dices que no, habrá sido una casualidad. Te dejo, que ya estoy llegando a casa y no quiero que mis padres se despierten cuando entre. Un beso, mañana hablamos.

Entró en su casa sin hacer ruido y consiguió, a duras penas, contener las lágrimas hasta que se metió en la cama.

No podía dejar de pensar en Tomás. Verlo había sido un mazazo para el autocontrol que tanto le había costado construir. Estaba tan guapo… El mechón de pelo negro que le caía sobre la frente le había provocado el mismo vuelco en el estómago que la primera vez que lo vio. Durante unos segundos había deseado olvidarse de todo y refugiarse entre sus brazos.

Y la manera en que él la había mirado… Como si aquellos dos meses separados no hubieran existido. Como si solo hubieran pasado unos minutos desde la última vez que se habían visto. Había hablado con una dulzura que la desarmó. Parecía desear de verdad que se marchara con él. Durante un instante se sintió especial. Única. Como si fuera un tesoro demasiado valioso para dejarlo escapar.

«No te engañes. Eso solo son imaginaciones tuyas». Estaba claro que le gustaba a Tomás, si no ¿por qué habría pasado el verano entero a su lado? «La cuestión es que no está enamorado de ti».

Y esa diferencia bastaba para romperle el corazón.

CAPÍTULO 19

A principios de diciembre, en España suele haber un puente largo: el día seis se celebra el aniversario de la Constitución y el ocho, la Inmaculada Concepción, una festividad religiosa que sigue manteniéndose como día festivo. Aprovechando esos días, la madre de Tomás y Gori decidió, por una vez y sin que sirviera de precedente, reunirse con sus dos hijos en Madrid. Quería enseñarles los lugares que había visitado con su marido durante su luna de miel.

Gori llegó desde Barcelona unas horas antes que ella y Tomás fue a recogerlo al aeropuerto con la moto, que, por supuesto, se había llevado consigo al instalarse en Madrid en octubre. Nada más verse, se fundieron en un abrazo. Se habían echado mucho de menos. A pesar de su diferencia de edad, habían crecido muy unidos y a ninguno le había gustado despedirse enfadado en septiembre.

—¿Has crecido? —preguntó Tomás en cuanto deshicieron su abrazo.

Gori negó con la cabeza mientras torcía el labio superior.

—Lo digo en serio —afirmó el mayor—. Me sacas, por lo menos, media cabeza y en verano apenas me llegabas a la barbilla.

—¡Qué gilipollas eres! —añadió riéndose el pequeño.

Tomás también rio. Estaba contento de tener a su hermano con él, aunque fueran a estar apretados los días que iba a quedarse en su casa. Su madre se había buscado una pensión cerca del apartamento de Tomás porque, según dijo, ya no tenía edad para compartir cama con ninguno de ellos ni para dormir en un sofá.

—Vamos al piso para que dejes la mochila —comentó Tomás—. Además, necesitaré las cinco horas que faltan para que llegue mamá para enseñarte mi choza. Con lo grande que es…

Gori volvió a negar con la cabeza mientras seguía a su hermano.

—¿También tienes que ir a recogerla?

—¿A mamá? ¡Qué va! Dice que no piensa montarse en esta máquina infernal, igual que… —Se calló de repente sin acabar la frase.

—¿Igual que Amanda? —completó su hermano—. Puedes hablar de ella sin miedo a que me enfade, tranquilo. Estoy saliendo con una chica en Barcelona que ha hecho que se me pase el cuelgue que tenía por Amanda. Aunque me siga pareciendo una chica increíble. No me he quedado ciego.

Tomás sonrió con tristeza.

—Si te sirve de consuelo, cuando la llamé no quiso quedar conmigo.

—Lo sé, me lo dijo.

Tomás se volvió hacia él, sorprendido.

—¿Has hablado con ella?

—Sí. Hablamos casi todas las semanas, somos amigos.

La mandíbula de Tomás se tensó.

—No me mires así. Ya te he dicho que tengo novia; no tienes que preocuparte de que me guste. A mí, al menos… —añadió mientras ocultaba una media sonrisa en el interior del casco que le había tendido Tomás.

—¿Qué quieres decir con eso de «al menos a ti»? —preguntó Tomás sintiendo un incómodo nudo en el estómago.

—Pues que hay más tíos en el mundo, y cualquiera de ellos que tenga dos ojos en la cara y un dedo de frente habrá visto en Amanda lo mismo que vimos nosotros.

Tomás no contestó. Estaba rumiando su irritación, no le gustaba nada lo que estaba insinuando Gori. De todas formas, ¿qué podía hacer él? Amanda ya le había dado esquinazo dos veces y no se atrevía a afrontar una tercera.

Xisco y Carol también iban a pasar el puente en Madrid, y Tomás esperaba que cuando quedara con ellos Amanda también los acompañara.

«Así de patético te has vuelto, tío», pensó.

—Creo que en el colegio hay un profesor que le hace ojitos. La ha invitado a cenar varias veces y ella siempre le ha dicho que no. Pero el tío es insistente. Y, lo más preocupante, es que Amanda se ríe mucho cuando está con él —informó su hermano a través de los auriculares del casco. Lo último que le faltaba. Un donjuán que le tirara los tejos a Amanda.

—Eres tú quien dice que la gente debe seguir adelante con su vida. A lo mejor es lo que tiene que hacer, encontrar a alguien y olvidar que en verano se enamoró de quien menos le convenía —contestó intentando sonar despreocupado, sin lograrlo.

—¿A qué hora has dicho que llega mamá? —Gori dio el tema por zanjado.

Tomás sintió cómo una negrura le invadía por dentro. Era la misma que lo había atacado la noche que vio a Amanda frente a la discoteca Kapital y que se había quedado dentro de él desde entonces, aunque esta vez la sintió más espesa, más tangible. Eso no le gustó nada, pero nada de nada.

...

Tomás, Gori y su madre cenaron en el apartamento. Ella había horneado media docena de empanadas de carne con guisantes antes de salir hacia el aeropuerto, y los chicos dieron buena cuenta de ellas. Ninguno las había vuelto a probar desde que se marcharon de Mallorca y a ambos les encantaban.

—¡Mamá, deja eso! Ya fregaremos nosotros los platos —dijo Tomás al verla dirigirse hacia el fregadero cargada con todo el menaje que habían usado para cenar apilado entre las manos.

Gori se levantó para irse hacia la habitación.

—¡Sí, mamá, déjalo! Tomás fregará cuando volvamos.

—¿Cuando volváis de dónde? —preguntó ella, alzando la voz lo suficiente para que la oyera su hijo pequeño desde la habitación.

—Hemos quedado con Xisco y su novia para tomar algo. Y no hace falta que grites, mamá, te oirá igual si susurras. Ya has visto que este piso es como una caja de zapatos.

—Será pequeño, cariño, pero me parece precioso —indicó sentándose junto a él—. Y ahora que tu hermano no está… ¿vas a contarme qué te pasa?

Tomás volvió la cabeza, esperando ver aparecer al cotilla de su hermano por el vano de la puerta, pero eso no sucedió. Volvió a mirar a su madre y suspiró.

—¿Por qué crees que me pasa algo? —le preguntó—. Estoy bien, quizás algo agobiado, el examen está a la vuelta de la esquina y me parece que voy muy atrasado.

—Hijo, te pareces mucho a mí, pero en esto eres igualito que tu padre. No puedes ocultar cuando algo te preocupa de verdad. Y tú estás agobiado por algo más que ese examen. Entiendo que ya eres un hombre y que no te apetece hablar de algunas cosas con tu madre, pero no me tomes por tonta, no quieras hacerme creer algo que no es para tenerme contenta. Odiaba que tu padre lo hiciera, y me acabo de dar cuenta de que no me gusta nada que lo hagas tú.

—¿Pretendes que me crea que papá te ocultaba cosas y que había algo de él que no soportabas?

—Pues claro que sí. A pesar de que tu padre fuera la mejor persona que haya conocido en mi vida y que nos amáramos con locura, teníamos nuestras diferencias. Menos que la mayoría de las parejas, tal vez, pero las teníamos.

El silencio se instaló entre ellos durante unos minutos que a Tomás le resultaron muy tensos. Estaba nervioso porque esa noche se encontraría de nuevo con Amanda y no sabía qué podía decirle. No le había mentido a su madre cuando le había dicho que estaba preocupado por su rendimiento en la academia. Con lo cerca que se encontraba de la fecha del examen, debería ir mucho más avanzado en su estudio. Si no conseguía concentrarse en los temas que antes habían sido su pasión, era por culpa de Amanda.

Bueno, eso no era del todo cierto, la culpa era suya porque no podía dejar de pensar en ella. La única manera que encontraba para ahuyentar la negrura que se había instalado en su interior era recordando cada uno de los minutos que había pasado con Amanda durante el verano. Aunque al terminar de rememorar cualquier

escena compartida con ella se quedara hecho polvo por no tenerla ya a su lado, no podía dejar de hacerlo.

—¿Valió la pena, mamá?

Ella no necesitó más explicaciones.

—¿Que nos amáramos tanto? —Tomás vio que su madre tenía razón al advertirle de que no era tonta.

—Sufrir tanto cuando murió —contestó él abatido.

—¿Es eso lo que te preocupa? ¿Querer a alguien y que desaparezca de tu vida?

—Cuando papá murió y tú te hundiste de aquella manera… me prometí que eso no me sucedería nunca a mí, mamá.

—Siento mucho haberos hecho vivir aquello, hijo. Me arrepiento todos los días. Sé que os descuidé y que debería haber reaccionado antes, pero en ese momento no podía pensar con claridad. No podía pensar en nada que no fuera él. Que ya no estaba conmigo. Que no lo estaría nunca más. —Hizo una pausa—. Hasta que tu abuela me abrió los ojos. Comprendí que aferrándome al recuerdo de vuestro padre os estaba perdiendo a vosotros. Salí adelante por vosotros. Nunca imaginé que aquello te hubiera marcado tanto.

Tomás la miró con los labios apretados y los ojos llenos de lágrimas.

—Se ve que soy más impresionable de lo que creía —intentó bromear.

—¡Oh, cariño! —exclamó ella mientras lo acogía entre sus brazos.

Gori entró en la cocina y los encontró abrazados y llorosos.

—Yo también quiero —dijo en tono de guasa, mientras se agachaba junto a Tomás y su madre—, al fin y al cabo, soy el pequeño y el que necesita más mimos.

Los tres permanecieron abrazados unos segundos, hasta que ella rompió el momento con una sonrisa.

—Venga, Tomás, ve a arreglarte tú también, que este hermano tuyo se ha emperifollado tanto que todas las chicas lo preferirán a él.

Tomás se levantó y volvió a abrazar a su madre, después se dirigió hacia la habitación para cambiarse. Antes de que saliera de la

cocina su madre le dijo:

—Sí que ha valido la pena, hijo. Lo que nos quisimos tu padre y yo supera con creces todo lo que haya podido sufrir por no tenerlo a mi lado. Si encuentras a alguien a quien amar como nos amamos nosotros, no lo dudes, tírate de cabeza a esa piscina. El sufrimiento es inherente a la vida, es por eso por lo que cada momento de felicidad vale más que un millón de momentos de tristeza.

Aquellas palabras en boca de su madre desataron algo en el interior de Tomás, algo que había estado reprimido y atado muy dentro se extendió desde su pecho al resto de su cuerpo, alejando sus dudas, sus miedos y sus antiguas y arraigadas convicciones, respiró más hondo que en toda su vida y se sintió liberado.

...

Una vez dejaron a su madre en el hostal, los dos hermanos se dirigieron al Chapandaz, un *pub* que Carol se había empeñado en mostrarles porque, según ella, era una visita obligada si vivías o pasabas unos días en Madrid.

Tomás le había estado dando vueltas a lo que había hablado con su madre y estaba decidido a pedirle a Amanda que dieran un paso adelante en la relación que habían tenido durante el verano.

Se había pasado años proclamando que no quería enamorarse y al final, tal como Amanda había predicho, no había podido oponerse a lo que su corazón había elegido.

Había sido un gilipollas por no darse cuenta de lo que tenía que hacer hasta esa noche. Pero aún podía arreglar esa situación. En cuanto la tuviera delante no permitiría que volviera a esquivarlo. Tendría que escucharlo.

Le diría que la amaba, que estaba loco por ella y que no quería separarse nunca más de su lado. Que había sido un idiota por cómo se había estado comportando durante todo el verano, le diría…

—Tomás, para de moverte, tío, que me estás poniendo histérico. —Gori interrumpió el hilo de los pensamientos de su hermano.

Habían quedado con sus amigos que los primeros en llegar esperarían a los demás fuera, y entre el frío que hacía y lo nervioso

que estaba, Tomás no podía estarse quieto.

—El que está histérico soy yo, Gori. Esta noche no le va a quedar más remedio que hablar conmigo. Ya va siendo hora de decirle lo que tendría que haberle dicho hace meses.

Gori sonrió con suficiencia.

—Bienvenido, hermano.

Tomás lo miró extrañado.

—Al sitio donde todos llevábamos esperándote desde hace mucho tiempo. Estás colgado por Amanda desde el día que viniste a recogernos al Coconar 17. El único que todavía no se había enterado eras tú.

—¿De qué estás hablando, enano?

—De que tú y Amanda os habéis comportado exactamente igual que Xisco y Carol durante todo el verano, solo que sin pregonar lo enamorados que estabais. Tú porque te daba miedo reconocerlo. Amanda porque sabía que, si pronunciaba la palabra «amor», saldrías corriendo.

—¿Ella te ha dicho eso?

—No, ella no me lo ha dicho. Aunque tú creas que eres el ombligo del mundo, no has salido más que una vez en nuestras conversaciones. Pero no hacía falta ser un gran observador para darse cuenta de ello. ¿O es que acaso habías visto a Paloma enfrentándose con uñas y dientes a alguno de tus otros ligues?

Tomás se puso a dar saltitos, no cabía en su piel y no sabía qué hacer con su cuerpo para relajarse, aunque fuera solo un poco. Los sentimientos que había reprimido durante tanto tiempo pugnaban por salir a borbotones, tenía ganas de gritarlos a los cuatro vientos. No podía esperar para ver a Amanda y decirle todo lo que había descubierto que se escondía en su corazón.

—Como no lleguen pronto, el infarto me va a dar a mí —dijo Gori resoplando—. Estate quieto de una vez, macho, me agobias.

Tomás estaba a punto de responder cuando distinguió a Xisco y a Carol caminando hacia ellos.

Carol saludó a los hermanos con una sonrisa que le ocupaba toda la cara y Xisco se lanzó a abrazar a sus dos amigos dándoles fuertes palmadas en la espalda.

—¿Dónde vais? —se cachondeó de que los hermanos se hubieran acicalado tanto.

—¿Dónde está Amanda? —quiso saber Tomás, cerca del colapso, nervioso. Aún no la había visto y tenía la sensación de que el estómago se le iba a volver del revés si no la tenía pronto entre sus brazos.

Las caras de Xisco y Carol pasaron de mostrar la inmensa alegría que sentían al reencontrarse con sus amigos, al abatimiento en un solo segundo.

—Lo siento, Tomás. No ha querido venir. Está decidida a borrarte del todo de su vida —informó Carol mientras apoyaba una mano de forma cariñosa en el brazo de su amigo.

CAPÍTULO 20

A Amanda no le gustaba ser la única vigilante del patio del colegio. No porque los chicos dieran problemas, sino porque el recreo se repartía entre varias zonas y resultaba imposible vigilarlas todas al mismo tiempo.

Además, después del puente largo y con las vacaciones de Navidad tan cerca, el ambiente estaba más revuelto de lo habitual.

Al olor de los bocadillos, el sudor fresco y las hormonas —ese perfume inconfundible en cualquier patio de colegio—, se sumaba otro, completamente diferente y fuera de lugar. Amanda lo asoció a la cercanía de los exámenes y las ganas de vacaciones.

Lo peor, sin embargo, era tener tanto tiempo para pensar. Cuando compartía la vigilancia con otro profesor, la media hora pasaba volando. Se llevaba bien con todos; desde el primer día la habían hecho sentir parte del claustro y disfrutaba de esas conversaciones improvisadas sobre alumnos, clases o cualquier tontería. Pero aquella mañana su compañera de patio había tenido que ir al médico.

...

—¿Quieres que hoy baje yo contigo? —le había preguntado Román, el profe de mates, que, por cierto, solo era tres o cuatro años mayor que ella.

Amanda sabía que le hacía tilín al chico. Ya le había pedido al menos dos veces que cenaran juntos, y no quería darle alas, pero con tal de no estar sola había aceptado su ofrecimiento, aun a riesgo de que él volviera a tirarle los tejos. Hubiese preferido eso a tener la cabeza llena de imágenes que no deseaba rememorar.

—Lo siento, señor Gámez, me temo que tengo unos asuntos que tratar con usted y solo puedo hacerlo durante esta media hora —había dicho la directora, es decir, la tía Monja, dejándola de nuevo sola ante el peligro de sus elucubraciones.

Así que allí estaba ella, viendo a los chicos jugar al fútbol o al básquet, a las chicas reunidas en los bancos instalados cerca del minúsculo quiosco, donde además de bocadillos y bollos se vendían cuadernos, lápices y bolígrafos. Y sin poder sacarse a Tomás de la cabeza.

La noche del sábado, cuando Carol y Xisco le habían pedido que saliera con ellos al Chapandaz, se había sentido más que dispuesta. Le apetecía un montón ir de marcha con ellos, hasta que mencionaron que Tomás también estaría allí.

Se le había encogido el corazón con solo pensarlo y, a pesar de morirse de ganas de verlo, de tocarlo, había declinado el ofrecimiento y se había quedado en casa, llorando como una magdalena por lo gilipollas que se sentía.

Cada vez que Amanda creía que había podido olvidar un poquito a Tomás, cada vez que intentaba seguir adelante, él se cruzaba en su camino.

Le pasó cuando la llamó a principios de noviembre. Aunque Amanda sabía que él estaba en Madrid, casi se le cayó el teléfono de las manos al ver su número en la pantalla.

Le costó horrores hablarle como una verdadera borde, cuando su corazón le pedía que le dijera lo mucho que lo amaba y que estaba convencida de que su amor era más que suficiente para cubrir la falta de amor de él.

Después volvió a sucederle a la entrada de Kapital. Al escuchar su voz pensó que la estaba imaginando. Que había llegado al punto de oírlo incluso cuando no estaba.

En cuanto se dio cuenta de que no era una alucinación, que era Tomás en persona quien estaba a su lado, había notado cómo empezaban a temblarle las piernas y se le cerraba la garganta.

Él nunca sabría el esfuerzo que le había supuesto no enredar los dedos en su pelo y acercarse a su boca hasta que sus alientos y sus lenguas fueran uno solo.

Probablemente había sido una de las cosas más difíciles que había hecho en toda su vida.

Pero cuando Carol y Xisco le pidieron que saliera con ellos fue, sin duda, la vez que estuvo más cerca de fallarse a sí misma y a su decisión de dejar a Tomás en el pasado.

Y, aun cuando sus amigos ya se habían marchado, Amanda seguía buscando excusas para llamarlos y que volvieran a por ella.

En lugar de hacerlo, se desmaquilló a toda prisa y, para sorpresa de sus padres, se puso el pijama y se metió en la cama. Aun así, pasó horas luchando contra el impulso de levantarse, vestirse otra vez y salir corriendo a buscarlo. Al final, acabó en la cocina, tragándose tres valerianas de golpe e intentando obligar al sueño a hacer un trabajo que su corazón se negaba a facilitar.

No conseguía escapar de aquel bucle de pensamientos cuando un gran alboroto estalló cerca del gimnasio.

—¿Quién habrá abierto la dichosa puerta? —murmuró mientras se dirigía veloz a la zona del revuelo.

Los chicos entraban en tromba al pabellón, que permanecía cerrado con llave salvo los días de lluvia, cuando se abría para que pudieran resguardarse.

—Esto era lo último que me faltaba hoy. ¡Venga, chicos! Yo siempre presumo de que sois todos excelentes, no me hagáis esto —mascullaba mientras se acercaba cada vez más a la fuente del tumulto.

Entró en el gimnasio, que ya estaba abarrotado, dispuesta a sacar a todo el mundo de allí. Si era necesario utilizaría el equipo de megafonía de los partidos de baloncesto para hacerse oír, porque dudaba mucho que su voz pudiera imponerse al estruendo que llenaba el recinto. Detrás de ella siguieron entrando más alumnos.

—¿Qué os ha arrastrado a todos a entrar en manada aquí adentro? Si no hay nada que ver y fuera no llueve —dijo en voz alta, intentando ordenar sus propios pensamientos.

Casi ni podía avanzar hacia la zona de megafonía, como había pensado que haría en un primer momento. Entonces oyó cómo

alguno de esos mocosos manipulaba el micro y se le cayó el alma a los pies.

«¡La que se va a armar…! De esta me despiden, seguro», se repetía mientras empezaba a dar codazos para abrirse paso hacia el dichoso aparato amplificador.

Las voces de los chavales fueron acallándose a medida que los primeros acordes de *Can't Take My Eyes out off You* empezaban a flotar en el aire de la sala.

—El que haya hecho esto, se la va a cargar…, se la va a cargar con todo el equipo —murmuró.

En ese instante las luces se apagaron. El pánico la atravesó de arriba abajo.

«Además de despedirme, van a denunciarme por abandono de funciones…».

Un foco iluminó la zona de las gradas. Todas las miradas se dirigieron hacia allí. También la de Amanda. Intentaba identificar a los culpables de ese despropósito. Se dio cuenta de que la luz enmarcaba a un chico de pie, con un micro en la mano.

Era Tomás.

El corazón dejó de latirle durante un instante. No fue un simple vuelco; fue como si se hubiera detenido por completo. El aire desapareció de sus pulmones.

Se aferró a los hombros de dos alumnos para no desplomarse.

Tomás estaba mirándola con tal intensidad que hacía que las piernas le flaquearan cuando empezó a cantar la canción de *Diez razones para odiarte*, la película que habían estado viendo los dos junto a los *teenagers* en el hotel, aquel día de lluvia que en esos momentos parecía tan lejano. Y se la estaba cantando a ella, delante de la mayor parte de los alumnos del colegio.

«Me voy a morir —se dijo cuando se dio cuenta de que no podía respirar—, ni siquiera podrá llegar hasta mí antes de que me caiga redonda», se repitió, incapaz de pensar en nada más.

Los alumnos abrieron un pasillo para que Tomás pudiera avanzar hacia ella. Los chicos sobre los que se había apoyado para no caerse se retiraron de su lado y ella se vio sola, en medio del gimnasio, mientras el hombre de su vida se acercaba despacio, cantando y

moviéndose como solo él podía hacerlo, alargando el momento del encuentro definitivo hasta lo indecible.

Los ojos de Amanda se llenaron de lágrimas, la emoción la embargaba y se puso las manos delante de la boca para ahogar el gemido que amenazaba con escapársele por entre los labios. Estaba a punto de salir corriendo hacia él, sin importarle lo que nadie a su alrededor pudiera pensar, pero la mirada de Tomás le indicaba que lo esperase, que no se moviese, y obedeció.

Cuando Tomás se paró frente a ella, ya estaba llorando a lágrima viva. La canción había terminado, pero aún se oían los acordes de la melodía por los megáfonos.

Amanda esperó que la abrazara. En lugar de eso, el chico clavó una rodilla en el suelo y sacó de uno de los bolsillos de su chaqueta un pequeño estuche. Amanda cayó de rodillas ante él, sin poder dejar de llorar.

—Amanda, lo único que quiero es estar para siempre contigo. ¿Crees que podrías querer compartir tu vida con este idiota que te ama más que a sí mismo?

Amanda asintió, sin poder pronunciar siquiera el esperado sí. Tomás le cogió la mano y le puso el anillo, acto seguido la tomó entre sus brazos, la acercó a él y la besó con toda la pasión contenida durante aquellos meses, como si quisiera recuperar, en un solo instante, todo el tiempo que habían perdido.

Un aplauso ensordecedor estalló en el gimnasio. Cuando se separaron, Amanda se rio sobre los labios de «su chico». Él también se rio, mientras la miraba a los ojos con tanto amor que ella creyó desfallecer.

Él se puso en pie, arrastrando a Amanda consigo, y señaló hacia uno de los laterales del pabellón. Amanda distinguió entonces un torbellino de pelo rojo que avanzaba abriéndose paso entre la multitud a codazos y empujones. Detrás de Carol, Xisco y Gori aplaudían sin parar, con la sonrisa más grande que Amanda les había visto jamás.

Carol llegó hasta ellos y se lanzó sobre los dos riendo y llorando al mismo tiempo.

—¿Ves como no ha salido corriendo para huir de ti, pedazo de bobo?

Tomás se encogió de hombros y torció un poco la boca con una sonrisa que, por primera vez en mucho tiempo, era completamente feliz.

—Pensaba que no querrías volver a saber nada de mí y que me dejarías aquí plantado mientras todos estos adolescentes se morían de la risa.

Amanda le pasó ambas manos por el pelo, no podía dejar de tocarlo para cerciorarse de que era real, de que no estaba soñando.

—Habría sido divertido ver eso —respondió con una sonrisa traviesa. Después volvió a acercarse a él para besarlo.

La voz de la tía Monja retumbó por los altavoces:

—Señores, se acabó el espectáculo por hoy. Les ruego que vuelvan a sus clases en orden y sin alborotos innecesarios.

Amanda se golpeó la frente con la palma de la mano.

—¡Tu tía! —dijo mirando a Carol—. Me va a poner de patitas en la calle.

—¿Quién crees que ha estado al frente de todo este montaje desde que le pedimos ayuda el domingo por la mañana? —indicó Carol con cara pícara—. Ha estado dando órdenes y maquinando planes durante todo el puente, ha sido como si nunca me hubiese separado de su lado.

Amanda sofocó un grito ante la revelación de su amiga.

—Vosotros tres, fuera también. Y haced el favor de darles unos minutos de intimidad a los tortolitos. —Cuando el gimnasio ya estaba prácticamente vacío, la directora añadió por los altavoces—: No demasiados, estamos en un colegio religioso y hay cámaras de seguridad en todo el recinto.

Amanda pudo oír cómo Xisco, de camino a la puerta, le decía a Carol:

—No me parece una mujer tan anticuada como tú insinúas siempre.

—¿No has oído que había cámaras? Solo permite que se queden aquí dentro solos porque está segura de que esos dos no se atreverán a hacer nada por miedo a que los graben en vídeo.

Amanda volvió a reírse, no podía parar de hacerlo. Tomás, que aún no le había soltado las manos, la miraba resplandeciente; su cara de felicidad hacía que Amanda se sintiera más emocionada cada minuto que pasaba.

Se acercó a ella para besarla de esa forma que hacía que sus entrañas se volvieran del revés.

—Amanda, perdóname.

—¿Por qué? —preguntó ella, mientras buscaba sus ojos con ansiedad.

Él la miró con intensidad de nuevo, como si no pudiera desprender sus ojos de los de ella.

—Por haber sido tan idiota. Por tardar tanto en comprender cuánto te quiero. Y, sobre todo, por dejar que te alejaras de mí. Creo que nunca conseguiré perdonármelo.

—No seas tan duro contigo mismo, yo ya te he perdonado —le confesó mientras se acercaba a su boca para besársela con deleite.

—Acordaos de las cámaras —dijo la tía Monja antes de cerrar de un portazo la puerta del gimnasio a sus espaldas.

Tomás y Amanda se echaron a reír, un poco por el alivio de que todo hubiese terminado bien, un poco porque sabían que se amaban y eso les hacía felices. Y no pararon de reír y besarse hasta que Carol entró a por ellos un cuarto de hora más tarde.

CAPÍTULO 21

La Navidad llegó deprisa. Tomás y Amanda pasaban juntos todo el tiempo que podían, que no era mucho. Amanda entraba en el colegio a las ocho de la mañana y no salía hasta las cuatro de la tarde. Después le esperaba otra jornada entre exámenes, trabajos y evaluaciones, porque el cierre del primer trimestre estaba a la vuelta de la esquina.

Tomás, por su parte, pasaba muchas horas en la academia y la biblioteca. Por primera vez desde finales de junio, se sentía motivado para estudiar. A eso se sumaban las noches de guardia en la farmacia, que les impedían dormir juntos, pero no se desesperaban por eso. Sabían que en cuanto sus trabajos les dieran un respiro no tendrían que separarse más.

El día de Nochebuena y el de Navidad lo pasaron en Madrid, con los padres de Amanda, porque ellos tenían la tradición de cenar y comer juntos esos dos días y en casa de Tomás disfrutaban más celebrando Nochevieja y Año Nuevo.

—Mamá… —dijo Amanda aprovechando que habían ido a la cocina a buscar el segundo plato y estaban a solas—. Tomás y yo hemos pensado que, cuando volvamos de pasar el fin de año en Mallorca con su madre, nos iremos a vivir juntos.

Su madre tardó unos segundos en responder. Amanda sabía que la idea no le gustaba demasiado, pero en el fondo también era consciente de que su hija ya no era una quinceañera y que debía empezar a volar por su cuenta.

—¿Estás segura de que no volverá a dejarte colgada como lo hizo en septiembre?

—No me dejó colgada, mamá. Fui yo quien se marchó, por si no te acuerdas.

—Parece que eres tú la que no recuerda lo mal que ha estado estos meses. Yo sí me acuerdo muy bien de haberte oído llorar más de una noche cuando creías que tu padre y yo estábamos dormidos.

—Tienes razón, mamá —contestó Amanda con algo de condescendencia—, pero eso ya pasó. Tomás me quiere, y lo sé. Si lloraba por las noches era porque estaba convencida de que no estaba enamorado de mí como yo lo estaba de él.

—No sé qué va a decir tu padre, Amanda, pero desde luego no esperes que sea tan comprensivo como yo.

Amanda hizo un mohín.

—La verdad es que no estoy muy preocupada por mí, me preocupa más Tomás, que es el encargado de decírselo.

En ese preciso instante llegaron los gritos desde el comedor.

—¡No, no y no! —clamaba el padre de Amanda—. Tendrá que ser por encima de mi cadáver.

Madre e hija se miraron con una sonrisa en los labios.

—Ven, cariño, vamos a pararle los pies a ese maldito anticuado de tu padre antes de que le arranque la cabeza a tu novio.

Amanda asintió divertida y salió en defensa de su novio. «Mi novio», pensó saboreando aquellas dos palabras. «Le ha costado, pero mejor tarde que nunca». Y su sonrisa se ensanchó.

Decírselo a la madre de Tomás fue mucho más fácil. Era una mujer más liberal que los padres de Amanda y ver a su hijo feliz, después de lo triste que lo había visto los días que había pasado con él y con Gori en Madrid, la alegraba tanto que lo único que dijo fue:

—¡Ah! Pero si yo creía que ya vivíais juntos.

Amanda enrojeció ante la afirmación rotunda de su suegra.

—Bueno, es verdad que Amanda se quedaba algunas noches a dormir en mi piso, pero no era nada oficial —explicó Tomás, quitando importancia a ese hecho.

La madre de Tomás se echó a reír.

—No sabía que fuera necesario hacer oficial que dos personas que se aman decidan irse a vivir juntos.

—Es que mis padres son muy antiguos —se disculpó Amanda—. Son mayores que tú, no sé, no lo entienden. Piensan que para vivir

con Tomás tendría que casarme con él primero.

Su suegra se rio de nuevo y Amanda descubrió de dónde había sacado Tomás esa sonrisa maravillosa que tanto la encandilaba.

—Pues por mí no tenéis que preocuparos, lo que hagáis me parecerá perfecto. Lo único que quiero es veros así de felices siempre —dijo, y sus ojos empezaron a inundarse de lágrimas—. A mi marido le habrías encantado, Amanda, hacía años que no veía a Tomás tan bien y él se alegraría tanto como yo de que así fuera.

...

El hotel celebraba una comida de empresa en Navidad, por lo que Tomás y Amanda aprovecharon la ocasión para reunirse con sus compañeros. Casi todos sabían lo que había pasado en el gimnasio del Virgen del Rosario Perpetuo y, como los chicos llegaron cuando la mayoría ya habían ocupado sus asientos, los recibieron con una gran ovación. Amanda enrojeció hasta el tuétano y trató de esconder la cara en el pecho de Tomás, pero con ese gesto solo consiguió que la gente gritara con más fuerza sus burlas y enhorabuenas.

Amanda vio a Elías levantar una mano para indicarle que había sitio para que se sentaran cerca de él y hacia allí se dirigieron.

—Enséñame ahora mismo ese pedazo de anillo que te dio Tomás —le imploró cuando tomó asiento justo delante de él.

Amanda alargó la mano para mostrarle el discreto diamante que lucía en su dedo anular y Elías empezó a aplaudir de nuevo emocionado.

—¡Cuánto me gustaría haberos podido ver por un agujerito! —exclamó con la mano sobre el pecho.

—Me extraña que no hayas visto el vídeo en internet —indicó Tomás—. Creo que los chicos del colegio grabaron el momento desde todos los ángulos posibles y después lo colgaron en YouTube.

Amanda golpeó a Tomás en un brazo.

—Te está tomando el pelo, cariño, fue uno de los primeros que lo recibió en cuanto lo tuve en mi móvil.

Tomás se rio, pero después tuvo que levantarse de su silla por enésima vez. El pobre se estaba llevando la peor parte, sus

compañeros se acercaban a bromear con él, uno tras otro. Estaba aguantando bien el tipo, porque, a pesar de que la mayoría de los comentarios que le hacía la gente eran bien intencionados, los había también de maliciosos.

—¿Dónde está Paloma? —se interesó Amanda en un susurro. No le apetecía nada verla ni que les amargara la comida. Antes de salir hacia el restaurante, ella y Tomás habían decidido que la ignorarían, pero a pesar de eso prefería tenerla localizada por si se atrevía a montar algún espectáculo delante de la gente.

—¿Paloma? ¿No lo sabes?

—¿Qué debería saber? —preguntó la chica con extrañeza.

—¡Ostras! —dijo Elías llevándose las manos a la boca—. ¿De verdad que no sabes nada de nada?

—¡Que no, pesado! No sé nada de ella desde que me marché a finales de agosto.

—¿Qué es lo que deberías saber? —Tomás se incorporó a la conversación.

—Algo acerca de Paloma, pero Elías no se decide a contármelo, solo repite que no puede creer que no lo sepa.

—Es que tú y yo hemos hablado muchas veces, podría habértelo contado, pero creía que lo había hecho Carol y que tú simplemente no tenías ganas de cotillear acerca de ello.

—¿Qué debería haberle contado? —preguntó Carol, que acababa de hacer acto de presencia en el restaurante de la mano de Xisco y se había acercado a su amiga en busca de un par de sitios en los que sentarse.

—Lo de Paloma.

—¡Ah, eso! No se lo conté porque estaba convencida de que se lo habrías contado tú y, como ella no sacaba el tema a relucir, pensé que era porque pasaba mucho de la tipeja esa y de lo que le pudiera suceder.

—¿Qué le pudiera pasar a quién? —repitió Xisco cuando se sentó al lado de su novia con la intención de que le hicieran partícipe de lo que fuera que hablaran.

—Basta —cortó Amanda—. ¡Que alguien me diga ya lo que ha pasado con Paloma! Esto es un diálogo de besugos y no me voy a

enterar en la vida si no paráis.

Vidal, que estaba sentado unos sitios a su derecha, se volvió hacia Amanda y le sonrió.

—¿No sabes lo de Paloma? —le dijo mientras se acercaba a ella para darle dos besos.

—¡Y seguiré sin saberlo si no dejáis de una vez de hacer eso! —exclamó la chica, que empezaba a ponerse rabiosa.

—La han despedido —contestó Vidal con una sonrisa que Amanda hubiera jurado que le llegaba de oreja a oreja.

—¡¿La han despedido?! —exclamó asombradísima—. Pero si yo creía que era la «amiga» del dueño y que tenía carta blanca para hacer lo que quisiera.

—Eso era lo que pensábamos todos, ella incluida —aseguró Vidal —, aunque se ve que el contrato de «amistad» no incluía que su esposa los encontrase en la cama, muy desnudos y muy apasionados.

Amanda abrió tanto la boca que creyó que se le iba a descolgar la mandíbula.

—¡Qué indiscreta la subdirectora! —Se llevó una mano al pecho de forma teatral—. Aunque, desgraciadamente, eso no suele ser motivo de despido para una trepa como ella. De divorcio para él, igual sí, pero poco más, ¿no?

—Aquí viene lo bueno —añadió Elías de forma intrigante.

En ese momento todos se pusieron a hablar a la vez, cada uno de sus amigos quería ser el que le diera la noticia a Amanda; ella tuvo que poner paz y darle la palabra a Vidal, que era quien parecía más satisfecho de todos.

—Lo fantástico de la situación fue que el hotel no era del «amigo» de Paloma, sino de su mujer. —Amanda abrió mucho los ojos. En su cabeza oyó un *boom*, como si acabara de explotar una bomba y le entraron unas ganas tremendas de reír —. Él andaba presumiendo de dinero y poder, cuando en realidad no tenía ni un chavo. Solo era el consorte. Y Paloma se encamaba con él pensando en la pasta, porque, con el comportamiento que tuvo contigo, nos demostró a todos de quién seguía colgada —añadió Vidal en tono pesaroso.

—A todo cerdo le llega su san Martín. —Amanda levantó su copa para brindar con una risa contagiosa y todos la imitaron—. Por Paloma y todo lo que nos ha enseñado.

—¡Por Paloma! —proclamó un coro de voces.

El resto de la comida transcurrió entre risas, anécdotas y algunas bromas subidas de tono cuando el nivel de alcohol en sangre llegó a niveles elevados.

Amanda se alegró mucho de ver a sus compañeros y supo que nunca perdería el contacto con algunos, porque habían calado muy hondo en su corazón en el poco tiempo que había pasado entre ellos. Pero también porque eran todos una gran familia, con sus avenencias y desavenencias, de la que Tomás había formado parte durante muchos años.

CAPÍTULO 22

Tomás y Amanda volvieron a Madrid unos días más tarde. Quedaba muy poco tiempo para el examen del FIR, menos de un mes, y él se dispuso a quemarse las cejas estudiando si hacía falta. Amanda lo ayudaba cuando podía, aunque la mitad de las veces sentía que más que ayudar, molestaba, porque no sabían dejar de tocarse cuando estaban cerca el uno del otro.

—Creo que deberíamos buscar un piso un poco más grande —le dijo Tomás el día que hicieron el traslado de las cosas de Amanda—. Con lo que te has traído, tendremos que ocupar el rellano. Todo eso no cabe en mi piso tamaño caja de zapatos.

Amanda se echó a reír.

—Solo he cogido lo imprescindible, he dejado un montón de cosas en cajas. Ya verás como sí que va a caber, tontorrón. —Después le besó.

Tomás no se quedó atrás. Pasó las manos bajo la camiseta de su prometida y empezó a tocarle los pechos con delirio. Amanda colocó las manos en sus brazos y lo empujó con suavidad.

—No, señor, tienes que estudiar. Por la noche ya nos ocuparemos de eso que ha crecido en tu pantalón. Ahora hay que estar a lo que hay que estar. —Amanda se lo decía al tiempo que le sonreía con picardía.

—¡Venga ya! No pretenderás dejarme así, ¿no?

—¡Oh, sí! Y te voy a decir más, hasta que no te sepas la lección al dedillo, no podrás tocarlas. —Se señaló cada seno con un dedo.

Tomás bufó, mientras hundía la cara entre sus manos.

—¡Venga, ponte a estudiar! —le urgió—. Yo saldré a comprar helado.

Tomás levantó la cabeza de golpe y miró a Amanda con los ojos como rendijas.

—Eres malvada.

—Mucho has tardado en descubrir eso —afirmó mientras se encaminaba a la puerta con un andar insinuante.

Tomás se sentó ante los apuntes con una sonrisa en la cara que le era difícil de borrar. Pensar que le había costado tanto reconocer cuánto amaba a esa mujer, le hacía sentir como un verdadero gilipollas.

«Menos mal que al final me di cuenta, no puedo ni imaginar lo malo que hubiera sido no haberlo hecho».

Decidió que no podía perder ni un segundo más y puso toda su atención en los papeles que tenía delante, no quería retrasar el placer de saborear el helado sobre la piel caliente de Amanda.

...

Los días pasaban deprisa, y Tomás cada vez estaba más nervioso y de peor humor. Se daba cuenta de que no había estudiado lo suficiente, pero las jornadas no tenían más horas; ya le robaba demasiado tiempo al sueño y era consciente de que, sin un debido reposo, el aprendizaje se resentía. Amanda también lo sabía, por lo que decidió hablar con él y convencerlo para que descansara más.

—He estado pensando que deberías dejar el trabajo en la farmacia, como mínimo este último mes. No descansas lo suficiente, Tomás, y eso no es bueno. Estás de mal humor y estoy segura de que las horas que pasas sentado frente a los apuntes no te cunden todo lo que deberían.

—Casi no me quedan ahorros y hay que pagar el alquiler y el resto de las facturas. La academia no es precisamente barata. Solo son dos noches a la semana, tampoco es tanto. —Le cogió una mano entre las suyas para tranquilizarla.

—Yo sí tengo dinero. La tía Monja no me paga mal, y no me has dejado hacerme cargo de ningún gasto desde que me instalé contigo.

—Lo dices como si llevaras años viviendo conmigo —le sonrió—, todavía no ha llegado ni una factura desde que vives aquí.

—Pues por eso, tampoco pasará nada si por un mes me hago cargo yo sola de los gastos. Deja que me ocupe yo de todo y tú dedícate a estudiar. Me siento un poco culpable de que no hayas podido hacerlo durante el verano.

A Tomás le brotó del pecho aquella risa que la enloquecía.

—Si no he estudiado, no ha sido culpa tuya en absoluto.

—¿De quién si no?

—Es toda de Xisco, que me obligó a acompañaros a *Ses Païses* el segundo día que estabais en el hotel.

—Yo que creía que te habías quedado pillado por mí el día que viniste a recogernos al *chill-out*.

Tomás tiró de Amanda y la obligó a que se sentara en sus rodillas.

—Y lo hice, aunque entonces todavía no lo sabía —le susurró en un oído.

A Amanda se le puso todo el vello de la nuca de punta al sentir el aliento cálido de su chico en la oreja, se volvió hacia él y lo besó.

—Será mejor que acabemos de cenar y nos vayamos a dormir. —Apenas había separado los labios de los de él.

—¿Dormir?

—Sí, dormir. —Amanda se puso en pie de un brinco y empezó a retirar los restos de la cena. Tomás se levantó y fue tras ella.

—Pues no es eso lo que tengo en mente justo en estos momentos —le dijo cogiéndola desde atrás. Después le mordió el lóbulo de la oreja con suavidad, lo que hizo que Amanda se estremeciera de pies a cabeza.

Le dio la vuelta y la subió a la encimera de la cocina. Con un movimiento rápido le sacó la camiseta y se pegó a ella. Amanda le rodeó la cintura con las piernas, haciendo que se acercara aún más, si eso era humanamente posible.

Empezaron a tocarse y besarse con ansia, no había un rincón de su piel que quedara fuera del alcance del otro. La mano de Amanda se coló por la cinturilla de los vaqueros de Tomás hasta su miembro

caliente. Con el pulgar rozó la tierna piel del glande y el chico cogió aire, extasiado, mientras las piernas le cedían levemente.

—Quiero estar dentro de ti.

—No sé a qué estás esperando —susurró Amanda con la voz enronquecida por la excitación.

En un instante, Tomás se deshizo de los pantalones y la ropa interior de ambos, volvió a colocarse entre las piernas de Amanda y, con una sola embestida, la penetró. Los suspiros de ambos resonaron por el pequeño apartamento al igual que sus respiraciones anhelantes; hasta que, poco tiempo después, un grito de satisfacción salió primero de la garganta de Amanda y unos segundos más tarde de la de Tomás, quien no podía contener por más tiempo las ganas de liberarse en el interior del amor de su vida.

—No sé qué me has hecho, Amanda —le confesó sin salir todavía de ella y con la respiración entrecortada—. Pero te quiero, te quiero con toda mi alma. Y juro que vale la pena. Todo lo que venga valdrá la pena si puedo seguir a tu lado.

Amanda, que tampoco podía respirar con normalidad aún, lo besó hasta que notó que le faltaba el aire en los pulmones y, después, volvió a besarlo un rato más.

—No lo sabes, pero soy una bruja. Te he hechizado para que no puedas separarte de mí hasta que seamos dos viejecitos arrugaditos.

Esta vez quien la besó fue él. Salió de Amanda con lentitud y la cogió en brazos para llevarla hasta la cama, donde volvieron a hacer el amor hasta caer exhaustos.

EPÍLOGO

Un mes después del examen, Tomás entró en el pequeño piso que compartían él y su novia.

—¡He conseguido plaza, Amanda!, ¡he conseguido plaza! —gritó nada más traspasar el umbral—. ¿Te lo puedes creer?

La cogió en brazos y la elevó en el aire. Estaba exultante, la felicidad que sentía era casi palpable y no podía parar de reír.

Amanda le besó con dulzura en los labios y le dijo:

—No sé de qué te extrañas, yo no lo dudé ni por un segundo.

—Pues yo no las tenía todas conmigo.

La bajó despacio y la dejó en el suelo sin dejar de mirarla a los ojos.

—El puesto en el que he quedado no garantiza que pueda hacer la residencia en Madrid.

—¿Y eso te molesta?

—A mí no, pero pensaba que tú querrías quedarte aquí.

—Es verdad que en Madrid tengo trabajo, pero supongo que podré encontrar otro donde sea que vayamos. La tía Monja tiene contactos.

La risa de Tomás reverberó en su pecho y Amanda se estremeció entre sus brazos.

—¿A dónde te gustaría ir si no puedo quedarme en Madrid?

—Me es indiferente, siempre que podamos estar juntos.

—De eso no tienes que preocuparte, porque tengo claro que quiero estar para siempre contigo.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, a vosotras, lectoras, sin las que escribir sería un acto estéril. Muchas gracias por apostar por escritoras autopublicadas como yo. No encuentro otra forma de agradeceros que sigáis leyendo mis historias que prometiendo esforzarme cada vez más en mejorar la calidad. En repasar las novelas antiguas y mejorar sus estándares hasta sentirme completamente satisfecha de cada una de ellas.

Cuando escribí Para siempre contigo, mis compañeras de trabajo en *Son Llàtzer* eran Laura, Raquel, Marta, Rosa y Fina y leían mis libros capítulo a capítulo. A ellas tengo que darles las gracias por muchas más cosas de las que puedo poner sobre el papel. Pero esta es una de esas. Gracias, chicas, por estar ahí, por ayudarme con mis líos, por apoyarme en mis locos proyectos. Por escucharme en la hora de la merienda y consentir que se os indigestaran los bocatas y el café con leche. Os quiero un montón.

A Apol·lònia Salom. Aunque mis chicos te parecen *pavos* y en más de un momento les quisiste dar una colleja para que espabilaran y se dejaran de tonterías, leíste sus aventuras y desventuras y me aconsejaste cuando estas te parecían poco creíbles. Y por supuesto, por cuidar tan bien de mis hijos y formar parte de nuestra familia. *Thank you very much indeed.*

En esta reedición tengo que añadir a Marien de @adymadesign, que ha hecho un trabajo espectacular con las portadas de la COLECCIÓN MEDITERRÁNEO. Como siempre, no tengo suficientes palabras para agradecerle todo lo que hace por mí (por supuesto ya no solo estamos hablando de portadas).

A Verónica y Ainhoa de @_romanticascorreccion por ayudarme a pulir esta obra (y necesitaba un pulido de verdad, os lo digo yo) y a

no desfallecer conmigo. Muchas gracias, chicas. Es un placer trabajar con vosotras.

Y como siempre, tengo que agradecer a mi marido y a mis hijos su infinita paciencia y su comprensión. Jeroni, si no fuese por ti este loco sueño de escribir, que rondaba por mi cabeza desde niña, nunca se hubiese convertido en realidad. Te quiero hasta el infinito y volver.

---

[1] FIR: Farmacéutico Interno Residente. Es un examen que da acceso a los farmacéuticos a formarse en un hospital.

[2] En Cuba, «asere» (o «acere») es un popular término coloquial que significa amigo, hermano o socio. Se utiliza de manera muy cercana y cariñosa para dirigirse a un conocido, equivalente a decir «tío», «güey» o «pana» en otros países hispanohablantes.

[3] Traducción: Bésame bajo la luz de mil estrellas.

[4] Traducción: Pon tu cabeza sobre mi corazón palpitante.